

Guerra y Paz

I

Por

León Tolstói

***Free*editorial** 

PRIMERA PARTE

I

Bien. Desde ahora, Génova y Lucca no son más que haciendas, dominios de la familia Bonaparte. No. Le garantizo a usted que si no me dice que estamos en guerra, si quiere atenuar aún todas las infamias, todas las atrocidades de este Anticristo (de buena fe, creo que lo es), no querré saber nada de usted, no le consideraré amigo mío ni será nunca más el esclavo fiel que usted dice. Bien, buenos días, buenos días. Veo que le atemorizo. Siéntese y hablemos.

Así hablaba, en julio de 1805, Ana Pavlovna Scherer, dama de honor y parienta próxima de la emperatriz María Fedorovna, saliendo a recibir a un personaje muy grave, lleno de títulos: el príncipe Basilio, primero en llegar a la velada. Ana Pavlovna tosía hacía ya algunos días. Una gripe, como decía ella-gripe, entonces, era una palabra nueva y muy poco usada-. Todas las cartas que por la mañana había enviado por medio de un lacayo de roja librea decían, sin distinción: «Si no tiene usted nada mejor que hacer, señor conde- o príncipe-, y si la perspectiva de pasar las primeras horas de la noche en casa de una pobre enferma no le aterroriza demasiado, me consideraré encantada recibéndole en mi palacio entre siete y diez. Ana Scherer.»

-¡Dios mío, qué salida más impetuosa!-repuso, sin inmutarse por estas palabras, el Príncipe. Se acercó a Ana Pavlovna, le besó la mano, presentándole el perfumado y resplandeciente cráneo, y tranquilamente se sentó en el diván.

-Antes que nada, dígame cómo se encuentra, mi querida amiga,

-¿Cómo quiere usted que nadie se encuentre bien cuando se sufre moralmente? ¿Es posible vivir tranquilo en nuestros tiempos, cuando se tiene corazón?-repuso Ana Pavlovna-. Supongo que pasará usted aquí toda la velada.

Pero, ¿y la fiesta en la Embajada inglesa? Hoy es miércoles. He de ir-replicó el Príncipe-. Mi hija vendrá a buscarme aquí.- Y añadió muy negligentemente, como si de pronto recordara algo, cuando precisamente lo que preguntaba era el objeto principal de su visita-. ¿Es cierto que la Emperatriz madre desea el nombramiento del barón Funke como primer secretario en Viena? Parece que este Barón es un pobre hombre.

El príncipe Basilio quería para su hijo aquel nombramiento, en el que había un interés particular por concedérselo al Barón a través de la emperatriz María

Fedorovna.

Ana Pavlovna cerró apenas los ojos, en señal de que ni ella ni nadie podía criticar aquello que complacía a la Emperatriz.

-A propósito de su familia- dijo-. ¿sabe usted que su hija, desde que ha entrado en sociedad, es la delicia de todo el mundo? Todos la encuentran tan bella como el día.

El Príncipe se inclinó respetuosa y reconocidamente.

-Pienso- continuó Ana Pavlovna después de un momentáneo silencio y acercándose al Príncipe sonriéndole tiernamente, demostrándole con esto que la conversación política había terminado y que se daba entonces principio a la charla íntima-, pienso con mucha frecuencia en la enorme injusticia con que se reparte la felicidad en la vida. ¿Por qué la fortuna le ha dado a usted dos hijos tan excelentes? Dejemos de lado a Anatolio, el pequeño, que no me gusta nada- añadió con tono decisivo, arqueando las cejas . ¿Por qué le ha dado unos hijos tan encantadores? Y lo cierto es que usted los aprecia mucho menos que todos nosotros, y esto porque usted no vale tanto como ellos- y sonrió con su más entusiástica sonrisa.

-¡Qué le vamos a hacer! Lavater hubiera dicho que yo no tengo la protuberancia de la paternidad- replicó el Príncipe.

Déjese de bromas. ¿Sabe usted que estoy muy descontenta de su hijo menor? Dicho sea entre nosotros- y su rostro adquirió una triste expresión-, se ha hablado de él a Su Majestad y se le ha compadecido a usted.

El Príncipe no respondió, pero ella, en silencio, le observaba con interés, esperando la respuesta. El príncipe Basilio frunció levemente el entrecejo.

-¿Qué quiere usted que haga?- dijo por último-. Ya sabe usted que he hecho cuanto ha podido hacer un padre para educarlos, y los dos son unos imbéciles. Hipólito, por lo menos, es un abúlico, y Anatolio, en cambio, un tonto bullicioso. Esto es todo; ésta es la única diferencia que hay entre los dos- añadió, con una sonrisa aún más imperativa y una animación todavía más extraña, mientras, simultáneamente, en los pliegues que se marcaban en torno a la boca aparecía límpidamente algo grosero y repelente.

-¿Por qué tienen hijos los hombres como usted? Si no fuese usted padre, no se lo diría- dijo Ana Pavlovna levantando pensativamente los párpados.

Soy su fiel esclavo y a nadie más que a usted puedo confesarlo. Mis hijos son el obstáculo de mi vida, mi cruz. Yo me lo explico así. ¡Qué quiere usted! y calló, expresando con una mueca su sumisión a la cruel fortuna.

II

El salón de Ana Pavlovna comenzaba a llenarse paulatinamente. La alta sociedad de San Petersburgo afluía a él, es decir, las más diversas personas por la edad y por el carácter, pero todas pertenecientes en absoluto al mismo medio: la hija del príncipe Basilio, la bella Elena, que venía en busca de su padre para acompañarlo a la fiesta que se celebraba en la Embajada; lucía un vestido de baile en el que se destacaba el emblema de las damas de honor. Luego, la joven princesa Bolkonskaia, conocida como la mujer más seductora de San Petersburgo, casada el pasado invierno- ahora, a causa de su gravidez, no podía acudir a las grandes recepciones y frecuentaba tan sólo las pequeñas veladas-; el príncipe Hipólito, hijo del príncipe Basilio, acompañado de Mortemart, a quien presentaba; el abate Morio y otros muchos.

La joven princesa Bolkonskaia había llevado sus labores en un saquito de terciopelo bordado de oro. Su labio superior, muy lindo, con un ligero vello rubio, era corto en comparación con los dientes, pero abríase de una forma encantadora y todavía era más encantador cuando se distendía sobre el labio inferior. Como sucede siempre en las mujeres totalmente atractivas, su solo defecto, el labio demasiado corto y la boca entreabierta, parecía ser la belleza que la caracterizaba.

Para todos era una satisfacción contemplar a aquella «futura mamá» llena de salud y vivacidad, que soportaba tan fácilmente su estado. Los viejos y jóvenes malhumorados que la miraban parecía que se volviesen como ella cuando se encontraban en su compañía y hablaban un rato. Quien le hablase veía en cada una de sus palabras la sonrisa clara y los dientes blancos y brillantes siempre al descubierto; y ese día creíase particularmente amable. Todos pensaban esto mismo.

La pequeña Princesa, balanceándose a pequeños y rápidos pasos, dio la vuelta a la mesa con el saquito en la mano; alisándose el traje, se sentó en el diván, cerca del samovar de plata, como si todo lo que hiciera fuese un juego de placer para ella y para todos los que la rodeaban.

-Me he traído la labor- dijo, abriendo el saquito y dirigiéndose a todos-. Tenga usted cuidado, Ana, no me haga una mala pasada- dijo a la dueña de la casa-. Me ha escrito que se trataba de una pequeña velada, y ya ve usted cómo me he vestido.

Y extendió los brazos para enseñar su vestido gris, elegante, rodeado de puntillas y ceñido bajo el pecho por una amplia cinta.

-Tranquilícese, Lisa. Será usted siempre la más bella- replicó Ana Pavlovna.

-Ya lo ven. Me abandona mi marido- continuo con el mismo tono, dirigiéndose a todos . Quiere hacerse matar. Dígame, ¿por qué esta triste guerra?- insinuó, dirigiéndose al príncipe Basilio, y, sin esperar la respuesta, habló a la hija de éste, a la bella Elena.

-¡Qué criatura más encantadora es esta pequeña Princesa!- murmuró el príncipe Basilio a Ana Pavlovna.

Al cabo de un rato entró un hombre joven, robusto, macizo, con los cabellos muy cortos, lentes, un pantalón gris claro, según la moda de la época, un gran plastrón de encaje y un frac castaño. Este corpulento muchacho era hijo natural de un célebre personaje del tiempo de Catalina II; el conde Bezukhov, que en aquellos momentos se estaba muriendo en Moscú. Todavía no había servido en cuerpo alguno y acababa de llegar del extranjero, donde se había educado; aquélla era la primera vez que asistía a una velada. Ana Pavlovna lo acogió con un saludo que reservaba para los hombres del último plano jerárquico de su salón, pero, a pesar de esta salutación dirigida a un inferior, al ver entrar a Pedro, la fisonomía de Ana Pavlovna expresó la inquietud y el temor que se experimentan al ver una enorme masa fuera de su sitio. Pedro era, realmente, un poco más alto que los demás hombres que se hallaban en el salón, y, sin embargo, este miedo no lo producía sino la mirada inteligente y, al mismo tiempo, tímida, observadora y franca que le distinguía de los demás invitados.

-Señor, es usted muy amable viniendo a ver a una pobre enferma- dijo Ana Pavlovna.

Pedro murmuró algo incomprensible y continuó buscando a alguien con los ojos. Sonrió alegremente, saludando a la pequeña Princesa. Ana Pavlovna se detuvo, pronunciando estas palabras:

-¿No conoce usted al abate Morio? Es un hombre muy interesante.

-He oído hablar de sus proyectos de paz eterna. Es muy interesante, en efecto, pero es muy posible que...

-¿Cómo?- dijo Ana Pavlovna por decir algo y reanudar inmediatamente sus funciones de dueña de la casa.

Pedro apoyó la barbilla en el pecho y, separando las largas piernas, comenzó a demostrar a Ana Pavlovna por qué consideraba una fantasía los proyectos del abate.

-Ya hablaremos después- dijo Ana Pavlovna sonriendo, y, deshaciéndose del joven, que no tenía ningún hábito cortesano, volvió a sus ocupaciones de anfitriona, escuchándolo y mirándolo todo, dispuesta siempre a intervenir en el momento en que la conversación languideciera. Como el encargado de una

sección de husos que, una vez ha colocado a los obreros en sus sitios, paséase de un lado a otro y observa la inmovilidad o el ruido demasiado fuerte de aquellos, corre, se para y restablece la buena marcha, lo mismo Ana Pavlovna, moviéndose en el salón, tan pronto se acercaba a un grupo silencioso como a otro que hablaba demasiado, y, en una palabra, yendo de uno a otro invitado, daba cuerda a la máquina de la conversación, que funcionaba con un movimiento regular y conveniente. Pero, en medio de estas atenciones, veíase que temía sobre todo algo por parte de Pedro. Mirábale atentamente cuando le veía acercarse y escuchar lo que se decía en torno a Mortemart, o se dirigía al otro grupo en que se encontraba el abate. Para él, educado en el extranjero, esta velada de Ana Pavlovna era la primera que veía en Rusia. Sabía que se encontraba reunida allí la flor y nata de San Petersburgo, y sus ojos, como los de un niño en una tienda de juguetes, iban de un lado a otro. Tenía miedo de perder la inteligente conversación que hubiera podido escuchar. Observando las expresiones seguras, los ademanes elegantes de los reunidos, esperaba a cada instante algo extraordinariamente espiritual. Por último se acercó a Morio. La conversación le pareció interesante; se detuvo y esperó la ocasión de expresar sus pensamientos tal como a los jóvenes les gusta hacerlo.

III

La velada de Ana Pavlovna estaba en su apogeo. Los husos trabajaban regularmente y por doquier producían un ruido continuado. Los invitados formaban tres grupos. Uno de ellos, donde predominaban los hombres, parecía dirigido por el Abate. En otro, constituido por jóvenes, encontrábase la encantadora princesa Elena, hija del príncipe Basilio, y la pequeña princesa Bolkonskaia, linda y lozana y tal vez un poco demasiado llena para su edad. En el tercero encontrábase el vizconde de Mortemart y Ana Pavlovna.

El Vizconde era un hombre joven, afable, de rasgos y maneras regulares, que visiblemente considerábase una celebridad, pero que, por buena educación, permitía modestamente que la sociedad en que se encontraba se aprovechase de él. Como un buen maître d'hotel que sirve como si fuera algo extraordinario y delicado el mismo plato que rechazaría si lo viese en la sucia cocina, del mismo modo, en esta velada, Ana Pavlovna servía a sus invitados, primero al Vizconde y después al Abate, como delicados y extraordinarios manjares. En el grupo de Mortemart hablábase del asesinato del duque de Enghien. Decía el Vizconde que el Duque había muerto a causa de su magnanimidad, y añadía que la cólera de Bonaparte tenía un especial motivo.

-¡Ah! Veamos. Cuéntenos eso, Vizconde- dijo Ana Pavlovna con alegría,

considerando que esta frase sonaba un poco a Luis XV-. Cuéntenos eso, Vizconde.

El Vizconde se inclinó en señal de respeto y sonrió amablemente. Ana Pavlovna hizo cerrar el círculo en torno al Vizconde e invitó a todos a escuchar el relato.

-El Vizconde ha sido amigo personal de Monseñor- bisbiseó Ana Pavlovna a uno de los invitados-. El Vizconde es un parfait conteur-dijo a otro-. ¿Cómo se conoce al hombre habituado a la buena compañía!- añadió a un tercero.

Y el Vizconde era servido a la reunión bajo el más elegante y ventajoso aspecto para él, como un rosbif sobre un plato caliente rodeado de verdura.

-Venga usted aquí, querida Elena- dijo Ana Pavlovna a la bella Princesa, que, sentada un poco más lejos, formaba el centro del otro grupo.

La princesa Elena sonrió y se levantó con la misma invariable sonrisa de mujer absolutamente hermosa con que había entrado en el salón. Con el ligero rumor de su leve vestido de baile con adornos de felpa, deslumbradora por la blancura de sus hombros y el esplendor de sus cabellos y de sus diamantes, cruzó entre los hombres, que le abrieron paso, rígida, sin ver a nadie, pero sonriendo a todos como si concediese a cada uno el derecho de admirar la belleza de su aspecto, de sus redondeados hombros, de su espalda, de su pecho, muy escotado, según la moda de la época, y con su gracioso caminar se acercó a Ana Pavlovna. Elena era tan hermosa que no solamente no veíase en ella una sombra de coquetería, sino que, al contrario, parecía que se avergonzase de su indiscutible belleza, que ejercía victoriosamente sobre los demás una influencia demasiado fuerte. Hubiérase dicho que deseaba, sin poder conseguirlo, amenguar el efecto de su hermosura.

-Es espléndida- decían todos los que la veían.

El Vizconde, como inculpado por algo extraordinario, se encogió de hombros y bajó los ojos, mientras ella se sentaba ante él y le iluminaba con su invariable sonrisa.

-Señora, me siento cohibido ante tal auditorio- dijo con una sonrisa, inclinando la cabeza.

La Princesa se apoyó en el brazo desnudo y torneado y no creyó necesario responder una sola palabra. Esperaba sonriendo. Durante toda la conversación permaneció sentada, rígida, mirando tan pronto a su magnífico y ebúrneo brazo, que se deformaba por la presión sobre la mesa, como a su pecho, todavía más espléndido, sobre el que descansaba un collar de brillantes. A veces alisaba los pliegues de su vestido, y cuando la narración producía efecto, contemplaba a Ana Pavlovna e inmediatamente tomaba la misma expresión

que la de la fisonomía de la dama de honor, e inmediatamente recobraba de nuevo su sonrisa clara y tranquila. Detrás de Elena, la pequeña Princesa se levantó ante la mesa de té.

Espérenme. Me traeré mi labor. Veamos, por favor, ¿en qué piensa?- dijo dirigiéndose al príncipe Hipólito-. ¿Tiene usted la bondad de traérmela?

La Princesa, sonriendo y dirigiéndose a todos a la vez, se sentó de nuevo, alisándose la ropa alegremente.

-¡Vaya!- dijo, y pidió permiso para reanudar su labor.

El príncipe Hipólito le trajo la bolsa; se quedó en el grupo y sentóse cerca de ella.

El Vizconde contó muy gentilmente la anécdota entonces de moda. El duque de Enghien había ido a París de incógnito para verse con mademoiselle George. Habíase encontrado en casa de ella a Bonaparte, que gozaba igualmente de los favores de la célebre actriz, y en una de estas reuniones, Napoleón, por azar, había sufrido una de aquellas crisis suyas, y por esta razón se encontró a merced del Duque. Éste no se había aprovechado de esta ventaja, y después Bonaparte, precisamente por esta magnanimidad, habíase vengado de él haciéndole asesinar. El relato era bonito e interesante, particularmente en el momento en que los dos rivales se encuentran cara a cara. Las damas parecían emocionadas.

-Muy lindo- dijo Ana Pavlovna mirando interrogadoramente a la pequeña Princesa.

-Muy lindo- murmuró la pequeña Princesa clavando la aguja en su labor, para demostrar que el interés y el encanto de la narración le impedían trabajar.

El Vizconde apreció este silencioso elogio y, sonriendo agradecido, continuó. Pero, en aquel momento, Ana Pavlovna, que no separaba su mirada de aquel terrible joven, observó que hablaba demasiado alto y con excesiva vehemencia con el Abate y se apresuró a llevar su auxilio al lugar comprometido. En efecto, Pedro había conseguido de nuevo trabar una conversación con el Abate sobre el equilibrio político, y éste, visiblemente interesado por el sincero ardor del joven, desarrolló ante él su idea favorita. Ambos hablaban y escuchaban con demasiada animación, y, naturalmente, esto no era del gusto de Ana Pavlovna.

Para observarlos más cómodamente, Ana no quiso dejar solos al Abate y a Pedro y, llegándose a ellos, hizo que la acompañasen al grupo común.

En aquel momento, un nuevo invitado entró en el salón. Era el joven príncipe Andrés Bolkonski, el marido de la pequeña Princesa. El príncipe Bolkonski era un joven bajo, muy distinguido, de rasgos secos y acentuados.

Toda su persona, comenzando por la mirada fatigada e iracunda, hasta su paso, lento y uniforme, ofrecía el más acentuado contraste con su pequeña mujer, tan animada. Evidentemente, conocía a todos los que se encontraban en el salón, y le molestaban tanto que le era muy desagradable mirarlos y escucharlos; y de todas aquellas fisonomías, la que parecía molestarle más era la de su mujer. Con una mueca que alteraba su correcto rostro, le volvió la cara. Besó la mano de Ana Pavlovna y casi entornando los ojos dirigió una mirada por toda la reunión.

-¿Se va usted a la guerra, querido Príncipe?-preguntó Ana Pavlovna.

-El general Kutuzov- replicó Bolkonski recalcando la última sílaba, como si fuera francés- me quiere por ayuda de campo.

-¿Y Lisa, su esposa?

-Se irá fuera de la ciudad.

-Es un gran pecado privarnos de su gentil compañía.

-Andrés- dijo la Princesa dirigiéndose a su marido con el mismo tono de coquetería con que se dirigía a los extraños , ¡qué anécdotas nos ha contado el Vizconde sobre mademoiselle George y Bonaparte!

El príncipe Andrés cerró los ojos y se volvió. Pedro, que desde que el Príncipe había entrado en el salón no había separado de él su mirada alegre y amistosa, se acercó y le estrechó la mano. El Príncipe, sin moverse, contrajo la cara con un gesto que expresaba desprecio por quien le saludaba, pero al darse cuenta de la cara iluminada de Pedro sonrió con una sonrisa inesperada, buena y amable.

-¡Vaya! ¡Tú también en el gran mundo!-le dijo.

-Sabía que vendría usted- repuso Pedro-. Cenaré en su casa- añadió en voz baja, para no interrumpir al Vizconde, que continuaba su narración-. ¿Puede ser?

-No, imposible- dijo el príncipe Andrés, riendo y estrechando la mano de Pedro de tal modo que comprendiese que aquello no podía preguntarlo nunca. Quería decir algo más, pero en aquel momento el príncipe Basilio se levantó, acompañado de su hija, y los dos hombres se separaron para dejarlos pasar.

-Ya me disculpará usted, querido Vizconde- dijo el príncipe Basilio en francés, apoyándose suavemente en su brazo para que no se levantase-. Esta desventurada fiesta del embajador me priva de una alegría y me obliga a interrumpirle. Me duele tener que abandonar tan encantadora reunión- dijo a Ana Pavlovna; y la princesa Elena, sosteniendo penosamente los pliegues de su vestido, pasó entre las sillas y su sonrisa iluminó más que nunca su hermoso rostro.

Cuando pasó ante Pedro, éste la miró con ojos asustados y entusiastas.

-Es muy bella- dijo el príncipe Andrés.

-Mucho- contestó Pedro.

Al pasar ante ellos, el príncipe Basilio cogió a Pedro de la mano y, dirigiéndose a Ana Pavlovna, dijo:

-Amánseme a este oso. Hace un mes que no sale de casa, y ésta es la primera vez que le veo en sociedad. Nada hay tan indispensable a los jóvenes como la compañía de las mujeres inteligentes.

IV

Ana Pavlovna, con una sonrisa amable, prometió ocuparse de Pedro, que, tal como ella sabía, era pariente del príncipe Basilio por parte de padre.

-¿Qué le parece a usted esa comedia de la coronación de Milán?- preguntó Ana al príncipe Andrés-. ¿Y esa otra comedia del pueblo de Lucca y de Génova, que presentan sus homenajes a monsieur Bonaparte, sentado en un trono y recibiendo los votos de las naciones? ¡Encantador! ¡Oh, no, créame! ¡Es para volverse loca! Diríase que el mundo entero ha perdido el juicio.

El príncipe Andrés sonrió, mirando a Ana Pavlovna de hito en hito.

-«Dieu me la donne, gare a qui la touche», dijo Bonaparte con motivo de su coronación- respondió el Príncipe, y repitió en italiano las palabras de Napoleón-: «Dio mi la dona, gai a qui la tocca.»

-Espero que, finalmente- continuó Ana Pavlovna-, haya sido esto la gota de agua que haga derramar el vaso. Los soberanos del mundo ya no pueden soportar más a este hombre que todo lo amenaza.

-¿Los soberanos? No hablo de Rusia- dijo amable y desesperadamente el Vizconde-. Los soberanos, señora, ¿qué han hecho por Luis XVI, por la Reina, por Madame Elizabeth? Nada- continuó, animándose-. Y, créame, ahora sufren el castigo de su traición a la causa de los Borbones. ¿Los soberanos? Envían embajadores a complimentar al usurpador.

Y con un suspiro de menosprecio adoptó una nueva postura.

-Si Bonaparte continúa un año más en el trono de Francia- siguió diciendo, con la actitud del hombre que no escucha a los demás y que en un asunto que domina sigue exclusivamente el curso de sus ideas-, entonces las cosas irán mucho más lejos. La sociedad, y hablo de la buena sociedad francesa, será

destruida para siempre por la intriga, por la violencia, por el destierro y por los suplicios. Y entonces...

Se encogió de hombros y abrió los brazos. Pedro hubiese querido decir algo, porque la conversación le interesaba, pero Ana Pavlovna, que lo observaba, se lo impidió.

-El emperador Alejandro- dijo Ana con la tristeza que acompañaba siempre a su conversación cuando hablaba de la familia imperial- ha manifestado que dejaría que los franceses mismos decidieran la forma de gobierno que quisieran, y estoy segura de que no puede dudarse que un golpe para librarse del usurpador haría que toda la nación se pusiera en masa al lado de un rey legítimo- dijo, esforzándose en ser amable con el emigrado realista.

-No es seguro- dijo el príncipe Andrés-. El Vizconde cree, y con razón, que las cosas ya han ido demasiado lejos. Creo que la vuelta al pasado será difícil.

-Por lo que he oído- dijo Pedro, que se mezcló en la conversación alegremente-, casi toda la nobleza se ha puesto al lado de Bonaparte.

Eso lo dicen los bonapartistas- respondió el Vizconde sin mirarle-. Es difícil en estos momentos conocer la opinión pública en Francia.

-Bonaparte lo ha dicho- objetó el príncipe Andrés con una sonrisa. Evidentemente, le disgustaba el Vizconde, y, sin responderle directamente, las palabras estaban dirigidas a él . «Les he mostrado el camino de la gloria- añadió después de un breve silencio, repitiendo de nuevo las palabras de Napoleón-. No han querido seguirlo. Les he abierto las puertas de mis salones y se han precipitado en ellos en masa.» No sé hasta qué punto tiene derecho a decirlo.

-Hasta ninguno- repuso el Vizconde-. Después del asesinato del Duque, hasta los hombres más parciales han dejado de mirarlo como a un héroe. Lo ha sido para cierta gente- continuó dirigiéndose a Ana Pavlovna-. Después del asesinato del Duque hay un mártir más en el cielo y un héroe menos en la tierra.

Ana Pavlovna y los demás no habían tenido tiempo aún de aceptar con una sonrisa de aprobación las palabras del Vizconde cuando Pedro se lanzaba de nuevo a la conversación. Ana Pavlovna, a pesar de presentir que iba a decirse algo extemporáneo, no pudo detenerle.

-El suplicio del duque de Enghein- dijo Pedro- era de tal modo una necesidad de Estado que, para mí, precisamente la grandeza de alma está en que Napoleón no haya vacilado en cargar sobre sí la responsabilidad de este acto.

-¡Dios mío, Dios mío!- murmuró aterrorizada Ana Pavlovna.

-Es decir, monsieur Pedro, ¿consideráis que el asesinato es una grandeza de alma?- dijo la pequeña Princesa sonriendo y acercándose la labor.

-¡Ah! ¡Oh!- exclamaron varias voces.

-¡Capital!- dijo en inglés el príncipe Hipólito, comenzando a golpearse las rodillas.

El Vizconde contentóse con encogerse de hombros. Pedro miraba triunfalmente a su auditorio por encima de los lentes.

-Hablo así- continuó- porque los Borbones han vuelto la espalda a la Revolución y han dejado al pueblo en la anarquía. Únicamente Napoleón ha sabido comprender a la Revolución y vencerla. Y por eso, por el bien común, no podía detenerse ante la vida de un hombre.

-¿No quiere usted pasar a esta mesa?- preguntó Ana Pavlovna.

Mas Pedro continuó su discurso sin responder.

-No- dijo, animándose cada vez más-. Napoleón es grande porque se ha impuesto por encima de la Revolución, de la cual ha reprimido los abusos y ha conservado todo lo que tenía de bueno: la igualdad de los ciudadanos, la libertad de la palabra y prensa, y solamente por esto ha conquistado el poder.

-Si hubiera conseguido el poder sin valerse del asesinato y lo hubiese devuelto al rey legítimo, entonces sí se le habría reconocido como un gran hombre- replicó el Vizconde.

-No podía hacerlo. El pueblo le ha dado el poder para que le quitase de encima a los Borbones y porque veía en él a un gran hombre. La Revolución ha sido una gran obra- continuó Pedro, demostrando por esta proposición audaz y provocativa su extremada juventud y el deseo de decirlo todo sin reservas.

-¡Una gran obra la Revolución y el asesinato de los reyes...! Después de esto... Pero ¿no quiere usted pasar a esta mesa?- repitió Ana Pavlovna.

-Contrato social- dijo el Vizconde con una sonrisa amable.

-No hablo de la ejecución del rey. Hablo de las ideas.

-Sí, las ideas de pillaje, de homicidio y de crimen de vuesa majestad- interrumpió de nuevo la voz irónica.

-Cierto que fueron excesos, pero hay algo más que esto. Lo importante está en el derecho del hombre, en la desaparición de los prejuicios, en la igualdad de los ciudadanos. Y Napoleón ha mantenido estas ideas íntegramente...

-Libertad e igualdad- dijo con desdén el Vizconde, como si finalmente se decidiese a demostrar seriamente a aquel joven la tontería de sus

manifestaciones ; grandes palabras comprometidas desde hace mucho tiempo. ¿Quién no ama la igualdad y la libertad? El Salvador ya las predicaba. Por ventura, ¿han sido los hombres más felices después de la Revolución? Al contrario, nosotros hemos querido la libertad y Bonaparte la ha destruido.

Casi sonriendo, el príncipe Andrés miraba ora a Pedro, ora al Vizconde, ora a la dueña de la casa. Desde los primeros ataques de Pedro, Ana Pavlovna, no obstante su mundología, estaba asustada, pero cuando vio que, a pesar de las sacrílegas palabras pronunciadas por Pedro, el Vizconde no se exaltaba ni se ponía fuera de sí, cuando se convenció de que no era posible ahogarlas, hizo acopio de fuerzas y se unió al Vizconde para atacar al orador.

-Pero, querido monsieur Pedro- dijo Ana Pavlovna , ¿cómo se explica usted esto? Un gran hombre que ha podido hacer ejecutar al Duque, es decir, simplemente a un hombre, sin haber cometido delito alguno y sin juzgarlo...

-Yo preguntaría- interrumpió el Vizconde- cómo el señor explica el 18 Brumario. ¿No es una farsa, acaso? Es un escamoteo que no se parece en nada al modo de obrar de un gran hombre.

-¿Y los prisioneros de África que ha hecho matar? - dijo la pequeña Princesa-. ¡Es horrible!- y levantó los hombros.

-Dígame lo que se quiera, es un plebeyo- declaró el príncipe Hipólito.

Pedro no sabía qué responder. Los miraba a todos y sonreía. Su sonrisa no era como la de los demás; al contrario, en él, cuando sonreía, el rostro serio y un tanto hosco desaparecía de pronto, mostrándose en su lugar una fisonomía tranquila, incluso hasta un poco indecisa, que parecía pedir perdón. Para el Vizconde, que lo veía por primera vez, era evidente que aquel jacobino no era tan terrible como sus palabras. Todos callaron.

-¿Cómo quieren que responda a todos a la vez?- dijo el príncipe Andrés-. Además, en los actos de un hombre de Estado cabe distinguir los del particular y los del generalísimo o los del emperador. Esto me parece que es suficientemente claro.

-Sí, sí, naturalmente- dijo Pedro con la ayuda que se le ofrecía.

-No se puede negar- continuó el príncipe Andrés-que Napoleón, como hombre, fue muy grande en Pont d'Arcole y en el Hospital de Jaffa, donde estrechó la mano a los apestados. No obstante, no obstante..., hay otros actos suyos que son muy difíciles de justificar.

El príncipe Andrés, que evidentemente había querido dulcificar la inconveniencia de las palabras de Pedro, se levantó para marcharse e hizo una seña a su mujer.

V

Comenzaron los invitados a retirarse, agradeciendo a Ana Pavlovna la deliciosa velada.

Pedro era alto, macizo, tosco, con unas enormes manos coloradas. No sabía entrar en un salón, y mucho menos salir de él. Es decir, no sabía decir unas cuantas palabras agradables antes de retirarse. Además, era distraído. Cuando se levantó, en lugar de coger su sombrero cogió el tricornio del General, adornado con plumas, y movió bruscamente éstas hasta que el General le rogó que se lo devolviera. Pero esta distracción y el defecto de no saber entrar en un salón ni conversar neutralizábase por una expresión de bondad, de sencillez y de modestia. Ana Pavlovna se dirigió a él y, expresándole con cristalina dulzura el perdón por su acometividad, le saludó diciéndole:

-Espero volver a verle, pero también espero que modificará sus opiniones, querido monsieur Pedro.

Él no contestó. Se inclinó tan sólo y de nuevo mostró a todos su sonrisa, que nada daba a entender, pero que quizá quisiera decir esto: «Las opiniones son las opiniones, y ya habéis visto que soy un buen muchacho.» Y todos, incluso Ana Pavlovna, involuntariamente, lo comprendían.

El príncipe Andrés pasó al recibidor. Mientras volvía la espalda al criado que le ayudaba a ponerse la capa, escuchaba con indiferencia la charla de su mujer con el príncipe Hipólito, que también se encontraba en el recibidor. El príncipe Hipólito hallábase al lado de la bella Princesa grávida y la contemplaba con insistencia a través de sus impertinentes.

-Estoy contentísimo de no haber ido a casa del embajador- dijo Hipólito-. Aquello es un aburrimiento. Una velada deliciosa, deliciosa, ésta, ¿verdad?

-Dicen que el baile estará muy animado- replicó la Princesa moviendo los labios, cubiertos de rubio vello-. Acudirán a él todas las mujeres bonitas.

-No todas, si usted no va- replicó el príncipe Hipólito con risa alegre; y cogiendo el chal de manos del criado, él mismo lo colocó sobre los hombros de la Princesa. Por distracción o voluntariamente, no era posible saberlo, no retiró las manos de los hombros hasta mucho después que el chal estuviera en su sitio. Hubiérase dicho que abrazaba a la Princesa.

Ella, siempre sonriendo graciosamente, se alejó, se volvió y miró a su marido. El príncipe Andrés tenía los ojos entornados y parecía fatigado y somnoliento.

-¿Estás ya?-preguntó su mujer, siguiéndolo con la mirada.

El príncipe Hipólito se puso rápidamente el abrigo, que, según la moda de entonces, le llegaba hasta los talones, y tropezando corrió hacia la puerta, detrás de la Princesa, a quien el criado ayudaba a subir al coche.

-Hasta la vista, Princesa- gritó, balbuceando, del mismo modo que había tropezado con los pies.

La Princesa se recogió las faldas y subió al coche. Su marido se arregló el sable. El príncipe Hipólito, con la excusa de ser útil, los estorbaba a todos.

-Permítame, caballero- dijo secamente y con aspereza el príncipe Andrés dirigiéndose en ruso al príncipe Hipólito, que le interceptaba el paso-. Te espero, Pedro- añadió con voz dulce y tierna esta vez.

El cochero tiró de las riendas y el carruaje comenzó a rodar. El príncipe Hipólito rió convulsivamente y permaneció en lo alto de la escalera, en espera del Vizconde, que le había prometido acompañarle.

Pedro, que había llegado primero, como si fuera de la familia, se dirigió al gabinete de trabajo del príncipe Andrés e inmediatamente, como de costumbre, se recostó en el diván, cogió el primer libro que le vino a la mano en el estante- eran las Memorias de Julio César- y, apoyándose sobre el codo, abrió el libro por su mitad y comenzó a leer.

-¿Qué has hecho con la señorita Scherer? Caerá enferma- dijo el príncipe Andrés entrando y frotándose las finas y blancas manos.

Pedro giró tan bruscamente todo el cuerpo que crujió el diván, y, mirando al príncipe Andrés, hizo un ademán con la mano.

-No; este Abate es muy interesante, pero no ve las cosas tal como son. Para mí, la paz universal es posible, pero..., no sé cómo decirlo..., pero esto no traerá nunca el equilibrio político.

Veíase claramente que al príncipe Andrés no le interesaba esta abstracta conversación.

Amigo mío, no puede decirse en todas partes lo que se piensa. Y bien, ¿has decidido algo? ¿Ingresarás en el ejército o serás diplomático? preguntó el Príncipe tras un momento de silencio.

Pedro se sentó con las piernas cruzadas sobre el diván.

-¿Quiere usted creer que todavía no lo sé? No me gusta ni una cosa ni otra.

-Pero hay que decidirse. Tu padre espera.

A los diez años, Pedro había sido enviado al extranjero con un abate preceptor, y había permanecido allí hasta los veinte. Cuando regresó a Moscú, el padre prescindió del preceptor y dijo al joven: «Ahora vete a San

Petersburgo. Mira y escoge. Yo consentiré en lo que sea. Aquí tienes una carta para el príncipe Basilio, y dinero. Cuéntamelo todo. Ya lo ayudaré.» Tres meses hacía que Pedro se ocupaba en elegir una carrera y no se decidía por ninguna. El príncipe Andrés hablaba de esta elección. Pedro se pasaba la mano por la frente.

-Estoy seguro de que debe de ser masón dijo, pensando en el Abate que le habían presentado durante la velada.

-Todo eso son tonterías- le contestó, interrumpiéndole de nuevo, el príncipe Andrés-. Más vale que hablemos de tus cosas. ¿Has ido a la Guardia Montada?

-No, no he ido. Pero he aquí lo que he pensado. Quería decirle a usted lo siguiente: estamos en guerra contra Napoleón. Si fuese a la guerra por la libertad, lo comprendería y sería el primero en ingresar en el ejército. Pero ayudar a Inglaterra y a Austria contra el hombre más grande que ha habido en el mundo..., no me parece bien.

El príncipe Andrés se encogió de hombros a las palabras infantiles de Pedro. Su actitud parecía significar que, ante aquella tontería, nada podía hacerse. En efecto, era difícil responder a esta ingenua opinión de otra forma distinta de la que lo había hecho el Príncipe.

-Si todos hicieran la guerra por convicción no habría guerra.

-Eso estaría muy bien- repuso Pedro.

El Príncipe sonrió.

-Sí, es posible que estuviera muy bien, pero no ocurrirá nunca.

-Bien, entonces, ¿por qué va usted a la guerra?- preguntó Pedro.

-¿Por qué? No lo sé. Es necesario. Además, voy porque...- se detuvo-. Voy porque la vida que llevo aquí, esta vida, no me satisface.

VI

En la habitación de al lado oíase un rumor de ropa femenina. El príncipe Andrés se estremeció como si despertase, y su rostro adquirió la expresión que tenía en el salón de Ana Pavlovna. Pedro retiró las piernas del diván. Entró la Princesa. Llevaba un vestido de casa, elegante y fresco. El príncipe Andrés se levantó y amablemente le ofreció una butaca.

Frecuentemente me pregunto- dijo la Princesa hablando en francés, como

de costumbre, y sentándose con mucho ruido- por qué no se ha casado Ana y por qué vosotros habéis sido tan tontos como para no haberla escogido por mujer. Perdonadme, pero no entendéis nada de mujeres. ¡Qué polemista hay en usted, monsieur Pedro!

-Sí, y hasta discuto siempre con su marido. No comprendo por qué quiere ir a la guerra- dijo Pedro, dirigiéndose a la Princesa sin los miramientos habituales en las relaciones entre un joven y una mujer joven también.

La Princesa se estremeció. Evidentemente, las palabras de Pedro la herían en lo vivo.

-¡Ah, ah! ¿Ve usted? Es lo mismo que yo digo- dijo-. No comprendo por qué los hombres no pueden vivir sin guerras. ¿Por ventura, nosotras, las mujeres, no tenemos necesidad de nada? Y bien, ya lo ven. Juzguen ustedes mismos. Yo siempre lo he dicho... Mi marido es ayudante de campo de su tío. Posee una situación más brillante que nadie. Todos le conocen y todos le aprecian mucho. No hace muchos días que en casa de los Apraxin oí decir a una señora: «¿Éste es el célebre príncipe Andrés? ¡Vaya!», y sonrió. Es muy bien recibido de todos y puede llegar fácilmente a ser ayuda de campo del Emperador. Éste le habla con mucha deferencia. Hemos creído que todo esto sería muy fácil de arreglar con Ana. ¿Qué le parece a usted?

Pedro miró al príncipe Andrés y, viendo que le disgustaba esta conversación, permaneció en silencio.

-¿Cuándo se va?- preguntó.

-¡Ah! No me hable de esa marcha, no me hable. No quiero oír hablar de ello- dijo la Princesa, con el tono caprichoso que tenía cuando hablaba con Hipólito en el salón, pero que contrastaba visiblemente en un círculo de familia del cual Pedro era uno de los miembros-. ¡Pensar que una ha de interrumpir todas las relaciones más apreciables... ! Y después... Ya lo sabes, Andrés- abrió sus grandes ojos a su marido-. ¡Tengo miedo! ¡Tengo miedo!- murmuró, y sus hombros se estremecieron.

Su marido la miró, como extrañado de darse cuenta de que en la habitación hubiese todavía alguien más fuera de Pedro y de él, y con una fría galantería y en tono interrogador preguntó a su esposa:

-¿Miedo de qué, Lisa? No comprendo...

-Ya ve usted si son egoístas los hombres. Todos, todos, unos egoístas. Me deja porque quiere. Dios sabe por qué. Y para encerrarme sola en el campo.

-No olvides que estarás con mi padre y mi hermana-dijo en voz baja el príncipe Andrés.

-Como si fuera sola- contestó ella-. Sin mis amistades. Y quiere que no

tenga miedo- y el tono de su voz era de rebeldía; su pequeño labio se levantaba, dándole a la cara no la expresión sonriente, sino la bestial de una ardilla. Calló, como si considerase inconveniente hablar ante Pedro de su embarazo, porque en esto radicaba todo el sentido de su discusión.

No comprendo por qué tienes miedo dijo lentamente el príncipe Andrés sin apartar la vista de su mujer.

La Princesa, sofocada, agitaba desesperadamente los brazos.

-No, Andrés. Te digo que has cambiado mucho, mucho.

-El médico te ha ordenado que te acuestes más temprano- murmuró el Príncipe-. Harás muy bien acostándote.

La Princesa no respondió, y, de pronto, su breve y corto labio cubierto de vello rubio tembló. El Príncipe se levantó y, encogiéndose de hombros, comenzó a pasearse por la estancia.

Pedro, por encima de los lentes, miraba con sorpresa e ingenuidad tanto al Príncipe como a su esposa. Hizo un movimiento como para levantarse, pero reflexionó y continuó sentado.

-¿Y qué importa que esté monsieur Pedro?- dijo de pronto la Princesa; y su hermoso rostro se transformó bruscamente bajo la mueca de un fingido sollozo-. Hacía mucho tiempo que quería preguntártelo, Andrés. ¿Por qué has cambiado tanto para mí? ¿Qué te he hecho? Te vas a la guerra y no me compadeces. ¿Por qué?

-¡Lisa!- dijo tan sólo el príncipe Andrés, y en esta palabra había al mismo tiempo un ruego y una amenaza, y sobre todo la confianza absoluta de que ella se detendría al escucharla.

Pero su esposa continuó apresuradamente:

-Me tratas como si fuera una enferma o una niña. Lo veo claramente. ¿Hacías esto seis meses atrás?

-¡Lisa, por favor, no sigas!- continuó el Príncipe, con un gesto más expresivo.

Pedro, cada vez más desconcertado por esta conversación, se levantó y se acercó a la Princesa. Parecía que no pudiese soportar la visión de las lágrimas y que también fuese a romper en llanto.

-Cálmese, Princesa. Le aseguro que todo esto son figuraciones tuyas. Yo sé por qué..., por qué... Pero perdóneme. Soy un extraño. No, no. Sosiéguese. Hasta la vista.

El príncipe Andrés le detuvo, cogiéndole de la mano.

-No, espérate. La Princesa es tan amable que no querrá privarme de la satisfacción de pasar la velada contigo.

-Solamente piensa en él- dijo la Princesa, no pudiendo detener unas lágrimas de rabia.

-¡Lisa!- dijo secamente el príncipe Andrés elevando el tono de su voz para demostrar que su paciencia había ya llegado al límite.

De pronto, la expresión bestial, la expresión de ardilla del rostro despierto de la Princesa, adquirió otra más atrayente que incitaba a la piedad y al temor. Sus hermosos ojos contemplaban a su marido y apareció en su cara una expresión tímida, como la del perro que mueve la cola caída en rápidas y cortas oscilaciones.

-¡Dios mío, Dios mío!-dijo la Princesa, y recogién dose con una mano los pliegues de la falda se acercó a su marido y le besó en la frente.

-Buenas noches, Lisa- dijo el príncipe Andrés levantándose y besándole gentilmente la mano, como a una extraña.

Los dos amigos quedaron silenciosos. Ni uno ni otro sabían qué decir. Pedro miraba al Príncipe, que se pasaba la fina mano por la frente.

Vamos a cenar dijo con un suspiro, levantándose y dirigiéndose hacia la puerta.

Entraron en el comedor, amueblado recientemente, rico y elegante. Todo, desde la vajilla hasta la plata y el cristal, tenía ese sello particular de cosa nueva que se advierte en las casas de los recién casados. A mitad de la cena, el Príncipe se apoyó sobre la mesa. Tenía un aire de enervamiento que Pedro no había observado nunca en él; y, como un hombre que desde hace mucho tiempo tiene el corazón lleno de amargura y se decide finalmente a desahogarse, comenzó a hablar.

No te cases nunca, Pedro, nunca. Es el consejo que te doy. No te cases nunca antes de haberte preguntado a ti mismo si has hecho cuanto has podido antes de dejar de querer a la mujer elegida, antes de verla tal como es.

Pedro se quitó los lentes y su rostro cambió, apareciendo entonces más lleno de bondad. Miró a su amigo, estupefacto.

-Mi esposa- continuó el príncipe Andrés- es una mujer admirable; es una de esas pocas mujeres con las que un hombre está tranquilo por lo que respecta a su honor. Pero, ¡Dios mío, qué daría yo por no estar casado! Tú eres el primero, el único a quien digo esto, porque te quiero.

Y al pronunciar estas palabras el príncipe Andrés era todavía mucho más distinto de aquel Bolkonski que se sentaba en una butaca en casa de Ana

Pavlovna y que con los ojos medio cerrados dejaba escapar frases francesas entre dientes.

-En casa de Ana Pavlovna- siguió diciendo- se me escucha. Y esta sociedad imbécil, sin la cual mi mujer no puede vivir, y esas mujeres... ¡Si pudieses llegar a saber quiénes son todas las mujeres distinguidas y, en general, las mujeres! Mi padre tenía razón. El egoísmo, la ambición, la estupidez, la nulidad en todo. He aquí a las mujeres cuando se muestran tal como son. Cuando se les ve en sociedad parece que tengan algo, pero no tienen nada, nada. Sí, amigo mío, no te cases- concluyó el príncipe Andrés.

-Me parece divertido- dijo Pedro- que se considere usted un incapaz y tenga por destrozada su vida. Pero si todo le favorece, si usted...- no acabó la frase. Tenía a su amigo en la más alta consideración y esperaba de él un brillante porvenir.

«Pero ¿cómo puede decir todo esto?», pensaba Pedro.

Consideraba al príncipe Andrés como modelo de todas las perfecciones, precisamente porque el príncipe Andrés reunía en el más alto grado todas las cualidades que él no tenía y que podían resumirse con mucha exactitud en este concepto: la fuerza de voluntad. Pedro admirábase siempre de la capacidad del príncipe Andrés, de su comportamiento con toda clase de hombres, de su memoria extraordinaria, de todo lo que había leído; lo había leído todo, lo sabía todo y tenía idea de todo. Y, en particular, admiraba su facilidad para trabajar y aprender. Y si con frecuencia Pedro se había extrañado de encontrarle cierta falta de capacidad para la filosofía contemplativa, a la que Pedro se sentía especialmente inclinado, no veía en esto un defecto, sino una fuerza.

En las mejores relaciones, las más amistosas, las más sencillas, la adulación o el elogio son tan necesarios como la grasa lo es a los ejes de las ruedas para que funcionen.

-Soy un hombre acabado- dijo el príncipe Andrés-. Vale más que hablemos de ti- y calló, sonriendo a sus ideas consoladoras.

Instantáneamente, la sonrisa se reflejó en la cara de Pedro.

-¿Qué podemos decir de mí?- dijo, dilatando la boca con una sonrisa confiada y alegre-. ¿Qué soy yo? Un bastardo- y de pronto se ruborizó. Evidentemente, había hecho un esfuerzo extraordinario para decir esto-. Sin nombre, sin fortuna- añadió- y que, positivamente...- y dejó la frase sin terminar-. Por ahora soy un hombre libre y me considero feliz. Pero no sé por dónde empezar. Con gusto quisiera pedirle a usted un consejo.

El príncipe Andrés dirigió a Pedro su mirada bondadosa, pero incluso en su

amistosa mirada apuntaba la conciencia de la superioridad.

-Te quiero sobre todo porque entre la gente de nuestro mundo eres el único hombre que vive. A ti ha de serte muy fácil. Escoge lo que quieras, que para ti todo será igual. Por dondequiera que vayas serás un hombre bueno. Pero permíteme una cosa nada más... No te relaciones con Kuraguin. Prescinde de esa vida. Ninguna de esas orgías te conviene y...

-¿Qué quiere usted que haga, amigo mío?- preguntó Pedro encogiéndose de hombros. Las mujeres, querido, las mujeres...

-No te comprendo- replicó Andrés-. Las mujeres como deben ser son otra cosa. Pero no las mujeres de Kuraguin, las mujeres y la bebida. No te comprendo.

Pedro vivía en casa del príncipe Basilio Kuraguin y compartía la vida licenciosa de su hijo Anatolio, aquel a quien, para corregirle, querían casar con la hermana del príncipe Andrés.

-¿Sabe usted- dijo Pedro, como si se le ocurriese repentinamente una idea luminosa- que hace mucho tiempo que pienso en esto seriamente? Con esta vida no puedo reflexionar ni decidir nada. La cabeza me da vueltas y no tengo dinero. Hoy me ha invitado, pero no iré.

-¿Me lo prometes?

-Mi palabra de honor.

VII

En casa de los Rostov se celebraba la fiesta de las dos Natalias, la madre y la hija menor. Desde por la mañana, las berlinas conducían a las visitas. Llegaban y desfilaban ante el gran palacio de la condesa Rostov, muy conocida de todo Moscú, situado en la calle Povarskaia. La Condesa, con la hija mayor y las visitas que se sucedían incesantemente, no se movía del salón.

La Condesa era una mujer de unos cuarenta y cinco años, de tipo oriental, de rostro ahusado y visiblemente fatigado por los partos continuos: había tenido doce hijos. Sus lentos movimientos y la premiosidad de su conversación, debida a la falta de fuerzas, le daban un aire imponente que inspiraba respeto. La princesa Ana Mikhailovna Drubetzkaia, que se encontraba allí como si estuviera en su casa, la ayudaba a recibir y conversar con las visitas.

Los jóvenes hallábanse en una habitación próxima, y no creían necesario

participar de la recepción. El Conde salía a recibir a las visitas y las invitaba a comer.

-María Lvovna Kuraguin y su hija- anunció con profunda voz el corpulento criado de la Condesa abriendo la puerta del salón.

La Condesa reflexionó y aspiró un polvo de rapé extraído de una tabaquera de oro con el retrato de su marido.

-Me han rendido las visitas- dijo-. Bien, recibiré a ésta, pero será la última. Marea todo esto. Hazlas entrar-dijo al criado con voz triste, como si le hubiera dicho: «Bien, acaba de matarme.»

Una dama alta, fuerte, de altivo aspecto, y una joven carirredonda y sonriente siempre entraron en el salón con gran rumor de telas.

El tema de la conversación era la gran noticia del día: la enfermedad del riquísimo y excelente conde Bezukhov, un hombre viejo, superviviente de la época de Catalina. También se hablaba de su hijo natural Pedro, aquel que se había portado tan desgraciadamente en la velada.

-¿De veras?- preguntó la Condesa.

-Compadezco mucho al pobre Conde- dijo la visitante . ¡Está tan enfermo! Estos disgustos de su hijo lo matarán.

-¿Qué ocurre?- preguntó la Condesa, como si no supiera nada de lo que le hablaba su interlocutora, a pesar de que en muy poco rato le habían contado quince veces el motivo de los disgustos del conde Bezukhov.

-Éstos son los resultados de la educación actual. Este joven, en el extranjero, no tenía a nadie que le guiase, y ahora, en San Petersburgo, dicen que comete tales atrocidades, que ha sido expulsado por la policía.

-¿De veras?- preguntó la Condesa.

-Ha elegido muy malas compañías- intervino la princesa Ana Mikhailovna-. Según parece, él, el hijo del príncipe Basilio y un tal Dolokhov han hecho alguna sonada. Los han castigado a los dos. Dolokhov ha sido degradado y el hijo de Bezukhov enviado a Moscú. Por lo que respecta a Anatolio Kuraguin, el padre ha podido echar tierra sobre el asunto. Pero parece que también le han expulsado de San Petersburgo.

-Pero ¿qué han hecho?- preguntó la Condesa.

Son unos verdaderos bandidos. Sobre todo ese Dolokhov- dijo la visitante-. Es hijo de María Ivanovna Dolokhova. Ya ve usted. ¡Una dama tan respetable! Figúrese usted que los tres cogieron un oso de no sé dónde, lo metieron en un coche y se fueron a casa de unas actrices.

Tuvo que ir un policía para calmarlos. Y ¿sabe usted qué hicieron? Cogieron al policía, lo ataron a la espalda del oso y lo tiraron al Moika. El oso se puso a nadar, llevando al policía en las espaldas.

-Querida, debía de ser muy divertido el espectáculo- exclamó el Conde retorciéndose de risa.

-¡Oh, qué horror, qué horror! ¿Por qué se ríe así, Conde?

No obstante, las damas no pudieron contener la risa.

-Fue muy difícil salvar a aquel desgraciado- continuó la visitante-. Y, ya ve usted: el hijo del príncipe Cirilo Vladimirovitch Bezukhov se divierte de este modo- añadió-. ¡Lo han educado bien! ¡Tan inteligente como decían que era! Ya ve usted adónde nos conduce la educación en el extranjero. Supongo que aquí, a pesar de su fortuna, no le recibirá nadie. Querían presentármelo, pero me he negado en absoluto. Tengo dos hijas.

-¿Por qué dice usted que este joven es tan rico?-preguntó la Condesa mirando de soslayo a las dos jóvenes, que inmediatamente hicieron ver que no escuchaban. El conde Bezukhov solamente tiene hijos naturales. Parece que Pedro es también hijo natural.

La visitante hizo un ademán.

-Creo que tiene veinte hijos naturales.

-¡Y qué joven se conservaba aún el año pasado!- dijo la Condesa-. Daba gusto verlo.

-Pues ahora está muy cambiado- dijo Ana Mikhailovna-. Pero vea usted lo que quería decir- continuó-: por parte de su mujer, el príncipe Basilio es el heredero directo, pero el viejo quiere mucho a Pedro. Se ha ocupado de su educación. Ha escrito al Emperador, de modo que nadie sabe, cuando muera (y está tan enfermo que se espera suceda esto de un momento a otro, puesto que Lorrain, el doctor, ha venido de San Petersburgo), quién de los dos será el poseedor de esta enorme fortuna: Pedro o el príncipe Basilio. Cuatro mil almas y muchos millones. Lo sé muy bien, porque el mismo príncipe Basilio me lo ha dicho, y Cirilo Vladimirovitch es pariente mío por parte de madre. Es padrino de Boris- añadió, como si no diese ninguna importancia a este hecho.

-El príncipe Basilio llegó ayer a Moscú. Dicen que va en viaje de inspección- dijo la visitante.

Sí, pero, entre nosotras, ya se puede decir interrumpió la Princesa-. Esto es un pretexto. Ha venido para ver al príncipe Cirilo Vladimirovitch, porque sabe que está enfermo.

-Pero, vaya, querida, ha sido una buena jugada- dijo el Conde. Y,

observando que la visitante no le escuchaba, se dirigió a las jóvenes . Ya veo la cara del policía. ¡Cómo me hubiera reído si lo hubiese visto!

Y suponiendo cómo debía mover los brazos el policía, rompió de nuevo a reír, con risa sonora y profunda, que conmovía su cuerpo repleto, tal como suelen hacerlo los hombres que han comido bien y, sobre todo, han bebido copiosamente.

-Así, pues, si ustedes lo desean, comeremos en nuestra casa- dijo.

VIII

Se extinguió la conversación. La Condesa miraba a la Princesa con una sonrisa amable, sin ocultar, sin embargo, que no la molestaría poco ni mucho que se levantase y se fuera. La hija de la visitante alisábase ya los pliegues del vestido y miraba interrogadoramente a su madre, cuando de pronto, desde la habitación vecina, cercana a la puerta, se oyó el ruido que hacían unos jóvenes al correr, seguido del de unas sillas movidas violentamente y caídas luego, y apareció en el salón una muchacha de trece años que, escondiéndose algo bajo la corta falda de muselina, detúvose en medio de la sala. Veíase claramente que todo aquello obedecía a la casualidad, porque no había sabido calcular el impulso de su carrera y encontrábase más allá del lugar a donde se había propuesto llegar. Casi inmediatamente aparecieron en la puerta un estudiante con el cuello azul, un oficial de la guardia, una muchacha de trece años y un jovencito fuerte y rojo vestido con una chaqueta.

El Conde se levantó y, balanceándose, abrió los brazos a la joven que entraba corriendo.

-¡Ya está aquí!- gritó, riendo-. Hoy es su santo, querida, su santo.

Hay un día para todo, querida- dijo la Condesa fingiendo ser severa-. Las malcrías demasiado, Elías- añadió dirigiéndose a su marido.

-Buenos días, hija mía. Para muchos años- dijo la visitante-. ¡Qué criatura más deliciosa!- continuó, dirigiéndose a la madre.

La jovencita, muy despierta, tenía los ojos negros, grande la boca, una linda nariz, unos hombros desnudos y gráciles, que temblaban por encima del corsé a causa de aquella alocada carrera, unos tirabuzones negros y unos brazos delgados y desnudos; caíanle hasta los tobillos unos calzones con puntillas y calzaba sus pies con unos zapatos descotados. Tenía aquella edad deliciosa en que la niña ya no es una chiquilla y en la que la chiquilla no es todavía mujer. Se escapó de su padre y corrió hacia su madre y, sin hacer caso

de la severa observación que le había dirigido, escondió su ruboroso rostro bajo su chal de puntillas y se echó a reír. Reíase de algo y, jadeante, hablaba de su muñeca, que sacó de debajo de sus faldas.

-Ven ustedes... La muñeca... Mimí... ¿Lo ve?

Y Natacha, sin poder hablar, tan divertido le parecía, se abandonó a su madre y se echó a reír con una risa tan fuerte y sonora que incluso todos, hasta la imponente visitante, hubieron de imitarla a pesar suyo.

-Bueno, bueno, vete con tu monstruo- dijo la madre fingiendo rechazar vivamente a su hija-. Es la pequeña- continuó la Condesa dirigiéndose a la visita.

Natacha apartó por un momento la cara del chal de puntillas de su madre y la miró con los ojos anegados en lágrimas de tanta risa, y de nuevo escondió el rostro.

La visita, obligada a asistir a esta escena de familia, creyó muy delicado tomar parte en ella.

-Dime, queridita- dijo a Natacha-, ¿quién es Mimí? ¿Es acaso tu hijita?

Este tono indulgente y esta pregunta infantil de la visitante disgustaron a Natacha. No respondió y miró seriamente a la Princesa.

En aquel instante, todo el grupo de jóvenes: Boris, el oficial, hijo de la princesa Ana Mikhailovna; Nicolás, estudiante e hijo mayor de la Condesa; Sonia, sobrina del Conde, jovencita de trece años, y el pequeño Petrucha, el menor de todos ellos, se instalaron en el salón, esforzándose visiblemente en contener, dentro de los límites de la buena educación, la animación y la alegría que aún se reflejaban en cada uno de sus rasgos. Evidentemente, en la habitación contigua, de donde los jóvenes habían salido corriendo con tal calor, las conversaciones eran mucho más divertidas que los cotilleos de la ciudad y del tiempo. De vez en cuando mirábase unos a otros y a duras penas podían contener la risa.

Los dos jóvenes, el estudiante y el oficial, eran de la misma edad, amigos desde muy pequeños, y de arrogante presencia, pero de una belleza muy distinta. Boris era alto, rubio, de facciones finas y regulares y expresión tranquila y correcta. Nicolás no era tan alto, tenía los cabellos rizados y su rostro era absolutamente franco; en el labio superior le apuntaba ya un bozo negro, y de todo él parecía desprenderse la animación y el entusiasmo.

Nicolás ruborizóse en cuanto entró en el salón. Parecía como si quisiera decir algo y no encontrase las palabras justas. Boris, por el contrario, se repuso inmediatamente y contó, tranquilo y bromeando, que conocía a la muñeca Mimí desde niña, cuando tenía aún la nariz entera, que en cinco años había

envejecido mucho y que le habían vaciado el cráneo. Contando todo esto miraba sin cesar a Natacha. Ésta se volvió hacia él, miró a su hermano pequeño, que, con los ojos cerrados, reía conteniendo el estallido de una carcajada, y no pudiendo contenerse más, la muchacha salió del salón tan deprisa como se lo permitían sus ágiles piernas. Boris no reía.

-Me parece que también tú quieres irte, mamá. Necesitas el coche- dijo, dirigiéndose sonriente a su madre.

-Sí, ve y dí que enganchen los caballos- replicó su madre, sonriendo también.

Boris salió lentamente detrás de Natacha.

El chiquillo corpulento corrió furioso tras ellos. Parecía muy disgustado de que le hubiesen estorbado en sus ocupaciones.

IX

Sin contar a la hija mayor de la Condesa, Vera- que tenía cuatro años más que la pequeña y se consideraba un personaje-, y la hija de la visitante, de todo el grupo de jóvenes tan sólo Nicolás y Sonia, la sobrina, quedaron en el salón. Sonia era una jovencita morena, poco desarrollada, de ojos dulces sombreados por unas largas pestañas; una gruesa trenza negra dábale dos vueltas a la cabeza, y la piel de su rostro, sobre todo la del cuello y la de sus desnudos brazos, delgados pero musculados y graciosos, tenía un tono aceitunado. Por la armonía de sus movimientos, la finura y la gracia de sus miembros y sus maneras un poco artificiales y reservadas parecía una gatita no formada aún, pero que, andando el tiempo, llegaría a ser una gata magnífica. Sin duda alguna creía conveniente demostrar con su sonrisa que tomaba parte en la conversación general, pero, a pesar suyo, sus ojos, bajo las largas y espesas pestañas, miraban sin cesar al primo que marchaba a incorporarse al ejército; mirábalo con una adoración tan apasionada que, en muchos momentos, su sonrisa no podía engañar a nadie, y veíase claramente que la gatita no se había recogido en sí misma sino para saltar con mayor violencia y jugar luego con su primo, excelente presa, en cuanto Boris y Natacha hubiesen salido del salón.

-Sí, querida- dijo el viejo Conde dirigiéndose a la visitante y señalando a su hijo Nicolás . Su amigo Boris ha sido nombrado oficial y, por amistad, no quiere separarse de él. Abandona la universidad, me deja solo, a mí, a un viejo, para ingresar en el ejército. Y su nombramiento en la Dirección de Archivos era ya cosa hecha. ¿Es ésta la amistad?- concluyó el Conde, interrogando.

-Dicen que ya ha sido declarada la guerra- replicó la visitante.

-Sí; hace ya mucho tiempo que se dice- repuso el Conde-; se dice, se dice, y eso es todo. Ésta es la amistad, querida- repitió-. Ingresó como húsar.

La visitante bajó la cabeza, no sabiendo qué contestar.

-No es por amistad- dijo Nicolás exaltándose y colocándose a la defensiva, como si hubieran proferido contra él una vergonzosa calumnia-. No por amistad, sino simplemente porque siento la vocación militar.

Volvióse a su prima y a la hija de la visitante; ambas le miraban con aprobación.

-Hoy comerá Schubert con nosotros, el comandante de húsares de Pavlogrado. Se encuentra aquí con permiso y se lo llevará con él. ¡Qué vamos a hacerle!- dijo el Conde encogiéndose de hombros y hablando con indiferencia de este asunto, que le ocasionaba una verdadera pena.

-Ya te he dicho, papá- replicó el oficial-, que si no me dejabais marchar me quedaría. Pero sé muy bien que no sirvo para nada que no sea para el ejército. No soy ni diplomático ni funcionario. No quiero ocultar mis pensamientos- añadió, mirando con la coquetería de los jovencitos que se creen oportunos a Sonia y a la bella joven.

La gatita, con la mirada fija en él, parecía a cada segundo dispuesta a jugar y poner de manifiesto su naturaleza felina.

-Bien. ¡No hablemos más!- dijo el anciano Conde- Siempre se exalta de este modo. El tal Bonaparte se sube a la cabeza de todo el mundo; todos creen ser como él; de teniente a emperador. Que Dios haga... dijo, sin advertir la sonrisa burlona de la visitante.

Los mayores comenzaron a hablar de Bonaparte. Julia, la hija de la princesa Kuraguin, se dirigió al joven Rostov:

-Fue una lástima que el jueves no hubiese usted ido a casa de los Arkharov. Me aburrí mucho sin usted- añadió sonriendo tiernamente.

Él, halagado, se acercó a ella con la coqueta sonrisa de la juventud y comenzó una conversación aparte con Julia, que sonreía y no se daba cuenta de que su sonrisa era una puñalada de celos dirigida al corazón de Sonia, que, ruborizada, se esforzaba en aparentar indiferencia. Pero, en la conversación, la miró. Sonia le lanzó una mirada rencorosa y apasionada y, conteniendo violentamente sus lágrimas, con una sonrisa indiferente en los labios, se levantó y salió de la sala. Desapareció toda la animación de Nicolás. Esperó el primer intervalo en la conversación y, con la inquietud reflejada en el semblante, salió también de la sala en busca de Sonia.

X

Cuando Natacha salió de la sala, corrió hasta el invernadero. Una vez allí, se detuvo y escuchó las conversaciones del salón mientras esperaba a Boris. Comenzaba ya a impacientarse, a patear el suelo y a sentir violentos deseos de llorar porque no aparecía inmediatamente, cuando se oyó el rumor de los pasos, ni premiosos ni rápidos, pero seguros, del joven. Natacha echó a correr entonces y se escondió tras los arbustos.

Boris se detuvo en el centro del invernadero. Con la mano se sacudió el polvo del uniforme. Acercóse luego al espejo y contempló en él su arrogante figura. Natacha le miraba desde su escondite, observando todos sus movimientos. Boris paróse aún un momento ante el espejo, sonrió y se dirigió a la puerta. Natacha intentó llamarle, pero se detuvo. «Que me busque», pensó. En cuanto Boris hubo salido, Sonia entró corriendo por el lado opuesto, sofocada y murmurando palabras de rabia a través de sus lágrimas. Natacha reprimió el impulso de correr hacia ella y no se movió de su escondite, observando todo lo que sucedía en torno suyo. Experimentaba con ello un desconocido y particular placer. Sonia musitaba algo, con la mirada fija en la puerta del salón. Por ésta apareció Nicolás.

-¿Qué tienes, Sonia? ¿Qué te ocurre?- le preguntó Nicolás acercándose a ella.

-Nada, nada. Déjame- sollozó Sonia.

-No, ya sé lo que tienes.

Pues si lo sabes, déjame.

--Sonia, escúchame. ¿Por qué hemos de martirizarnos por una tontería? preguntó Nicolás cogiéndole las manos.

Sonia las abandonó entre las suyas y dejó de llorar.

Natacha, inmóvil, conteniendo la respiración, con los ojos brillantes, miraba desde su escondite. «¿Qué ocurrirá ahora?», pensaba.

-Sonia, el mundo no significa nada para mí. Tú lo eres todo- dijo Nicolás-. Te lo demostraré.

No me gusta que hables de este modo.

-Como quieras. Perdóname, Sonia.

Y, acercándola a sí, la besó.

«¡Qué lindo!», pensó Natacha. Y cuando se hubieron alejado del invernadero, salió también y llamó a Boris.

Boris, ven aquí dijo dándose importancia y con un brillo pícaro en los ojos-. He de decirte algo. Por aquí, por aquí- y atravesando el invernadero lo condujo hasta su reciente escondite. Boris la seguía, sonriendo.

-¿Qué es?- preguntó.

Natacha se turbó un poco. Miró en torno suyo y, viendo a la muñeca entre las plantas, la cogió.

-Dale un beso a la muñeca- dijo.

Boris, con una tierna mirada de extrañeza, contempló su animado rostro y no contestó.

-¿No quieres...? Pues ven aquí.

Y, acomodándose entre los cajones, tiró la muñeca.

-Más cerca, más cerca- murmuraba.

Cogió el brazo del oficial. En su rostro enrojecido leíase la emoción y el miedo.

-¿Y no quieres dármelo a mí?- susurró en voz muy baja, mirando al suelo, llorando y sonriendo a la vez a causa de la emoción contenida.

Boris se ruborizó.

-¡Qué extraña eres!- dijo inclinándose hacia ella, ruborizándose todavía más, pero sin atreverse a nada y esperando.

Natacha saltó sobre un macetero, de modo que su rostro quedase a la altura del de Boris. Abrazándolo con sus brazos delgados y desnudos en torno al cuello, lanzó hacia atrás sus cabellos con un movimiento de cabeza y le besó en los labios.

Se deslizó por el lado opuesto del macetero, bajó la cabeza y se detuvo ante Boris.

-Natacha- dijo éste-. Ya sabes que te quiero, pero...

-¿Estás enamorado de mí?- le interrumpió Natacha.

-Sí, pero te ruego que no volvamos a hacer nunca más esto que hemos hecho ahora... Aún nos faltan cuatro años... Entonces te pediré a tus padres...

Natacha reflexionó.

-Trece, catorce, quince, dieciséis...- dijo, contando con sus ahusados dedos . Está bien. De acuerdo.

Y una sonrisa alegre y confiada iluminó su radiante fisonomía.

-De acuerdo- repitió Boris.

-¿Para siempre?- añadió ella-. ¿Hasta la muerte?

Y ofreciéndole el brazo, con el rostro resplandeciente de felicidad, abandonaron lentamente el invernadero.

XI

Hijo mío- dijo la princesa Mikhailovna a Boris cuando el coche de la condesa Rostov, que les conducía, atravesó la calle cubierta de paja y entró en el amplio patio del conde Cirilo Vladimirovitch Bezukhov-, hijo mío, sé amable y escucha con complacencia. El conde Cirilo Vladimirovitch es tu padrino. De él depende tu carrera. Acuérdate, hijo mío. Sé tan amable como puedas, como sepas serlo- terminó la madre, sacando la mano de debajo de su apolillada capa y apoyándola, con tierno y tímido ademán, sobre el brazo de su hijo.

A pesar de que al pie de la escalera encontrábase un coche, el criado examinó de arriba abajo a la madre y al hijo, que, sin hacerse anunciar, entraban directamente en el vestíbulo encristalado, entre dos hileras de estatuas colocadas en hornacinas, y mirando la ajada capa de la madre con aire de importancia les preguntó qué deseaban y a quién querían ver, a las Princesas o al Conde. Al responderle que al Conde, dijo que aquel día Su Excelencia se encontraba peor y que no recibiría a nadie.

-Ya podemos marcharnos, entonces- dijo el hijo en francés.

-Hijo mío- dijo la madre, suplicante, apoyando de nuevo su mano sobre el brazo de su hijo; como si este contacto pudiera calmarlo o excitarlo, Boris calló y, sin quitarse el abrigo, miró a su madre interrogadoramente.

-Amigo mío- dijo con voz dulce Ana Mikhailovna dirigiéndose al criado-, sé que el conde Cirilo Vladimirovitch está muy enfermo... Por esto hemos venido. Soy parienta suya... No molestaré a nadie... Pero he de ver al príncipe Basilio. Sé que está aquí. Anúncienos, por favor.

El criado tiró del cordón de la campanilla y se volvió con rostro adusto.

La princesa Drubetzkaia desea ver al príncipe Basilio Sergeievitch- gritó al criado de casaca, medias y zapatos que estaba en lo alto de la escalera.

La madre se arregló tan bien como pudo su vestido de seda teñida, se miró en un espejo de Venecia que había en la pared y, resuelta, con sus toscos

zapatos, emprendió el alfombrado camino de la escalera.

Hijo mío, me lo has prometido dijo a su hijo, tocándole de nuevo el brazo. Boris continuaba dócilmente mirando al suelo.

Entraron en una sala, una de cuyas puertas daba a las habitaciones del príncipe Basilio.

Mientras la madre y el hijo, parados en medio de la sala, se dirigían a un criado que se levantó del rincón en que se hallaba sentado, para preguntarle el camino, giró el pomo metálico de una de las puertas y el príncipe Basilio, con un batín de terciopelo acolchado y luciendo una sola condecoración, salió, despidiendo a un caballero de cabellos grises y de buen aspecto.

Este caballero era el célebre doctor Lorrain, de San Petersburgo.

Así, ¿todo es inútil?-preguntó el Príncipe.

-Príncipe, errare humanum est. No obstante...- respondió el doctor con voz nasal y pronunciando estas palabras latinas con acento francés.

-Muy bien... Muy bien...

Al percatarse de la presencia de Ana Mikhailovna y de su hijo, el príncipe Basilio despidió al doctor con un saludo y, silenciosamente pero con aire interrogador, se acercó a los recién llegados. El hijo se dio cuenta de que los ojos de su madre expresaban espontáneamente un dolor profundo, y sin querer sonrió imperceptiblemente.

-En qué momentos más tristes nos volvemos a ver, Príncipe. ¿Y nuestro querido enfermo?- preguntó, como si no se diera cuenta de la mirada fría y molesta de que era objeto.

El príncipe Basilio la miró interrogadoramente, y después a Boris. Éste saludó correctamente. Sin devolverle el saludo, el príncipe Basilio se volvió a Ana Mikhailovna y respondió a su pregunta con un movimiento de cabeza y de labios que quería decir: «Pocas esperanzas.»

-¿De veras?- exclamó Ana Mikhailovna-. ¡Ah! ¡Es terrible! Horroriza pensarlo. Es mi hijo- añadió señalando a Boris-. Quería darle a usted las gracias personalmente.

De nuevo Boris se inclinó con gentileza.

-Créame, Príncipe; el corazón de una madre no olvidará nunca lo que ha hecho usted por nosotros.

-Estoy muy contento de haber podido servirla, mi querida Ana Mikhailovna- dijo el príncipe Basilio, componiéndose el lazo de la corbata y mostrando con el ademán y con la voz que en Moscú, ante su protegida Ana

Mikhailovna, su importancia era mucho más grande que en San Petersburgo en la velada de Ana Scherer.

Procure cumplir con su deber y hacerse digno de su nombramiento- añadió dirigiéndose severamente a Boris-. Me sentiré muy satisfecho de ello. ¿Se encuentra usted aquí con permiso?- preguntó con tono indiferente.

-Excelencia, estoy aguardando la orden de incorporarme a mi destino- repuso Boris sin mostrarse molesto por el tono rudo del Príncipe ni tampoco deseoso de entrar en conversación, pero sí tan respetuoso y tranquilo que el Príncipe le miró fijamente.

-¿Vive usted con su madre?

-Vivo en casa de la condesa Rostov- dijo Boris, añadiendo un nuevo «Excelencia».

-Es Ilia Rostov, casado con Natalia Chinchina- dijo Ana Mikhailovna.

-Lo sé, lo sé- repuso el Príncipe con su voz monótona-. No he podido comprender nunca cómo Natalia se decidió a casarse con ese oso malcriado, una persona absolutamente estúpida y ridícula. Según dicen, un jugador.

-Pero muy buen hombre, Príncipe- replicó Ana Mikhailovna sonriendo discretamente, como si quisiera dar a entender que el conde Rostov merecía esta opinión pero que, a pesar de todo, quería ser indulgente con aquel pobre viejo-. ¿Que dicen los médicos?- preguntó después de un breve silencio. Y su lacrimoso rostro expresó de nuevo una pena profunda.

-Pocas esperanzas- contestó el Príncipe.

-Y tanto como me hubiera gustado agradecer a mi tío por última vez sus bondades para conmigo y para con Boris. Es su ahijado- añadió con tono como si esta noticia hubiese de alegrar extraordinariamente al príncipe Basilio.

El Príncipe reflexionó y frunció el entrecejo. Ana Mikhailovna comprendió que temía encontrarse con una rival en el testamento del conde Bezukhov, e inmediatamente se apresuró a tranquilizarle.

-Quiero mucho, y estoy muy agradecida, a «mi tío»- dijo con tono confiado y negligente-. Conozco muy bien su noble y recto carácter. Pero si las Princesas quedan solas... Todavía son jóvenes... Inclino la cabeza y añadió en voz baja:- ¿Ya se ha preparado, Príncipe? Estos últimos momentos son preciosos. No le haría daño alguno, pero, si está tan mal, debe prepararse. Príncipe, nosotras, las mujeres...- sonrió tiernamente-, sabemos decir mejor estas cosas. Será preferible que yo le vea, por mucha pena que pueda producirme. Pero ya estoy hecha al sufrimiento.

El Príncipe comprendió que le sería muy difícil deshacerse de Ana

Mikhailovna.

-Pero mi querida Ana Mikhailovna, ¿no cree usted que esta entrevista había de serle muy penosa?- dijo-. Esperemos a la noche. El doctor prevé una crisis.

-No podemos esperar ese momento, Príncipe. Piense usted que va en ello la salvación de su alma. ¡Ah, ah! ¡Qué terribles son los deberes del cristiano!

Ana Mikhailovna se quitó los guantes y, con la actitud de un vencedor, se instaló en una butaca e invitó al Príncipe a que se sentara a su lado.

-Boris- dijo a su hijo con una sonrisa-, yo entraré a ver a mi tío, y tú, hijo mío, mientras tanto, sube a ver a Pedro y acuérdate de transmitirle la invitación de Rostov. Le invitan a comer. Supongo que no deberá ir, ¿verdad?- le preguntó al Príncipe.

-Al contrario- dijo el Príncipe, que se había malhumorado visiblemente-. Le agradeceré mucho que me saquen a ese hombre de casa. Está aquí. El Conde no le ha llamado ni una sola vez.

Se encogió de hombros. El criado acompañó a Boris al vestíbulo y le condujo al piso superior, a las habitaciones de Pedro Cirilovitch, por otra escalera.

XII

Pedro todavía no había sabido escoger una carrera en San Petersburgo, y, en efecto, había sido desterrado a Moscú por su carácter alocado. La historia contada en casa de la condesa Rostov era totalmente exacta. Pedro había tomado parte en la anécdota del policía y del oso. Hacía pocos días que había llegado y, como de costumbre, se había instalado en casa de su padre.

Al día siguiente llegó el príncipe Basilio y se hospedó en casa del Conde. Llamó a Pedro y le dijo:

Amigo mío, si aquí se comporta usted tan mal como en San Petersburgo, acabará usted muy mal. Esto es cuanto tengo que decirle. El Conde está muy enfermo. No tiene usted que verle para nada.

Después de esto, nadie se había ocupado de Pedro, y éste se pasaba todo el día en su habitación del piso superior.

Cuando Boris entró en ella, Pedro se paseaba de un lado a otro. Al ver a aquel joven oficial, elegante y bien plantado, se detuvo. Pedro había dejado a Boris cuando éste tenía catorce años, y ahora no lo recordaba. No obstante,

con su espontaneidad particular y sus maneras acogedoras, le estrechó la mano y le sonrió amistosamente.

-¿Se acuerda usted de mí?- preguntó Boris tranquilamente, con una amable sonrisa-. He venido con mi madre a casa del Conde, que dicen no se encuentra bien.

-Sí. Parece que está muy enfermo. No le dejan tranquilo- replicó Pedro, tratando de recordar quién era aquel joven.

Boris vio que Pedro no le reconocía, pero no creyó necesario presentarse, y, sin experimentar la más pequeña turbación, le miró fijamente.

-El conde Rostov le invita a usted a comer hoy en su casa- dijo después de un silencio bastante largo y enojoso para Pedro.

-¡Ah, el conde Rostov!- dijo alegremente Pedro-Así, pues, ¿es usted su hijo Ilia? No le había reconocido en el primer momento. ¿No se acuerda usted de aquella excursión que hicimos a la Montaña de los Pájaros, con madame Jacquot, hace tanto tiempo?

-Se equivoca usted- dijo lentamente Boris, con una risa atrevida y un tanto burlona-. Soy Boris, el hijo de la princesa Drubetzkaia. El viejo Rostov se llama Ilia, y Nicolás su hijo. No conozco a ninguna madame Jacquot. Pedro movió las manos y la cabeza, como si se encontrase en el centro de una nube de mosquitos o un enjambre de abejas.

-¡Dios mío! ¡Todo lo enredo! Tengo tantos parientes en Moscú... Usted es Boris, en efecto. ¡Vaya! ¡Al fin nos hemos entendido! ¿Qué me cuenta de la expedición de Boulogne? Los ingleses se verían en peligro si Napoleón atravesase el Canal. A mí me parece una expedición muy posible, siempre y cuando Villeneuve no haga disparates.

Boris no sabía nada de la expedición de Boulogne. No leía los periódicos y era la primera vez que oía el nombre de Villeneuve.

-Aquí en Moscú la gente se preocupa más del cotilleo y de los banquetes que de la política- dijo con su tono tranquilo y burlón-. No sé nada de lo que usted me cuenta, ni jamás he pensado en ello. En Moscú la gente sólo se preocupa de las murmuraciones- añadió-. Ahora solamente se habla del Conde y de usted.

Pedro sonrió con aquella sonrisa suya tan bondadosa, como si temiese que su interlocutor dijera algo de que hubiera de arrepentirse. Pero Boris hablaba limpia, clara y secamente, mirando a Pedro a los ojos.

-En Moscú no puede hacerse otra cosa que murmurar- continuó-. Todos se preguntan a quién dejará el Conde su fortuna, aun cuando pueda vivir más tiempo que todos nosotros, lo que yo, lealmente, deseo de todo corazón.

-Sí, todo esto es muy lamentable, muy lamentable- dijo Pedro.

Éste temía que el oficial se complicase inconscientemente en una conversación que incluso para él hubiera sido embarazosa.

Y usted debe pensar dijo Boris, enrojeciendo un poco, pero sin cambiar el tono de voz- que todos se preocupan tan sólo por saber si este hombre rico les dejará alguna cosa.

«Vaya por Dios», pensó Pedro.

-Yo, para evitar malentendidos, quiero decirle que se engañarían por completo si entre estas personas se contara a mi madre y a mí. Somos muy pobres, pero precisamente porque su padre es tan rico no me considero pariente suyo, y ni mi madre ni yo pediremos ni aceptaremos nada suyo.

Pedro tardó mucho en comprender, pero cuando vio de lo que se trataba se levantó del diván, cogió la mano de Boris y con su brusquedad un poco tosca, enrojeciendo más que Boris, comenzó a hablar, avergonzado y despechado.

-Es muy extraño todo esto. Por ventura yo... Pero quién podía pensar... Sé muy bien...

Pero Boris no le dejó concluir y dijo:

-Estoy contento por haberlo dicho todo. Quizá todo esto es desagradable para usted, pero, perdóneme- dijo tranquilizando a Pedro, en lugar de ser tranquilizado por él ; debo suponer que no le he molestado. Acostumbro hablar con toda franqueza. ¿Qué he de contestar? ¿Irá usted a comer a casa de los Rostov?

Y, visiblemente aliviado de un deber penoso, se sintió liberado de una situación enojosa y se dulcificó completamente.

No; escuche- dijo Pedro serenándose-. Es usted un hombre sorprendente. Esto que acaba de decirme está muy bien. Naturalmente, usted no me conoce. Hacía mucho tiempo que no nos habíamos visto. Éramos niños todavía. ¿Qué puede usted suponer de mí? Le comprendo muy bien, le comprendo muy bien. Yo no lo habría hecho. No tendría valor para hacerlo. Pero está muy bien. Me siento muy contento por haber reanudado su conocimiento. Pero es extraño que suponga esto de mí- añadió sonriendo, después de una pausa-. Bien. Ya nos iremos conociendo, si usted no tiene inconveniente en ello- y estrechó la mano de Boris-. No sé si lo sabe, pero no he entrado a ver una sola vez al Conde. Tampoco él me ha llamado. Lo compadezco..., pero ¿qué quiere usted que haga?

-¿Y cree usted que Napoleón podrá trasladar su ejército?- preguntó Boris sonriendo.

Pedro comprendió que quería cambiar de conversación, y, como también él lo deseaba, comenzó a enumerar las ventajas y desventajas de la expedición de Boulogne. Un criado llegó en busca de Boris, de parte de la Princesa. Ésta se iba. Pedro prometió asistir a la comida, e inmediatamente, para unirse más a Boris, le estrechó fuertemente la mano, mirándole con ternura a los ojos por debajo de los lentes.

Una vez se hubieron marchado, Pedro se paseó aún un buen rato por su habitación. Pero ya no atravesaba con la imaginaria espada al enemigo invisible, y sonreía al recuerdo de aquel joven simpático, inteligente y resuelto. Como siempre ocurre en la primera juventud, y más aún cuando se vive aislado, experimentaba una injustificada ternura por aquel muchacho, prometiéndose firmemente ser su amigo.

El príncipe Basilio acompañaba a la Princesa, que no separaba el pañuelo de los ojos. Las lágrimas resbalaban por su semblante.

-Es terrible- dijo-, pero, ocurra lo que ocurra, cumpliré con mi obligación. Vendré a velarle esta noche. No puede dejársele de esta manera. Los momentos son preciosos. No comprendo qué esperan las Princesas. Quizá Dios me ayude a encontrar la forma de prepararle. Adiós, Príncipe. Que Dios le ayude.

-Adiós, querida- repuso el príncipe Basilio retirándose.

-¡Ah! Está en una situación horrible- dijo la madre al hijo al instalarse en el coche . Apenas conoce a nadie.

-Mamá, no comprendo cuáles son las relaciones del Conde con Pedro- dijo Boris.

-El testamento lo pondrá en claro, hijo mío. Del testamento depende también nuestra suerte.

-Pero ¿por qué crees que nos va a dejar algo?

-¡Ah, hijo mío! ¡Él es tan rico, y nosotros tan pobres!

-Pero, mamá, esto no me parece una razón suficiente.

-¡Ah, Dios mío, Dios mío! ¡Qué enfermo está!

XIII

La Condesa Rostov, sus hijas y un gran número de invitados se encontraban en la sala. El Conde acompañaba a los caballeros a su gabinete

con objeto de enseñarles su magnífica colección de pipas turcas.

En aquella habitación llena de humo hablábase de la guerra, anunciada ya por un manifiesto, y de la orden de incorporación a filas.

El Conde se hallaba sentado en una otomana, al lado de dos fumadores.

Uno de los interlocutores no era militar, tenía la cara arrugada, biliosa, afeitada y enjuta; era casi un anciano y vestía como el más elegante joven. Se había acomodado con las piernas sobre la otomana, como un huésped muy familiar, y con el ámbar de la pipa hundido profundamente en la boca, pegado a una de las comisuras, aspiraba ruidosamente el humo entornando los ojos. Era Chinchin, primo hermano de la Condesa, una mala lengua, como se decía de él en los salones de Moscú. Cuando hablaba parecía conferir un honor extraordinario a su interlocutor.

El otro era oficial de la guardia, de fresco y rosado rostro, irreprochablemente acicalado; tenía abotonado por completo el uniforme y se había peinado cuidadosamente. Fumaba con la boquilla de ámbar colocada justamente en el centro de la boca, y con los labios, rojos apenas, ni aspiraba el humo, que dejaba escapar en pequeños círculos. Era el teniente Berg, oficial del regimiento de Semenovsky, el mismo al que había de incorporarse Boris, objeto de la ironía de Natacha para con Vera considerándolo su prometido. El Conde hallábase sentado entre los dos y escuchaba atentamente. Después del juego del boston, la ocupación predilecta del Conde era actuar de oyente, sobre todo cuando podía enfrentar a dos conversadores.

Los demás invitados, viendo que Chinchin dirigía la conversación, se acercaron a él para escuchar. Berg, no dándose cuenta de la burla ni de la indiferencia, continuaba explicando cómo solamente por el hecho de pasar a la Guardia había avanzado un grado a sus compañeros de cuerpo porque durante la guerra podían matar al jefe de la compañía y, siendo él el de más edad, podía ser nombrado jefe muy fácilmente, ya que todos le querían en el regimiento y su padre se sentía muy satisfecho de ello. Berg encontraba un verdadero placer en contar todo esto, y parecía que no sospechase siquiera que los demás hombres pudiesen tener intereses particulares. Pero todo lo que contaba era tan encantador, tan moderado, la inocencia de su joven egoísmo era tan evidente, que desarmaba a los que le escuchaban.

-Bien, amigo mío, sea en caballería o en infantería, irá usted muy lejos. Se lo digo yo- dijo Chinchin dándole unas palmaditas en la espalda y bajando las piernas de la otomana.

Berg esbozó una sonrisa de felicidad. El Conde, y tras él los invitados, se dirigían a la sala.

Pedro había llegado un momento antes de comer y se había sentado en

medio de la sala, en la primera silla que encontró. Sin darse cuenta, cerraba el paso a los demás. La Condesa quería hacerle hablar, pero él, ingenuamente, miraba en torno suyo a través de los lentes, como si buscara a alguien, respondiendo con monosílabos a todas las preguntas de la Condesa. Estorbaba, y era el único que no se daba cuenta. La mayoría de los invitados, que conocían la anécdota del oso, contemplaban a aquel muchacho dulce, alto y fornido, y se extrañaban de encontrarlo tan pesado y molesto para ser el autor de una broma como aquélla.

-¿Hace poco que ha llegado usted?- le preguntó la Condesa.

-Sí, señora- respondió, mirando en torno suyo.

-¿No ha visto todavía a mi marido?

-No, señora- y sonrió estúpidamente.

-Creo que no hace mucho se encontraba usted en París. ¿No es cierto? Debe de ser muy interesante.

La Condesa miró a Ana Mikhailovna, que comprendió se le pedía entretuviese a aquel joven, y ésta, sentándose a su lado, comenzó a hablarle de su padre. Pero, lo mismo que a la Condesa, no se le respondió sino con monosílabos. Los convidados hablaban entre sí: «Los Razomovski... Ha sido delicioso... ¡Oh, es usted muy amable...! La condesa Apraksin...», oíase por doquier. La Condesa se levantó y se acercó a la puerta

-María Dimitrievna- dijo desde allí.

-La misma- respondió una recia voz femenina, e inmediatamente María Dimitrievna entró en la sala.

Todas las jóvenes, e incluso las damas, exceptuando a las más viejas, se levantaron.

María Dimitrievna se detuvo en el umbral de la puerta, levantó la cincuentenaria cabeza, adornada con bucles grises, y contempló a los invitados. Después, inclinándose, comenzó a arreglarse lentamente las amplias mangas del vestido. María Dimitrievna hablaba siempre en ruso.

-Mis más cordiales felicitaciones a la querida amiga a quien homenajeamos y a sus hijos dijo con su voz fuerte, grave, que ahogaba todos los demás sonidos-Viejo pecador- dijo al Conde, que le besaba la mano-, me parece que te fatigas en Moscú, donde no hay cacerías que celebrar. Pero ¡qué le vamos a hacer! Cuando estos pájaros crecen- dijo señalando a las chicas-, tanto si quieres como no, has de buscarles prometido. Y bien, querido cosaco-María Dimitrievna siempre llamaba así a Natacha; y al decirlo acariciaba la mano de la joven, que se había acercado alegremente y sin miedo-. Ya sé que eres un duendecillo, pero me gustas.

Sacó de su enorme bolsillo unos pendientes en forma de pera, se los dio a Natacha, que enrojeció de gozo, y, volviéndose, se dirigió inmediatamente a Pedro.

-¡Eh!, ven aquí, querido- dijo con una voz que se esforzaba en ser dulce y amable-, ven aquí.- Y con severa actitud se recogió un poco más las mangas.

Pedro fue hacia ella, mirándola con inocencia a través de los lentes.

Acércate, hombre, acércate. Incluso a tu propio padre, cuando era poderoso, era yo quien le decía las verdades. Y Dios me pide que te las diga a ti.

Calló. Todos callaron, esperando lo que iba a suceder, porque comprendían que aquello no era nada más que la introducción.

-He aquí un valiente muchacho. No hay nada que decir de él. El padre agonizando y él divirtiéndose. Ata a un policía a la espalda de un oso. Una vergüenza, amigo mío, una vergüenza. Era preferible ir a la guerra.- Se volvió y dio la mano al Conde, que no sabía que hacer para aguantar la risa-. Me parece que ya debe de ser hora de sentarnos a la mesa.

Ella y el Conde pasaron delante, seguidos de la Condesa, a la que daba el brazo un coronel de húsares, un hombre muy útil, a cuyo regimiento había de incorporarse Nicolás. Chinchin daba el brazo a Ana Mikhailovna, Berg a Vera y Nicolás a la sonriente Julia Kuraguin. Tras ellos siguieron los restantes grupos, que se diseminaron por el comedor, y por último, separados, los chicos, las institutrices y los preceptores. Comenzaron a moverse los criados; se sintió ruido de sillas y en la galería superior comenzó a sonar la música, a cuyos acordes se sentaron los invitados. Con el sonido de la música se mezcló el de los cuchillos y los tenedores, el murmullo de las conversaciones de los invitados y el rumor de los pasos discretos de la servidumbre. La Condesa se sentaba a uno de los extremos de la mesa. Tenía a su derecha a María Dimitrievna y a su izquierda a Ana Mikhailovna y a las demás invitadas. En el otro extremo, el Conde había sentado a su izquierda al coronel de húsares y a su derecha a Chinchin y al resto de los invitados. A un lado de la larga mesa se habían acomodado los jóvenes de más edad: Vera, al lado de Berg, y Pedro, al de Boris. En el otro lado, los niños, las institutrices y los preceptores. El Conde, por detrás de la cristalería y de los fruteros, miraba a su mujer y su cofia de cintas azules. Atentamente, servía el vino a los invitados, sin olvidarse de sí misma. La Condesa, por su parte, sin descuidar los deberes de ama de casa, dirigió, tras las piñas de América, una digna mirada a su marido, al despejado cráneo y a su encendido rostro, y le pareció que todavía éste contrastaba más con sus cabellos grises. Por el lado de las mujeres, la conversación era regular, y por el lado de los hombres oíanse voces cada vez más altas, sobre todo la del coronel de húsares, que, gracias a lo que había

comido y bebido, enrojecía de tal modo que el Conde lo ponía de ejemplo a los demás. Berg, con una tierna sonrisa, decía a Vera que el amor no es un sentimiento terrestre, sino celestial. Boris enumeraba a su nuevo amigo Pedro los invitados que se hallaban en torno a la mesa, y cambiaba miradas con Natacha, sentada ante él. Pedro hablaba poco; contemplaba las caras nuevas y comía mucho. Después de los dos primeros platos, entre los cuales eligió la sopa de tortuga y los pasteles de perdiz, no pasó por alto ni un solo manjar, ni uno solo de los vinos que el maitre le servía con las botellas envueltas en una servilleta y que misteriosamente, tras el hombro del invitado, decía: «Madera seco», o «Hungría», o «Vino del Rin». Cogió la primera de las cuatro copas de cristal colocadas ante cada cubierto, que tenía grabado el escudo del Conde, bebió con fruición y después miró a los demás con creciente satisfacción. Natacha, sentada ante él, miraba a Boris de la forma en que las muchachas de trece años miran al joven a quien han besado por primera vez y de quien están enamoradas. A veces dirigía esta misma mirada a Pedro, quien, ante esta chiquilla turbulenta y vivaz, sin saber por qué, sintió ganas de reír.

Nicolás estaba sentado lejos de Sonia, al lado de Julia Kuraguin, y también, con su involuntaria sonrisa, le decía algo. Sonia se esforzaba en sonreír, pero la devoraban los celos. Tan pronto palidecía como se ponía encarnada como la grana, y poniendo en acción todos sus sentidos procuraba escuchar lo que se decían Nicolás y Julia.

XIV

La servidumbre preparaba las mesas de juego. Se organizaron las partidas de boston y los invitados se diseminaron por los dos salones, el invernadero y la biblioteca.

El Conde, con la baraja en la mano, apenas podía sostenerse, porque tenía la costumbre de dormir la siesta, y sonreía a todo. Los jóvenes, conducidos por la Condesa, se agruparon en torno al clavecín y el arpa. Julia, accediendo a la petición general, comenzó el concierto con una variación de arpa, y al terminar, con las demás muchachas, pidió a Natacha y a Nicolás, cuyo talento musical era muy conocido, cantasen algo. Natacha, que se hacía rogar como si fuera una persona mayor, sentíase muy orgullosa de ello, pero también un poco cohibida.

-¿Qué cantaremos?- preguntó.

-«La fuente»- repuso Nicolás.

-Pues empecemos. Boris, ven aquí. ¿Dónde se ha metido Sonia?

Se volvió y, no viendo a su amiga, corrió en su busca. No encontrándola en su habitación, fue a buscarla a la de los niños. Tampoco estaba allí. Entonces Natacha comprendió que Sonia debía de estar en el pasillo, sentada sobre el arca. Éste era el lugar de dolor de la juventud femenina de casa de los Rostov. En efecto, Sonia, arrugando su ligera falda de muselina rosa, estaba sentada sobre el edredón azul y deslucido que se hallaba sobre el arca, y con la cara entre las manos lloraba, sacudiendo convulsivamente los tiernos hombros desnudos. La cara de Natacha, animada por la alegría de un día de fiesta, se ensombreció de pronto. Sus ojos perdieron su resplandor; experimentó en el cuello un estremecimiento y las comisuras de sus labios se inclinaron hacia abajo.

-Sonia, ¿qué tienes? Dime, ¿qué tienes? Por favor- y Natacha, abriendo la boca y afeándose completamente, lloró como una niña, sin saber por qué, únicamente porque Sonia lloraba. Ésta quería levantar la cabeza, quería responder, pero no lo lograba y aún se escondía más. Natacha, con el rostro cubierto de lágrimas, se sentó sobre el edredón azul y besó a su amiga. Finalmente, Sonia, haciendo acopio de fuerzas, se levantó y, enjugándose las lágrimas, dijo:

-Nicolás se va dentro de una semana. Ya... ha recibido la orden... Él mismo me lo ha dicho. Pero no lloraría por esto.- Le enseñó un papel escrito que tenía en la mano, con unos versos de Nicolás-. No lloraría por esto, pero tú no sabes... Nadie puede comprender... el corazón que tiene...- Y a causa de la bondad de su corazón lloró de nuevo-. Tú..., tú eres feliz. No te envidio por esto. Te quiero y también quiero mucho a Boris- dijo recobrando fuerzas-. Para vosotros no habrá ninguna dificultad. Pero Nicolás y yo somos primos. Será necesario que el metropolitano... Y, a pesar de todo, no podrá ser. Además, mi mamá...- Sonia consideraba a la Condesa como una madre y la nombraba siempre así-. Dirá que estropeo la carrera de Nicolás, que soy una egoísta, que no he tenido corazón, y la verdad... Te lo juro- se santiguó;- quiero tanto a mamá y a todos vosotros... Pero, ¿qué le he hecho a Vera...? Os estoy tan agradecida que con gusto lo sacrificaría todo. Pero no tengo nada.

Sonia no podía hablar y de nuevo escondió la cara entre las manos, sobre el edredón. Natacha intentó tranquilizarla, pero por la expresión de su semblante veíase claramente que comprendía la magnitud del dolor de su amiga.

-Sonia- dijo de pronto, como si adivinase la verdadera causa de la pena de su prima-, después de comer te ha hablado Vera, ¿no es cierto?

-Sí. Nicolás ha escrito estos versos y yo los he copiado con otros que tenía suyos. Me encontró así, escribiendo sobre la mesa de mi habitación, y me ha dicho que se los enseñaría a mamá, diciéndome, además, que soy una ingrata, que mamá no le dejará nunca casarse conmigo y que se casará con Julia. Ya

has visto que durante todo el día no se ha apartado de su lado... ¿Y por qué, Natacha?- Lloró más fuertemente que antes. Natacha le levantó la cabeza, la besó y, sonriendo a través de las lágrimas, se esforzó en tranquilizarla.

-No hagas caso, Sonia. No creas nada de lo que dice. Sucederá lo que tenga que suceder. Aquí tienes al hermano del tío Chinchin, casado con una prima hermana. También nosotros procedemos de primos. Boris dice que es muy fácil. Yo, ¿sabes?, se lo he contado todo. ¡Es tan inteligente y tan bueno!- dijo Natacha-. No llores más, Sonia, pobrecita- y la besó riendo-. Vera es mala. Que Dios haga que sea bondadosa. Todo irá bien. Ya verás como mamá no dice nada. Nicolás mismo se lo dirá. Y estate segura de que no piensa nada en Julia.

Bajó la cabeza. Sonia se levantó; se animó la gatita, le brillaron los ojos y parecía como si estuviera dispuesta a mover la cola, a saltar con sus ligeras patas y a correr de nuevo persiguiendo el ovillo.

XV

Mientras en el salón de los Rostov se bailaba la sexta inglesa al son de una orquesta que desafinaba debido al cansancio de los músicos, y mientras los criados preparaban la cena, el conde Bezukhov sufría el sexto ataque. Declararon los médicos que no había ya ninguna esperanza. Se leyeron al enfermo las oraciones de la confesión. Comulgó y se hicieron los preparativos para la extremaunción. Toda la casa estaba presa de la agitación que se produce en tales momentos. Fuera de ella, los agentes de pompas fúnebres se escondían detrás de los coches que llegaban, con la esperanza de una ceremonia de primera.

Ira, general y gobernador de Moscú, a cuyos ayudantes enviaba uno tras otro a informarse del estado de salud del Conde, fue aquella noche en persona a despedirse del célebre dignatario de Catalina, el conde Bezukhov.

El magnífico recibidor estaba lleno. Todos se levantaron respetuosamente cuando el gobernador, después de pasar media hora a solas con el enfermo, salió de la alcoba, respondiendo apenas a los saludos y procurando pasar lo más aprisa posible ante las miradas, fijas en él, de médicos, sacerdotes y parientes. El príncipe Basilio, amarillo y adelgazado después de aquellos días de agonía, acompañaba al gobernador y en voz baja le repetía frecuentemente la misma cosa.

Después el príncipe Basilio se sentó a solas en un rincón de la sala, con las piernas cruzadas, apoyando el codo en la rodilla y tapándose los ojos con la

mano. Así estuvo un buen rato. Luego se levantó y, con paso rápido, dirigiendo en torno suyo una mirada temerosa, atravesó un largo pasillo y se dirigió a las habitaciones de la Princesa, situada al otro extremo de la casa.

Entre tanto, el coche de Pedro, a quien se había mandado a buscar, entraba en el patio. Cuando las ruedas rodaron silenciosas sobre la paja extendida bajo las ventanas del palacio, Ana Mikhailovna dirigió a su compañero consoladoras palabras y, dándose cuenta que el hombre se había dormido durante el trayecto, lo despertó.

Una vez despierto, Pedro bajó del coche tras Ana Mikhailovna y pensó entonces en la entrevista que iba a celebrar con su padre agonizante. Se dio cuenta de que había descendido no ante la puerta principal, sino ante otra. En el momento de poner el pie en el suelo, dos hombres se deslizaron apresuradamente de la puerta y se escurrieron a la sombra del muro. Parándose, Pedro se fijó que a la sombra de la casa, a uno y otro lado, había otros hombres como aquellos. Pero ni Ana Mikhailovna, ni el criado, ni el cochero se habían fijado en ellos. «No hay remedio», se dijo Pedro. Y siguió a Ana Mikhailovna.

Ésta subía la escalera, débilmente iluminada, a grandes zancadas. Llamó a Pedro que subía tras ella y que, no comprendiendo por qué era necesario ver al Conde y mucho menos subir por las escaleras de servicio, deducía, por la decisión y prisa de Ana Mikhailovna, que todo aquello debía de ser necesario. A mitad de la escalera, unos hombres que descendían con cubos estuvieron a punto de hacerlos caer. Les dejaron paso y no demostraron la menor extrañeza por encontrarlos en aquel camino.

-¿Está aquí la habitación de las Princesas?- preguntó Ana Mikhailovna a uno de ellos.

-La puerta de la izquierda, señora- repuso el criado con voz fuerte y atrevida, como si desde aquel momento le estuviese permitido todo.

-Quizás el Conde no me haya llamado- dijo Pedro en cuanto llegaron al rellano . Tal vez fuera mejor que subiera a mis habitaciones.

Ana Mikhailovna se detuvo para aguardar a Pedro.

-¡Ah, hijo mío!- dijo con el mismo ademán de por la mañana, al hablar con su hijo, tocándole la mano-. Créeme que sufro tanto como tú. Pero has de ser un hombre.

-¿De veras he de ir?- preguntó Pedro, mirando dulcemente a Ana Mikhailovna a través de los lentes.

-¡Oh, amigo mío! Olvida todas las malas pasadas que hayan podido hacerte. Piensa que es tu padre, que tal vez está en la agonía.- Suspiró-. En

cuanto te conocí te quise como a un hijo. Ten confianza en mí. No abandonaré tus intereses.

Pedro no comprendía nada. De nuevo tuvo el convencimiento de que todo aquello no podía ser de otro modo y obedeció a Ana Mikhailovna, que abrió ya la puerta.

Ésta daba a la antecámara. El viejo criado de las Princesas hacía punto de media sentado en un rincón. Pedro no había estado nunca en aquel lado del palacio, ni sospechaba siquiera la existencia de aquellas habitaciones. Ana Mikhailovna preguntó a una camarera que le salió al paso con una botella sobre una bandeja, llamándola «querida» y «corazón mío», cómo se encontraban las Princesas, y condujo a Pedro por el pasillo embaldosado. Del corredor pasaron a una sala apenas iluminada, que daba al salón de recibir del Conde. Era una de aquellas habitaciones frías y lujosas que Pedro ya conocía, pero entrando por la puerta de la escalera grande. En medio de esta habitación encontrábase una bañera vacía y un gran charco en torno suyo sobre la alfombra. Al verlo, el criado y un sacristán, que tenía en la mano un incensario, desaparecieron de puntillas, sin prestarle gran atención. Entraron en la sala de recibir, que reconoció Pedro por dos ventanas italianas que daban al jardín de invierno, un gran busto y un retrato de tamaño natural de Catalina.

En la sala, las mismas personas, casi con las mismas actitudes, hallábanse sentadas y hablaban en voz baja. Todos callaron para contemplar a Ana Mikhailovna, con su cara pálida y llorosa, y al corpulento Pedro, que la seguía con la cabeza baja.

La cara de Ana Mikhailovna expresaba la convicción de que había llegado el momento decisivo. Con la actitud de una pequeña burguesa atareada, entró en la sala sin dejar a Pedro, mostrándose aún más tierna que por la mañana. Comprendía qué conduciendo ella a aquel que el agonizante había solicitado ver tenía asegurada la visita. Dirigió una rápida mirada a todos los que se hallaban en la habitación y, viendo al confesor del Conde, sin inclinarse, pero acortando la marcha, se acercó a él, recibió respetuosamente la bendición e inmediatamente la de otro sacerdote.

-Gracias a Dios que hemos llegado- dijo al sacerdote-. Toda la familia temía tanto que no volviera... Este joven es el hijo del Conde- y añadió en voz más baja-. ¡Qué momento más terrible!

Diciendo estas palabras se aproximó al doctor.

-Querido doctor- dijo-, este joven es el hijo del Conde. ¿No hay ninguna esperanza?

El doctor, silencioso, levantó los ojos y los hombros con un movimiento rápido. Ana Mikhailovna levantó también los suyos con idéntico movimiento.

Después suspiró y, separándose del doctor, se acercó a Pedro. Se dirigió a él con un respeto particular y una triste ternura.

-Ten confianza en su misericordia- y, señalándole el pequeño diván para que le aguardara sentado, se dirigió serenamente a la puerta que todos miraban y desapareció, cerrándola tras de sí.

Pedro, decidido a obedecer en todo y por todo a su guía, dirigióse al pequeño diván que le había designado.

No habían pasado todavía dos minutos cuando el príncipe Basilio, con la túnica de las tres condecoraciones, alta la cabeza y el aire majestuoso, entró en la sala. Parecía que desde por la mañana se hubiese adelgazado más, y sus ojos se agrandaron cuando, al observar la concurrencia, se dio cuenta de la presencia de Pedro. Se acercó a él y le cogió la mano, cosa que todavía no había hecho nunca hasta entonces, estrechándosela con fuerza hacia abajo, como si quisiera probar su resistencia.

-¡Animo, amigo mío, ánimo! Te ha llamado... Conviene...

Quiso irse, pero Pedro creyó necesario interrogarlo.

-La enfermedad...- Se detuvo, no sabiendo si había de añadir «del agonizante», «del Conde» o de «mi padre», y se avergonzó.

-No hace todavía media hora que ha tenido otra crisis, otro ataque. Ánimo, amigo mío.

El príncipe Basilio dirigió algunas palabras a Lorrain y desapareció de puntillas por la puerta de la habitación del enfermo. Esta manera de caminar no le era nada cómoda y tenía que dar de vez en cuando algunos saltitos para conservar el equilibrio. Tras él entró la mayor de las Princesas; después el clero, los chantres y también los criados. Tras la puerta sentíase un continuo movimiento. Por último, siempre con la misma cara pálida, pero firme en el cumplimiento de su deber, salió Ana Mikhailovna y tocó la mano de Pedro.

-La bondad divina es infinita- dijo-. Va a comenzar la ceremonia de la extremaunción.

Pedro pasó la puerta, caminando sobre la alfombra, y observó que el ayudante de campo, una señora desconocida y algunos criados iban tras él, como si desde aquel momento no fuese necesario pedir permiso para entrar en aquella habitación.

Pedro conocía perfectamente aquella gran alcoba dividida por arcos y columnas y cubierta de tapices persas. Más allá de las columnas, a un lado, hallábase un gran lecho de caoba con dosel y cortinas de seda, y en el otro un enorme altar lleno de iconos. Todo este lado estaba iluminado a diario, como las iglesias durante el oficio vespertino. Dentro del cuadro de luz del altar veíase una especie de asiento muy largo, con la cabecera llena de almohadas blancas como la nieve, no arrugadas aún, que, evidentemente, habían sido colocadas hacía poco. En él yacía, envuelta hasta la cintura en un cubrecama verde claro, aquella vieja figura que Pedro conocía tan bien: su padre, el conde Bezukhov. Era el mismo, con el pelo gris leonado, la frente despejada y cruzada por profundas arrugas y el semblante de una palidez rojiza. Yacía casi estirado ante los iconos. Sus manos, largas y gruesas, descansaban sobre el cubrecama. En la derecha, entre el índice y el pulgar, tenía una vela que sostenía un viejo criado inclinado sobre la cabecera. En torno a aquel asiento, los sacerdotes, con sus brillantes hábitos de ceremonia, con sus largas cabelleras, con cirios en la mano, oficiaban lenta y solemnemente. Hallábanse las dos Princesas pequeñas detrás del asiento, con el pañuelo a los ojos, y ante ellas Katicha, la mayor, con actitud agresiva y resuelta, no separaba la mirada de los iconos, como queriendo decir que no respondería de sí misma si por desgracia volvía la cabeza. Ana Mikhailovna, con su actitud de tristeza resignada y de benevolencia para todos, hallábase cerca de la puerta con la señora desconocida. El príncipe Basilio encontrábase al otro lado de la puerta, cerca del sitial del Conde, tras una silla esculpida tapizada con terciopelo, en cuyo respaldo apoyaba la mano izquierda, que sostenía un cirio, mientras se santiguaba con la derecha, levantando la mirada cada vez que se llevaba los dedos a la frente. Su rostro expresaba una piedad tranquila y la sumisión a la voluntad de Dios. Parecía como si quisiera decir con sus rasgos: «Si no sabéis comprender este sentimiento, peor para vosotros.»

En medio de la ceremonia, las voces de los oficiantes callaron de pronto. Los sacerdotes murmuraban algo entre sí y en voz baja. El viejo criado que sostenía la mano del Conde se levantó y se dirigió a las señoras. Ana Mikhailovna se acercó e, inclinándose sobre el enfermo tras el respaldo, hizo con el dedo una señal al doctor Lorrain. El médico francés no sostenía cirio alguno y estaba apoyado contra una columna con la actitud respetuosa de un extranjero que, a pesar de su indiferencia religiosa, demuestra que comprende toda la importancia del acto que contempla y que incluso aprueba. Imperceptiblemente se acercó al enfermo, le cogió la mano que tenía libre sobre el cubrecama verde y le tomó el pulso con aire pensativo. Dio algo de beber al moribundo. Todos se agitaron en torno suyo e inmediatamente volvieron a sus lugares respectivos y continuó la ceremonia.

Los cantos religiosos cesaron y oyóse la voz de un sacerdote que felicitaba respetuosamente al enfermo por la recepción de los sacramentos. El enfermo

estaba semiacostado, inmóvil, exánime. Todos movíanse en torno suyo. Sentíanse pasos y diálogos confusos, entre los cuales sobresalían las palabras de Ana Mikhailovna. Pedro la oyó decir: «Es necesario transportarle al lecho. Supongo que no será imposible.»

Los médicos, las Princesas y los criados rodeaban de tal modo al enfermo que Pedro no veía ya aquella cara rojiza ni aquellos cabellos grises que, a pesar de la presencia de todos los asistentes al acto, no se borraron ni un momento de su espíritu durante toda la ceremonia. Por los prudentes movimientos de las personas que rodeaban al agonizante, Pedro adivinó que lo levantaban para transportarlo.

Durante un momento, entre los hombros y cuellos de los hombres, muy cerca de Pedro, aparecieron el pecho alto, fornido y desnudo y los amplios hombros del enfermo, levantado por los hombres a fuerza de brazos, y la cabeza leonada, gris y caída. Aquella cabeza, de frente extraordinariamente amplia y carnosa, con una bella boca sensual y mirada majestuosa y fría, no había sido afeada por la proximidad de la muerte. Era la misma que Pedro había visto tres meses antes, cuando el Conde le envió a San Petersburgo. Pero ahora movíase inerte a causa de los pasos vacilantes de los portadores, y la mirada fría y vaga no sabía dónde detenerse. Durante un momento hubo mucha animación en torno al gran lecho. Los hombres que condujeron al enfermo se alejaron. Ana Mikhailovna tocó la mano de Pedro y le dijo: «Ven.» Pedro, con ella, se acercó al lecho donde el enfermo yacía en una actitud de abandono que, evidentemente, tenía alguna relación con el sacramento que le acababan de administrar.

Estaba extendido, con la cabeza levantada por las almohadas y las manos colocadas simétricamente sobre el cubrecama de seda verde. Cuando Pedro se acercó a él, el Conde le miró fijamente, pero con aquella mirada de la cual el hombre no puede comprender ni el sentido ni la importancia; o aquella mirada no significaba absolutamente nada, a excepción de que un hombre cuando tiene ojos necesita mirar a un lado o a otro, o significaba demasiadas cosas.

Pedro se detuvo, sin saber qué hacer. Interrogador, se volvió a Ana Mikhailovna, su guía. Ana le hizo un signo rápido con los ojos, indicándole la mano del enfermo, y que hiciera ademán de besarla. Pedro alargó el cuello con mucho cuidado, para no enredarse con el cubrecama, y, siguiendo el consejo, posó los labios sobre la mano amplia y gruesa. Pero ni la mano ni un solo músculo del Conde se movieron. De nuevo Pedro miró interrogador a Ana Mikhailovna, preguntando qué otra cosa tenía que hacer. Con los ojos le señaló Ana el asiento que se hallaba cerca del lecho. Pedro, obediente, se sentó sin dejar de preguntar con la mirada la conducta que había de seguir. Ana Mikhailovna le hizo una seña de aprobación con la cabeza. De pronto, en los músculos salientes y las profundas arrugas de la cara del Conde apareció un

temblor. Aumentó éste y se le desvió la boca. Hasta entonces, Pedro no comprendió bien que su padre se encontraba a las puertas de la muerte. De la deformada boca salió un estertor. Ana Mikhailovna miró atentamente a los ojos del enfermo, procurando adivinar lo que quería. Tan pronto señalaba a Pedro como a la medicina, o, con un ligero susurro, llamaba al príncipe Basilio o señalaba el cubrecama. Los ojos del enfermo expresaban impaciencia. Hacía esfuerzos por mirar al criado que se mantenía inmóvil a la cabecera de la cama.

-Seguramente debe de querer volverse de lado- murmuró el sirviente.

Y se levantó para dar vuelta al inerte cuerpo del Conde y ponerle de cara a la pared.

Pedro se levantó para ayudar al criado. Mientras le daban la vuelta, una de las manos que le habían quedado hacia atrás hacía inútiles esfuerzos para moverse. El Conde observó la aterrorizada mirada que Pedro dirigía a aquella mano inerte, o quizás otro pensamiento atravesó en aquel momento su agonizante cabeza. Pero miró a la mano desobediente, a la expresión de terror del rostro de Pedro; volvió a mirarse la mano y en el rostro se le dibujó una débil sonrisa de sufrimiento que alteraba muy poco la expresión de sus rasgos y parecía reírse de su propia debilidad. Contemplando aquella sonrisa inesperada, Pedro sintió en el pecho un estremecimiento, un escozor en la nariz y las lágrimas le velaron los ojos.

Volvieron al enfermo de cara a la pared. Suspiró.

-Se ha amodorrado- dijo Ana Mikhailovna viendo que la Princesa entraba a relevarla-. Vámonos.

Pedro salió.

XVII

En el recibidor no quedaban ya más que el príncipe Basilio y la Princesa mayor, que hablaba con gran animación sentada bajo el retrato de Catalina. En cuanto vieron a Pedro y a su guía callaron. A Pedro le pareció que la Princesa escondía alguna cosa. La Princesa dijo al Príncipe en voz baja: «No puedo ver a esta mujer.»- Katicha ha hecho servir el té en la salita- dijo el príncipe Basilio a Ana Mikhailovna-. Vaya, hija mía; coma algo, porque si no enfermará.

A Pedro no le dijo nada, pero le estrechó la mano, apesadumbrado. Pedro y Ana Mikhailovna entraron en la sala.

A pesar de su apetito, Pedro no probó bocado. Volvióse a su guía con aire interrogador y la sorprendió dirigiéndose de puntillas al recibidor donde habían quedado el príncipe Basilio y la mayor de las princesas. Pedro, suponiendo que todo aquello también era necesario, la siguió al cabo de un instante. Ana Mikhailovna hallábase al lado de la Princesa y las dos hablaban a la vez en voz baja y alterada.

-Créame, Princesa; sé lo que conviene y lo que no conviene dijo la joven, alterada.

-Pero, querida Princesa- decía suavemente, pero con obstinación, Ana Mikhailovna, impidiendo el paso de la Princesa a la habitación del enfermo-. ¿Cree usted que no será demasiado doloroso para el pobre tío, precisamente en este instante en que el reposo le es tan necesario? ¡Hablarle de una cosa tan terrenal en este momento, cuando su alma está ya preparada...!

El príncipe Basilio estaba sentado con su actitud habitual, cruzadas las piernas. Sus mejillas se contraían violentamente, y cuando se encogió pareció mucho más grueso y mucho más interesado en la conversación de las dos mujeres.

-Querida Ana Mikhailovna- dijo-, deje usted a Katicha. Ya sabe usted que el Conde la quiere mucho.

-No sé lo que hay dentro de este sobre- dijo la Princesa dirigiéndose al príncipe Basilio y enseñándole la cartera que tenía en la mano-. Sólo sé que el verdadero testamento lo tiene en su escritorio; esto es un papel olvidado.

Intentaba engañar a Ana Mikhailovna, que saltó otra vez y le cerró el paso.

-Lo sé, querida Princesa- dijo Ana Mikhailovna cogiendo la cartera con tanta fuerza que veíase claramente que no la soltaría con facilidad-. Querida Princesa, se lo ruego, tenga piedad del Conde. Piense en lo que va a hacer.

La Princesa calló. Sólo se oía el rumor de los esfuerzos de la lucha para apoderarse de la cartera. Comprendía la Princesa que si hablaba no diría cosas muy amables a Ana Mikhailovna. Ésta cogía la cartera fuertemente, pero, a pesar de esto, su voz se conservaba tranquila y dulce.

Pedro, acércate, hijo mío. Me parece que no eres un extraño en el consejo de la familia, ¿no es verdad, Príncipe?

Pero ¿por qué callas, Príncipe? exclamó de pronto la Princesa con un grito tan fuerte que llegó hasta la salita y aterrorizó a todos-. ¿Por qué callas, cuando Dios sabe quién es el que provoca esta escena a la puerta de un agonizante? ¡Intrigante!- continuó con voz concentrada y colérica, tirando de la cartera con todas sus fuerzas.

Pero Ana Mikhailovna dio algunos pasos para no soltarla.

-¡Oh!- dijo el príncipe Basilio con enfado y extrañeza. Se levantó-. Esto es ridículo- continuó-. Vamos, soltad, les digo.- La Princesa soltó la cartera-. Y usted también.

Ana Mikhailovna no le obedeció.

-¡Suéltela, le digo! Yo tomo la responsabilidad de esto. Entraré y se lo preguntaré yo mismo. Yo, ¿comprende usted? Esto ha de bastarle.

-Pero, Príncipe- dijo Ana Mikhailovna-, después de haber recibido tan importante sacramento, concédale un instante de reposo. Aquí está Pedro. Di tu opinión- dijo al joven, que se acercaba y miraba extrañado la cara encolerizada de la Princesa, que abandonaba todo miramiento, y las mejillas temblorosas del príncipe Basilio.

-Tenga presente que usted será responsable de todas las consecuencias- dijo severamente el príncipe Basilio-. No sabe lo que hace.

-¡Mala mujer!- exclamó la Princesa lanzándose espontáneamente contra Ana Mikhailovna y arrebatándole la cartera.

El príncipe Basilio bajó la cabeza y abrió los brazos. En aquel momento se abrió la puerta. La terrible puerta, que Pedro contemplaba desde hacía unos momentos y que ordinariamente se abría tan poco, se abrió con ruido, chocando contra la pared. La menor de las Princesas apareció en el marco y, palmeando, exclamó:

-¿Qué hacéis?- exclamó desesperadamente-. Se está muriendo y me dejáis sola.

La Princesa mayor soltó la cartera. Ana Mikhailovna se inclinó rápidamente y, recogiendo el objeto de la disputa, corrió al dormitorio. La Princesa mayor y el príncipe Basilio, serenándose, fueron tras ella. A los pocos minutos, la Princesa, con el rostro pálido y descompuesto, salía, mordiéndose el labio inferior. Al ver a Pedro, su rostro expresó una rabia no contenida.

-Ya puede usted estar contento- dijo-. Ya tiene lo que esperaba.

Y, sollozando, ocultó la cara en el pañuelo y salió de la habitación.

Tras la Princesa apareció el príncipe Basilio. Balanceándose, se sentó en el mismo diván de Pedro y escondió la cara entre las manos. Pero se dio cuenta de que estaba pálido y que le temblaba la barbilla como si tuviera fiebre.

-¡Ah, amigo mío!- dijo cogiendo del brazo al joven. Y en su voz apuntaba una franqueza y una dulzura que Pedro no había escuchado nunca-. Tanto pecar, tanto mentir... ¡Y para qué! Tengo más de cincuenta años, amigo mío. Para mí, todo se acabará con la muerte, todo. La muerte es horrible- y sollozó.

La última en salir fue Ana Mikhailovna. Con lentos y silenciosos pasos se

acercó a Pedro.

-Pedro- dijo.

El joven la miró, interrogador. Ella le besó la frente y dejó caer algunas lágrimas. Calló. Luego dijo:

-Ya no existe.

Pedro la miró a través de los lentes.

-Vamos. Te acompañaré. Procura llorar. Nada consuela tanto como las lágrimas.

Le acompañó hasta la salita oscura, y Pedro se sintió muy satisfecho de que nadie pudiera verle la cara. Ana Mikhailovna le dejó; cuando regresó, Pedro, que había apoyado la cabeza en la mano, dormía profundamente.

Por la mañana, Ana Mikhailovna dijo a Pedro:

Sí, hijo mío. Ha sido una gran pérdida para todos. No lo digo para ti. Dios te confortará. Eres joven y, si no me engaño, te encuentras en posesión de una inmensa fortuna. No se conoce aún el testamento. Pero te conozco a ti lo suficiente para saber que esto no te hará perder la cabeza. Impone obligaciones y es preciso ser un hombre.- Pedro calló-. Más adelante te explicaré, hijo mío, que si yo no hubiese estado aquí, quién sabe lo que hubiera ocurrido. Tú ya sabes que mi tío, todavía anteayer, me prometía acordarse de Boris. Pero no ha tenido tiempo de decírmelo. Espero, hijo mío, que cumplirás el deseo de tu padre.

Pedro no comprendió nada de lo que le querían decir. Silencioso y sofocado, miró fijamente a la princesa Ana Mikhailovna. Después de haber hablado con Pedro, ésta se fue a dormir a casa de los Rostov. Por la mañana, cuando se levantó, les contó, tanto a ellos como a sus amigos, los pormenores de la muerte del conde Bezukhov. Dijo que el Conde había muerto tal como ella quisiera morir; que su muerte no solamente había sido conmovedora, sino edificante, y que la última entrevista entre padre e hijo había sido tan emocionante que no podía acordarse de ella sin que las lágrimas anegasen sus ojos; que no sabría decir quién de los dos se había portado mejor en aquel terrible instante: el padre, que en los últimos momentos se había acordado de todo y de todos y que dirigió al hijo enternecedoras palabras, o Pedro, de tal modo alterado que inducía a compasión y que se esforzaba en disimular la emoción para no impresionar a su padre moribundo.

-Todo esto es muy doloroso, pero hace mucho bien. Conforta ver a hombres como el viejo Conde y a su digno hijo.

En cuanto a los actos de la Princesa y del príncipe Basilio, los contaba, bajo promesa de secreto y confidencialmente, sin juzgarlos.

XVIII

En Lisia Gori, en las tierras del príncipe Nicolás Andreievitch Bolkonski, se esperaba de un día a otro la llegada del príncipe Andrés y la Princesa. No obstante, la espera no trastornaba el orden severo con que discurría la vida en casa del viejo príncipe.

El general en jefe príncipe Nicolás Andreievitch, a quien la sociedad rusa denominaba con el sobrenombre de «rey de Prusia», no se había movido de Lisia Gori, con su hija la princesa María y la señorita de compañía mademoiselle Bourienne, desde que, reinando todavía Pablo I, había sido relegado a sus posesiones. A pesar de que el nuevo reinado le había permitido el acceso a las capitales, continuaba en el campo su vida sedentaria, diciendo que si alguien lo necesitaba recorrería las ciento cincuenta verstas que separan Moscú de Lisia Gori, pero que él no necesitaba nada de nadie. Sostenía que los vicios humanos no tienen sino dos puentes: la ociosidad y la superstición, y solamente dos virtudes: la actividad y la inteligencia. Se ocupaba en persona de la educación de su hija, y para fomentar en ella estas dos virtudes capitales le dio lecciones de álgebra y geometría hasta los veinte años y distribuyó su vida en una serie ininterrumpida de ocupaciones. También él estaba siempre ocupado: tan pronto escribía sus memorias o se entretenía en resolver cuestiones de matemática trascendental como en tornear tabaqueras o vigilar en sus tierras las construcciones, que no faltaban nunca. Pero teniendo en cuenta que la condición principal de la actividad es el orden, éste era llevado en su vida hasta las últimas consecuencias. Las comidas eran siempre iguales, y no solamente a la misma hora, sino al mismo minuto exactamente. Con las personas que le rodeaban, desde su hija hasta los criados, el Príncipe era áspero y terriblemente exigente, de modo que, sin ser un hombre malo, inspiraba un temor y un respeto tales que difícilmente hubiera podido inspirarlos el hombre más cruel. Con todo y vivir retirado y sin influencia alguna en los negocios del Estado, todos los gobernadores de la provincia donde se encontraban sus tierras se creían en la obligación de presentarse a él, y, lo mismo que el arquitecto, el jardinero o la princesa María, el alto funcionario esperaba la hora fijada de la salida del Príncipe a la sala de su despacho. Todos los que aguardaban en aquella sala experimentaban el mismo sentimiento de respeto, por no decir de miedo, cuando se abría la amplia puerta del gabinete y aparecía, con su peluca empolvada, la pequeña figura del viejo, de breves manos apergaminadas, de cejas grises y caídas, que, al fruncirse, velaban el resplandor de unos ojos brillantes, inteligentes y amarillentos. Durante la mañana de la llegada del joven matrimonio, la

princesa María, como de costumbre, entró en el despacho a la hora precisa para el saludo matinal. Se santiguó, temerosa, y rezó interiormente. Entraba allí todos los días, y todos los días pedía a Dios que la entrevista fuese fácil. El viejo criado empolvado que se encontraba en el despacho se levantó sin hacer ruido y, acercándose a la puerta, dijo en voz baja:

-Adelante.

Tras la puerta sentíase el rumor del torno. La Princesa empujó con timidez la puerta, que se abrió fácilmente, y se detuvo en el umbral. El Príncipe trabajaba en el torno. La miró y continuó trabajando.

La gran sala de trabajo estaba llena de objetos que visiblemente eran utilizados a menudo. La larga mesa en la que se hallaban esparcidos libros y planos; la gran librería, con las llaves colocadas en las puertas; el alto pupitre para escribir en pie, sobre el cual hallábase una libreta abierta, y el torno, con todas las herramientas preparadas y los restos de madera esparcidos por doquier, denunciaban una actividad infatigable, variada e inteligente. Por el movimiento de la corta pierna calzada con zapatilla de tacón y bordada en plata; por la presión firme de la mano delgada y venosa, veíase en el Príncipe la fuerza tenaz de una robusta vejez. Después de algunas vueltas del torno, retiró el pie del pedal, limpió la herramienta, la colocó en una bolsa de cuero colgada del torno y, acercándose a la mesa, llamó a su hija. No daba nunca la bendición a sus hijos, pero al presentarle la mejilla, no afeitada todavía aquella mañana, y mirándola con ternura y atención, dijo severamente:

-¿Te encuentras bien? Siéntate.

Cogió el cuaderno de geometría, manuscrito por él mismo, y con el pie se acercó una silla.

-Para mañana- dijo, buscando rápidamente la página y marcando con la uña párrafo por párrafo-, todo esto.

La Princesa se inclinó sobre el cuaderno.

-Espera, tengo una carta para ti- dijo el Príncipe de pronto, extrayendo de una bolsa que tenía clavada a la mesa un sobre escrito con letra de mujer.

Al ver la carta, la cara del Príncipe se cubrió con dos manchas rosadas y la cogió apresuradamente.

-¿Es de Eloísa?- preguntó el Príncipe, descubriendo con una, sonrisa fría los dientes amarillentos pero fuertes aún.

-Es de Julia- repuso la Princesa mirándole y sonriendo tímidamente.

Aún te dejaré pasar dos más. La tercera la leeré- dijo el Príncipe severamente-. Temo que os escribáis demasiadas tonterías. La tercera la leeré-

repitió.

Lee ésta si quieres, papá dijo la Princesa enrojeciendo aún más y ofreciéndole la carta.

-Te he dicho que leeré la tercera- replicó el Príncipe rechazando la carta. Y, apoyándose sobre la mesa, tomó el cuaderno ilustrado de figuras geométricas-. Bien, señorita- comenzó el viejo inclinándose sobre el cuaderno al lado de su hija y pasando la mano sobre el respaldo de la silla en que la Princesa se encontraba sentada, de modo que por todas partes sentíase rodeada por el olor a tabaco y a viejo particular de su padre y que ella tan bien conocía desde hacía muchos años-. Bien, señorita. Estos triángulos son semejantes. Fíjate en el ángulo ABC...

La Princesa miraba con terror los ojos brillantes de su padre. Aparecían y desaparecían en su rostro manchas rojas. Veíase claramente que no entendía nada y que el miedo le impediría entender todas las explicaciones de su padre, por claras que fuesen. ¿De quién era la culpa, del profesor o del discípulo? Pero cada día sucedía lo mismo. Los ojos de la Princesa se nublaban. No veía ni entendía nada en absoluto. Únicamente notaba cerca de ella el rostro seco de su severo profesor, su aliento y su olor, y no pensaba sino en salir cuanto antes del gabinete para dirigirse a sus habitaciones y descifrar tranquilamente el problema. El viejo se indignaba ruidosamente. Apartaba y acercaba la silla en la que se sentaba y hacía grandes esfuerzos para no perder la calma. Pero diariamente se deshacía en improperios y con frecuencia el cuadernillo iba a parar al suelo.

La Princesa equivocó la respuesta.

-¡Eres tonta!- exclamó el Príncipe apartando vivamente el cuaderno y volviéndose con rapidez; pero inmediatamente se levantó y se puso a pasear por la habitación. Pasó la mano por los cabellos de la Princesa y volvió a sentarse. Se acercó a la mesa y continuó la explicación-No puede ser, Princesa, no puede ser- dijo cuando la joven hubo cerrado el cuaderno, después de la lección, y se disponía a marcharse-. Las matemáticas son una gran cosa, hija mía. No quiero que te parezcas a nuestras damas, que son unas ignorantes. Esto no es nada. Ya te acostumbrarás, y concluirá por gustarte.- Le pellizcó las mejillas-. Al final, la ignorancia se te irá de la cabeza.

La Princesa se disponía a salir, pero él la detuvo con un gesto y cogió de la mesa un libro nuevo todavía por abrir.

Toma. Tu Eloísa te envía esto: La llave del misterio. Es un libro religioso y a mí no me importa nada ninguna religión. Ya lo he ojeado. Tómalo. Vete si quieres.- Le dio un golpecito en las espaldas y cerró suavemente la puerta tras ella.

La princesa María regresó a su alcoba con una expresión de tristeza y temor que raramente la abandonaba y afeaba aún más su rostro enfermizo. Se sentó ante su escritorio, lleno de miniaturas y abarrotado de cuadernos y libros. La Princesa era tan desordenada como ordenado su padre. Dejó el cuaderno de geometría y anhelosamente abrió la carta. Era de su íntima amiga de la infancia, Julia Kuraguin, la misma que había asistido a la fiesta de los Rostov.

Julia escribía:

«Querida y excelente amiga:

«¡Qué terrible y desconsoladora es la ausencia! ¿Por qué no puedo, como ahora hace tres meses, encontrar nuevas fuerzas morales en tu mirada, tan dulce, tan tranquila y tan penetrante, mirada que yo amo tanto y que me parece ver ante mí cuando te escribo?»

Al terminar de leer este pasaje, la princesa María suspiró y se miró en el espejo que tenía a su derecha. Vio en él reflejado su cuerpo sin gracia, mezuquino, su delgado rostro. «Me halaga», pensó. Y apartando los ojos del espejo continuó la lectura. Sin embargo, Julia no halagaba a su amiga. En efecto, los ojos de la Princesa, grandes, profundos, a veces fulgurantes como si proyectasen rayos de un ardiente resplandor, eran tan bellos que frecuentemente, a pesar de la fealdad de toda su cara, sus ojos eran mucho más atractivos que cualquier otra belleza. No obstante, la Princesa no había visto nunca la expresión de sus ojos, la expresión que adquirirían cuando no pensaba en sí misma. Como el rostro de todos, el suyo adquiría una expresión artificial cuando se miraba al espejo. Continuó leyendo.

«En Moscú no se habla sino de la guerra. Uno de mis hermanos está ya en el extranjero, y el otro en la Guardia que se dirige a la frontera. Además de llevarse a mis hermanos, me ha privado esta guerra de una de mis más entrañables amistades. Hablo del joven Nicolás Rostov, que, lleno de entusiasmo, no ha podido soportar la inactividad y ha dejado la Universidad para alistarse en el ejército. Bien, querida María. Te confesaré que, a pesar de ser muy joven, su ingreso en el ejército me ha producido un gran dolor. Este muchacho, de quien te hablaba este verano, posee tal nobleza de corazón, tan verdadera juventud, que difícilmente se encuentran personas como él en este mundo en que vivimos rodeados de viejos de veinte años. Sobre todo, es tan franco y tan bondadoso, posee un espíritu tan puro y poético, que mis relaciones con él, por pasajeras que fuesen, han sido una de las más dulces satisfacciones para este pobre corazón mío que ha sufrido tanto. Te contaré un día nuestra separación y lo que hablamos al marcharse. Ahora, todo esto es demasiado reciente. ¡Ah, querida mía! ¡Que feliz eres no conociendo estas alegrías y estas punzantes penas! Eres feliz porque, generalmente, las penas

son más fuertes que las alegrías. Sé muy bien que el conde Nicolás es demasiado joven para que pueda ser alguna vez para mí algo más que un amigo. Pero esta dulce amistad, estas relaciones tan poéticas y tan puras, han sido una necesidad para mi corazón. Pero no hablemos más. La gran noticia del día, que corre de boca en boca por todo Moscú, es la muerte del viejo conde Bezukhov y su herencia. Imagínate que las tres princesas no han heredado casi nada, que el príncipe Basilio nada en absoluto y que Pedro lo ha heredado todo y ha sido reconocido como hijo legítimo. Por consiguiente, él es el actual conde Bezukhov, dueño de la fortuna mayor de Rusia. Se cuenta que el príncipe Basilio ha desempeñado un papel bastante feo en toda esta historia y que ha regresado muy aplanado a San Petersburgo.

«Te confieso que entiendo muy poco de todas estas cuestiones de legados y testamentos. Lo que sé es que desde que el joven que todos conocíamos con el nombre de monsieur Pedro, simplemente, se ha convertido en el conde Bezukhov y propietario de una de las más grandes fortunas de Rusia, me divierto mucho observando los cambios de tono y de tacto de las mamás cargadas de hijas casaderas, e incluso de aquellas mismas señoritas que se encuentran en análogas condiciones, con respecto a este sujeto, que, entre paréntesis, me ha parecido siempre un pobre hombre. Como quiera que hace dos años que se entretiene la gente adjudicándome prometidos que muchas veces ni yo siquiera conozco, la crónica matrimonial de Moscú me ha hecho condesa Bezukhov. Ya puedes suponer que no me preocupa ni poco ni mucho llegar a serlo. Y, a propósito de matrimonio, he de decirte que, no hace mucho, nuestra tía Ana Mikhailovna me ha confiado en secreto un proyecto matrimonial con respecto a ti. Se trata ni más ni menos que del hijo del príncipe Basilio, Anatolio, a quien querrían situar casándolo con una persona rica y distinguida. A lo que parece, tú has sido la que han elegido sus padres. No sé cómo tomarás todo esto, pero me parece que tenía la obligación de avisarte. Dicen que es un hombre de buen aspecto y una mala cabeza. Todo esto es cuanto puedo decirte referente a él.

«Pero dejemos estos chismes. Acabo de llenar la segunda hoja de papel y mamá me ha enviado recado para que la acompañe a casa de Apraksin, donde hemos de comer hoy. Lee el libro religioso que te envío. Aquí se ha puesto de moda; aún cuando en él hay cosas difíciles de comprender para la débil concepción humana, es un libro admirable y su lectura calma y eleva el espíritu.

«Adiós. Saluda respetuosamente a tu padre de mi parte y da mis recuerdos a mademoiselle Bourienne. Te abraza de todo corazón tu amiga,

Julia»

«P. S. Dame noticias de tu hermano y de su simpática esposa.»

La Princesa quedó un instante pensativa. De pronto se levantó, se dirigió al escritorio y comenzó a escribir rápidamente la respuesta a la carta de Julia.

XIX

El viejo criado hallábase sentado en su lugar de costumbre y escuchaba los ronquidos del Príncipe. En el gran gabinete, situado en el ala extrema de la casa, podían oírse, a través de las puertas cerradas, los pasajes difíciles de la Sonata de Dussek repetidos por vigésima vez.

En aquel momento, un coche se detuvo a la entrada y el príncipe Andrés saltó del carruaje. Dio la mano a su esposa para ayudarla a bajar y la hizo pasar adelante. Tikhon, con peluca gris, anunció en voz baja, desde la puerta del gabinete de trabajo, que el Príncipe dormía, y cerró la puerta rápidamente. Tikhon sabía que ni la llegada del hijo ni cualquier otro acontecimiento, por extraordinario que fuese, podía trastornar las costumbres establecidas. Seguramente el príncipe Andrés lo sabía tan bien como el criado. Consultó el reloj como para comprobar si los hábitos de su padre habían cambiado desde que hubo dejado de verlo, e, informado sobre este particular, se dirigió a su esposa.

-Despertará dentro de veinte minutos- le dijo-. Mientras tanto vayamos a ver a la princesa María.

La pequeña Princesa había engordado mucho durante los últimos tiempos, pero sus ojos y el labio sonriente sombreado por un ligero bozo elevábase de la misma manera alegre y encantadora cada vez que comenzaba a hablar.

-¡Pero si esto es un palacio!- dijo a su marido, mirándolo con aquella expresión que se adquiere para felicitar a un huésped por la magnificencia del baile que celebra-. Vamos deprisa, deprisa.

Y volvíase sonriente a Tikhon, a su marido y al criado que les acompañaba.

Sin duda, María está haciendo escalas. No hagamos ruido y así le daremos una sorpresa.

El príncipe Andrés subía tras ella con una expresión tierna y triste.

-Te has hecho viejo, Tikhon- dijo, al pasar, al viejo criado que le besaba la mano.

Al encontrarse ante la habitación donde sonaba el clavecín, salió de una puerta lateral la rubia y hermosa francesa mademoiselle Bourienne. Parecía

loca de alegría.

-¡Ah! La Princesa se alegrará mucho dijo . Voy a avisarla.

-No, no, hágame el favor. Es usted mademoiselle Bourienne; ya la conocía por la amistad que mi cuñada le profesa- repuso la Princesa besando a la señorita de compañía-. No tiene ni idea de que estamos aquí.

Se acercaron a la puerta de la salita, tras la cual oíase el pasaje que se repetía incesantemente. El príncipe Andrés se detuvo e hizo un gesto como si escuchara algo desagradable. La Princesa entró. El pasaje se interrumpió en su mitad. Oyóse un grito, los pesados pasos de la princesa María y un rumor de besos. Cuando entró el príncipe Andrés, las dos cuñadas, que no se habían visto desde poco tiempo después del matrimonio del Príncipe, se besaban, todavía abrazadas.

El príncipe Andrés besó a su hermana.

-¿Irás a la guerra, Andrés?- preguntó ella, suspirando.

Lisa también se estremeció.

-Mañana mismo- repuso el Príncipe.

-Me abandona aquí sólo Dios sabe por qué. Tan fácil como le hubiera sido ascender y...

La princesa María, sin escuchar, siguiendo el hilo de sus propios sentimientos, se dirigió a su cuñada, mirándole tiernamente la cintura.

-¿De veras?- preguntó.

Se turbó el rostro de la Princesa y suspiró.

-¡Oh, sí, de veras!-repuso . ¡Ah! ¡Es terrible!

El breve labio de Lisa temblaba. Acercó la cara a su cuñada y de nuevo se echó a llorar.

-Necesitas descansar- dijo el príncipe Andrés frunciendo el entrecejo-. ¿No es cierto, Lisa? Llévatela- dijo a su hermana-. Yo iré a ver a papá. ¿Cómo está? Siempre el mismo, ¿verdad?

-El mismo. No sé cómo lo encontrarás- dijo la Princesa riendo.

-¿Las mismas horas, los mismos paseos por los caminos? ¿Y el torno?- preguntó el príncipe Andrés con una sonrisa imperceptible que demostraba que, a pesar de todo, su amor y su respeto por su padre constituían su debilidad.

-Las mismas horas y el torno, y además las matemáticas y mis lecciones de geometría- replicó alegremente la Princesa, como si aquellas lecciones fuesen

una de las cosas más divertidas de su vida.

Cuando hubieron transcurrido los veinte minutos necesarios para que despertara el Príncipe, llegó Tikhon en busca del príncipe Andrés, para acompañarle al lado de su padre. Para honrar la llegada de su hijo, el anciano había cambiado un poco sus costumbres. Ordenó que se le acompañase a su habitación mientras se preparaba para la mesa.

El Príncipe vestía a la moda antigua, con caftán, y se empolvaba. En el momento en que el príncipe Andrés, no con aquella expresión desdeñosa y afectada que adoptaba en los salones, sino con el rostro resplandeciente que tenía cuando hablaba con Pedro, entraba en la habitación de su padre, el viejo se había sentado al tocador, sobre una silla de brazos de cuero, y, cubierto con un peinador, abandonaba la cabeza en manos de Tikhon.

-¿Qué hay, guerrero? ¡Vas a batir a Bonaparte!- dijo el viejo sacudiendo la cabeza empolvada todo lo que la trenza le permitía y que Tikhon tenía sujeta entre las manos-. Sí, sí. Métele mano. Si no, pronto seremos todos súbditos suyos. Buenos días y le ofreció la mano.

La siesta de antes de comer le ponía de buen humor. Decía que el mediodía era de plata, pero que la siesta de antes de comer era de oro. Miró alegremente a su hijo bajo las espesas cejas caídas. El príncipe Andrés se acercó a él y le besó en el lugar que el viejo le señaló. No respondió nada al tema de conversación predilecto de su padre: la burla de los militares de hoy y, sobre todo, de Bonaparte.

-Sí, padre, he venido con mi mujer, que está encinta- dijo el príncipe Andrés siguiendo con una mirada animada y respetuosa los movimientos de cada rasgo del rostro de su padre-. ¿Cómo estás?

Amigo mío, solamente los tontos o los depravados se encuentran mal. Tú ya me conoces. De la mañana a la noche trabajo con moderación y por esto me encuentro bien.

Alabado sea Dios- dijo él hijo sonriendo.

Dios no tiene nada que ver con esto y volviendo a su idea añadió-: Bien, explícame cómo los alemanes nos han enseñado a batir a Napoleón, según esa nueva ciencia vuestra que se llama estrategia.

-Papá, permíteme que me rehaga un poco- dijo con una sonrisa que demostraba que la debilidad de su padre no le impedía respetarlo y quererle-. Todavía no he abierto las maletas.

-Lo mismo da, lo mismo da- gritó el viejo sacudiendo la pequeña trenza para ver si estaba bien hecha y cogiendo la mano de su hijo. La habitación de tu esposa está a punto. La princesa María la acompañará y la instalará allí. Las

mujeres no hacen otra cosa que hablar continuamente. Estoy muy contento de poderla ver. Siéntate y cuéntame. Comprendo el ejército de Mikelson, el de Tolstoy y el desembarco simultáneo... ¿Qué hará entonces el ejército del Sur? Ya sé que Prusia se mantiene neutral. Y Austria, ¿qué hace?- dijo levantándose y comenzando a pasear por la habitación, seguido de Tikhon, que corría tras él entregándole las distintas prendas de su vestido . ¿Qué hará Suecia? ¿Cómo se las arreglarán para atravesar Pomerania?

A las preguntas de su padre, el príncipe Andrés comenzó a exponer los planes de campaña proyectados, hablando primero con frialdad, pero animándose paulatina e involuntariamente, pasando, como de costumbre, del ruso al francés. Explicó que un ejército de noventa mil hombres había de amenazar Prusia para sacarla de su neutralidad y arrastrarla a la guerra; que una parte de este ejército había de unirse a las tropas de Suecia en Stralsund; que doscientos veinte mil austriacos, unidos a cien mil rusos, habían de operar en Italia y en las márgenes del Rin; que cinco mil rusos y cinco mil ingleses desembarcarían en Nápoles, y, finalmente, que un ejército de quinientos mil hombres invadiría Francia por distintos puntos.

El viejo Príncipe, que parecía no escuchar la explicación, continuaba vistiéndose sin dejar de andar, interrumpiéndole tres veces de una forma imprevista. La primera se detuvo y exclamó:

-Blanco. blanco...

Esto quería decir que Tikhon no le entregaba el chaleco que quería. La otra vez se detuvo y preguntó:

-¿Dará pronto a luz tu mujer?

E inclinando la cabeza había dicho en tono de enfado:

No va bien. Continúa, continúa...

-No me has dicho nada nuevo- y, preocupado, el viejo murmuró rápidamente : «... No sé cuándo vendrá.» Ve al comedor.

XX

El príncipe Andrés partía al día siguiente por la noche. Su padre, una vez hubo terminado de comer, se retiró a sus habitaciones sin modificar en nada sus hábitos. La pequeña Princesa hallábase en las habitaciones de su cuñada. El príncipe Andrés, vestido de viaje, sin charreteras, hacía las maletas en su habitación con ayuda del criado. Después de inspeccionar personalmente el coche y vigilar la instalación de las maletas, dio la orden de enganchar. En la

alcoba no quedaban sino los objetos que el Príncipe había de llevar consigo: un cofrecillo, una caja de plata con los útiles de afeitar, dos pistolas turcas y una gran espada que su padre le había traído de Otchalov. Todos estos objetos estaban perfectamente ordenados, eran nuevos y relucientes y se hallaban guardados en estuches de terciopelo herméticamente cerrados.

En el momento de una partida o de un cambio de vida, los hombres que son capaces de reflexionar sus actos efectúan generalmente un serio balance de sus pensamientos. En estas circunstancias, habitualmente se controla el pasado y se idean planes para lo por venir. El príncipe Andrés tenía una expresión dulce y pensativa. Se paseaba de un lado a otro de la habitación con paso rápido, con las manos cruzadas a la espalda y mirando ante sí con la cabeza baja y pensativa. ¿Le molestaba ir a la guerra? ¿Le entristecía dejar sola a su mujer? Quizás una cosa y otra. Pero, evidentemente, no quería que nadie le viera en aquel estado. Al sentir pasos en el vestíbulo se quitó las manos de la espalda, se detuvo al lado de la mesa, como si colocase el cofrecillo en su estuche, y adquirió su expresión habitual, serena e impenetrable. Eran los pesados pasos de la princesa María.

-Me han dicho que has dado orden de enganchar- dijo jadeando, pues, evidentemente, había corrido-, y deseaba mucho tener una conversación contigo. Dios sabe cuánto tiempo estaremos sin vernos. ¿Te molesta que haya venido? Has cambiado mucho, Andrucha- añadió, como si quisiera justificar sus preguntas; al pronunciar la palabra «Andrucha» había sonreído. Evidentemente, le extrañaba pensar que aquel hombre severo y arrogante fuese aquel mismo Andrucha, el niño escuchimizado y parlanchín, su compañero de infancia.

-¿Dónde está Lisa?- preguntó el Príncipe respondiendo con una sonrisa a las palabras de su hermana.

Está muy cansada. Se ha dormido en el diván de mi habitación. ¡Ah, Andrés! Tu mujer es un tesoro dijo, sentándose en el diván ante su hermano. Es una verdadera niña, una niña encantadora, alegre, a quien no sabes cómo quiero.- El príncipe Andrés calló, pero la Princesa observó la expresión irónica y desdeñosa que apareció en su semblante-. Hay que ser indulgente con las pequeñas debilidades humanas. ¿Quién no tiene debilidades en este mundo, Andrés? Recuerda que ha sido educada en la alta sociedad y que hoy su situación no es muy feliz. Hemos de situarnos en el lugar de los demás. Comprender es perdonar. Piensa que para ella, la pobre, es triste tener que separarse de su marido y quedarse sola en el campo en el estado en que se encuentra, después de la vida a que está acostumbrada... Es muy triste.

Y el príncipe Andrés, mirando a su hermana, sonrió como se sonríe ante las personas que creemos conocer a fondo.

Tú vives también en el campo y, sin embargo, no te encuentras tan triste-dijo.

-Mi caso es muy distinto. ¿Por qué hemos de hablar de mí? No deseo otra vida ni puedo desearla, porque no conozco ninguna más. Créeme, Andrés. Para una mujer joven y habituada al gran mundo, enterrarse en el campo en plena juventud, sola. porque papá está siempre atareado y yo..., ya lo sabes..., tengo muy pocos recursos aunque soy una mujer acostumbrada al trato de la sociedad más distinguida...

María, dime, con franqueza; me parece que más de una vez te hace sufrir el carácter de papá- dijo el príncipe Andrés expresamente para sorprender o poner a prueba a su hermana hablando con tanta ligereza de su padre.

-Tú eres muy bueno, Andrés, pero tienes llamaradas de orgullo, y esto es un gran pecado- dijo la Princesa siguiendo antes el hilo de sus pensamientos que no el de la conversación-. ¿Quién puede juzgar a su padre? Y si esto fuera posible, ¿qué otra cosa distinta de la veneración se puede sentir por un hombre como él? Estoy muy contenta y me siento muy feliz. Deseo tan sólo que todos lo sean tanto como yo.- El hermano bajó la cabeza con desconfianza-. Si he de decirte la verdad, Andrés, solamente una cosa me es penosa: las ideas religiosas de papá. No puedo comprender como un hombre de tan gran talento como el suyo no pueda ver lo que es claro como la luz y se pierda de este modo. Ésta es mi única pena. No obstante, de un cierto tiempo a esta parte observo en él como una sombra de mejoría. Sus bromas no son tan incisivas, y no hace mucho recibió a un monje y habló con él un gran rato.

-¡Ah, hermana! Temo que gastes inútilmente tu pólvora con estas frases- dijo el príncipe Andrés, burlón y tierno a la vez.

-¡Ah, hermano! Únicamente rezo a Dios y espero que me escuche- dijo tímidamente María después de un instante de silencio-. Quisiera pedirte algo muy importante.

-¿Qué quieres, querida?

No. Prométeme que no me lo negarás. No te costará nada y no es nada indigno de ti. Para mí sería un gran anhelo. Prométeme, Andrés dijo hundiendo la mano en su bolso y cogiendo algo, pero sin enseñárselo todavía ni indicar qué era el objeto que motivaba la petición, como si no pudiera sacar aquello antes de haber obtenido la promesa que pedía. Luego dirigió a su hermano una mirada tímida, suplicante.

-¿Y si fuese algo que me costase un gran esfuerzo?- preguntó el Príncipe, como si adivinase de qué se trataba.

Piensa lo que quieras, pero hazlo por mí. Hazlo. Yo te lo ruego. El padre de

papá, el abuelo, lo llevó en todas sus campañas. Aún no sacó del bolsillo lo que tenía en la mano-. ¡.Me lo prometes?

Naturalmente. ¿Qué es?

-Andrés; toma mi bendición con esta imagen y prométeme que nunca te desprenderás de ella. ¿Me lo prometes?

-Si no pesa mucho y no me siega el cuello..., por darme susto...- dijo el príncipe Andrés: pero al darse cuenta de la expresión emocionada que aquella burla producía en su hermana, se arrepintió-. Estoy muy contento, muy contento, de veras- añadió.

A pesar tuyo, Él te salvará y te conducirá a Él, porque únicamente en Él está la verdad y la paz dijo, con su voz trémula de emoción, colocando ante su hermano, con ademán solemne, una vieja imagen oval del Salvador, de cara morena, enmarcada en plata y pendiente de una cadena del mismo metal minuciosamente trabajada. María se santiguó, besó la imagen y se la dio a Andrés-. Te lo pido, hermano. Hazlo por mí.

En sus grandes ojos negros fulguraban la bondad y la dulzura, iluminando su rostro enfermizo y delgado y dándole una belleza insospechada. El hermano hizo ademán de coger la imagen, pero ella le detuvo. Andrés comprendió lo que quería y se santiguó, besando la imagen. Su rostro tenía una expresión de ternura- estaba emocionado- y de burla a la vez.

-Gracias, querido.

María le besó la frente y volvió a sentarse en el diván. Los dos callaron.

-Créeme lo que te digo, Andrés. Sé bueno y magnánimo, como siempre lo has sido. No seas severo con Lisa. ¡Es tan encantadora, tan buena! ¡Y ahora es tan triste su situación!

-Creo, María, que no digo nada, que no hago a mi mujer ningún reproche, que no estoy disgustado con ella. ¿Por qué me dices todo esto, entonces?

La princesa María enrojeció y calló como una culpable.

-Yo no te he dicho nada, y, en cambio, ya te han dicho. Esto me apena mucho.

En la frente, en el cuello y en las mejillas de la princesa María aparecieron unas manchas rojas. Quiso decir algo y no pudo. Su hermano adivinó su intención. Lisa, después de comer, había llorado, explicándole su presentimiento de un parto desgraciado, y el miedo que le producía, y había lamentado su suerte, la de su suegro y la de su marido. Después de llorar se había quedado dormida. El príncipe-Andrés compadecía a su hermana.

-Has de saber, Macha, que no he reprobado, que no reprocho ni reprocharé

nunca más a mi mujer. Pero, en cambio, no puedo decir que no tenga motivos para hacerlo. Esto durará siempre y será siempre así, sean las que fueren las circunstancias. Pero si quieres saber la verdad, si quieres saber si soy feliz o no, sólo puedo decirte que no lo soy. ¿Y crees que ella lo es? Tampoco. ¿Por qué? No lo sé.

Y pronunciando estas palabras se levantó, acercóse a su hermana y la besó en la frente. Sus bellos ojos se iluminaron con un resplandor inteligente, bondadoso y desacostumbrado. Pero no miraba a su hermana; miraba por encima de sus ojos, por encima de la cabeza de la princesa Maria, e intentaban penetrar la oscuridad de la puerta abierta.

-Vamos a verla. He de decirle adiós. O, mejor, ve tú sola primero. Despiértala; yo iré enseguida. ¡Petručka!- llamó a su criado-. Ven aquí. Coge esto. Colócalo al lado del cochero; y esto a la derecha.

La princesa María se levantó y se dirigió a la puerta. En el umbral se detuvo.

-Si tuvieras fe, Andrés, te hubieses dirigido a Dios para que te diera el amor que no sientes; y tu ruego habría sido escuchado.

-Sí, quizá sí- dijo el Príncipe-. Ve, Macha, ve. Yo iré enseguida.

Yendo a la alcoba de su hermana, a través de la galería que unía las dos alas del edificio, el Príncipe tropezó con mademoiselle Bourienne, que sonrió graciosamente. Por tercera vez aquel día se la encontraba en lugares solitarios, con su sonrisa entusiasta y candorosa.

-¡Ah! Creí que estaba usted en su habitación- dijo ella sofocándose y bajando los ojos.

El príncipe Andrés la miró severamente, y su rostro, sin poderlo contener, expresó la cólera. No respondió, pero la miró a la frente y a los cabellos, sin mirar los ojos, con tal desdén, que la francesa se ruborizó y se alejó sin decir palabra.

Cuando el Príncipe llegó a la habitación de su hermana, la Princesa estaba despierta y su vocecilla alegre, que precipitaba las palabras una tras otra, sentíase en el pasillo, a través de la puerta abierta. Hablaba como si quisiera aprovechar el tiempo perdido, después de una larga abstinencia.

No. Figúrate a la vieja condesa Zubov, con sus tirabuzones postizos y su boca llena de dientes tan postizos como los tirabuzones, como si quisiera plantar cara a los años. ¡Ja, ja, ja!

El Príncipe había oído cinco veces la misma frase sobre la condesa Zubov, acompañada de la misma risa, en boca de su mujer. Entró lentamente en la habitación. La Princesa, pequeña, gordezuela, rosada, hallábase sentada en una

butaca de brazos con la labor en la mano, hablando, incansable, y recordando escenas de San Petersburgo e incluso citando frases. El príncipe Andrés se acercó a ella, le acarició la cabeza y le preguntó si había ya descansado del viaje. Ella repuso afirmativamente y continuó la conversación.

Al pie del portal esperaba el coche con los caballos. Era una noche oscura de verano. El cochero no distinguía ni la lanza del coche. A la puerta movíase la gente con linternas. Las altas ventanas de la casona dejaban filtrar la luz del interior. En el recibidor agrupábanse los criados, que deseaban despedirse del joven Príncipe. En el salón esperaban todos los familiares: Mikhail Ivanovitch, mademoiselle Bourienne, la princesa María y la princesa Lisa.

El príncipe Andrés había sido llamado al gabinete de su padre, que quería despedirse de él a solas. Todos le esperaban. Cuando el príncipe Andrés entró en el gabinete, su padre, que tenía puestas las antiparras y el camisón de dormir, con cuyo atavío no recibía a nadie, excepto a su hijo, estaba sentado en el escritorio y escribía. Se volvió.

-¿Te vas?- preguntó. Y continuó escribiendo.

-He venido a decirte adiós.

-Bésame aquí.- Y le mostró la mejilla, añadiendo-. Gracias, gracias.

-¿Por qué me das las gracias?

-Para que no pierdas el tiempo, para que no te pegues a las faldas de las mujeres. El deber es lo primero. Gracias, gracias y continuó escribiendo. De su pluma saltaban salpicaduras de tinta-. Si has de decirme algo- añadió , dímelo ahora. No me estorbas.

-Se trata de mi mujer... Me avergüenza pedírtelo.

-¡Vaya una salida! Dime lo que te convenga.

-Cuando llegue el momento del parto, envía a buscar a Moscú a un médico para que la asista...

El viejo Príncipe se levantó y clavó sus severos ojos en su hijo, como si no le hubiera comprendido bien.

Ya sé que nadie puede ayudarla, si la Naturaleza no la ayuda- dijo el príncipe Andrés visiblemente turbado . Creo que de cada millón de casos solamente se produce uno malo. Pero es una manía mía y de ella también. ¡Le han contado tantas cosas! ¡Y tiene tales presentimientos! Tiene miedo.

-¡Hum. hum!- gruñó el viejo Príncipe, continuando la carta que escribía-. Lo haré.- Firmó la carta. De pronto se volvió vivamente a su hijo y se echó a reír . El asunto no va muy bien, ¿verdad?

-¿Qué asunto? ¿Qué quieres decir, papá?

Mujer, eso es todo- dijo lacónicamente el viejo Príncipe.

-No te comprendo- repuso su hijo.

-Sí, sí, no se puede hacer nada, amigo mío. Todas son iguales. No tengas miedo. No se lo diré a nadie, ya lo sabes.- Cogió la mano de su hijo con la suya, huesuda y pequeña, la sacudió y le miró a los ojos con su mirada rápida y penetrante. De nuevo estalló su risa fría.

El hijo suspiró, confesando con aquel suspiro que el padre le había comprendido bien. Éste cerró y selló la carta con su acostumbrada vivacidad. Después la lacró, puso el sello sobre el lacre y la dejó sobre la mesa.

-¡Qué le vamos a hacer! Haré todo lo que sea necesario. Estate tranquilo.

Andrés calló. Le era agradable y le disgustaba a la vez saberse comprendido por su padre. El viejo se levantó y le entregó la carta.

-Escucha- le dijo-. No te preocupes por tu mujer. Se hará cuanto humanamente sea posible. Ahora escúchame. Aquí tienes una carta para Mikhail Ilarionovitch. Le escribo para que te dé un empleo y no te deje mucho tiempo de ayudante de campo. Es un mal trabajo ese. Dile que me acuerdo mucho de él y que le quiero. Escíbeme contándome el recibimiento que te haya hecho. Si te recibe bien, continúa sirviéndole. El hijo de Nicolás Andreievitch Bolkonski no servirá nunca a nadie por favor. Bien, ven aquí.- Hablaba tan deprisa que no pronunciaba la mitad de las palabras; pero su hijo ya estaba acostumbrado a oírle y lo comprendía todo. Acompañó a éste al lado del escritorio, lo abrió, cogió una caja y sacó de ella un cuaderno cubierto por su letra alta y apretada-. Es probable que muera antes que tú. Si esto sucede, has de saber que aquí están mis memorias. Después de mi muerte se las envías al Emperador. Aquí tienes los billetes de Lombart y una carta. Es un premio para el que escriba la historia de la guerra de Suvorov. Hay que enviarlo a la Academia. Aquí están mis notas. Léelas cuando haya muerto. Encontrarás cosas útiles.

Andrés no dijo a su padre que seguramente viviría todavía muchos años, y comprendió que no había tampoco necesidad de decírselo.

-Haré cuanto me dices, papá.

-Bien. Ahora, adiós.

Le dio la mano para que la besara y le abrazó.

-Recuerda, príncipe Andrés, que, si te matan, tu muerte será para mí, para un viejo, muy dolorosa...-Calló. De pronto dijo con voz aguda:- Y que para mí sería una vergüenza que no te comportaras como hijo de Nicolás Bolkonski.

-No tenías que haberme dicho esto, papá- replicó el hijo sonriendo. El viejo guardó silencio-. También quería pedirte- añadió- que si yo muriese y me naciera un hijo, lo conservarás a tu lado, como te dije ayer. Que se eduque contigo, te lo ruego.

-Esto quiere decir que no se lo deje a tu mujer, ¿verdad?- dijo el viejo riendo.

Estaban frente a frente, silenciosos. Los inquietos ojos del anciano miraban fijamente a los de su hijo. Algo temblaba en la parte inferior del semblante del viejo Príncipe.

-Ya nos hemos dicho adiós. Ve- dijo de pronto-, ve.- Y con voz enojada abrió la puerta del gabinete.

-¿Qué ocurre, qué ocurre?- preguntó la princesa María viendo al príncipe Andrés y al viejo, que gritaba como si estuviese encolerizado y aparecía en el umbral con su camión blanco, sin peluca y con las enormes antiparras.

El príncipe Andrés suspiró y no repuso nada.

-Vaya- dijo dirigiéndose a su mujer. Y este «vaya» tenía un tono burlón y frío. Parecía que quisiera decir: «Anda, haz todas las muecas que tengas que hacer.»

-¿Ya, Andrés?- dijo la pequeña Princesa palideciendo y mirando temerosa a su marido.

Él la besó. Ella dio un grito y cayó desmayada en sus brazos.

El Príncipe la sostuvo suavemente, le miró la cara y la dejó con cuidado sobre una butaca.

-Adiós, María- dijo con ternura a su hermana. La besó y salió de la habitación con paso rápido.

Mademoiselle Bourienne friccionaba el pulso de la Princesa echada en la butaca. La princesa María la sostenía; con sus bellos ojos tristes miraba a la puerta por donde había desaparecido el príncipe Andrés y se santiguaba. En el gabinete oíanse, repetidos y violentos, como si fueran golpes, los ruidos que el viejo producía al sonarse. En cuanto el príncipe Andrés hubo salido, se abrió bruscamente la puerta del gabinete y la severa figura del viejo, con el camión blanco, apareció en el umbral.

-¿Se ha marchado? Está bien- dijo mirando severamente a la Princesa desmayada. Bajó la cabeza con actitud de descontento y cerró la puerta de un empellón.

SEGUNDA PARTE

I

En octubre de 1805, el ejército ruso ocupaba las ciudades y los pueblos del archiduque de Austria, y otros regimientos procedentes de Rusia, que constituían una pesada carga para los habitantes, acampaban cerca de la fortaleza de Braunau, cuartel general del general en jefe Kutuzov.

El 11 de octubre de aquel mismo año, uno de los regimientos de infantería, que acababa de llegar a Braunau, formaba a media milla de la ciudad, esperando la revista del Generalísimo. Con todo y no ser rusa la localidad, veíanse de lejos los huertos, las empalizadas, los cobertizos de tejas y las montañas; con todo y ser extranjero el pueblo y mirar con curiosidad a los soldados, el regimiento tenía el aspecto de cualquier regimiento ruso que se preparase para una revista en cualquier lugar del centro de Rusia. Por la tarde, durante la última marcha, había llegado la orden de que el general en jefe revistaría a las tropas en el campamento.

Por la larga y amplia carretera vecina, flanqueada de árboles, avanzaba rápidamente, con ruido de muelles, una gran carretela vienesa de color azul. Tras ella seguía el cortejo y la guardia de croatas. Al lado de Kutuzov hallábase sentado un general austriaco, vestido con un uniforme blanco que contrastaba notablemente al lado de los uniformes negros de los rusos. La carretela se detuvo cerca del regimiento. Kutuzov y el general austriaco hablaban en voz baja. Cuando bajaron el estribo del carruaje, Kutuzov sonrió un poco, como si allí no se encontraran aquellos dos mil hombres que le miraban conteniendo el aliento. Oyóse el grito del jefe del regimiento. Éste se estremeció otra vez al presentar armas. En medio de un silencio de muerte, oyóse la débil voz del Generalísimo. El regimiento dejó oír un alarido bronco:

-¡Viva Su Excelencia!

Y de nuevo quedó todo en silencio. De momento, Kutuzov permaneció en pie, en su mismo lugar, mientras desfilaba el regimiento. Después, andando, acompañado del general vestido de blanco y de su séquito, pasó ante las filas. Por el modo que el jefe del regimiento saludaba al Generalísimo, sin separar de él los ojos; por el modo de caminar inclinado entre las filas de soldados, siguiendo sus menores gestos, pendiente de cada palabra y de cada movimiento del Generalísimo, veíase claramente que cumplía sus deberes de sumisión con mucho más gusto aún que sus obligaciones de general. El regimiento, gracias a la severidad y a la atención de su general, hallábase en

mejor estado con relación a los que habían llegado a Braunau simultáneamente. Había únicamente doscientos diecisiete rezagados y enfermos y todo estaba mucho más atendido, excepto el calzado.

Kutuzov pasaba ante las filas de soldados y se detenía a veces para dirigir algunas palabras amables a los oficiales de la guerra de Turquía a quienes iba reconociendo, y también a los mismos soldados. Viendo los zapatos de la tropa, bajó con frecuencia la cabeza tristemente, mostrándoselos al general austriaco, como no queriendo culpar a nadie, pero sin poder disimular que estaban en muy mal estado. Constantemente, el jefe de toda aquella tropa corría hacia delante, temeroso de perder una sola palabra pronunciada por el Generalísimo con respecto a su tropa. Detrás de Kutuzov, a una distancia en que las palabras, incluso pronunciadas a media voz, podían ser oídas, marchaban veinte hombres del séquito, quienes conversaban entre sí y reían de vez en cuando. Un ayudante de campo, de arrogante aspecto, seguía de cerca al Generalísimo. Era el príncipe Bolkonski y hallábase a su lado su compañero Nesvitzki, un oficial de graduación superior, muy alto y grueso, de cara afable, sonriente, y ojos dulces. Nesvitzki, provocado por un oficial de húsares que iba cerca de él, a duras penas podía contener la risa. El oficial de húsares, sin sonreír siquiera, sin cambiar la expresión de sus ojos fijos, con una cara completamente seria, miraba la espalda del jefe del regimiento, remedando todos sus movimientos. Cada vez que el General temblaba y se inclinaba hacia delante, el oficial de húsares temblaba y se inclinaba también. Nesvitzki reía y tocaba a los que tenía más próximos, para que observaran la burla de su compañero.

Kutuzov pasaba lentamente ante aquellos millares de ojos que parpadeaban para ver a su jefe. Al encontrarse ante la tercera compañía, detúvose de pronto. El séquito, que no preveía este alto, se encontró involuntariamente en contacto con él.

-¡Ah, Timokhin!- dijo el Generalísimo dándose cuenta de la presencia del capitán de la nariz colorada, el cual había sido amonestado a causa del capote azul.

Cuando el General le dirigía alguna observación, Timokhin se ponía tan rígido que materialmente parecía imposible que pudiera envararse más. Pero cuando le habló el Generalísimo, el capitán se envaró de tal forma que visiblemente no era posible que pudiese mantenerse en este estado si la mirada del Generalísimo se prolongaba algún rato. Kutuzov comprendió enseguida esta situación, y como apreciaba al capitán se apresuró a volverse. Una sonrisa imperceptible apareció en la cara redonda y cruzada por una cicatriz del Generalísimo.

Un compañero de armas de Ismail- dijo-. Un bravo oficial. ¿Estás contento

de él?- preguntó Kutuzov al General.

Éste, reflejado como en un espejo en los gestos y ademanes del oficial de húsares, tembló, avanzó y repuso:

-Muy contento, Excelencia.

-Todos tenemos nuestras debilidades- dijo Kutuzov sonriendo y alejándose . La suya era el vino.

El General se aterrorizó como si él hubiese tenido la culpa y no dijo nada. En aquel momento, el oficial de húsares vio la cara del capitán de nariz colorada y vientre hundido y compuso tan bien su rostro y postura, que Nesvitzki no pudo contener la risa. Kutuzov se volvió. No obstante, el oficial podía mover su rostro como quería. En el momento en que el Generalísimo se volvía, el oficial pudo componer una mueca y tomar enseguida la expresión más seria, respetuosa e inocente.

La tercera compañía era la última, y Kutuzov, que se había quedado pensativo, pareció como si recordara algo. El príncipe Andrés se destacó de la escolta y dijo en francés y en voz baja:

-Me ha ordenado que le recuerde al degradado Dolokhov, que se encuentra en este regimiento.

-¿Dónde está?- preguntó Kutuzov.

Dolokhov, que se había puesto ya su capote gris de soldado, no esperaba que le llamasen. Cuidadosamente vestido, serenos sus ojos azul claro, salió de la fila, se acercó al Generalísimo y presentó armas.

-¿Una queja?-preguntó Kutuzov frunciendo levemente el entrecejo.

-Es Dolokhov- dijo el príncipe Andrés.

-¡Ah!- repuso Kutuzov-. Espero que esta lección te corregirá. Cumple con tu deber. El Emperador es magnánimo y yo no te olvidaré si te lo mereces.

Los ojos azul claro miraban al Generalísimo con la misma audacia que al jefe del regimiento y con la misma expresión parecían destruir la distancia que separa a un generalísimo de un soldado.

-Sólo pido una cosa, Excelencia- replicó con su voz sonora y firme-: que se me dé ocasión para borrar mi falta y probar mi adhesión al Emperador y a Rusia.

Kutuzov se volvió. En su rostro apareció la misma sonrisa que había tenido al dirigirse al capitán Timokhin. Frunció el entrecejo, como si quisiera demostrar que hacía mucho tiempo sabía lo que decía y podía decir Dolokhov, que todo aquello le molestaba y que no era necesario. Se dirigió a la carretela.

El regimiento formó por compañías, marchando a los cuarteles que les habían sido designados, no lejos de Braunau, donde esperaban poder calzarse, vestirse y descansar de una dura marcha.

II

Kutuzov se había replegado hacia Viena, destruyendo tras de sí los puentes del Inn en Braunau y el del Traun en Lintz. El 23 de octubre, las tropas rusas pasaban el Enns. Los furgones de la artillería y las columnas del ejército pasaron el Enns en pleno día, desfilando a cada lado del puente. El tiempo era bochornoso y llovía. Ante las baterías rusas que defendían el puente, situadas en unas lomas, abríase una amplia perspectiva velada tan pronto por una cortina de lluvia como desaparecía ésta y al resplandor del sol se distinguían los objetos a lo lejos, resplandeciendo como si estuvieran cubiertos de laca. Abajo veíase la ciudad con las casas blancas y los tejados rojos, la catedral y los puentes, por cuyas bocas, apelotonándose, fluían las tropas rusas. En el recodo del Danubio veíanse las embarcaciones, la isla y el castillo con el parque rodeado por las aguas del Enns, que desembocaban en aquel lugar en el Danubio, y distinguíase la ribera izquierda, cubierta, a partir de este río, de roquedales y bosques que perdíanse en la lejanía misteriosa de los picos verdes y los azulencos collados. Veíanse aparecer los pequeños campanarios del monasterio, surgiendo por encima de un bosque de pinos silvestres, como una selva virgen; y lejos, delante, en lo alto de la montaña, al otro lado del Enns, veíanse las patrullas enemigas. En medio de los cañones emplazados en aquella altura, el comandante de la retaguardia, con un oficial de su séquito, examinaba el territorio con unos anteojos de campaña. Un poco hacia atrás, Nesvitzki, a quien el general en jefe había enviado a la retaguardia, estaba sentado en la cureña de un cañón. El cosaco que le acompañaba le entregó un pequeño macuto y una botella, y Nesvitzki obsequió a los oficiales con pastas y un doble kummel autentico.

Los oficiales le rodeaban muy animados, unos arrodillados y otros sentados a usanza turca sobre la hierba húmeda.

-En efecto, el príncipe austriaco que reconstruyó aquí este castillo ya sabía lo que hacía. ¡Que lugar más encantador! ¿Por qué no comen, señores?- dijo Nesvitzki.

-Gracias, Príncipe- repuso uno de los oficiales, encantado de poder hablar con un personaje tan importante del Estado Mayor-. Un lugar magnífico. Al pasar por el parque hemos visto a dos ciervos. Es un castillo incomparable.

-Príncipe- dijo otro que tenía un vivo deseo de coger otro dulce pero que no se atrevía y fingía por eso admirar el paisaje-, mire; nuestros soldados ya están allí. Mire, allí abajo, aquel claro, tras el pueblo. Hay tres que arrastran algo. ¡Oh! Vaciarán este palacio- dijo, exaltado.

-Sí, exactamente, exactamente- dijo Nesvitzki-. Me tiente-continuó, acercando un dulce a su boca perfectamente dibujada y húmeda- ir allí.- Señalaba al monasterio, cuyos campanarios distinguía. Luego sonrió, entornando los ojos . Estaría muy bien, ¿verdad, señores?-Los oficiales sonrieron-. ¡Ah! ¡Si pudiéramos asustar a esas monjas! Dicen que hay unas italianas muy lindas. De buena gana daría cinco años de mi vida por darme este gusto.

-Esto, prescindiendo de que las pobres se molesten- añadió, riendo, el oficial más audaz.

Mientras tanto, un oficial del séquito, que se hallaba en primer término, señalaba algo al General, y éste observaba con los anteojos.

-Sí, sí, tiene usted razón, tiene usted razón- dijo con cólera, dejando de mirar por los anteojos y encogiéndose de hombros-. En efecto, atacarán cuando atravesemos. ¿Qué es aquello que arrastran por allí?

Desde el otro lado, a simple vista, veíase al enemigo en sus baterías, de las cuales ascendía una humareda blanca y lechosa. Tras la humareda oíase una detonación lejana y veíanse a las tropas apresurarse a atravesar el río.

Nesvitzki, por fanfarronería, se levantó y, con la sonrisa en los labios, se acercó al General.

-¿No quiere usted probar un poco, Excelencia?

-Mal negocio- dijo el General sin contestarle-. Los nuestros se han rezagado.

-¿Hay que ir, Excelencia?- preguntó Nesvitzki.

-Sí, vaya, por favor- repuso el General.

Y repitió la orden que ya había dado detalladamente:

-Diga a los húsares que pasen los últimos y que incendien el puente, tal como ya he ordenado. Además, que inspeccionen las materias inflamables que ya han sido colocadas.

-Muy bien- replicó Nesvitzki.

Llamó al cosaco de a caballo y le ordenó preparase la cantina, e irguió ligeramente su cuerpo sobre la silla.

Me vendrá muy bien. De paso visitaré a las monjas- dijo a los oficiales,

que le miraban con media sonrisa, y se alejó por el sinuoso sendero de la montaña.

-Vaya, capitán, veamos el blanco--dijo el General dirigiéndose al capitán de artillería-. Distráigase un poco.

-¡Artilleros, a las piezas!- ordenó el oficial.

En un abrir y cerrar de ojos, los artilleros, alegremente, corrieron a las piezas y cargaron el cañón.

-¡Número uno!- exclamó una voz.

El número uno disparó, ensordeciendo con su sonido metálico a todos los que se hallaban en la montaña. La granada se elevó zumbando; y lejos, ante el enemigo, por el humo, indicó dónde había estallado al caer. Las caras de los soldados y de los oficiales se iluminaron al oír la detonación. Todos se levantaron e hicieron observaciones sobre los movimientos de sus tropas, que veíanse abajo, como sobre la mano, y también sobre el enemigo que avanzaba. En aquel momento, el sol disipó por completo las nubes y el agradable sonido de un cañonazo aislado se fundió en el claro resplandor del sol, en una impresión de coraje, entusiasmo y alegría.

III

Dos granadas enemigas habían atravesado el puente, produciendo un gran remolino. El príncipe Nesvitzki echó pie a tierra. Hallábase en medio del puente y apoyó su enorme cuerpo contra la baranda. Volvióse y llamó al cosaco que, con los dos caballos cogidos por la brida, marchaba algunos pasos más atrás. En cuanto el príncipe Nesvitzki intentaba avanzar, los soldados y los carros precipitábanse sobre él, empujándole contra la baranda. Y esto, no obstante, le producía cierta complacencia.

-¡Eh, camarada!- dijo un cosaco a un soldado encargado de una furgoneta, que seguía a la infantería apelonada al lado de las ruedas y de los caballos. ¿No podrías esperar un poco? ¿No ves que el General ha de pasar?

Pero el conductor del furgón, sin hacer caso del título de general, gritó a los soldados que le impedían el paso:

-¡Eh, eh! ¡Sorches! ¡Pasad a la izquierda y esperad!

Pero la infantería, apoyando hombro contra hombro, entrecruzando las bayonetas, movíase sobre el puente como una masa compacta, sin detenerse. Mirando hacia abajo por encima de la baranda, el príncipe Nesvitzki

contemplaba las rápidas y rumorosas ondas del Enns, que, mezclándose y rompiéndose contra los pilares del puente, encaballábanse unas sobre otras. En el puente veíanse las mismas ondas, pero vivas, de los soldados: los quepis, las caras de pronunciados pómulos, las hundidas mejillas, las fisonomías fatigadas y las piernas que se movían sobre el fango pegajoso que cubría las maderas del puente. A veces, en medio de las ondas monótonas de los soldados, levantábase, como la espuma blanca en las ondas del Enns, un oficial con capa, de fisonomía muy distinta a la de los soldados; a veces cerrábanse las ondas de la infantería y llevábanse consigo, como un trozo de madera sobre el río, a un húsar a pie, a un asistente o a un aldeano. A veces, como una rama sobre el agua movediza, una carreta de la compañía, cargada hasta los topes y cubierta de cuero, resbalaba sobre el puente rodeado por todas partes.

-Esto es como si se hubiera roto una esclusa- dijo el cosaco, deteniéndose desesperado-. ¿Hay muchos allá todavía?

-Un millón, poco más o menos- repuso un soldado que, con la capa hecha jirones, pasó a su lado y desapareció. Tras él venía otro soldado viejo.

Si «él», el enemigo, se pudiera precipitar contra el puente- dijo el soldado viejo dirigiéndose a un compañero-, se te pasarían las ganas de rascarte.

El soldado pasó. Tras él, otro soldado iba en un carro.

-¿Donde diablos has puesto los calcetines?- decía un hombre que corría tras un carro, buscando en él.

También el carro y el soldado se alejaron. Aparecieron después otros soldados alegres; evidentemente, habían bebido más de la cuenta.

Amigo mío, le he dado un buen culatazo en los dientes decía alegremente un soldado que tenía subido el cuello del capote, agitando las manos.

-¡Ja, ja, ja! Le deben haber gustado los jamones- replicó el otro riendo.

Y pasaron tan deprisa que Nesvitzki no supo a quién habían herido en los dientes ni qué significación tenía la palabra «jamón».

-¿Por qué corren tanto? ¿Porque «él» ha tirado? Di que no quedará ninguno dijo con malicia y tono de reconvención un suboficial.

-Cuando la granada pasó por delante, me quedé deslumbrado- decía, conteniendo la risa, un joven soldado de enorme boca-. Te juro que me moría de miedo- continuaba diciendo, como si presumiera de su terror.

También paso. Venía detrás un carro muy diferente de cuantos habían pasado hasta entonces. Era una carreta tirada por dos caballos. Sentadas encima, en un colchón, veíase a una mujer con una criatura de pecho, una anciana y una zagala fuerte, de rostro colorado.

-¡Mirad, mirad! La gente no deja moverse al oficial- decía desde diversos puntos la multitud, parada pero mirando y empujándose continuamente hacia la salida.

Mientras Nesvitzki contemplaba las aguas del Enns sintió de pronto otra vez el sonido, nuevo para él, de algo que se acercaba rápidamente, el pesado sonido de algo que caía al agua.

-Mira dónde apunta- dijo severamente un soldado, cerca de Nesvitzki, al oír el sonido.

-Quiere que pasemos más deprisa- dijo otro, inquieto.

La multitud volvió a agitarse. Nesvitzki comprendió que se trataba de una granada.

-¡El cosaco! ¡El caballo!- dijo-. Apartaos vosotros. Dejadme paso.

A duras penas llegó hasta el caballo, y sin dejar de gritar, avanzó. Los soldados se apretujaban para dejarle paso; de nuevo le empujaron de tal modo que incluso le hicieron daño en las piernas. Pero los que se hallaban más cerca de él no tenían la culpa, porque se sentían empujados fuertemente por quienes estaban más lejos.

-¡Nesvitzki, Nesvitzki! ¡Eh, animal!- dijo tras él una voz ronca.

Nesvitzki se volvió y a quince pasos tras él, más allá de la masa de la infantería en marcha, vio a Vaska Denisov, enrojecido, con la cara sucia, despeinado, con la gorra en la coronilla y el dormán tirado graciosamente sobre la espalda.

-Ordena a estos diablos que dejen paso- gritó Denisov, visiblemente indignado. Sus ojos inquietos, negros como el carbón, resplandecían. En la mano desnuda, pequeña, tan roja como su cara, empuñaba el sable envainado aún.

-¡Eh, Vaska! ¿Qué te ocurre?- gritó alegremente Nesvitzki.

-No puedo hacer pasar al escuadrón- gritó Denisov mostrando rabiosamente los dientes blancos y espoleando a su hermoso corcel negro, un pura sangre que, inquieto por el brillo de las bayonetas, movía las orejas, piafaba, esparciendo en torno suyo la espuma que escurría por sus flancos, pateando la madera del puente y pareciendo dispuesto a saltar sobre la baranda si quien lo montaba se lo permitía.

-¿No lo ves? Son corderos, verdaderos corderos. ¡Dejadme paso! ¡Apártate!- gritaba, sin pronunciar las erres . ¡Carretero del diablo, me abriré paso a sablazos!- y, en efecto, desenvainó el sable y comenzó a blandirlo.

Los soldados, con las caras descompuestas, apretujábanse unos contra

otros, y Denisov pudo alcanzar a Nesvitzki.

-¿Cómo es que no estás todavía borracho hoy?- preguntó Nesvitzki a Denisov cuando se acercó a él.

-No dan tiempo ni para beber- repuso Denisov-. Nos pasamos el día arrastrando al regimiento de un lado para otro. Hemos de entrar en combate inmediatamente, porque si no sólo el diablo sabe lo que pasará.

Estás hoy muy elegante dijo Nesvitzki mirándole, contemplando su dormán nuevo y los arreos de su caballo.

Denisov sonrió. Sacó su pañuelo impregnado en perfume y lo volvió bajo la nariz de Nesvitzki.

-¿Qué quieres que haga? Vamos a entrar en fuego. Ya ves; me he afeitado, me he limpiado los dientes y me he perfumado.

La imponente figura de Nesvitzki, acompañado de su cosaco, y la perseverancia de Denisov, que blandía el sable y enronquecía a gritos, produjeron tanto efecto que pudieron atravesar el puente y detener a la infantería. Cerca de la salida, Nesvitzki encontró al coronel a quien había de dar la orden, y en cuanto hubo cumplido su comisión, retrocedió.

IV

El resto de la infantería atravesaba el puente a paso de maniobra, apelotonándose a la salida. Una vez hubieron pasado todos los carros, los empujones dejaron de ser tan violentos y el último batallón penetró en el puente, únicamente los húsares de Denisov manteníanse al otro extremo del puente, frente al enemigo. Éste, que se distinguía a lo lejos, sobre la montaña situada ante el río, no veíase aún desde el puente, y el horizonte se encontraba limitado a una media versta de distancia por un collado por donde se deslizaba un arroyuelo. Hacia delante extendíase una especie de desierto donde maniobraban unas patrullas de cosacos. De pronto, sobre las lomas opuestas a la carretera, aparecieron tropas con capotes azules y artillería. Eran franceses. El destacamento de cosacos se dirigió al trote hacia las lomas. Todos los oficiales y soldados del escuadrón de Denisov, a pesar de que procuraban hablar de cosas indiferentes y miraban de soslayo, no cesaban de pensar en lo que se preparaba al pie de la montaña y contemplaban constantemente las manchas que producían en el horizonte las tropas enemigas.

Al mediodía aclaró el tiempo otra vez y cayó el sol a plomo sobre el Danubio y las montañas oscuras que le rodeaban. No corría ni la más

insignificante brisa y de vez en cuando llegaban desde la montaña el sonido de los clarines y el grito del enemigo. Entre el escuadrón y éste no veíase a nadie, a excepción de algunas patrullas; un espacio vacío de unas trescientas sagenes les separaba. El enemigo había dejado de disparar y la línea terrible, inabordable e inalcanzable, que dividía los dos campos adversarios hacía aún más sensible.

-El diablo sabe lo que se traen entre manos- gruñó Denisov . ¡Eh, Rostov! gritó al joven, que parecía muy contento-. Por fin se te ve- y sonrió con aire de aprobación, evidentemente muy satisfecho del suboficial.

Rostov, en efecto, sentíase completamente feliz. En aquel momento apareció un jefe en el puente y Denisov acercóse a él al galope.

-Excelencia, permítame atacar. Yo les haré retroceder.

-¿Cómo habla usted de ataque?- dijo el jefe con voz enojada, frunciendo el entrecejo, como si quisiera apartar de sí una mosca molesta-. ¿Qué hace usted aquí? ¿No ve que se retira a la descubierta? Haga retroceder al escuadrón.

El escuadrón atravesó el puente y se colocó fuera de tiro, sin perder un solo hombre. Después del escuadrón pasó otro, que se encontraba en línea, y los últimos cosacos abandonaron aquel lado del río.

Dos escuadrones del regimiento de Pavlogrado atravesaron el puente, uno tras otro, en dirección a la montaña. El coronel Karl Bogdanitch Schubert se acercó al escuadrón de Denisov y siguió su camino no lejos de Rostov sin prestarle la menor atención.

Jerkov, que no hacía mucho había dejado el regimiento de Pavlogrado, se acercó al coronel. Después de su destitución del Estado Mayor no se quedó en el regimiento, alegando que no era tan tonto como para trabajar en filas cuando en el Estado Mayor, sin hacer nada, podía ganar muchas más condecoraciones; y con esta idea había conseguido hacerse nombrar oficial a las órdenes del príncipe Bagration. Ahora iba a dar una orden del general de retaguardia a su antiguo jefe.

-Coronel- dijo con sombrío aspecto-, se ha dado la orden de detención y de prender fuego al puente.

¿Quién lo ha mandado?-preguntó el Coronel con aspereza.

-No lo sé, Coronel- replicó seriamente Jerkov-, pero el Príncipe me ha ordenado esto: «Ve y dí al Coronel que los húsares retrocedan tan deprisa como puedan y que incendien el puente.»

Detrás de Jerkov, un oficial de la escolta se dirigió al Coronel de húsares con la misma orden. Tras él, montando un caballo cosaco que a duras penas podía manejar, galopaba el corpulento Nesvitzki.

-Coronel- gritó galopando aún-, le he dicho a usted que incendiaran el puente. ¿Quién ha rectificado mi orden? Parece que todos se hayan vuelto locos.

El Coronel detuvo al regimiento sin mucha prisa y se dirigió a Nesvitzki.

-Me ha hablado usted de materias inflamables- dijo-, pero no me ha dicho nada con respecto a prender fuego al puente.

-¿Cómo se entiende?- dijo Nesvitzki quitándose la gorra y alisándose con la mano los cabellos, empapados en sudor-. ¿Cómo es posible que no le haya dicho yo que prendiera fuego al puente si se han colocado en él materias inflamables? Amigo mío...

-Yo no soy para usted ningún «amigo mío», señor oficial de Estado Mayor, y no me ha dicho que prendiera fuego al puente. Sé muy bien mi obligación y acostumbro cumplir estrictamente las órdenes que se me dan. Usted me ha dicho: «Prenderán fuego al puente.» Pero ¿quién? No puedo saberlo, diablo.

-Siempre ocurre lo mismo- dijo Nesvitzki con un ademán-. ¿Qué haces aquí?- preguntó a Jerkov.

He venido a dar la misma orden. Vienes muy mojado. Acércate, acércate...

-¿Qué dice usted, señor oficial?- continuó el Coronel con tono ofendido.

-Coronel- le interrumpió el oficial de la escolta-, hay que darse prisa o de lo contrario el enemigo acercará sus cañones hasta ponerlos a tiro de metralla.

El Coronel miró en silencio al oficial de la escolta, al corpulento oficial de Estado Mayor Jerkov y frunció el entrecejo.

-Incendiaré el puente- dijo con voz solemne, como si quisiera dar a entender que, a pesar de todos los disgustos que se le ocasionaban, haría todo cuanto fuera necesario hacer. Y espoleando al caballo con sus piernas largas y musculosas, como si el animal tuviera la culpa de todo, el Coronel avanzó y ordenó al segundo escuadrón, aquel en, que servía Rostov bajo las órdenes de Denisov, que volviera al puente.

Las caras alegres de los soldados del escuadrón cobraron la expresión severa que tenían cuando se encontraban bajo las granadas. Rostov miró al Coronel, sin bajar los ojos. Pero el Coronel no se volvió ni una sola vez a Rostov, y, como siempre, desde las filas miraba con altivez y solemnidad. El escuadrón esperaba la orden.

-Aprisa, aprisa- gritaban en torno suyo algunas voces.

Colgando los sables de las sillas, con gran ruido de espuelas, precipitábanse a caballo los húsares, sin saber siquiera lo que iban a hacer. Los soldados se santiguaban. Rostov no miraba ya al Coronel ni tenía tiempo de

hacerlo. Tenía miedo. Su corazón latía, temiendo que los húsares llegasen tarde. Cuando entregó su caballo al soldado le temblaba la mano y sintió que la sangre afluía a oleadas a su corazón. Denisov pasó ante él, gritando algo. Rostov no veía sino a los húsares que corrían en torno suyo, tropezando con las espuelas y produciendo un gran ruido con los sables.

-¡Camilla!- gritó una voz tras él.

Rostov no se dio cuenta de lo que significaba la petición de una camilla. Corría, procurando tan sólo llegar el primero; pero cerca ya del puente dio un paso en falso y cayó de bruces sobre el pisoteado y pegajoso barro. Los demás pasaron ante él.

-Por ambos lados, teniente- decía la voz del Coronel, que, a caballo constantemente, avanzaba o retrocedía cerca del puente, con la cara triunfante y alegre.

Rostov, limpiándose las manos sucias de barro en el pantalón, miró al Coronel y quiso correr más allá, imaginándose que cuanto más lejos fuera mejor quedaría. Pero fuera que Bogdanitch no le hubiese mirado o reconocido, le llamó con cólera.

-¿Quién es ese que corre por el centro del puente? ¡A la derecha, suboficial, a la derecha y atrás!- y se dirigió a Denisov, quien, valeroso y audaz, paseábase a caballo sobre las maderas del puente.

-¿Para qué servirá esa imprudencia, capitán? Mejor será que desmonte.

-¡Bah! Solamente cae el que ha de caer- replicó Denisov volviéndose sobre la fila.

Mientras tanto, Nesvitzki, Jerkov y el oficial de la escolta continuaban de pie, agrupados y fuera de tiro, contemplando aquel puñado de hombres con gorras amarillas, guerreras verde oscuro con brandeburgos y pantalones azules, que avanzaban de lejos, y el grupo de hombres con los caballos, entre los cuales podían distinguirse fácilmente los cañones.

¿Conseguirían o no prender fuego al puente? ¿Quién sería el primero? ¿Lo incendiarían y podrían huir, o bien los franceses se acercarían lo bastante para ametrallarlos y no dejar a uno solo con vida? Estas preguntas acudían voluntariamente a todos los soldados que se encontraban al otro lado del puente y que, a la clara luz de la tarde, contemplaban a aquél, a los húsares y a los capotes azules que se movían al otro lado con las bayonetas y los cañones.

-Esto será terrible para los húsares- dijo Nesvitzki-; ya se encuentran a tiro de metralla.

-No había necesidad de haber mandado a tantos hombres- dijo el oficial de la escolta.

-Sí, ciertamente- opinó Nesvitzki-; para esto, con dos hombres hubiera bastado.

-¡Ah, Excelencia!- intervino Jerkov, sin separar la vista de los húsares pero conservando su tono inocente que no permitía distinguir si hablaba en serio o no-. ¡Ah, Excelencia! ¿Cómo dice usted enviar dos soldados tan sólo? ¿Quién nos daría entonces la Cruz de Vladimir? Más vale que se pierdan todos y que se proponga a todo el escuadrón para la recompensa, porque todos tendremos entonces una condecoración. Bogdanitch ya sabe lo que se hace.

-¡Ah!- dijo el oficial de la escolta-. Ya ametrallan- y señalaba a los cañones puestos en funcionamiento y que avanzaban pesadamente.

Del lado de los franceses donde se encontraban los cañones se levantó una columna de humo, y casi simultáneamente una segunda y una tercera, y, mientras llegaba el ruido del primer disparo, una cuarta. Después oyéronse dos detonaciones, una tras otra, y luego la tercera.

-¡Oh, oh!- dijo Nesvitzki, como si hubiera sentido un dolor muy agudo, y cogió al oficial de la escolta por un brazo-. Mire, ya ha caído el primero. Mire.

-Y me parece que también el segundo.

-Si fuese rey, no haría nunca la guerra- dijo Nesvitzki volviendo la cabeza.

Los cañones franceses se cargaban de nuevo apresuradamente. La infantería de los capotes azules corría hacia el puente; la humareda apareció de nuevo en diversos lugares y zumbó la metralla, estrellándose sobre el puente. Esta vez, sin embargo, Nesvitzki no pudo ver lo que ocurría. Lo cubría todo un humo espeso. Los húsares habían conseguido prender fuego y las baterías francesas tiraban contra ellos no para impedirlo, sino porque los cañones estaban cargados y no sabían contra quiénes tirar. Los franceses pudieron tirar tres veces antes de que los húsares hubiesen tenido tiempo de volver a montar a caballo. Dos de estos disparos estaban mal dirigidos y la metralla pasó por encima de los húsares, pero la tercera cayó en medio del grupo y derribó a tres.

Rostov se detuvo en medio del puente sin saber qué hacer. No había nadie a quien atacar de la forma en que él había imaginado que eran los combates, y no podía ayudar a incendiar el puente porque no había cogido brasa ninguna, como hicieron los demás soldados. Estaba de pie y miraba cuando, de pronto, algo chocó contra el puente con gran estrépito y uno de los húsares más cercanos a él cayó, gimiendo, sobre la baranda. Rostov corrió con los demás. Alguien gritó: «¡Camilla!» Cuatro hombres cogieron al húsar y lo levantaron.

¡Ay, ay, ay! ¡Dejadme! ¡Por Dios, dejadme! gritó el herido.

Pero, a pesar de sus gemidos, le tendieron sobre la camilla. Rostov se

volvió y, como si buscara algo, miró a lo lejos, al cielo y al sol, sobre el Danubio. El cielo le pareció magnífico. ¡Era tan azul, tan sereno, tan profundo...! ¡Qué majestuoso y claro era el sol poniente! ¡Cuán suavemente brillaba el agua en el Danubio! Y todavía eran mucho más hermosas las azulencas y largas montañas tras el río, los picos misteriosos y los bosques de pinos rodeados de niebla. Allí todo estaba en calma, todo era feliz.

«Si estuviera allí, no desearía nada- pensó Rostov-. En mí y en ese cielo hay tanta felicidad, y aquí... gemidos, sufrimientos, miedo, esta inquietud, esta fiebre... Otra vez gritan algo. De nuevo todos corren hasta allí, y yo corro con ellos. Y he aquí que la muerte está a mi lado. Un solo instante y no veré ya más ni este sol, ni este aire, ni estas montañas...»

Comenzó entonces a ocultarse el sol detrás de las nubes. Ante Rostov aparecieron las camillas, y el miedo de la muerte y de las camillas, y el amor al sol y a la vida, se mezclaban en su cerebro en una impresión enfermiza y trastornadora.

«¡Oh Dios mío, Señor!, Tú que estás en los cielos, sálvame, perdóname y protégeme», murmuró Rostov.

El húsar corrió hacia los caballos; las voces se hicieron más fuertes y más tranquilas y las camillas desaparecieron de sus ojos.

-¡Vaya, camarada, ya has probado el gusto de la pólvora!- le gritó Denisov al oído.

«Todo ha terminado y soy un cobarde, sí, un cobarde», pensó Rostov. Gimiendo, cogió las riendas de Gratchic de manos de un soldado.

-¿Qué era? ¿Metralla?- preguntó a Denisov.

-¡Y vaya metralla!- exclamó Denisov-. Han trabajado como leones, a pesar de que no era un trabajo agradable. El ataque es una gran cosa; siempre de cara; pero aquí, maldita sea, te atacan por la espalda.

Y Denisov se alejó hacia el grupo que, parado cerca de Rostov, formaba el Coronel, Nesvitzki, Jerkov y el oficial de la escolta.

«Me parece que nadie se ha dado cuenta», pensó Rostov.

En efecto, nadie se había percatado, porque todos conocían el sentimiento experimentado por primera vez por el suboficial que todavía no ha entrado en fuego.

-Será considerada una acción excelente- dijo Jerkov . Quizá me propongan para un ascenso.

Anuncie al Príncipe que he prendido fuego al puente- dijo el Coronel con alegría y solemnidad.

Si me pregunta las bajas...

-¡No ha sido nada!- dijo en voz baja el Coronel-. Un muerto y dos heridos- continuó con visible alegría, incapaz de reprimir una sonrisa de satisfacción al pronunciar la palabra «muerto».

Perseguido por un ejército de más de cien mil hombres mandados por Bonaparte, entorpecido por habitantes animados de intenciones hostiles, perdida la confianza en los aliados, falto de provisiones y obligado a obrar fuera de todas las condiciones previstas de la guerra, el ejército ruso de treinta y cinco mil hombres, bajo el mando de Kutuzov, retrocedía rápidamente siguiendo el curso del Danubio, deteniéndose allí donde se veía rodeado por el enemigo y defendiéndose por la retaguardia tanto como le era necesario para retirarse sin perder bagajes. Había habido combates en Lambach, Amsterdam y Melk; pero a pesar del coraje y la firmeza, reconocidos hasta por el propio enemigo, que los rusos habían demostrado, el resultado de estas acciones no era sino una retirada cada vez más rápida. Las tropas austriacas que habían evitado la capitulación en Ulm, y se habían unido a Kutuzov en Braunau, habíanse separado últimamente del ejército ruso y Kutuzov veíase reducido tan sólo a sus débiles fuerzas ya agotadas. Era imposible pensar en defender Viena. En lugar de la guerra ofensiva, premeditada según las leyes de la nueva ciencia- la estrategia-, el plan de la cual había sido remitido a Kutuzov durante su estancia en Viena por el Consejo Superior de Guerra austriaco, el único objeto, casi inaccesible, que entonces se presentaba a Kutuzov consistía en reunirse a las tropas que llegaban de Rusia, sin perder al ejército como Mack en Ulm.

El día 28 de octubre, Kutuzov pasaba con su ejército a la ribera izquierda del Danubio y se detenía por primera vez, interponiendo el río entre él y el grueso del ejército enemigo. El día 30 se lanzó al ataque y deshizo la división de Mortier, que se encontraba en la orilla izquierda del Danubio. En esta acción consiguió apoderarse de unas banderas, algunos cañones y dos generales enemigos. También por primera vez, después de dos semanas de retirada, se detenía el ejército ruso y, después de un combate, no solamente quedaba dueño de la situación, sino que había logrado expulsar a los franceses.

El 1 de noviembre, Kutuzov recibió de uno de sus espías un informe según el cual el ejército ruso encontrábase en una situación casi desesperada. El informe decía que los franceses, con un enorme contingente de fuerzas, después de atravesar el puente de Viena, se dirigían contra la línea de comunicación de Kutuzov con las tropas procedentes de Rusia. Si Kutuzov se quedaba en Krems, los ciento cincuenta mil hombres del ejército de Napoleón le impedirían el paso por todas partes, rodearían su fatigado ejército de cuarenta mil hombres y se encontraría en la situación de Mack en Ulm. Si Kutuzov se decidía a abandonar la línea de comunicación con las tropas

procedentes de Rusia, había de penetrar, ignorando el camino, en el desconocido y montañoso país de Bohemia, y, defendiéndose de un enemigo muy superior en número y armamento, renunciar a toda esperanza de reunirse con Buksguevden. Si Kutuzov decidía replegarse por la carretera de Krems a Olmutz para reunirse a las tropas que venían de Rusia, exponíase a que los franceses que acababan de atravesar el puente de Viena aparecieran ante él, viéndose entonces obligado a aceptar la batalla durante la marcha, con todo el impedimento de bagajes y furgones y contra un enemigo tres veces superior en número, que le cerraría el paso por todas partes. Kutuzov se decidió por esto.

Tal como había anunciado el espía, los franceses, después de atravesar el río en Viena, se dirigieron a marchas forzadas sobre Znaim por la carretera que seguía Kutuzov, a unas cien verstas de distancia. Llegar a Znaim antes que los franceses era una gran esperanza de salvación para el ejército. Dejar a los franceses el tiempo de llegar, indudablemente era infligir al ejército una derrota comparable a la de Ulm, con la pérdida total de las fuerzas. Pero anticiparse a los franceses con todo el ejército era imposible. La marcha de los franceses desde Viena a Znaim era mucho más corta y mejor que la que habían de hacer los rusos desde Krems.

La misma noche que recibió el informe, Kutuzov envió la vanguardia de Bagration, cuatro mil hombres, por las montañas, a la derecha de la carretera de Krems a Znaim y la de Viena a Znaim. Bagration había de llevar a cabo esta marcha sin detenerse, teniendo delante a Viena y a la espalda a Znaim, y si conseguía adelantarse a los franceses había de detenerlos todo el tiempo que pudiera. Kutuzov en persona, con todo el ejército, se dirigía a Znaim. Después de recorrer durante una noche tempestuosa, con soldados descalzos y hambrientos y desconociendo el camino, cuarenta y cinco verstas a través de las montañas y perdiendo un tercio de sus fuerzas por los rezagados, Bagration salió a la carretera de Viena a Znaim por Hollabrum unas cuantas horas antes que los franceses, que avanzaban hacia el mismo lugar desde Viena. Kutuzov tenía todavía que marchar una jornada, con toda la impedimenta, para llegar a Znaim. Así, pues, para salvar al ejército, Bagration, con menos de cuatro mil soldados hambrientos y extenuados, había de retener durante veinticuatro horas al ejército enemigo, con el que había de enfrentarse en Hollabrum. Evidentemente, era imposible. No obstante, la caprichosa fortuna hizo posible el milagro. El éxito de la estratagema gracias a la cual había caído el puente de Viena en manos de los franceses sin disparar un solo tiro impulsó a Murat a engañar igualmente a Kutuzov. Al hallar al débil destacamento de Bagration en la carretera, creyó Murat que tenía ante sí a todo el ejército de Kutuzov. Con objeto de aniquilarlo por completo, quiso esperar a los rezagados por la carretera de Viena, y, en consecuencia, propuso un armisticio de tres días con la condición de que los dos ejércitos conservarían sus posiciones respectivas y no darían un solo paso. Afirmaba Murat que ya se habían entablado

negociaciones de paz y que proponía el armisticio para evitar una inútil efusión de sangre. El general austriaco que fue a las avanzadas creyó las palabras de los parlamentarios de Murat, y al retroceder dejó al descubierto el destacamento de Bagration. El otro parlamentario se dirigió a la formación rusa para dar cuenta de la misma noticia de las entrevistas pacifistas y propuso a las tropas rusas tres días de armisticio. Bagration contestó que no podía aceptar ni rechazar tal armisticio y envió por un ayudante de campo a Kutuzov el informe sobre la proposición que acababa de serle hecha. El armisticio es para Kutuzov el único medio de ganar tiempo, de dar descanso al fatigado destacamento de Bagration y adelantar, con los furgones y los bagajes cuyos movimientos no veían los franceses, toda la distancia posible que le separaba de Znaim. La proposición de armisticio ofreció la única e inesperada posibilidad de salvar al ejército. Al recibir esta noticia, Kutuzov envió inmediatamente al ayudante de campo Witzengerod al campamento enemigo. Witzengerod había no sólo de aceptar el armisticio, sino proponer también las condiciones de capitulación, y, mientras tanto, Kutuzov enviaría a sus ayudantes de campo a acelerar todo lo posible el movimiento de los furgones y de la impedimenta por la ruta de Krems a Znaim. Únicamente el destacamento hambriento y fatigado de Bagration había de quedar inmóvil ante el enemigo, ocho veces más fuerte, y cubrir la marcha de todo el ejército y de sus bagajes.

La esperanza de Kutuzov se realizaba. La propuesta de capitulación que no obligaba a nada, dio a buena parte de la impedimenta el tiempo suficiente para pasar, y no hubo de tardar mucho tiempo en hacerse sentir la equivocación de Murat. En cuanto Bonaparte, que se encontraba en Schoenbrun, a veinticinco verstas de Hollabrunn, recibió el informe de Murat y el proyecto de armisticio y capitulación, sospechó la estratagema y escribió a Murat la siguiente carta:

«Al príncipe Murat. Schoenbrun, 25 Brumario de 1805. A las ocho de la mañana.

»Me es imposible encontrar palabras para expresar mi disgusto. Manda usted tan sólo mi vanguardia, y no tiene derecho a concertar armisticio alguno sin orden mía. Me hace perder el fruto de una campaña. Rompa inmediatamente el armisticio y láncese contra el enemigo. Le dirá usted que el general que ha firmado la capitulación no tiene poderes para hacerlo y que el único que tiene este derecho es el Emperador de Rusia. Siempre y cuando el Emperador de Rusia ratificara dichos convenios, los ratificaré yo también, pero esto no es más que una excusa. Destruya al ejército ruso. Se encuentra usted en situación de apoderarse de todo su bagaje y artillería. El ayudante de campo del Emperador de Rusia es un... Los oficiales no son nadie cuando no tienen poderes, y éste no tenía... Los austriacos se han dejado engañar en el puente de Viena. Usted se deja engañar por un ayudante de campo del Emperador.

«Napoleón.»

El ayudante de campo de Bonaparte galopó con esta carta terrible al encuentro de Murat. Bonaparte, receloso de sus generales, se dirigió con toda su guardia hacia el templo de befalls, temeroso de dejar escapar la esperada victima. El destacamento de cuatro mil hombres de Bagration preparaba alegremente el fuego, se secaba ante él, se calentaba, preparaba el rancho, por primera vez al cabo de tres días, y ni uno de los soldados pensaba ni sabía lo que le esperaba.

VI

A las cuatro de la tarde, el príncipe Andrés, que había reiterado con insistencia su demanda a Kutuzov, se presentó en el campamento de Bagration. El ayudante de campo de Bonaparte no había vuelto al destacamento de Murat y el combate no había empezado aún. Nada se sabía en el destacamento de Bagration de la marcha general de las cosas, y se hablaba de la paz sin creer, no obstante, que fuera posible. Hablábse también de la batalla y también creíasela inminente. Bagration, que sabía que Bolkonski era el ayudante de campo favorito y de confianza del general en jefe, le recibió con una distinción y una benevolencia singulares. Le dijo que probablemente la batalla comenzaría aquel día o al siguiente, y le dejó en absoluta libertad de colocarse a su lado durante la acción o de ir a la retaguardia para vigilar el orden durante la retirada, «lo que era también muy importante».

Sin embargo, hoy no tendremos acción- dijo Bagration para tranquilizar al Príncipe, y pensó: «Si es un cotilla del Estado Mayor enviado a la retaguardia para obtener una recompensa, la conseguirá igualmente, y si quiere quedarse a mi lado, que se quede... Si es un valiente, podrá ayudarme.»

El príncipe Andrés no contestó y pidió al príncipe Bagration que le autorizara a recorrer la posición y examinar la situación de las tropas, con objeto de saber lo que sería conveniente hacer en el caso en que fueran atacadas. El oficial de servicio, un muchacho apuesto, vestido elegantemente, con un diamante en el índice, y que, a propósito, hablaba mal el francés, se ofreció a acompañar al Príncipe. Por todas partes veíanse oficiales con los uniformes chorreando agua, con las caras tristes y la actitud de quien busca algo que se ha perdido; veíanse también a muchos soldados que traían del pueblo, a rastras, puertas, bancos y maderos.

-¿Ve usted, Príncipe? No se puede hacer nada con esta gente- dijo el oficial señalando a los hombres-. Los jefes son demasiado débiles. Véalos y señalaba

una cantina-; se pasan el día ahí dentro. Esta mañana los he echado a todos y ya vuelven a estar. Debemos acercarnos, Príncipe, y sacarlos de ahí. Es cuestión de un momento.

-Vamos. Compraré un poco de queso y pan- dijo el Príncipe, que todavía no había comido nada.

-¿Por qué no lo había dicho usted antes, Príncipe? Yo hubiese podido ofrecerle algo.

Echaron pie a tierra y entraron en la cantina. Algunos oficiales, con las caras encendidas y cansados, estaban sentados ante las mesas comiendo y bebiendo.

Pero ¿qué es esto, señores? dijo el oficial de Estado Mayor con el enojado tono de quien ha repetido muchas veces la misma frase-. No se pueden abandonar los puestos de este modo. El Príncipe ha ordenado que nadie se moviera. Lo digo por usted, capitán dijo a un oficial de artillería de baja estatura, sucio, delgado y que, descalzo, porque había entregado las botas al cantinero para que se las secara, se levantaba únicamente con calcetines ante los forasteros, a quienes contemplaba sonriendo y cohibido.

-¿No le da a usted vergüenza, capitán Tuchin?- continuó el oficial de Estado Mayor-. Me parece que usted, en calidad de artillero, haría mejor dando otro ejemplo a sus inferiores, y, en cambio, se presenta aquí sin botas. Cuando se oiga el toque de alarma, será muy bonito verle en calcetines- el oficial de Estado Mayor sonrió-. Cada uno a su puesto, señores- añadió con autoritario tono.

El príncipe Andrés sonrió involuntariamente al ver al capitán Tuchin que, también sonriente y sin decir nada, se apoyaba ora sobre un pie, ora sobre el otro y miraba interrogadoramente, con sus grandes ojos bondadosos e inteligentes, tan pronto al príncipe Andrés como al oficial de Estado Mayor.

-Los soldados dicen que es más cómodo andar descalzo- dijo Tuchin sonriendo con timidez y con el deseo de disimular su turbación con una salida de tono.

Pero no había terminado aún de hablar- cuando comprendió que su broma no era bien recibida y tampoco graciosa. Estaba confuso.

Haga el favor de retirarse dijo el oficial de Estado Mayor procurando aparentar seriedad.

El Príncipe contempló de nuevo la desmedrada figura del artillero, que tenía algo extraño y particular, nada marcial, un poco cómico, pero muy atractivo. El oficial y el Príncipe volvieron a montar a caballo y se alejaron. Al salir del pueblo, encontrando y dejando atrás soldados de distintas armas, se

dieron cuenta de que a la izquierda había unas fortificaciones cubiertas de arcilla roja y fresca, recientemente construidas. Algunos batallones, en mangas de camisa, a pesar del frío, movíanse en las trincheras como hormigas blancas. Manos invisibles lanzaban incesantemente paladas de arcilla roja por encima de las trincheras. Se acercaron, contemplaron la fortificación y se alejaron. Tras la trinchera vieron algunas docenas de soldados que, uno tras otro, salían afuera. Hubieron de taparse las narices y espolear a los caballos para salir rápidamente de aquella atmósfera pestilente.

-He aquí las delicias del campamento, Príncipe- dijo el oficial de servicio.

Fueron en dirección a la montaña. Desde allí veíase a los franceses. El príncipe Andrés se detuvo y comenzó a inspeccionar el terreno.

-La batería ha sido colocada allí- dijo el oficial de Estado Mayor señalando el pico-. Es la batería del oficial de los calcetines. Desde allí lo veremos todo. Vamos, Príncipe.

-Se lo agradezco mucho, pero no es necesario que me acompañe. Iré solo- dijo el Príncipe, que quería deshacerse del oficial-. Por favor, no se moleste.

VII

El príncipe Andrés, a caballo, se detuvo para contemplar la columna de humo de un cañón que acababa de disparar. Sus ojos recorrieron el amplio horizonte. Vio tan sólo que las masas de soldados enemigos, inmóviles hasta momentos antes, comenzaban a moverse y que, a la izquierda, como había sospechado, estaba emplazada una batería. Aún no se había disipado el humo sobre este emplazamiento. Dos caballeros franceses, probablemente dos ayudantes de campo, galopaban por la montaña al pie de la cual, sin duda para reforzar las tropas, avanzaba una pequeña columna enemiga, que se distinguía perfectamente. El príncipe Andrés volvió grupas y se lanzó al galope en dirección a Grunt, donde se reuniría con el príncipe Bagration. Tras él, el cañoneo hacía más frecuente y violento. Los rusos comenzaron a contestar. Abajo, en el lugar donde se entrevistaron los parlamentarios, tronaban los fusiles.

Lemarrais acababa de llegar al campamento de Murat con la carta de Bonaparte, y Murat, humillado y deseoso de reparar su falta, hacía mover rápidamente sus fuerzas con la intención de atacar el centro de la posición y rodear los flancos con la esperanza de que antes del anochecer y de la llegada de Bonaparte desharía al pequeño destacamento que se encontraba ante él.

«¡Vaya, ya hemos empezado! pensó el Príncipe, sintiendo que la sangre

afluía más apresuradamente en su corazón . ¿Dónde podré encontrar a Tolon?»

Al pasar ante las compañías que hacía un cuarto de hora comían el rancho y bebían aguardiente, vio por doquier los mismos movimientos rápidos de los soldados, que ocupaban sus posiciones y escogían los fusiles. En todas las caras brillaba idéntica animación que él sentía en su pecho. «Ya ha empezado esto. Es terrible y alegre a la vez», parecía que dijeran las caras de cada soldado y cada oficial. Antes de llegar al atrincheramiento que estaban construyendo, a la claridad de un crepúsculo de un día nublado de otoño, percibió a un caballero que se dirigía hacia él. Éste, cubierto con un abrigo de cosaco y montando un caballo blanco, no era otro que el príncipe Bagration. El príncipe Andrés se detuvo para esperarle, y el otro paró el caballo y, reconociendo al príncipe Andrés, le saludó con una inclinación de cabeza. Continuó mirando ante sí, mientras el ayudante le contaba cuanto había visto. También la expresión de: «Ya ha empezado todo esto» leía en el moreno rostro del príncipe Bagration, cuyos ojos, medio cerrados, parecían no mirar a ninguna parte, como si no hubiera dormido. El príncipe Andrés contempló este rostro inmóvil con una inquieta curiosidad. Quería saber si aquel hombre pensaba y sentía y qué era lo que sentía y pensaba en aquel momento. «¿Hay algo tras esta cara inmóvil?», se preguntaba el Príncipe sin cesar en su contemplación. El príncipe Bagration, con su acento oriental hablaba con particular lentitud, como si no creyese necesario apresurarse. No obstante, hizo galopar a su caballo en dirección a la batería de Tuchin, y el príncipe Andrés se reunió a los oficiales de la escolta, constituida por el oficial de servicio, el ayudante de campo personal del Príncipe, Jerkov, el ordenanza, el oficial de Estado Mayor de servicio, montado en un hermoso caballo inglés, un funcionario civil y un auditor que por curiosidad había pedido autorización para asistir a la batalla. Todos se acercaron a aquella batería, desde la cual Bolkonski había estado estudiando el campo de batalla.

-¿De quién es esta compañía?- preguntó el príncipe Bagration al suboficial de guardia que estaba al lado de los cañones.

En realidad, en vez de hacer esta pregunta parecía como si quisiera inquirir: «¿Aquí no tenéis miedo?», y el artillero lo comprendió.

-Es la compañía del capitán Tuchin, Excelencia- dijo el interpelado irguiéndose y con voz alegre. Era un artillero rubio, con la cara cubierta de pecas.

Poco después, Tuchin informaba al Príncipe.

-Está bien- dijo Bagration por toda respuesta. Y, pensando algo, comenzó a examinar el campo de batalla que se extendía ante él.

Los franceses acercábanse cada vez más a aquel lugar. De abajo, donde se

encontraba el regimiento de Kiev, y en el lecho del río, oíase el ruido de la fusilería, y más a la derecha, tras los dragones, hallábase una columna de franceses que rodeaban uno de los flancos de las tropas rusas y que había despertado la atención del oficial de la escolta, y así se lo daba a entender al Príncipe. A la izquierda estaba obstruido el horizonte por un bosque vecino. El príncipe Bagration dio órdenes a los dos batallones centrales para reforzar el ala derecha. El oficial de la escolta se atrevió a objetar al Príncipe, diciéndole que una vez los batallones estuvieran fuera de la posición quedarían los cañones al descubierto. El príncipe Bagration le miró fijamente y en silencio con una mirada vaga. La observación del oficial de la escolta pareció justa e indiscutible al príncipe Andrés, pero en aquel momento el ayudante de campo del jefe del regimiento, que se encontraba abajo, llegó con la noticia de que enormes contingentes de tropas francesas avanzaban por la llanura y que el regimiento se había dispersado y retrocedía para unirse a los granaderos de Kiev. El príncipe Bagration inclinó la cabeza en señal de aprobación y de consentimiento. Al paso de su montura, se dirigió a la derecha y envió al ayudante de campo a los dragones con la orden de atacar a los franceses. Pero el ayudante volvió al cabo de media hora y anunció que el comandante del regimiento de dragones se había replegado tras el torrente para evitar un cañoneo concentrado y terrible dirigido a su posición, por cuanto perdería a los hombres inútilmente. Por este motivo dio orden a los tiradores de echar pie a tierra y huir en dirección al bosque.

-Bien- dijo Bagration.

Mientras se alejaba de la batería en dirección a la izquierda, también oíanse tiros en el bosque, y como la distancia hasta el flanco izquierdo era demasiado grande para poder llegar oportunamente, el príncipe Bagration envió a Jerkov para que dijera al general en jefe, aquel mismo que en Braunau mandaba el regimiento que revistó Kutuzov, que retrocediera tan rápidamente como le fuera posible y se situase tras el torrente, ya que el flanco derecho no podría resistir sin duda demasiado tiempo el empuje del enemigo. Tuchin y el batallón que le cubría fueron olvidados. El príncipe Andrés escuchaba atentamente las palabras que dirigía el príncipe Bagration a los jefes y las órdenes que daba, y con gran extrañeza suya veía que en realidad no se daba ninguna orden y que el Príncipe procuraba dar a todo aquello, que se hacía por necesidad, por azar o por la voluntad de otros jefes, la apariencia de actos realizados, si no por orden suya, por lo menos de acuerdo con sus intenciones. Gracias al tacto que mostraba el príncipe Bagration. El príncipe Andrés comprendió que, a pesar del giro que pudieran tomar los acontecimientos y su independencia con respecto a la voluntad del jefe, la presencia del general era importantísima. Los jefes que se acercaban a Bagration con las caras descompuestas se reanimaban; los soldados y los oficiales le saludaban alegremente, cobrando nuevos ánimos en su presencia, y ante él se exaltaba su

coraje.

VIII

Llegado al punto culminante del flanco derecho de las tropas rusas, el príncipe Bagration comenzó a descender hacia donde se dejaba oír un continuado fuego y donde nada se veía, consecuencia de la espesa humareda de la pólvora. Cuanto más se acercaba al llano, más difícil se hacía el ver las cosas, pero más sensible la proximidad del verdadero campo de batalla. Comenzaron a encontrar heridos: dos soldados llevados en brazos; uno de ellos tenía la cabeza descubierta y llena de sangre; del pecho salía a la boca un estertor y vomitaba frecuentemente. Sin duda la bala le había destrozado la boca o la garganta. El otro caminaba solo valientemente, sin fusil. Gritaba y movía el brazo, donde tenía una herida reciente, de la que brotaba la sangre sobre el capote como de una botella. Su cara daba más sensación de terror que de sufrimiento. Hacía un minuto que había sido herido.

Después de atravesar la carretera comenzaron a bajar por el atajo, y en el declive vieron a algunos hombres tumbados. Encontraron un gran número de soldados, muchos de los cuales estaban heridos. Subían la montaña respirando afanosamente, y, a pesar de la presencia del general, hablaban en alta voz moviendo las manos. Delante, entre el humo, veíanse los capotes grises colocados en fila, y el oficial, al ver llegar a Bagration, corrió gritando tras los soldados que subían en multitud y les hizo retroceder. Bagration se acercó a la fila donde por un lado y por otro oíase el rumor de los disparos, que se sucedían rápidamente y que ahogaban las conversaciones y los gritos del general. El aire estaba impregnado del humo de la pólvora. Las caras de los soldados, ennegrecidas ya, resplandecían de animación. Unos limpiaban los fusiles con las baquetas, otros los cargaban extrayendo los cartuchos de las cartucheras, y otros, en fin, disparaban. Pero ¿contra quién tiraban? No era posible verlo a causa del humo, que el viento era incapaz de barrer. Con frecuencia oíanse los agradables rumores de un zumbido o de un silbido.

«¿Qué será esto? pensaba el príncipe Andrés al acercarse al grupo de soldados-. No puede ser un ataque, porque no avanzan. Tampoco pueden formar el cuadro, por cuanto no es ésta la formación justa.»

Un viejo delgado, de aspecto enfermizo, el comandante del regimiento, con una amable sonrisa y con los párpados medio cerrados sobre sus ojos fatigados por los años, lo que le daba una dulce expresión, se acercó al príncipe Bagration y lo recibió como el cabeza de familia recibe a un querido huésped. Contó al Príncipe que los franceses habían dirigido un ataque de caballería

contra su regimiento. Que el ataque había sido rechazado, pero que la mitad de sus soldados habían muerto. El comandante del regimiento decía que el ataque había sido rechazado, aplicando este término militar a lo que le había ocurrido a su regimiento, pero, realmente, ni él mismo sabía qué habían hecho sus tropas durante aquella media hora, y no podía decir con seguridad si la carga había sido rechazada o el regimiento aniquilado. Sabía tan sólo que al principio, durante el cañoneo dirigido contra sus fuerzas, alguien había gritado: «¡La caballería!», y que los rusos habían comenzado a disparar. Que habían disparado hasta entonces y que continuaban tirando todavía, no contra la caballería, que había retrocedido, sino contra la infantería francesa, que en aquel momento disparaba contra los rusos desde la llanura. El príncipe Bagration bajó la cabeza, como si quisiera manifestar que la batalla se desarrollaba según lo que deseaba y suponía. Se dirigió al ayudante de campo y le dijo que enviase de la montaña dos batallones del sexto de cazadores, ante los cuales acababan de pasar. El príncipe Andrés quedóse sorprendido del cambio que se había operado en el rostro del príncipe Bagration. Su fisonomía expresaba aquella decisión concentrada y optimista del hombre que después de un día caluroso se dispone a lanzarse al agua y efectúa los últimos preparativos. Sus ojos ya no parecían adormecidos, ni su mirada vagaba, ni tampoco su actitud era tan profundamente grave. Sus ojos de lince, redondeados y resueltos, miraban hacia delante con cierta solemnidad y con cierto desdén, y, aparentemente, no se detenían en nada, a pesar de que en este movimiento todavía hubiese la lentitud y regularidad de antes. El jefe del regimiento se dirigió al príncipe Bagration y le suplicó que se alejase de aquel lugar demasiado peligroso.

-En nombre de Dios, se lo ruego, Excelencia- dijo tratando de encontrar ayuda entre los oficiales de la escolta, que volvieron la cara-. Por favor, hagan el favor de mirar--y los hacía darse cuenta de las balas que zumbaban constantemente y cantaban silbando en torno a ellos. Hablaba en tono de súplica huraña, como un leñador que dijera a su patrón: «Esto, nosotros lo hacemos muy bien, pero a usted se le llenarían las manos de ampollas.» Hablaba como si las balas no le pudieran tocar a él, y sus ojos, entornados, daban a sus palabras un tono aún más persuasivo. El oficial de Estado Mayor unió sus exhortaciones a las del jefe del regimiento, pero el príncipe Bagration no le respondió y se limitó a ordenar que hiciera cesar el fuego y que se formaran para dejar sitio al segundo batallón, que estaba ya cerca. Mientras hablaban, las nubes de humo, que el viento hacía oscilar de derecha a izquierda y que ocultaban por completo el valle y la montaña de enfrente, cubierta de franceses en marcha, se abrieron ante ellos como corridas por una mano invisible. Todos los ojos se fijaron involuntariamente en aquella columna de franceses que avanzaba hacia las tropas rusas, serpenteando por las anfractuosidades del terreno. Podía ya distinguirse la gorra alta y peluda de

los soldados. Distinguíase a éstos de los oficiales, y veíase a la bandera flamear al viento.

-Marchan muy bien- dijo alguien de la escolta de Bagration.

El jefe de la columna llegaba ya al llano. El encuentro había de efectuarse por aquel lado del declive. El resto del regimiento ruso que se hallaba en fuego se puso en fila apresuradamente y se apartó a la derecha. Por detrás acercábanse, en perfecta formación, dos batallones del sexto de cazadores. No habían llegado aún donde se encontraba Bagration, pero oíanse los pasos lejanos, pesados, cadenciosos, de toda aquella masa de hombres. Al lado izquierdo de la formación marchaba en dirección al Príncipe el jefe de la compañía, un hombre joven y apuesto de redonda cara, de tímida y satisfecha expresión. Evidentemente, en aquel instante no pensaba en nada, a excepción de que iba a desfilar ante su jefe. Poseído de la ambición de ascender, marchaba alegremente, moviendo las musculosas piernas como si nadara. Se erguía sin esfuerzo, y por esta ligereza se distinguía del paso pesado de los soldados, que marchaban acordando sus pasos a los de él. Cerca de la pierna llevaba el sable desnudo, delgado, estrecho, un pequeño sable curvo que no parecía un arma. Volviéndose hacia su superior o hacia el lado opuesto, no sin perder el paso, daba gravemente la media vuelta y parecía que todos sus esfuerzos estuvieran dirigidos a pasar ante su superior de la mejor manera posible, y se presentía que había de considerarse feliz si lo conseguía. «¡A la izquierda...! ¡A la izquierda...! ¡A la izquierda!», parecía que dijera a cada paso. Y siguiendo este compás, el contingente de soldados, agobiados por el peso de los fusiles y las mochilas, avanzaba, y cada uno de ellos, después de cada paso, parecía que repitiese mentalmente: «A la izquierda... A la izquierda... A la izquierda...» El grueso Mayor, resoplando, perdía el paso, tropezando con cada matorral. Un rezagado, jadeante, con el semblante aterrorizado a causa de su retraso, corría con todas sus fuerzas para alcanzar la compañía. Una bala, rasgando el aire, pasó sobre el príncipe Bagration y su escolta, como siguiendo el compás: «A la izquierda... A la izquierda... A la izquierda... »

-Apretad las filas- gritó con voz firme el comandante de la compañía.

Los soldados, describiendo un arco, rodearon algo en el lugar donde había caído la bala. El viejo suboficial condecorado, que se había demorado un poco con los heridos, se unió a su fila; dio un salto para cambiar el paso, pero tropezó y se volvió con cólera. «A la izquierda... A la izquierda... A la izquierda...», y estas palabras parecían oírse a través del lúgubre silencio y del rumor de los pies pisando simultáneamente el suelo.

-Muy bien, hijos míos- exclamó Bagration.

Las palabras «orgulloso de formar» se oyeron por toda la fila. El arisco

soldado que desfilaba a la izquierda, al gritar como los demás, dirigió a Bagration una mirada que parecía decir: «Lo sabemos de sobra.» Otro, sin volverse, por temor a distraerse, abría la boca, gritaba y continuaba la marcha. Se dio orden de detenerse y de sacar las cartucheras. Bagration recorrió las filas que desfilaban ante él y echó pie a tierra, entregó las bridas a un cosaco, se quitó la burka, estiró las piernas y se compuso la gorra. En lo alto de la loma apareció la columna francesa con los oficiales a la cabeza.

-Dios nos proteja- dijo Bagration con su voz firme y clara.

Se volvió al frente y, balanceando los brazos, con el paso torpe de todo soldado de a caballo, avanzó por el terreno desigual con aparente dificultad. El príncipe Andrés sentíase impulsado hacia delante por una fuerza invencible y experimentaba una gran alegría.

Los franceses estaban ya muy cerca. El príncipe Andrés se encontraba al lado de Bagration; distinguía claramente las charreteras rojas e incluso las caras de los franceses. Veía perfectamente a un viejo oficial enemigo que, con las torcidas piernas enfundadas en las polainas, subía la montaña con grandes esfuerzos. El príncipe Bagration no dio orden alguna, y, silencioso siempre, marchaba delante de las tropas. De pronto, del lado de los franceses partió un tiro, luego otro y después un tercero. En las filas dislocadas del enemigo se dispersaba el humo. Comenzaron las descargas. Cayeron algunos rusos, entre ellos el oficial carirredondo que desfilaba alegremente y con tantas precauciones. En el mismo momento en que se oyó el primer disparo, Bagration se volvió para gritar:

-¡Hurra! ¡Hurra!

Un grito largo le respondió, un grito que recorrió todas las líneas rusas. Pasando ante el príncipe Bagration, pasándose unos a otros, los rusos, en mezcla confusa, pero alegre y animada, bajaron corriendo al encuentro de los franceses, cuyas formaciones se habían roto.

IX

El ataque del sexto de cazadores aseguraba la retirada del flanco derecho. En el centro de la posición, la olvidada batería de Tuchin, que había conseguido incendiar Schoengraben, paraba el movimiento enemigo. Los franceses se dirigieron a apagar el fuego, que el viento propagaba, y esto dio tiempo para preparar la retirada. En el centro de la posición, la retirada, a través de los torrentes, se efectuaba con prisa y con estrépito, pero las tropas se replegaban en buen orden. No obstante, en el flanco izquierdo, formado por

los regimientos de infantería de Azov, Podolia y los húsares de Pavlogrado, habían sido atacados y rodeados a la vez por las fuerzas más considerables mandadas por Lannes. De un momento a otro parecía seguro su aniquilamiento. Bagration envió a Jerkov al comandante que mandaba el flanco, con la orden de retroceder a toda prisa. Jerkov, valientemente, sin separar la mano del quepis, picó espuelas y se lanzó al galope, pero en cuanto se encontró a cierta distancia de Bagration, sus fuerzas le abandonaron y un terror pánico se apoderó de su espíritu, impidiéndole ir hacia el peligro.

El escuadrón en que servía Rostov, el cual a duras penas había tenido tiempo de montar a caballo, estaba parado ante el enemigo. Otra vez, como en el puente del Enns, no había nadie entre el escuadrón y el enemigo. No había nada sino aquella misma terrible línea de lo desconocido y del miedo, parecida a la línea, que separa a los vivos de los muertos, y las preguntas «la pasarán o no» y «cómo» les trastornaban.

El coronel se acercó al frente y respondió con cólera a las preguntas de los oficiales, como un hombre desesperado de tener que dar una orden cualquiera. Nadie decía nada en concreto, pero en el escuadrón circulaba el rumor de un ataque próximo. El mando dio una orden. Inmediatamente prodújose un rumor de sables al desenvainarse, pero aún no se movía nadie. Las tropas del flanco izquierdo, la infantería y los húsares comprendían que ni los mismos jefes sabían qué hacer, y la indecisión de éstos se transmitía a las tropas.

«Aprisa, aprisa. Tanto como se pueda», pensaba Rostov, comprendiendo que, por último, había llegado el momento de experimentar la emoción del ataque, esa emoción de la que tanto habían hablado sus compañeros húsares.

Con la ayuda de Dios, hijos míos- gritó la voz de Denisov-. Al trote...
Marcha...

En las filas delanteras ondularon las grupas de los caballos. Gratchik arrancó, como los demás. A la derecha, Rostov veía las primeras filas de sus húsares, y, un poco más lejos, hacia delante, una línea oscura que no podía definir pero que suponía era la línea enemiga. Oyéronse dos disparos.

-¡Acelerad el trote!- ordenó una voz.

Y Rostov sintió que su caballo contraía las patas y se lanzaba al galope. Presentía todos estos movimientos y cada vez estaba más alegre. Vio ante sí un árbol aislado. Momentáneamente, este árbol estaba en el centro de aquella línea que parecía tan terrible, pero la línea había sido atravesada y no solamente no había en ella nada de terrible, sino que cuanto más avanzaba, más alegre era todo y más animado se sentía.

«Le daré un buen golpe», pensó Rostov empuñando valerosamente el sable.

-¡Hurra!- gritaban las voces en torno suyo.

«Que caiga uno ahora en mis manos», pensaba Rostov, espoleando a Gratchik, suelta la brida, con ánimo de pasar ante los demás. Veíase ya claramente al enemigo. De pronto, algo como una enorme escoba fustigó al escuadrón. Rostov levantó el sable dispuesto a dejarlo caer, pero en aquel momento el soldado Nikitenk, que galopaba ante él, se desvió, y Rostov, como en un sueño, sintió que continuaba galopando hacia delante con una rapidez vertiginosa y que, sin embargo, no se movía de su sitio. Un húsar a quien conocía se le acercó corriendo por detrás y le miró severamente. El caballo del húsar se encabritó y después continuó el galope.

«¿Qué ocurre? ¿Qué es esto? ¿Por qué no avanzo? He caído. Me han matado», se preguntaba y respondía a la vez. Estaba solo en medio del campo. En lugar de caballos galopando y de espaldas de húsares en torno suyo veía tan sólo la tierra inmóvil y la niebla de la llanura. Debajo de él sentía correr la sangre caliente.

«No estoy herido. Han matado a mi caballo.» Gratchik se levantó sobre las patas delanteras, pero cayó inmediatamente sobre las piernas del jinete. Caía la sangre de la cabeza del caballo, que se debatía pero que no podía levantarse. Rostov también quiso erguirse, pero volvió a caer. El sable se le había enredado en la silla.

«¿Dónde están los nuestros? ¿Dónde los franceses?» No lo sabía, no había nadie en torno suyo. Cuando pudo soltarse la pierna se levantó. «¿Dónde está la línea que separaba claramente a ambos ejércitos?», se preguntó, sin poder contenerse. «¿Ha ocurrido algo malo? Accidentes como éste son corrientes, pero ¿qué hay que hacer cuando ocurren?», se preguntaba mientras se levantaba. Y en aquel momento algo le tiraba del brazo izquierdo adormecido. Parecía que la mano no fuera suya. La examinó inútilmente, buscando sangre. «¡Ah! Veo hombres. Ellos me ayudarán», pensó alegremente viendo a gente que corría hacia donde él se hallaba. Alguien, con una gorra extraña y un capote azul, sucio, con una nariz aquilina, corría delante de aquellos hombres. Detrás corrían otros dos y después muchos más todavía. Uno de ellos pronunció unas palabras, pero no en ruso. Entre unos hombres parecidos a aquellos, cubiertos con la misma gorra y que les seguían encontrábase un húsar ruso. Le llevaban cogido por detrás, con las manos, y conducían su caballo de la brida.

«Seguramente un prisionero de los nuestros..., sí... ¿También me cogerán a mí? ¿Quiénes son estos hombres? » Miraba a los franceses, que se acercaban a él; hacía pocos segundos se había lanzado contra ellos para aniquilarlos y su proximidad le pareció tan terrible que se resistía a creer lo que veía.

«¿Quiénes son? ¿Por qué corren? ¿Por mí? ¿Corren por mí? ¿Y por qué?»

¿Para matarme? ¿A mí, a quien todos quieren tanto? » Recordó el amor que le profesaba su madre, su familia, sus amigos, y la intención de sus enemigos de matarle le parecía mentira. «Sí, de veras. Vienen a matarme. » Permaneció de pie más de diez segundos, sin moverse, no comprendiendo su situación. El francés de nariz aguilina, el primero, estaba tan cerca que ya se distinguía la expresión de su rostro. La fisonomía roja, extraña, de aquel hombre que, con la bayoneta calada, corría hacia él conteniendo la respiración, le heló la sangre en las venas. Sacó la pistola y en lugar de dispararla se la arrojó al francés y con todas sus fuerzas corrió hacia los matorrales. No corría con aquel sentimiento de duda y lucha que experimentó en el puente de Enns, sino con el miedo con que la liebre huye de los galgos. Un sentimiento de invencible miedo por su vida, joven y feliz, que llenaba totalmente su existencia, le animaba, saltando a través de las matas con la agilidad con que en otro tiempo corría cuando jugaba al gorielki, sin girar un solo momento su rostro pálido, bondadoso y joven y sintiendo en la espalda un estremecimiento de terror. «Es mejor no mirar», pensaba, pero al llegar cerca de los matorrales se volvió. Los franceses perdían distancia, incluso aquel que le perseguía más de cerca, que se volvió y gritó algo a los compañeros que le seguían. Rostov se detuvo. «No, no es esto- pensó-No es posible que quieran matarme. » El brazo izquierdo le pesaba como si colgase de él un peso de cuatro libras. No podía correr más. También el francés se había detenido. Apuntó. Rostov cerró los ojos y se agachó. Pasó una bala ante él, zumbando. Con un esfuerzo supremo se cogió la mano izquierda con la derecha y corrió hacia los matorrales. Tras ellos había tiradores rusos.

X

Los regimientos de infantería, atacados inesperadamente, huían del bosque, y en una mezcla de compañías se alejaban con gran desorden. Un soldado pronunció con terror una frase que no tiene sentido alguno, pero que en la guerra es terrible: «¡Nos han copado!» Y la frase se comunicó a todos con un estremecimiento de espanto.

«¡Rodeados! ¡Copados! ¡Perdidos!», gritaban las voces con pánico. Inmediatamente, el comandante del regimiento oyó las descargas y los gritos, comprendió que algo terrible le sucedía a su regimiento, y la idea de que él, el oficial modelo, que llevaba muchos años de servicio sin que nunca se le hubiera hecho una sola observación, podía ser ante su jefe tildado de negligente o de haber faltado al orden, le turbó tanto que, olvidando instantáneamente al indisciplinado coronel de caballería y su importancia de general, y más que nada el peligro y el instinto de conservación, cogióse a la

silla y espoleando a su caballo galopó hacia el regimiento, bajo una lluvia de balas que, por fortuna, caían más lejos de él. Tan sólo quería una cosa: saber qué era lo que ocurría, ayudar, costase lo que costara, y corregir la falta, si él había sido su causa, eliminando su culpa, la de un oficial modelo que en veinte años de servicio no había cometido una sola falta. Por milagro pasó ante los franceses, se acercó al campamento, detrás del bosque, a través del cual corrían los rusos, y sin preocuparse de nada bajó al galope la montaña. El momento de vacilación moral que decide la suerte de las batallas había llegado. ¿Escucharían los soldados la voz de su comandante o se volverían contra él y correrían más lejos? A pesar del grito desesperado del jefe del regimiento, tan terrible en otro tiempo para los soldados, a pesar de la cara feroz del comandante, enrojecida y desfigurada, a pesar de la agitación de su sable, los soldados huían, hablaban, disparaban al aire y no obedecían orden alguna. La vacilación moral que decide la suerte de las batallas poníase, evidentemente, de parte del miedo.

El general enronquecía de tanto gritar y a causa del humo de la pólvora. Se detuvo, desesperado. Todo parecía perdido. No obstante, en aquel momento, los franceses, que perseguían a los rusos, de pronto, sin causa aparente que lo motivara, echaron a correr y en el bosque aparecieron los tiradores rusos. Era la compañía de Timokhin, la única que se había mantenido ordenadamente en el bosque y que, escondida en la trinchera, cerca de la entrada del bosque, atacaba violentamente a los franceses. Timokhin se lanzó sobre el enemigo con un grito tan feroz, con una audacia tan loca y blandiendo el sable como única arma, que el enemigo, sin tiempo para rehacerse, arrojaba las arenas y huía. Dolokhov, que corría al lado de Timokhin, mató a un francés casi a quemarropa, y antes que nadie cogió por el cuello del uniforme a un oficial, que se rindió. Los fugitivos, rehechos, volvían a sus puestos. Los batallones rehacían sus formaciones, y los franceses, que habían conseguido dividir en dos las tropas del flanco izquierdo, eran rechazados momentáneamente. Las reservas tuvieron tiempo de llegar y los fugitivos se detuvieron. El jefe del regimiento estaba cerca del puente con el Mayor Ekonomov. Se adelantaban a ellos las compañías que habían retrocedido cuando, de pronto, un soldado se agarró al estribo y casi se le apoyó en la pierna. El soldado vestía un capote de paño azul, pero no llevaba ni gorra ni mochila. Tenía la cabeza vendada y colgaba de sus hombros una cartuchera francesa. Tenía en las manos una espada francesa también. Estaba pálido; sus azules ojos miraban con descaro al rostro del comandante y sonreía su boca. A pesar de que el comandante estaba ocupado dando órdenes al Mayor Ekonomov, no podía dejar de percatarse de la presencia de aquel soldado.

-Excelencia, he aquí dos trofeos- dijo Dolokhov mostrando la espada y la cartuchera-. He hecho prisionero a un oficial y lo tengo arrestado en la compañía.

Dolokhov jadeaba de fatiga y hablaba entrecortadamente.

-Toda la compañía lo ha visto. Le ruego que lo recuerde, Excelencia.

-Bien, bien- dijo el comandante, y se dirigió al Mayor Ekonomov. Pero Dolokhov no se movía. Se desató el pañuelo que le vendaba la cabeza y mostró la sangre pegada a sus cabellos.

-Una herida de bayoneta. No me he movido de la fila. Recuérdelo, Excelencia.

XI

El viento se calmaba. Las nubes negras que pasaban bajas sobre el campo de batalla en el horizonte se confundían con el humo de la pólvora. En dos lugares aparecieron más claros entre la oscuridad los resplandores del incendio. Se debilitó el cañoneo, pero el ruido de los disparos de fusil en la retaguardia y a la derecha continuaba cada vez más cercano. Cuando Tuchin, con sus cañones, pasando sobre los heridos, salió del fuego y se dirigió al torrente, encontró a los jefes y a los ayudantes de campo, entre los que se encontraban el oficial de Estado Mayor y Jerkov, que le habían sido enviados dos veces y que ni una sola de ellas habían podido llegar a la batería. Todos, interrumpiéndose unos a otros, daban y transmitían las órdenes por el camino que se había de emprender, y todos le hacían reproches y observaciones. Tuchin no dio orden alguna, y en silencio, temeroso de hablar, porque a cada palabra, sin saber por qué motivo, le venían ganas de llorar, iba detrás de todos montado en su mula. Aun cuando había sido dada la orden de abandonar a los heridos, algunos arrastrábanse tras las tropas, suplicando que los colocaran sobre los cañones. Un bravo oficial de infantería yacía con una bala en el vientre sobre la cureña de Matvovna. Al salir de la montaña, un suboficial de húsares, muy pálido, que se sostenía una mano con la otra, se acercó a Tuchin y le pidió que le dejara sentarse.

-Capitán, por el amor de Dios, me han herido en el brazo- suplicaba tímidamente-. Por el amor de Dios, no puedo caminar más.- Evidentemente, aquel suboficial había pedido muchas veces permiso para sentarse y siempre le había sido negado. Con voz tímida y vacilante suplicaba:- Ordene que me siente, por el amor de Dios.

-Siéntate, siéntate- dijo Tuchin-. Tío, dale tu capote- dijo a su soldado favorito-. ¿Dónde está el oficial herido?

-Lo han abandonado. Estaba muerto- replicó alguien.

-Siéntate, siéntate, amigo, siéntate. Pon tu cabeza, Antonov...

El suboficial era Rostov. Con una mano se sostenía la otra. Estaba pálido y un temblor febril le movía la barbilla. Lo colocaron sobre Matvovna, el mismo cañón del cual habían quitado al oficial muerto. El capote que le ofrecieron estaba sucio, lleno de sangre que manchó el pantalón y el brazo de Rostov.

-¿Qué hay, querido? ¿Dónde le han herido?- preguntó Tuchin acercándose al cañón donde Rostov estaba sentado.

-No, es una contusión.

Entonces, ¿de quién es esta sangre de la cureña?

-Del oficial, Excelencia- replicó un artillero, limpiando la sangre con la manga del capote, como excusándose por la suciedad del arma.

Con penas y fatigas, ayudado por la infantería, habían podido hacer pasar los cañones por la montaña y llegar al pueblo de Gunthersdorf, donde se detuvieron. Era tan oscura la noche que se hacía imposible distinguir a dos pasos el uniforme de los soldados. El tiroteo comenzaba a calmarse. De pronto, hacia la derecha, oyéronse de nuevo gritos acompañados de descargas. Brillaban los disparos en la oscuridad. Era el último ataque de los franceses, al que respondían los soldados desde las ventanas de las casas del poblado. De nuevo todos se precipitaron hacia el pueblo, pero los cañones de Tuchin no se podían mover, y los artilleros, Tuchin y Rostov se miraron en silencio, abandonándose a su suerte. Las descargas cesaron. Por una calle adyacente aparecieron soldados que hablaban con animación.

-¡Petrov! ¿Vives todavía?- preguntó uno.

-Les hemos sentado las costuras, hermano. No tendrán ganas de volver-decía otro.

-No se ve nada.

-¿Dicen que han tirado contra los suyos?

-Esto está como la boca de un lobo.

-¿No hay nada que beber?

De nuevo habían sido rechazados los franceses. Entre la oscuridad más absoluta, los cañones de Tuchin, protegidos por la bulliciosa infantería, marchaban de nuevo a algún sitio. En la oscuridad, como un río invisible y tenebroso que corriera siempre en la misma dirección, oíanse las conversaciones, el ruido de los zapatos y las ruedas. En medio del clamor general, a través de todos los demás ruidos, el más claro, el más perceptible, era el gemir de los heridos. Parecía que llenasen todas las tinieblas, que rodeasen a las tropas. Gemidos y tinieblas se confundían en aquella noche.

Momentos después, la emoción estremeció a la multitud que avanzaba. Alguien, montado en un caballo blanco, pasó, seguido de una escolta, y al pasar pronunció unas palabras.

-¿Qué ha dicho? ¿Hacia dónde vamos? ¿Hemos de detenernos? ¿Ha dicho que estaba contento?

Las más afanosas preguntas llovían de todas partes, y la masa movediza comenzó a atascarse, debido a que, evidentemente, se paraban los que iban delante. Circulaba el rumor de que había sido dada la orden de detenerse, y todos lo hicieron en medio de la carretera fangosa. Se encendieron las hogueras. La conversación se hizo más perceptible. El capitán Tuchin, después de dar órdenes a la compañía, envió a un soldado en busca de la ambulancia o de un médico para el suboficial, y después se sentó al lado del fuego que los soldados habían hecho en medio de la carretera. Rostov se arrastró también a su lado. Un temblor febril, ocasionado por el dolor, el frío y la humedad, sacudía todo su cuerpo. Se apoderaba de él un sueño invencible, pero el dolor de la mano lesionada, que no sabía dónde posarse, le impedía dormir. Tan pronto cerraba los ojos o miraba al fuego, que le parecía resplandeciente y acogedor, como contemplaba la figura curva y desmedrada de Tuchin, sentado a la turca a su lado. Los enormes, bondadosos e inteligentes ojos de Tuchin le miraban con lástima y compasión. Comprendía que Tuchin deseaba con toda su alma auxiliarlo, pero que nada podía hacer. De todas partes llegaba el rumor de los pasos y las conversaciones de la gente de a pie y de a caballo, que se instalaba por los alrededores. El sonido de las voces, de las herraduras de los caballos que chapoteaban en el fuego, el chisporroteo próximo o lejano de la leña, mezclábanse en un murmullo flotante. Ahora ya no era como antes el río invisible que corría en las tinieblas. Se había convertido en un mar oscuro que se calmaba, tembloroso, después de la tempestad. Rostov miraba y escuchaba sin comprender nada de todo cuanto sucedía ante sí o en torno suyo. Un soldado de infantería se acercó al fuego, se agachó sobre las puntas de los zapatos, bajó las manos sobre las llamas y movió la cara.

-¿Me permite, Excelencia?- dijo dirigiéndose interrogadoramente a Tuchin-. He perdido la compañía, Excelencia, y no sé dónde está. Ha sido una desgracia.

Con el soldado se acercó un oficial de infantería con una mejilla vendada y, dirigiéndose a Tuchin, le pidió que hiciera retroceder un poco los cañones para dejar paso a los carros de bagaje. Detrás del mando de la compañía corrían dos soldados en dirección al fuego. Se injuriaban y disputaban desesperadamente por arrancarse un zapato de las manos.

-¡Sí, vaya! ¡Todavía pretenderás ser tú quien lo haya encontrado! ¡Dámelo, ladrón! gritaba uno de ellos con voz ronca.

Después se acercó un soldado delgado, pálido, que tenía vendado el cuello con unas tiras de tela empapada en sangre. Con irritada voz pidió agua a los artilleros.

-¿Hemos de morir como perros?- preguntaba.

Tuchin ordenó que le dieran agua. Inmediatamente llegó corriendo un soldado, muy alegre, que pidió fuego para la infantería.

-¡Fuego para la infantería! ¡Que os vaya bien, buena gente! El fuego que nos dais os lo devolveremos con creces- dijo, llevándose un tizón encendido en medio de la oscuridad.

Después de él pasaron ante el fuego cuatro soldados que llevaban algo pesado en un capote. Uno de ellos tropezó.

-¡Maldita sea! ¡Han derramado la leña por la carretera!- murmuró uno.

-Si está muerto, ¿por qué lo hemos de llevar?- dijo otro.

-Anda, sigue adelante.

Y desaparecieron los cuatro con su carga en la oscuridad.

-¿Qué? ¿Le duele?- preguntó Tuchin en voz baja a Rostov.

-Sí.

-Excelencia, que vaya a ver al general. Está aquí, en la isba- dijo un artillero que se acercó a Tuchin.

-Ahora voy, amigo.

Tuchin se levantó y se alejó del fuego, ajustándose la ropa. No lejos de la hoguera de los artilleros, en la isba que había sido habilitada expresamente para Bagration, hallábase el Príncipe ante la cena, hablando con algunos jefes que se habían reunido con él. Hallábase entre ellos el viejo desmedrado de ojos casi cerrados, que roía ávidamente un hueso de carnero; un general, con veintidós años de servicio, irreprochable, colorado por la cena y el aguardiente. El oficial de Estado Mayor se dormía. Jerkov miraba inquieto en torno suyo, y el príncipe Andrés estaba pálido, con los labios apretados y los ojos brillantes de fiebre. En un patio de la isba había una bandera tomada a los franceses, y el auditor, con cara de inocencia, tocaba la tela y movía la cabeza con admiración, quizá porque, en efecto, se interesaba por aquella bandera, o porque le molestaba ver que en la mesa faltaba un cubierto para él. El coronel francés que el dragón había hecho prisionero encontrábase en una isba cercana. Los oficiales rusos se afanaban para verle. El príncipe Bagration dio las gracias a los jefes y les preguntó pormenores de la acción y de las pérdidas sufridas. El jefe del regimiento de Braunn explicaba al Príncipe que en cuanto comenzó la acción retrocedió hacia el bosque, reuniendo allí a los soldados

entretenidos en hacer acopio de leña, y con dos batallones se habían lanzado a la bayoneta contra los franceses, consiguiendo dispersarlos.

-Cuando me di cuenta, Excelencia, de que el primer batallón estaba deshecho, me detuve pensando: «Dejaré ahora a éstos y ya encontraré al enemigo cuando la batalla llegue a su punto culminante.» Y esto ha sido todo.

El comandante del regimiento quería haber hecho esto mismo. Le molestaba tanto no haberlo podido hacer que llegó a creerse que había sucedido todo como él decía, y quién sabe si realmente había ocurrido así. ¿Acaso era posible saber, en medio de todo aquel desorden, qué era lo que había ocurrido y lo que no se había hecho?

-También he de hacer notar a Vuestra Excelencia- continuó, recordando la conversación de Dolokhov con Kutuzov y su última entrevista con el degradado- que el soldado degradado, ante mí, ha hecho prisionero a un oficial francés y se ha distinguido muy particularmente.

-En el intermedio, Excelencia, he visto el ataque del regimiento de Pavlogrado- intervino Jerkov mirando en torno suyo con inquietud. En todo aquel día no había visto ni poco ni mucho a los húsares, y únicamente había oído hablar de ellos a un oficial de infantería-. Han aniquilado a dos cuadros, Excelencia.

Algunos sonrieron al oír las palabras de Jerkov, creyendo que bromeaba, como de costumbre, pero al ver que su relato era también glorioso para las armas rusas en aquella jornada, adoptaron una grave expresión a pesar de que muchos de los allí presentes sabían que las explicaciones de Jerkov eran pura fábula. El príncipe Bagration se dirigió al viejo coronel.

-Les doy las gracias a todos, señores. Todas las armas: infantería, artillería, y caballería, se han comportado heroicamente. ¿Cómo han quedado abandonados dos cañones?- preguntó, buscando a alguien con los ojos, y no se refería a los cañones del flanco izquierdo, porque sabía que desde el comienzo de la acción todos aquellos cañones habían sido abandonados-. Creo que ya se lo he preguntado a usted- dijo al oficial de Estado Mayor de servicio.

-Uno de ellos estaba destruido- respondió el oficial de servicio-, y el otro... No puedo comprenderlo. Estuve allí casi todo el tiempo que duró la acción. Di las órdenes y desde que me fui... Ciertamente es que la refriega era allí muy dura- añadió modestamente.

Alguien dijo que el capitán Tuchin estaba cerca del fuego y se le había ido a buscar.

-Sí, usted estaba allí abajo- dijo el príncipe Bagration al príncipe Andrés.

-Ciertamente. Por poco nos encontramos- dijo el oficial de servicio

sonriendo amablemente a Bolkonski.

-No he tenido el placer de verle- replicó fríamente el príncipe Andrés.

Todos callaron. En el umbral de la puerta apareció Tuchin, que asomaba tímidamente tras la espalda de los generales. Al entrar en la estrecha isba, confuso, como siempre que se encontraba ante sus superiores, no se dio cuenta del asta de la bandera y tropezó con ella. Algunos de los que allí estaban se echaron a reír.

-¿Cómo es que uno de los cañones ha sido abandonado?- preguntó Bagration frunciendo el entrecejo, tanto por el capitán como por los suyos, entre los cuales Jerkov se distinguía por su risa.

Ahora, en presencia de los demás, Tuchin representábase por primera vez todo el horror de su crimen y la vergüenza de haber perdido dos cañones, quedando él con vida. Había estado tan emocionado hasta aquel momento que no había tenido tiempo de pensar en todo aquello. Las risas de los oficiales todavía le turbaron más. Ante Bagration, el labio inferior le temblaba. A duras penas pudo decir:

-No lo sé..., Excelencia... No disponía de bastantes hombres, Excelencia...

-¿Y no podía usted echar mano de tropas auxiliares?

Tuchin no respondió diciendo que no existían las tales tropas auxiliares, con todo y ser verdad. Diciendo esto temía «comprometer» a algún jefe, y, silencioso, con los ojos inmóviles, contemplaba fijamente a Bagration, del mismo modo que el escolar que no sabe qué contestar mira a los ojos de su examinador.

La pausa fue muy larga. El príncipe Bagration, que visiblemente no deseaba ser severo, no sabía qué decir. Los demás no se atrevían a mezclarse en la conversación. El príncipe Andrés miró a Tuchin de reojo y sus manos se agitaron nerviosamente.

-Excelencia- dijo el príncipe Andrés con su voz seca y quebrando el silencio-, se dignó usted enviarme a la batería del capitán Tuchin. Fui y encontré a las dos terceras partes de los hombres y de los caballos muertos, dos cañones rotos y ninguna tropa auxiliar.

El príncipe Bagration y Tuchin contemplaban con igual fijeza a Bolkonski, que hablaba con modestia y emoción.

-Si me permite, Excelencia, que exprese mi propia opinión- continuó-, diré que la mayor parte del éxito de esta jornada la debemos a esa batería, a la firmeza heroica del capitán Tuchin y a sus hombres.

Y sin esperar respuesta, el príncipe Andrés se levantó y se alejó de la mesa.

El príncipe Bagration miró a Tuchin. Veíase claramente que no quería poner en duda el juicio de Bolkonski y que, por otra parte, le era imposible creerlo en absoluto. Incluyó la cabeza y dijo a Tuchin que podía retirarse. El príncipe Andrés salió tras él.

-¡Ah, gracias, querido! ¡Me ha salvado usted!-le dijo Tuchin.

El príncipe Andrés le miró y se alejó sin pronunciar palabra. Estaba triste y disgustado. Todo aquello era tan distinto y tan extraño de como lo había imaginado...

TERCERA PARTE

I

En Moscú, Pedro cayó en manos del príncipe Basilio, que se las ingenió para que le dieran el nombramiento de gentilhombre de cámara, lo que equivalía entonces al título de consejero de Estado, e insistió para que fuese con él a San Petersburgo y se instalase en su casa. Como por casualidad, el príncipe Basilio hacía todo lo necesario para casar a Pedro con su hija. Si hubiese imaginado sus planes prematuramente, no hubiera podido proceder con tanta naturalidad ni hubiese sabido encontrar aquella sencillez familiar en sus relaciones con los hombres situados por encima o por debajo de él. Algo extraño le atraía hacia los hombres más poderosos o más ricos que él, y estaba dotado del raro talento de encontrar el instante que necesitaba o del que podía aprovecharse.

Pedro, de una forma absolutamente inesperada, se había enriquecido y convertido en conde Bezukhov y después de su soledad reciente y de su despreocupación sentíase de tal modo atareado y rodeado de gente, que tan sólo en el lecho podía permanecer a solas consigo mismo. Había de firmar papeles, frecuentar las oficinas administrativas, cuya importancia no comprendía, interrogar con respecto a una a otra cosa a su primer intendente, visitar su finca cercana a Moscú, recibir a una cantidad de personas que en otra época ni siquiera quisieron saber que existía y que ahora se hubieran sentido molestas y ofendidas si él no las hubiese podido recibir. Todas estas personas, hombres de negocios, parientes, relaciones, se sentían igualmente bien dispuestas y amables para con el joven heredero. Todos, evidente e indiscutiblemente, estaban convencidos de las altas cualidades de Pedro.

A principios del invierno de 1805, el joven recibió de Ana Pavlovna el habitual billete color de rosa, invitación a la que se habían añadido estas palabras: «Encontrará usted en casa a la bella Elena, que nadie se cansaría de ver.» Al leer esto, Pedro comprendió por primera vez que entre él y Elena nacía un lazo reconocido por las demás personas, y este pensamiento, con todo y atemorizarle un poco y darle la sensación de imponerle un deber que él no podía cumplir, le gustaba como una divertida suposición.

Fue recibida por Ana Pavlovna con una tristeza que evidentemente dedicaba a la reciente pérdida que había aquejado al joven heredero: la muerte del conde Bezukhov.

Luego le dijo:

Tengo un plan para usted esta noche.

Y, mirando a Elena, sonrió.

-¿No la encuentra usted encantadora?- añadió, señalando a la majestuosa beldad que se alejaba. ¡Qué figura! ¡Y qué tacto! ¡Qué maneras más artísticas de comportarse, en una muchacha! Esto nace del corazón. ¡Dichoso quien la consiga! Con ella, el marido menos mundano ocupará, a pesar suyo, la situación más brillante. ¿No lo cree usted así? Únicamente querría saber su parecer.

Y le dejó marchar. Pedro respondió afirmativamente, con toda franqueza, a la pregunta de Ana Pavlovna con respecto al arte de Elena de moverse en sociedad. Si alguna vez se le ocurría pensar en Elena, era precisamente por su belleza y su talento sosegado y extraordinario para permanecer digna y silenciosa en una velada.

Elena recibió a Pedro con aquella sonrisa clara y hermosa que usaba para con todos. Pedro estaba tan acostumbrado a ella, y expresaba tan poco para él, que no le prestó atención.

Como en todas las veladas, Elena lucía un vestido muy escotado, tanto por el pecho como por la espalda, según la moda de la época. Su busto, que a Pedro siempre le había parecido de mármol, estaba tan cerca de él que, involuntariamente, con sus ojos miopes, distinguía la gracia viva de sus hombros y del cuello, que se encontraban tan cerca de sus labios que con sólo acercarse un poco hubiera podido besarla. Sentía la tibieza de su cuerpo, el hálito de sus perfumes, el crujir del corsé a cada movimiento. No veía la beldad marmórea que se acordaba a la gracia del traje, sino que veía y sentía toda la seducción de su cuerpo cubierto tan sólo por el vestido. Y una vez se hubo dado cuenta de esto, ya no pudo ver nada más, del mismo modo que es imposible caer en error una vez demostrado.

«Así, pues, ¿hasta ahora no se ha dado usted cuenta de que soy hermosa?», parecía que le dijera Elena. «¿No se había usted dado cuenta de que soy una mujer?», decía su mirada. Y en aquel momento Pedro sentía que no solamente Elena podía ser su mujer, sino que lo había de ser, y que no podía ocurrir de otro modo. En aquel momento estaba tan seguro de ello como si se encontrase a su lado al pie del altar. Sí, exactamente. Pero ¿cuándo? No lo sabía. No estaba seguro de ello ni poco ni mucho, pero en el fondo tenía la seguridad de que se realizaría.

Pedro bajaba y levantaba los ojos, y de nuevo volvía a verla tan lejana, tan extraña para él como la vio antes cada día. Pero le era imposible. No podía. Lo mismo que el hombre que a través de la niebla confunde una mata con un árbol, después de haber visto que realmente era una mata, no puede ya creer que sea un árbol. Ella estaba muy cerca de él. Ya ejercía sobre él su dominio. Entre los dos no había obstáculo alguno, fuera de lo que pusiera su voluntad.

Cuando llegó a su casa y se acostó, Pedro tardó mucho tiempo en dormirse, pensando en lo que había ocurrido. ¿Y qué era esto? Nada. Tan sólo que una mujer a la que conocía de niña y de quien, cuando alguien le decía que era una belleza, contestaba discretamente: «Sí, es bonita...», tan sólo que aquella mujer, Elena, podía llegar a ser su esposa.

«Pero no es muy inteligente. Yo mismo lo he dicho- pensaba-. Hay algo malo en el sentido que ha despertado en mí, algo que no está bien. Me han dicho que su hermano Anatolio estaba enamorado de ella; que ella lo estaba de él; que ha habido algo feo entre los dos; que hay que alejar a su hermano... Este Hipólito... Su padre... El príncipe Basilio... No está bien, vaya...» Pero mientras hablaba así- una de esas conversaciones que se hacen inacabables- sentíase contento y satisfecho de que una serie de razonamientos sucediese a los primeros, y a pesar de comprobar la nulidad de Elena, pensaba en la posibilidad de que se convirtiera en su mujer, que pudiera quererlo, que fuese totalmente distinta de como él la conocía y que todo lo que había pensado y sentido pudiera ser falso. Y de nuevo no veía a la hija del príncipe Basilio, sino su cuerpo cubierto solamente por un vestido gris. «Pero no. ¿Cómo es que esta idea no se me había ocurrido antes?» Y sin vacilar se decía que era imposible, que aquel casamiento sería algo desagradable e incluso indecente. Recordaba sus frases y sus juicios de antes, las palabras y las miradas de todos los que le observaban, y también las palabras y miradas de Ana Pavlovna. Recordaba asimismo las incontables alusiones del mismo tipo que le habían dirigido el príncipe Basilio y otras personas. Se horrorizó. ¿No estaba ya ligado por el cumplimiento de una mala acción indudable que él no había de realizar? Pero mientras se formulaba a sí mismo este temor, en otro rincón de su alma se erguía la figura de Elena con toda su belleza.

II

En el mes de noviembre de 1805, el príncipe Basilio había de efectuar un viaje de inspección a cuatro provincias. Se había proporcionado este nombramiento para visitar de paso sus arruinadas fincas y para ir en compañía de su hijo Anatolio, a quien había de recoger en la ciudad donde se hallaba de guarnición, a casa del príncipe Nicolás Andreievitch Bolkonski, con objeto de casarlo con la hija de aquel potentado. Pero antes de marchar y de emprender estos nuevos asuntos, el príncipe Basilio tenía que terminar con Pedro. Cierto era que, durante aquellos últimos tiempos, Pedro pasaba todo el día en casa, es decir, en la del Príncipe, donde vivía emocionado, extravagante, atontado, tal como ha de ser un enamorado, en presencia de Elena. Pero aún no había hecho la petición de mano.

«Todo esto está muy bien, pero ha de terminar», se dijo un día el príncipe Basilio con un suspiro de tristeza, al reconocer que Pedro, que tan obligado le estaba (y que Dios no se lo reprochara), no se portaba tal como debía con respecto a este asunto. «Juventud... Frivolidad... Pero que Dios provea», pensaba el Príncipe, encantado de descubrir tanta bondad. «Pero esto ha de acabar. Pasado mañana, día del santo de Lili, invitaré a algunos amigos, y si no comprende lo que tiene que hacer, yo se lo haré entender. Tengo la obligación, porque soy el padre.»

En la fiesta que se dio para celebrar el santo de Elena, el príncipe Basilio invitó a unas cuantas personas de las más íntimas, parientes y amigos, como decía la Princesa. Los invitados se habían sentado en torno a la mesa para la cena. La princesa Kuraguin, una mujer gruesa y monumental, que había sido muy bella ocupaba el puesto del ama de casa. A ambos lados tenía a los huéspedes más distinguidos: a un anciano general con su vieja esposa y a Ana Pavlovna Scherer. Al otro lado de la mesa se encontraban los invitados más jóvenes, menos importantes y los familiares. Pedro y Elena estaban juntos. El príncipe Basilio no se sentó en la mesa. Las velas ardían con luz clara. La plata y el cristal resplandecían. Los vestidos de las señoras y el oro y la plata de las charreteras brillaban del mismo modo. En torno a la mesa movíanse los criados con libreas rojas.

En los lugares de honor de la mesa, todos estaban alegres y animados bajo las más diversas influencias. Únicamente Pedro y Elena permanecían silenciosos uno al lado del otro, casi en un extremo de la mesa. En las caras de ambos se había detenido una sonrisa resplandeciente, sonrisa de transporte sentimental. Fueran las que fuesen las palabras, las risas y las bromas de los demás, la satisfacción de saborear el vino del Rin, la salsa o el helado, el modo

con el cual se contemplaba la pareja, con indiferencia o negligencia, fuera lo que fuere, se comprendía, por las furtivas miradas que de vez en cuando les dirigían, que las anécdotas de los comensales, las risas e incluso la cena, todo era fingido, y que toda la atención de los invitados se concentraba en la pareja formada por Pedro y Elena.

Pedro se daba cuenta de que era el centro de la atención general y se sentía contento y cohibido. Encontrábase en el estado de un hombre abstraído en una ocupación. No veía nada claramente. No comprendía nada. A veces, tan sólo momentáneamente y de una forma impensada, algunas dispersas ideas atravesaban su espíritu y de la realidad se destacaban únicamente algunas impresiones. «Así, pues, todo se ha acabado... ¿Cómo ha ocurrido? ¿Cómo tan deprisa? Ahora comprendo que no es por ella sola, ni por mí solo, por lo que esto deba de llevarse a cabo forzosamente, sino también por todo.. A todos les pertenece también un poco esto. Todos están convencidos de que esto ha de ser, que no puedo engañarlos. Pero ¿cómo será? No lo sé, pero será», pensaba Pedro, contemplando los hombros que resplandecían al mismo nivel de sus ojos.

De pronto, una voz conocida se deja oír y le dice dos veces la misma cosa. Mas Pedro está tan absorto que no sabe lo que le dicen.

-Te pregunto cuándo has recibido carta de Bolkonski-repitió por tercera vez el príncipe Basilio . ¿Estás distraído, hijo mío?

El príncipe Basilio sonrió, y Pedro se dio cuenta de que todos le sonreían, y a Elena también. «Bien, si todos lo saben, es que es verdad», se decía. Y sonrió con su dulce sonrisa de niño. También sonreía Elena.

-¿Cuándo la has recibido? ¿Es de Olmutz?- repitió el Príncipe, que daba a entender que tenía necesidad de aquellos datos para resolver la cuestión.

«Parece mentira que piensen y hablen de esta tontería», pensó Pedro. Y luego, en voz alta, suspirando, dijo:

-Sí, de Olmutz.

Después de cenar, detrás de todos, Pedro acompañó a su dama al salón. Los invitados comenzaron a despedirse. Algunos se marcharon sin decir adiós a Elena. Otros, que no querían molestarla en su seria preocupación, se acercaban a ella un momento y se alejaban inmediatamente, prohibiéndole que les acompañara.

-Supongo que la puedo felicitar- dijo Ana Pavlovna a la Princesa, besándola efusivamente-. Si no tuviera jaqueca, me quedaría.

La Princesa no dijo nada. Sentíase atormentada, impaciente con la felicidad de su hija.

Mientras salían los invitados, Pedro quedó algún tiempo solo con Elena en la salita donde se habían refugiado. Durante aquel último mes se había encontrado solo frecuentemente con ella, pero nunca le había hablado de amor. Ahora comprendía que era necesario, pero no podía decidirse a dar este último paso. Se avergonzaba y suponía que al lado de Elena ocupaba un lugar que no le correspondía en modo alguno. «Esta felicidad no es para ti- le decía una voz interior-. Es una felicidad para aquellos que carecen de lo que tú tienes.» Pero había que decir algo y comenzó a hablar. Le preguntó si estaba contenta de aquella velada. Ella, como siempre, respondió con sencillez, diciendo que aquella fiesta había sido para ella una de las más agradables.

Quedaban en la sala todavía algunos parientes próximos. El príncipe Basilio se acercó a Pedro caminando perezosamente. Pedro se levantó y dijo que era demasiado tarde. El príncipe Basilio le miró severamente, con un tono interrogador, como si aquellas palabras fuesen tan extrañas que no valiese la pena escucharlas. Pero enseguida desapareció la expresión de severidad, y el príncipe Basilio cogió la mano de Pedro y le obligó a sentarse, sonriéndole tiernamente.

-Bien, Lilí- dijo inmediatamente a su hija, con ese tono negligente y de habitual caricia que adoptan los padres para hablar con sus hijos, pero que en el príncipe Basilio no había llegado a exteriorizarse sino a fuerza de imitar a los demás padres. Le pareció que el Príncipe estaba contuso.

Esta turbación del viejo hombre de mundo le impresionó. Se volvió a Elena y ella también pareció confusa. Con su mirada parecía decirle: «Usted tiene la culpa.»

«Éste es el momento de dar el salto. Pero no puedo, no puedo», pensó Pedro. Y de nuevo comenzó a hablar de cosas indiferentes. Cuando el príncipe Basilio entró en el salón, la Princesa hablaba en voz baja con una señora anciana. Hablaba de Pedro.

-Sí, sin duda es un partido muy brillante, pero la felicidad, amiga mía...

-Los matrimonios se hacen en el cielo- repuso la señora de edad.

El príncipe Basilio, como si no hubiese oído a las dos señoras, se dirigió al rincón más distante y se sentó en el diván. Cerró los ojos y pareció adormecerse. Cabeceó y se despertó.

-Alina, ve a ver qué hacen- dijo a su mujer.

La Princesa se acercó a la puerta. Pasó ante ella con aire importante e indiferente y echó una ojeada a la salita. Pedro y Elena, sentados en el mismo sitio, hablaban.

-Todo igual por ahora- le dijo a su marido.

El príncipe Basilio arrugó las cejas, dilató una de las comisuras de sus labios, le temblaron las mejillas con una expresión tosca y molesta y, estirándose, se levantó, irguió la cabeza y con resuelto paso cruzó ante las damas y entró en la salita. Se acercó a Pedro con paso rápido y alegre semblante. La cara del Príncipe era tan extraordinariamente solemne que Pedro, al verle, se levantó atemorizado.

-Que Dios sea loado- dijo el Príncipe-. Mi mujer me lo ha contado todo- y con una mano cogió a Pedro y con la otra a su hija . Amigo mío, Lili, estoy muy contento, muy contento.- Le temblaba la boca-. Quería mucho a tu padre, y ella será una buena esposa para ti. Que Dios os bendiga.- Besó a su hija y después besó a Pedro con su apesada boca. Por las mejillas le resbalaban las lágrimas-. Princesa, ven- gritó.

La Princesa entró y lloró también. La señora de edad se secaba los ojos con el pañuelo. Pedro fue besado y besó muchas veces la mano de Elena. Al cabo de algunos instantes los dejaron solos.

«Esto había de ocurrir así. No podía ser de otro modo- pensó Pedro-. Por eso no hay que preguntar si está bien o mal. Está bien porque ha terminado y porque me ha quitado de encima la duda que me trastornaba.»

Silencioso, había cogido la mano de su prometida y contemplaba su espléndido seno, que se agitaba suavemente.

Elena- dijo en alta voz.

Y se detuvo. «En estos casos hay que decir algo especial», pensó. Pero no podía acordarse de lo que se decía en semejantes casos.

-Te quiero- dijo, acordándose de pronto. Pero estas palabras le parecieron tan tontas que se avergonzó de sí mismo.

Mes y medio más tarde estaba casado y era el poseedor feliz- así lo decían- de una mujer hermosísima y de varios millones. Se instaló en San Petersburgo, en la enorme y ya renovada casa del conde Bezukhov.

III

En diciembre de 1805, el viejo príncipe Nicolás Andreievitch Bolkonski recibió una carta del príncipe Basilio anunciándole su llegada y la de su hijo.

«Salgo de inspección y será para mí un placer desviarme de mi camino para visitar a mi querido bienhechor- escribía-. Me acompañará mi hijo Anatolio. Va a incorporarse al ejército y espero que le permitirá usted expresar

personalmente el profundo respeto que, al igual que su padre, le profesa.»

-¡Vaya! Veo que no hay necesidad de sacar a María al escaparate. Los pretendientes vienen a ella- dijo imprudentemente la princesa menor cuando tuvo noticia de la carta.

El príncipe Nicolás Andreievitch frunció el entrecejo y no dijo una sola palabra.

El día de la llegada del príncipe Basilio, el príncipe Nicolás se mostró menos tratable y de peor humor que nunca. ¿Estaba de mal humor a consecuencia de la llegada, o bien le disgustaba ésta a causa de su mal humor?

Antes de comer, la princesa María y mademoiselle Bourienne, sabiendo que el Príncipe estaba malhumorado, le esperaban de pie. Mademoiselle Bourienne tenía una cara resplandeciente que decía: «No sé nada. Soy la misma de siempre.» La Princesa estaba pálida, atemorizada, con los ojos bajos.

Para la princesa María, lo más penoso era saber que en casos como aquél convenía obrar como mademoiselle Bourienne, pero no podía. «Si pretendo no darme cuenta, creará que no me intereso por sus disgustos- pensaba-. Si me entristezco, dirá, como ha sucedido ya en otras ocasiones, que parece que voy a un entierro.»

El Príncipe miró a la asustada cara de su hija y resopló.

-O es tímida o es tonta- dijo. «También a la otra se lo habrá contado», pensó, refiriéndose a su nuera, que no estaba en el comedor . ¿Dónde está la Princesa? preguntó-. ¿Se esconde?

-No se encuentra muy bien- replicó mademoiselle Bourienne con una alegre sonrisa-. Dice que no saldrá. Claro, en su situación, se comprende...

-¡Hum! ¡Bah, bah!- dijo el Príncipe sentándose a la mesa. Vio que el plato no estaba demasiado limpio, señaló en él una mancha y lo tiró. Tikhon lo cogió al vuelo y lo devolvió a la cocina.

La Princesa no estaba indispuesta, pero tenía tanto miedo al Príncipe que, al saber que no estaba de buen humor, decidió no moverse de la habitación.

-Tengo miedo por el niño- dijo a mademoiselle Bourienne-, y Dios sabe qué consecuencias podría tener una impresión de terror.

Normalmente, la pequeña Princesa vivía en Lisia Gori con un perpetuo sentimiento de miedo y de antipatía hacia el viejo Príncipe, sentimiento del cual ni ella misma se daba cuenta, porque el terror que la dominaba era tan imperioso que ni le dejaba ánimos para sentirlo. También por parte del Príncipe se daba la antipatía, pero sofocada por el desdén.

La persona a quien más amaba la pequeña Princesa en Lisia Gori era mademoiselle Bourienne. Estaba constantemente con ella, la hacía dormir en su habitación y frecuentemente le hablaba de su suegro, criticándolo.

-Vienen huéspedes, Príncipe- dijo mademoiselle Bourienne desdoblado con sus pequeñas manos rosadas la servilleta blanca-. Según he oído decir, Su Excelencia el príncipe Kuraguin y su hijo, ¿no es verdad?-preguntó con animación.

-¡Hum! Esta Excelencia es un... Soy yo quien le ha dado la carrera- dijo, ofendido-. ¿Y por qué el hijo? No lo comprendo. La princesa Isabel Karlovna y la princesa María quizá lo sepan. No sé por qué trae a su hijo. Por mí, podría evitárselo- y miró a su hija, que estaba completamente sofocada-. ¿No te encuentras bien?- preguntó-- . ¿Te da miedo el ministro, como ha dicho el imbécil de Alpotitch?

-No, papá.

Aun cuando mademoiselle Bourienne no había tenido apenas habilidad para elegir la conversación, no se detuvo y siguió hablando de los invernaderos, de la belleza de las plantas nuevas, y el Príncipe, después de la sopa, se calmó bastante. Después de comer subió a ver a su nuera. La pequeña Princesa estaba sentada ante la mesita y hablaba con Macha, su doncella. Al ver a su suegro palideció. Había cambiado mucho. Casi se había afeado. Sus mejillas estaban flácidas y el labio superior se le había levantado aún más. Estaba muy ojerosa.

-¿No necesitas nada?- le preguntó el Príncipe.

-No, gracias, papá.

-Bien, está bien.

El príncipe Basilio llegó al anochecer. Los cocheros y la servidumbre de la casa fueron a recibirle a la avenida y condujeron los carros y el trineo al pabellón, recorriendo el camino cubierto expresamente de nieve. Las habitaciones para el príncipe Basilio y Anatolio estaban ya preparadas.

Anatolio; a medio vestir, estaba sentado ante la mesa, en uno de cuyos ángulos tenía fija la mirada de sus bellos y grandes ojos, con una sonrisa distraída. Consideraba su vida como un placer ininterrumpido que alguien, sin saber por qué, se preocupaba de proporcionarle. En aquella ocasión había considerado su viaje a la casa del viejo cascarrabias y de su rica y fea hija como una consecuencia de ello.

Según su forma de proceder, todo esto podía ser muy divertido. «¿Por qué no he de casarme con ella si es rica?-pensaba . El dinero no estorba nunca.» Se afeitó, se perfumó con sumo cuidado, con el refinamiento de costumbre, y

entró en la habitación de su padre con aquella especial expresión suya de buen chico conquistador y con su hermosa cabeza erguida. El príncipe Basilio se dejaba vestir por dos criados, mirando con animación en torno suyo, y cuando su hijo entró, le saludó alegremente, como queriendo decir: «Precisamente. Me conviene que te presentes así.»

Papá, dejémonos de bromas. ¿Es de veras tan fea?-preguntó Anatolio, como si continuase una conversación comenzada distintas veces durante el camino.

-Calla. No digas tonterías. Procura ser respetuoso y juicioso ante el Príncipe.

-Si me recibe mal, me marcharé- dijo Anatolio-. Detesto a estos esperpentos.

-Recuerda lo que te juegas en esto.

Mientras tanto, en la habitación de las jóvenes no solamente se sabía la llegada del ministro y de su hijo, sino que detalladamente se conocía su exterior. La Princesa, sola en sus habitaciones, se esforzaba inútilmente en dominar la emoción que se había apoderado de ella.

La Princesa menor y mademoiselle Bourienne habían ya recibido de Macha, la camarera, todas las informaciones necesarias: que el hijo del ministro era un guapo mozo; que el padre, con grandes fatigas, arrastraba los pies por la escalera, y que él, listo como una ardilla, subía los escalones de tres en tres. Con todas estas noticias, la Princesa y mademoiselle Bourienne, a quien María oía cuchichear en el pasillo, entraron en la habitación de la Princesa.

-¿Ya sabes que han llegado, María?-dijo la Princesa balanceándose y dejándose caer pesadamente sobre una silla. No vestía ya la blusa que se había puesto por la mañana, sino uno de sus más elegantes trajes. Se había peinado cuidadosamente y en la cara le resplandecía la animación, que, a pesar de todo, no podía disimular sus rasgos fatigados y laxos. Vestida con aquel traje, que ordinariamente llevaba en sociedad en San Petersburgo, era todavía más visible su afeamiento.

El vestido de mademoiselle Bourienne había sido igualmente sometido a una discreta reforma, que realzaba el atractivo de su lindo y fresco rostro.

Te cambiarás de traje, ¿no? preguntó Lisa.

La princesa María no contestó. Poco después volvió a quedar sola. No accedió al deseo de su cuñada, y no sólo no cambió de peinado, sino que ni siquiera se miró al espejo. Con los ojos y los brazos bajos, se sentó abatida y pareció abstraerse. Se le iba a presentar a un esposo, a un hombre, a una

criatura fuerte, poderosa, incomprensible, atractiva, que la transportaba de pronto a su mundo, completamente distinto y feliz. Luego, pegado a su pecho, veía a «su» hijo, tal como el día anterior había visto a uno en casa de la hija de su nodriza. Luego, el marido a su lado, mirando tiernamente a la madre y al hijo.

«No, es imposible. Soy demasiado fea», pensó.

-El té está servido. El Príncipe no tardará en venir- dijo tras la puerta la voz de la doncella.

María se despertó, asustada, de sus pensamientos. Antes de bajar se dirigió a su oratorio y posó su mirada en una imagen del Salvador iluminada por una lámpara. Quedóse así un momento, con las manos juntas. A la Princesa, algo se le clavaba en el alma. La alegría del amor, del amor terrenal hacia un hombre, le estaba reservada. En sus fantasías sobre el matrimonio, la princesa María veía la felicidad de la familia, los hijos; pero su sueño más fuerte, el más oculto, era el amor terreno. Procuraba esconder ese sentimiento a los demás y a ella misma, tan vivo lo sentía en su interior.

« ¡Dios mío!- se decía-. ¿Cómo he de hacer para arrancarme del corazón estos satánicos pensamientos? ¿Qué he de hacer para dejar para siempre estos malos deseos y cumplir fácilmente Tu voluntad?» Inmediatamente dirigía esta súplica a Dios. Dios le respondía desde lo más hondo de su corazón: «No quieras nada para ti. No busques nada. No te enardecas. No desees nada. Haz por ignorar el porvenir de los hombres y tu destino. Vive dispuesta a todo. Si Dios quiere ponerte a prueba con los deberes del matrimonio, estate pronta a hacer Su Santa Voluntad.»

Con este pensamiento tranquilizador, pero también con la esperanza de su sueño terrenal prohibido, la princesa María se santiguó, suspirando, y bajó sin acordarse del peinado ni del vestido ni preocuparse de la forma en que había de presentarse ni de lo que había de decir. ¿Qué importancia podía tener todo esto con la predicción de Dios, sin cuya voluntad no cae ni un solo cabello de la cabeza del hombre?

IV

Cuando la princesa María entró en el salón, ya se encontraba en él el príncipe Basilio y su hijo, hablando con la Princesa menor y mademoiselle Bourienne. Cuando entró María, caminando, como de costumbre, pesadamente, apoyando todo el pie en el suelo, los señores y mademoiselle Bourienne se levantaron y la pequeña Princesa, señalándola a los huéspedes,

dijo:

-Ya está aquí María.

María los vio a todos detalladamente. Se dio cuenta de que la cara del príncipe Basilio, al verla, se entenebreció un momento y que inmediatamente se aclaraba con una sonrisa. Se dio cuenta de que el rostro de la pequeña Princesa trataba de leer curiosamente en el de los recién llegados la impresión que María les había producido. Se dio cuenta de que mademoiselle Bourienne, con su lazo y su hermosa faz y su mirada más animada que nunca, se había fijado en «él». Pero ella no podía verlo. Advirtió tan sólo una cosa grande, clara, bella, que se acercaba a ella al entrar. El primero que se le aproximó fue el príncipe Basilio. María besó la cabeza calva que se inclinaba hacia su mano y a su saludo repuso que se acordaba muy bien de él. Inmediatamente le tocó el turno a Anatolio. Continuaba no viéndolo. Sentía únicamente una mano suave que estrechaba fuertemente la suya. Vio tan sólo la frente blanca sobre la cual brillaban unos hermosos cabellos rubios. Cuando él miró, su belleza la entristeció.

Por ahora, querido Príncipe, le tendremos a usted con nosotros- dijo la Princesa, en francés, al príncipe Basilio-. No ocurrirá lo mismo que durante las veladas de Anuchtka, de donde siempre se escapaba. ¿Recuerda usted a nuestra querida Anuchtka?

-¡Ah! Supongo que no comenzará usted a politiquear como Anuchtka.

-¿Y nuestra mesa de té?

-¡Oh, sí!

-¿Por qué no iba usted a casa de Anuchtka?- preguntó a Anatolio la princesa Lisa-. Ya lo sé, ya lo sé-dijo guiñando un ojo . Su hermano Hipólito me ha hablado de sus aventuras. ¡Oh!-y le amenazaba con el dedo-. Ya conozco sus aventuras en París.

-¿Hipólito no te contaba nada?- dijo el príncipe Basilio dirigiéndose a su hijo y cogiendo la mano de la Princesa, como si ésta quisiera escaparse y él la retuviese-. ¿No te contaba cómo él, Hipólito, se enamoraba de la encantadora Princesa, y cómo la encantadora Princesa se lo quitaba de encima? ¡Oh, es la perla de las mujeres!- dijo, dirigiéndose a la Princesa.

Por su parte, mademoiselle Bourienne, en cuanto oyó la palabra París, no pudo evitar el mezclar sus recuerdos personales con la conversación. Se permitió preguntar si hacía mucho tiempo que Anatolio estaba fuera de la ciudad, y qué le parecía París. Anatolio contestó con gusto, y, sonriendo y comiéndosela con los ojos, le habló de su patria. En cuanto vio a la linda parisiense, Anatolio dedujo que en Lisia Gori se podría pasar un buen rato.

«Esta señorita de compañía no está mal, nada mal. Supongo que ella, cuando se case, continuará teniéndola. La pequeña es muy linda», pensaba.

El viejo príncipe Nicolás entró en el salón con paso resuelto. Dirigió una mirada en torno suyo, y, al darse cuenta del traje nuevo de la pequeña Princesa, de los lazos de mademoiselle Bourienne y las sonrisas de ésta y Anatolio y del aislamiento de su hija, extraña en la conversación general, pensó, mirándola con cólera: «Se ha vestido como un mamarracho. ¿No le da vergüenza? Ni él mismo la mira.» Se acercó al príncipe Basilio.

-Buenos días- dijo-. Estoy muy contento de verlos.

Para un buen amigo, unas cuantas verbas no son un trastorno- dijo el príncipe Basilio, hablando rápidamente, con aplomo y familiaridad-. Le presento a usted a mi hijo menor. ¿Puedo atreverme a esperar que le acogerá gustosamente?

El príncipe Nicolás miró a Anatolio.

-Un buen mozo- dijo-. Bien, abrázame- y le ofreció la mejilla.

Anatolio besó al viejo y le miró con curiosidad perfectamente tranquila, esperando de él una de aquellas originalidades que su padre le había prometido.

El príncipe Nicolás se sentó en su lugar habitual, en el rincón del diván. Acercó la silla destinada al príncipe Basilio y, señalándola, comenzó a interrogarle sobre las cuestiones políticas y las últimas noticias. Parecía que escuchase con atención el relato del príncipe Basilio, pero no separaba la mirada de su hija, a la que se acercó para decirle:

-Te has endomingado para los huéspedes, ¿no? Me gusta, me gusta mucho. Para los huéspedes te has vestido como una muñeca, pero te advierto delante de los huéspedes que no lo hagas nunca más sin mi permiso.

-Papá, yo tengo la culpa- dijo, ruborizándose, la pequeña Princesa.

-Tú eres libre de hacer lo que te parezca- dijo el príncipe Nicolás inclinándose ante su nuera-, pero ella no tiene ninguna necesidad de desfigurarse sin motivo. Ya es bastante fea- y volvió a sentarse en su sitio, sin prestar ninguna atención a su hija, que estaba a punto de llorar.

-Al contrario, este peinado le sienta muy bien- intervino el príncipe Basilio.

Bien, querido joven Príncipe dijo el príncipe Nicolás dirigiéndose a Anatolio . Ven aquí. Hablemos. Trabemos amistad.

«Va a comenzar la farsa», pensó Anatolio. Y, sonriendo, se sentó al lado del viejo Príncipe.

-Bien, querido, según me han dicho, te has educado en el extranjero. Veo que no has sido como los otros, como tu padre y yo, a quienes un sacristán enseñó a leer y a escribir. Dime, ¿sirves en la Guardia Montada?- y miraba a Anatolio fijamente.

-No. Sirvo en el ejército regular- repuso Anatolio, que a duras penas contenía la risa.

-¡Ah, bien, muy bien! Es decir, que quieres servir al Emperador y a la patria. Estamos en guerra. Un chico como tú ha de cumplir su deber. ¿Estás en activo?

-No, Príncipe. Nuestro regimiento ha marchado ya, y yo estoy agregado... ¿A qué estoy agregado?- preguntó, riendo, Anatolio.

Buen servicio. «¿A qué estoy agregado?» ¡Ja, ja, ja!

El príncipe Nicolás reía y Anatolio reía aún más que él. De pronto, el príncipe Nicolás frunció el entrecejo.

-Bien, ya puedes irte.

Anatolio sonrió y volvió al grupo de las damas.

-Le has educado en el extranjero, ¿verdad?- dijo el príncipe Nicolás dirigiéndose al príncipe Basilio.

-He hecho todo lo que he podido. He de reconocer que la educación en el extranjero es mucho mejor que en nuestro país.

-Sí, hoy, claro. Todo, según la moda del tiempo. Un buen chico, un buen chico... ¡Vaya! Vamos arriba.

Cogió al príncipe Basilio y lo llevó al taller.

En cuanto se encontraron solos, el príncipe Basilio expuso sus pretensiones al príncipe Nicolás.

-¿Qué crees?- dijo, molesto-. ¿Crees que la tengo presa, que no puedo separarme de ella? La gente lo supone- añadió encolerizado-. Por mí, mañana mismo, únicamente quisiera conocer más a mi yerno. Ya sabes mis principios. Las cartas boca arriba. Mañana, ante ti, le preguntaré si está conforme. Si dice que sí, se quedará aquí algún tiempo. Después, ya veremos. El Príncipe resopló-. Que se case. Me tiene sin cuidado- gritó, con aquella voz penetrante con que se había despedido de su hijo.

Príncipe, hay que reconocer que sabe usted apreciar a los hombres enseguida- dijo el príncipe Basilio con el tono del hombre que se ha convencido de la inutilidad de su picardía ante la perspicacia de su interlocutor-. Anatolio, realmente, no es un genio, pero es un chico correcto y

bueno. Y muy buen hijo.

-Está bien, está bien. Ya veremos.

Después del té pasaron todos al salón de música, y la Princesa fue invitada a tocar el clavicordio. Anatolio se acomodó ante ella, al lado de mademoiselle Bourienne, y sus risueños ojos contemplaban a la princesa María, que, aterrorizada y alegre, sentía sobre sí aquella mirada. Su sonata predilecta la transportaba al mundo de la poesía más íntima, y la mirada bajo la cual se sentía añadía a este mundo una poesía mayor aún. La mirada de Anatolio, a pesar de haberse fijado en ella, nada tenía que ver con la Princesa; estaba pendiente del pequeño pie de mademoiselle Bourienne, que en aquel momento tocaba él con el suyo por debajo del clavecín. Mademoiselle Bourienne miraba también a la Princesa, que igualmente leyó en sus hermosos ojos una nueva expresión de alegría temerosa y de esperanza.

«¡Cómo me quiere esta muchacha! ¡Qué feliz soy en este momento, y qué feliz puedo ser con una amiga y un marido así! Pero ¿es un marido?», pensó la Princesa, no atreviéndose a mirarle a la cara y sintiendo constantemente su mirada sobre sí.

Por la noche, cuando, después de la cena, se dispersó la reunión, Anatolio besó la mano de la Princesa. Ella no sabía cómo tomar aquella audacia. Pero miró fijamente al bello rostro que se ofrecía a sus miopes ojos. Después Anatolio se acercó para besar la mano de mademoiselle Bourienne. Esto era una inconveniencia, pero lo hacía con tanta sencillez y con tanto aplomo... La muchacha se ruborizó y miró con terror a la Princesa.

«¡Qué delicadeza! ¿Por ventura, Amelia era el nombre de mademoiselle Bourienne cree que estoy celosa y que no sé comprender la pureza de su afecto por mí?», pensó la Princesa, y se acercó a mademoiselle Bourienne y la besó fuertemente. Anatolio se aproximó a la pequeña Princesa para besarle la mano.

-No, no, no. Cuando su padre me escriba diciéndome que se porta usted bien, le dejaré besarme la mano. Antes no- y levantando su minúsculo dedo salió sonriendo de la habitación.

V

Aun cuando Anatolio y mademoiselle Bourienne no hubieran tenido explicación alguna, habíanse entendido por completo. Habían comprendido que tenían muchas cosas que decirse en secreto, y por eso buscaban la oportunidad de tener una conversación a solas. Mientras la Princesa dejaba pasar la hora acostumbrada en el taller de su padre, mademoiselle Bourienne

veíase con Anatolio en el jardín de invierno. Aquel día, la princesa María acercóse a la puerta del taller con un sentimiento especial. Le parecía que no solamente sabían todos que había de decidirse aquel día su suerte, sino que todos sabían también qué pensaba: leyó esto en la expresión del rostro de Tikhon y en la del criado del príncipe Basilio, con quien se cruzó en el corredor cuando trasladaba el agua caliente a su amo, saludándola con una inclinación de cabeza. Aquella mañana, el viejo Príncipe se encontraba extraordinariamente amable y benévolo con su hija. Pero la princesa María conocía demasiado bien aquella acariciadora expresión. Era la misma que aparecía en su semblante cuando apretaba con rabia los puños porque la Princesa no entendía un problema de aritmética. Se alejaba de ella y repetía muchas veces las mismas palabras en voz baja. Inmediatamente comenzó la conversación, tratándola de «usted».

-Me ha sido hecha una petición para usted- dijo con una sonrisa poco natural . Supongo que habrá adivinado que el príncipe Basilio no ha venido en compañía de su pupilo- no se sabe por qué, el Príncipe trataba a Anatolio de pupilo- por mi cara bonita. Me han hecho una petición para usted, y como ya conoce usted mis principios, lo dejo para que usted misma resuelva.

-¿Cómo quiere que le entienda, papá?- dijo la Princesa, que se ruborizaba continuamente.

-¿Cómo?- gritó con cólera el Príncipe-. El príncipe Basilio cree que reúne usted toda clase de condiciones como nuera, y te pide en matrimonio para su hijo. Esto es lo que has de comprender. ¿Qué opinas de todo esto? Es lo que te pregunto.

-No lo sé, papá. Usted mismo ha de decirlo- murmuró la princesa María.

-¿Yo...? ¿Yo...? Déjame en paz. No soy yo quien ha de casarse. ¿Qué piensas? Esto es lo que me interesa saber.

La Princesa comprendió que su padre había recibido aquélla petición con hostilidad, pero en aquel momento tuvo la idea de que su vida había de decidirse entonces o nunca. Bajó los ojos con el deseo de no encontrarse con su mirada, bajo cuya influencia se sentía incapaz de pensar y ante la cual no sabía hacer otra cosa sino obedecer. Luego dijo:

-Sólo deseo una cosa: hacer su voluntad. Pero si hubiese de manifestar mi deseo... no pudo concluir de hablar, porque el Príncipe la interrumpió.

-Está bien- dijo-. Tomará tu mano, con tu dote correspondiente, y con mademoiselle Bourienne. Ésta será la mujer, y tú...- El Príncipe se detuvo, observando la impresión que estas palabras habían producido en su hija.

La Princesa bajó la cabeza, a punto de llorar.

-Bien, bien, ha sido una broma- dijo el Príncipe-. Recuerda siempre que nunca me moveré de este principio: la mujer tiene derecho a elegir, y tú ya sabes que dispones de toda la libertad. Acuérdate tan sólo de una cosa: de que de tu decisión depende la felicidad de tu vida. No has de preocuparte para nada de mí.

La suerte de la Princesa se había decidido, y felizmente. Pero la alusión a mademoiselle Bourienne que había hecho su padre la aterrorizaba. No era verdad, es cierto, pero hubiese sido horrible. No podía evitar pensarlo. Caminaba mirando ante sí, a través del jardín de invierno, sin ver ni oír nada, cuando, de pronto, el conocido murmullo de la conversación de mademoiselle Bourienne la despertó de su ensimismamiento. Levantó los ojos y vio a Anatolio abrazar a la francesa por la cintura, murmurando algo a su oído. Anatolio, con una expresión terrible en su hermoso rostro, se volvió a la princesa María y momentáneamente soltó la cintura de mademoiselle Bourienne, que no había visto aún a la Princesa.

«¿Qué ocurre? ¿Qué quiere? Espere», parecía decir el semblante de Anatolio.

La princesa María les miró en silencio. No comprendía lo que deseaba. Por último, mademoiselle Bourienne dio un grito y huyó. Anatolio saludó a la Princesa con una amable sonrisa, como invitándola a que riera también de aquel extraño caso, y, encogiéndose de hombros, atravesó el umbral de la puerta que daba al interior de la casa.

Una hora después, Tikhon fue en busca de la princesa María, rogándole que subiera a la habitación de su padre y añadiendo que el príncipe Basilio estaba con él. Cuando Tikhon entró en la alcoba de la princesa María, ésta hallábase sentada en el diván, estrechando entre sus brazos a mademoiselle Bourienne, que lloraba desconsoladamente. Acariciábale con ternura la cabeza; los bellos, resplandecientes y serenos ojos de la Princesa miraban con ternura y con pasión el hermoso rostro de mademoiselle Bourienne.

No, Princesa, ya lo sé. He perdido su afecto para siempre- dijo mademoiselle Bourienne.

-¿Por qué? La quiero a usted más que nunca, y haré cuanto esté en mi mano por su felicidad- repuso la Princesa.

Pero me desprecia. Es usted tan pura que no podrá comprender nunca este extravío de la pasión. ¡Ah! Sólo mi pobre madre...

-Lo comprendo- dijo la Princesa tristemente-. Cálmese, querida. Voy a ver a papá- y salió.

Cuando la princesa María fue al encuentro de su padre, el príncipe Basilio,

con las piernas cruzadas y la tabaquera en la mano, estaba sentado con una sonrisa de espera en los labios, y parecía extraordinariamente emocionado. Como si tuviera miedo de enternecerse demasiado, olió un polvo de rapé.

-¡Ah, querida, querida!- dijo levantándose y cogiéndole ambas manos. Suspiró y continuó luego:- La suerte de mi hijo está en sus manos. Decídase, querida y dulce María, a quien siempre he querido yo como una hija.

Se alejó. En efecto, una lágrima temblaba en sus ojos.

El príncipe Nicolás murmuró algo ininteligible.

-El Príncipe- continuó después-, en nombre de su pupilo..., su hijo..., te pide en matrimonio. ¿Quieres ser la mujer del príncipe Anatolio Kuraguin? Contesta sí o no- exclamó-. Me reservo mi parecer para más tarde. Sí, mi parecer y nada más- añadió, dirigiéndose al príncipe Basilio en respuesta a su ansiedad-. ¿Sí o no?

Mi deseo, papá, es no dejarte nunca. No separar jamás mi vida de la tuya. No quiero casarme- dijo resueltamente, mirando con sus claros ojos al príncipe Basilio y a su padre.

-Tonterías, tonterías, tonterías...- exclamó el príncipe Nicolás frunciendo el entrecejo. Cogió a su hija de la mano, la acercó hacia sí y no la besó, sino que únicamente acercó su frente a su rostro y le estrechó con tal fuerza la mano que a la Princesa se le escapó un grito. El príncipe Basilio se levantó.

-Querida Princesa. He de decirle que no olvidaré nunca, nunca, este momento. No obstante, ¿no nos dará usted un poco de esperanza de que su corazón, tan bueno y tan generoso, se incline alguna vez? Diga usted que tal vez... El tiempo nos guarda tantas sorpresas... Diga usted... ¡Quién sabe!

-Príncipe, lo que he dicho es todo lo que hay en mi corazón. Le agradezco el honor que me hace con su petición, pero no seré nunca la mujer de su hijo.

-Bien, esto ha terminado, amigo mío. Estoy muy contento de verte, muy contento. Vete, Princesa- dijo el viejo Príncipe-. Estoy muy contento de verte- repitió al príncipe Basilio, abrazándole.

«Mi vocación es otra- pensaba la princesa María-. Mi vocación es ser feliz con la felicidad de los demás. Mi felicidad es la felicidad del sacrificio, y cueste lo que cueste haré la dicha de la pobre Amelia. ¡Le quiere tanto! Está realmente enamorada. Haré cuanto pueda por concertar su matrimonio con él. Si no es rica, yo le daré todo lo necesario. Se lo pediré a mi padre. Le imploraré a mi hermano. Se considerará tan feliz siendo su mujer... Es tan desgraciada... Se encuentra en un país extranjero, sola, sin nadie que la ayude. ¡Dios mío! ¡Con qué pasión ha de quererlo, habiéndose olvidado de tantas cosas hasta ese punto! Quién sabe si yo hubiera hecho lo mismo que ella.»

VI

El día 16 de noviembre de 1805, al despuntar el alba, el escuadrón de Denisov, al cual pertenecía Nicolás Rostov y que formaba parte del destacamento del príncipe Bagration, dejó el campamento para marchar a la línea de fuego, como se decía. Se paró en medio de la carretera, a una versta de distancia aproximadamente de los otros escuadrones, que le precedían. Rostov vio desfilar a los cosacos, al primer y segundo escuadrón de húsares, a los batallones de infantería, junto con la artillería; vio luego pasar a caballo a los generales Bagration y Dolgorukov, ayudantes de campo. Todo el miedo que había pasado en el frente la otra vez, toda la lucha interior por dominarse, todos los sueños de distinguirse como húsar habían sido vanos. Su escuadrón quedaba en reserva y Nicolás Rostov pasó el día aburrido y adormilado.

A las nueve de la mañana oyó las descargas, los gritos de triunfo, vio heridos- no muchos- que eran retirados, y, por fin, a un centenar de cosacos que conducían a un destacamento entero de caballería francesa hecho prisionero. Evidentemente, la acción había terminado. No tuvo una gran importancia, pero resultó feliz para los rusos. Los soldados y los oficiales que volvían hablaban de una brillante victoria, de la toma de Vischau, de la captura de un escuadrón entero. Después de la ligera helada de la noche, el tiempo se había aclarado y el radiante brillo de aquel día de otoño coincidía con la nueva de la victoria, que confirmaban no solamente el relato de los que habían tomado parte en la acción, sino también la expresión alegre de las caras de todos los demás soldados, de los oficiales, de los generales, de los ayudantes de campo, que pasaban y volvían a pasar ante Rostov. Para Nicolás, la cosa era tanto más dolorosa cuanto que había sentido el miedo que precede a las batallas sin haber recogido luego ninguna de las alegrías del triunfo.

-Rostov, ven aquí. Bebamos para ahuyentar las penas- le gritó Denisov, instalándose en la cuneta del camino ante la botella y fiambres. Los oficiales hicieron coro a su alrededor y se pusieron a hablar mientras comían.

-¡Mirad, todavía traen a otro!- exclamó uno de los oficiales señalando a un dragón francés que dos cosacos conducían a pie. Uno de los cosacos traía sujeto por la brida a un caballo francés de excelente estampa: el del prisionero.

-¡Véndeme el caballo!- gritó Denisov al cosaco.

-Si lo deseáis; Excelencia...

Los oficiales se levantaron y rodearon a los cosacos y al prisionero francés. El dragón era un joven alsaciano que hablaba francés con acento alemán. Con

el rostro encendido por la emoción, que le ahogaba, al oír hablar francés, empezó a hablar rápidamente a los oficiales, dirigiéndose tan pronto al uno como al otro. Explicaba cómo le habían cogido, afirmando que no era suya la culpa, sino del cabo que le había enviado a buscar los atalajes; él ya había anunciado que los rusos se encontraban cerca. Entre palabra y palabra, añadía: «Sobre todo, no hagáis daño al caballo.» Y lo acariciaba. Saltaba a la vista que no sabía dónde se encontraba. Se excusaba por haberse dejado coger y, creyéndose tal vez delante de sus superiores, trataba de hacer valer su exactitud de soldado y la atención que prestaba al servicio. Aquel individuo traía a la retaguardia rusa la atmósfera del ejército francés, tan extraña para los rusos.

Los cosacos vendían el caballo por dos luisas, y Rostov, que había recibido dinero y era el más rico del grupo, lo compró.

-Sobre todo, que no hagan daño al caballo- dijo ingenuamente el alsaciano a Rostov al serle entregado el caballo a éste.

Rostov, sonriente, tranquilizó al dragón y le dio algún dinero.

-¡Vamos, vamos!-dijo el cosaco, empujando con la mano al prisionero para que caminara.

-¡El Emperador, el Emperador!- oyeron gritar de pronto los húsares.

Todos empezaron a moverse, echaron a correr, y Rostov vio avanzar por la carretera a unos cuantos jinetes con plumeros blancos. En un abrir y cerrar de ojos, ocuparon todos sus puestos y quedaron esperando.

Rostov no se dio cuenta de cómo había llegado a su puesto y montado a caballo. El disgusto que sentía por no haber intervenido en la acción, el mal humor que le producía el encontrarse siempre con las mismas personas, todos sus pensamientos egoístas, se desvanecieron instantáneamente. Su atención estaba absorbida por la felicidad que le producía la presencia del Emperador. Esta felicidad le compensaba con creces del aburrimiento de todo el día. Sentíase feliz como el enamorado que ha obtenido la entrevista deseada. Inmóvil en la fila, sin atreverse a mover la cabeza, sentía «su» proximidad gracias a una especie de instinto apasionado y no por el ruido que producían los cascos de los caballos que se acercaban; la percibía porque al mismo tiempo que se iban acercando todo se volvía más alegre, más importante, más solemne. A medida que el sol avanzaba, derramando a su alrededor un rayo de luz suave, majestuosa, sentíase aprisionado por aquel rayo y oía su voz acariciadora, tranquila, augusta y querida. Y cuando Rostov comprendió que se encontraba allí hízose un silencio de muerte y en medio de aquel silencio dejóse oír la voz del Emperador.

-¿Los húsares de Pavlogrado?- preguntó.

-A la reserva, Sire- replicó una voz cualquiera de timbre muy humano comparada con aquella sobrehumana que había dicho: «¿Los húsares de Pavlogrado?»

El Emperador se detuvo cerca de Rostov. El rostro de Alejandro resplandecía. Era tanta la alegría que brillaba en él, tal la inocente juventud que transparentaba, que recordaba la expresión de un muchacho de catorce años; pero además poseía el fuego del rostro de un gran emperador. Al recorrer el escuadrón con la mirada, sus ojos tropezaron por casualidad con los de Rostov, y permanecieron fijos en ellos escasamente dos segundos. El Emperador comprendió lo que sucedía en el ánimo de Rostov- éste pensó que lo había comprendido-, pero sólo durante dos segundos permanecieron sus azules ojos, de los que brotaba una luz suave, cenicienta, fijos en el rostro de Rostov.

A continuación arqueó las cejas. Haciendo un brusco movimiento, espoleó su caballo con el pie izquierdo y salió al galope. El joven Emperador deseaba asistir al combate y, no obstante las observaciones de los cortesanos, a mediodía galopó hacia las avanzadillas, dejando atrás la tercera columna, que le acompañaba. Antes de llegar adonde estaban los húsares, algunos ayudantes de campo le dieron la noticia del feliz término de la acción.

El combate, que se redujo a la captura de un escuadrón francés, fue presentado como una brillante victoria sobre el enemigo, y ésta fue la causa de que el Emperador, y con él todo el ejército, creyeran, hasta que el humo de la pólvora no se hubo disipado, que los franceses habían sido vencidos y retrocedían a marchas forzadas. Minutos después de haber pasado el Emperador, la división de húsares de Pavlogrado recibió órdenes de avanzar. Rostov volvió a ver al Emperador en Vischau, un pueblo alemán. En la plaza del pueblo, donde antes de la llegada del Emperador había habido un duro encuentro, se veían algunos soldados heridos y muertos que aún no habían sido retirados.

El Emperador, rodeado por su séquito militar y civil, montaba un alazán; ligeramente inclinado hacia delante, llevó los lentes de oro a los ojos con gesto gracioso para mirar a un soldado tendido en el suelo, que había perdido el casco y tenía la cabeza llena de sangre. El herido estaba tan sucio, su aspecto era tan grosero, que Rostov extrañóse de que pudiera estar tan cerca del Emperador. Rostov observó que los hombros del Emperador temblaban, al parecer bajo la influencia del frío, y que con el pie izquierdo espoleaba nerviosamente el flanco del caballo, que, habituado a tales espectáculos, contemplaba al herido indiferente y sin moverse. Un ayudante de campo apeóse de su caballo, cogió al herido por los sobacos y le instaló en una camilla.

El soldado gemía.

-Más despacio, más despacio. ¿No puede hacerse más despacio?- dijo el Emperador, quien parecía sufrir más que el soldado agonizante.

Acto seguido se alejó de allí.

Rostov vio que el Emperador tenía los ojos llenos de lágrimas, y, mientras se iba, oyó que decía a Czartorisky:

-¡Qué cosa más terrible es la guerra!

Las tropas de vanguardia formaban delante de Vischau, frente a un enemigo que durante todo el día no hacía otra cosa que ceder terreno a la más pequeña escaramuza. Las felicitaciones del Emperador fueron transmitidas a la vanguardia; prometiéronse condecoraciones, y los soldados recibieron doble ración de aguardiente. Las hogueras brillaban mucho más que la noche anterior, y en torno a ellas resonaban las canciones de los soldados. Denisov celebraba aquella noche su ascenso a comandante, y Rostov, que había bebido más de la cuenta durante el banquete, propuso que se brindase a la salud del Emperador. Pero no a la del emperador imperator, tal como se hace en los banquetes oficiales, sino a la salud del Emperador hombre bueno, gentil y grande. «¡Bebamos a su salud y por la victoria segura contra los franceses!»

-Si hemos combatido- dijo-, si no hemos retrocedido ante los franceses como en Schoengraben, ¿qué no seremos capaces de hacer ahora que el Emperador marcha ante nosotros? ¡Moriremos satisfechos, moriremos por él! ¿No es cierto, señores? Tal vez no me explico bien. He bebido demasiado, pero lo siento como lo digo y a vosotros os pasará lo mismo. ¡A la salud del Emperador! ¡Hurra!

-¡Hurra! ¡Hurra!- repitieron las voces aguardentosas de los oficiales.

Kirstein, el viejo jefe de compañía, gritó con no menos animación y fuerza que Rostov, joven de veinte años.

Cuando los oficiales hubieron bebido y roto las copas, Kirstein llenó otras y, en mangas de camisa y con una copa en la mano, acercóse a las hogueras de los soldados; en actitud majestuosa, agitando la mano en el aire- su bigote gris brillaba mientras mostraba el vello de su pecho por entre la camisa desabrochada-, detúvose junto al resplandor de las hogueras.

Hijos míos, ¡a la salud del Emperador! ¡Por la victoria contra los franceses! ¡Hurra!- gritó con su fuerte voz de barítono el viejo húsar.

Los húsares se agruparon y respondieron con grandes gritos.

Muy avanzada la noche, una vez recogidos todos, Denisov, con su mano sarmentosa, tocó el hombro de Rostov, ¡su amigo predilecto!

-En campaña no sabe uno de quién enamorarse, y se enamora uno del Emperador.

-Denisov, no bromees con estas cosas- exclamó Rostov-. Es un sentimiento tan elevado, tan noble...

-Lo sé, lo sé, yo también lo siento...

-No, tú no sabes lo que es.

Y Rostov se puso en pie y empezó a andar maquinalmente por entre las hogueras, mientras pensaba en el goce de morir, no por salvar la vida del Emperador- no se atrevía a tanto-, sino sencillamente por merecer una mirada suya.

En efecto, estaba enamorado del Emperador, de la gloria de las armas rusas y de la esperanza del próximo triunfo.

Pero no era él el único que experimentaba tales sentimientos en aquel día memorable que precedió a la batalla de Austerlitz. De cada diez soldados y oficiales rusos, nueve estaban enamorados en aquella época, aunque quizá con menos entusiasmo que Rostov, del Emperador y de la gloria de las armas.

VII

Rostov pasó la noche con su pelotón en las avanzadas del destacamento de Bagration. Los húsares estaban situados en última línea, de dos en dos, y Rostov recorría aquella línea, tratando de dominar el sueño invencible que le cerraba los ojos. A su espalda extendíase un inmenso espacio iluminado por las hogueras del ejército ruso, las cuales resplandecían a través de la niebla. Delante, todo eran sombras y niebla.

Por más que hacía esfuerzos para atravesar con la vista aquel muro de sombras, no lo conseguía. Allí donde suponía que debía encontrarse el enemigo, tan pronto creía descubrir un resplandor gris como alguna cosa oscura, o el débil resplandor de las hogueras. A veces creía que todo era una aberración de su vista. Los ojos se le cerraban a pesar suyo y en la imaginación se le presentaba el Emperador, o bien Denisov, y a ratos los recuerdos de Moscú. Se esforzaba entonces en abrir los ojos, y entonces veía muy cerca, ante él, la cabeza y las orejas del caballo que montaba y, más allá, las siluetas negras de los húsares, que pasaban a seis pasos de él. Y a lo lejos, siempre la misma oscuridad, la misma niebla. «¿Por qué no?- pensaba Rostov-. Es muy posible que el Emperador se me ponga delante y me dé una orden como a cualquier oficial, diciéndome: "Ve a hacer un reconocimiento

allá abajo." ¿No dicen que todo pasa por casualidad? Pues nada, él puede ver a un oficial y ocurrírsele tomarle a su servicio. ¿Y si me llevase consigo? ¡Oh, cómo le serviría, cómo le diría toda la verdad, cómo le denunciaría a los traidores!» Y Rostov, para representarse vivamente su amor y su devoción por el Emperador, se imaginaba al enemigo, un alemán traidor, enemigo al que mataría no solamente con alegría, sino que, además, querría abofetearlo delante del Emperador. Un grito lejano le despertó de pronto. «¿Dónde estoy? ¡Ah, sí! En el frente. Y eso es el santo y seña: Olmutz. ¡Qué lástima que mañana esté en mi escuadrón de reserva! Pediré que me envíen al frente. Sólo así podré estar al lado del Emperador. El relevo no tardará ya mucho. Todavía tengo tiempo de dar una vuelta y luego iré a ver al general, a pedirselo.» Se acomodó en la silla y picó espuelas al caballo, con objeto de ver una vez más a sus húsares. Le pareció que la noche se había aclarado. Hacia la izquierda se distinguía una suave pendiente iluminada y ante ella una pequeña montaña negra que parecía vertical como una pared. Sobre esa montaña negra había un espacio blanco totalmente inexplicable para Rostov: ¿era un claro del bosque iluminado por la luna donde la nieve no se había fundido todavía o bien eran casas blancas? Hasta le pareció que en aquella mancha blanca había algo que se movía. «Seguramente es nieve esa mancha... Una mancha... Pero no, no es una mancha- pensó Rostov-. Natacha, mi hermana, la de los ojos negros... ¡Natacha! Se quedará muy admirada cuando le diga que he visto al Emperador. Natacha, Natacha...»

-Apártese a un lado, señor. Aquí hay aliagas- dijo la voz de un húsar que caminaba tras Rostov.

Éste alzó la cabeza, caída sobre las crines del caballo, y se paró al lado del húsar. El sueño juvenil, infantil, se apoderaba de él involuntariamente. «Sí, ¿en qué pensaba? No quiero que se me olvide. ¿Cómo le hablaré al Emperador? No, no es esto. Esto será mañana. Sí, sí, Natacha. ¿Quién? ¡Los húsares! ¡Los húsares! ¡Los bigotes! Este húsar del bigote ha pasado por la calle Tverskaia. Cuando yo estaba delante de casa Guriev, todavía pensaba en él... ¡El viejo Guriev! ¡Ah, Denisov es un buen chico, un buen chico! Sí, todo son niñerías. Lo principal es que el Emperador esté aquí. Cuando me miró me quería decir alguna cosa, pero no se ha atrevido. Sí, es una broma. Pero lo que hace falta, sobre todo, es no olvidarme de lo que he pensado. Sí, Natacha, sí, sí. Está bien. Y de nuevo se le caía la cabeza sobre el cuello del caballo. De pronto le pareció que disparaban.

-¿Qué? ¿Qué? ¿Quién tira?- dijo, despertándose.

En el momento de abrir los ojos, sintió ante él, donde estaba el enemigo, los gritos prolongados de miles de voces. Tanto su caballo como el del húsar que iba cerca de él levantaron la cabeza. En el sitio donde se oían los gritos se encendían y se apagaban luces una detrás de otra y, encima de un altozano,

donde estaban las líneas francesas, se encendían también luces y los gritos aumentaban cada vez más. Rostov oía ya el acento de las palabras francesas, pero no podía entender ninguna. Gritaban demasiadas voces a la vez. No distinguía otra cosa que: «¡Raaa! ¡Rrrr!»- ¿Qué es eso? ¿Qué te parece que es? - preguntó al húsar que estaba a su lado-. ¿Son los franceses?

El húsar no respondía.

-¿No me has oído?- preguntó de nuevo Rostov, cansado de esperar la respuesta.

-¡Quién sabe, señor!- respondió de mala gana el húsar.

-Por la posición, tienen que ser los franceses- repitió Rostov.

-Puede que sí, puede que no- dijo el húsar-. ¡Pasan tantas cosas en la noche! ¡Sooo! gritó al caballo, que se impacientaba.

El caballo de Rostov también se impacientaba, golpeando con la pata la tierra helada, escuchando los ruidos y mirando las luces. Los gritos aumentaban, confundándose con un clamor general, que solamente un ejército de muchos miles de hombres podían producir. Las lucecitas se extendían, probablemente por toda la línea del campo francés. Rostov no tenía ya sueño. Los gritos alegres, triunfantes, del ejército enemigo le excitaban. «¡Viva el Emperador! ¡El Emperador!», oyó en aquel momento Rostov.

Eso no debe de ser muy lejos. Detrás del arroyo-dijo al húsar.

El húsar, sin responder, se contentó con lanzar un suspiro y tosió malhumorado. En la línea de los húsares se oían las pisadas de los caballos que marchaban al trote y, de pronto, de la niebla de la noche emergía la figura de un suboficial de húsares que parecía un enorme elefante.

-¡Señoría, los generales!- dijo el suboficial acercándose a Rostov.

Rostov, sin perder de vista las luces y escuchando los gritos, marchó con el suboficial a recibir a algunos caballeros que avanzaban por la línea. Uno de ellos montaba un caballo blanco. El príncipe Bagration y el príncipe Dolgorukov, acompañados por los ayudantes de campo, venían a observar el extraño fenómeno de las hogueras y de los gritos en el campo enemigo. Rostov se acercó a Bagration, le informó y luego, reuniéndose con los ayudantes de campo, escuchó lo que decían los generales.

-Créame usted. Esto no es más que una estratagema- decía Dolgorukov a Bagration-. Se retiran y han mandado a la retaguardia que enciendan hogueras y que hagan mucho ruido para engañarnos.

-Me parece que no- contestó Bagration-. Esta noche les he visto encima del altozano. Si retroceden, querrá decir que se han ido de allí. Señor oficial,

¿todavía están en su puesto los espías?- preguntó a Rostov.

-Esta tarde estaban todavía, pero ahora no lo sé, Excelencia. Si lo ordena usted, iré con los húsares.

Bagration, sin responder, procuró distinguir la cara de Rostov entre la niebla.

-Bien, vaya usted- contestó tras un corto silencio.

-Obedezco.

Rostov espolé al caballo, llamó al suboficial y a dos húsares y, mandándoles que le siguieran, subió al altozano al trote, en dirección a los gritos.

Rostov, con un estremecimiento de alegría, iba solo, seguido de los tres húsares, hacia aquella lejanía hundida en la niebla, misteriosa y llena de peligro, adonde nadie había ido antes que él. Desde lo alto del montículo donde se hallaba, Bagration le gritó que no pasara del arroyo, pero Rostov fingió que no le oía y, sin detenerse, iba hacia delante, engañándose a cada paso. Tomaba a los árboles por hombres. Marchaba al trote, y muy pronto dejó de ver tanto las luces de su campamento como las del enemigo, pero oía más fuertes y más claros los gritos de los franceses. Al fondo distinguió ante él algo como un río, pero cuando llegó hasta allí dióse cuenta de que era la carretera. Paró, indeciso, el caballo; tenía que seguirla o bien meterse por los campos a través de la oscuridad, hacia el monte de enfrente. Seguir la carretera, que se veía perfectamente entre la niebla, era bastante peligroso, pues se podía distinguir con facilidad a los que pasaran por ella. «¡Seguidme!», gritó. Y, atravesando la carretera, emprendió al galope la subida al montecillo donde por la tarde había visto a un piquete francés.

-¡Señor, ya estamos!- pronunció tras él uno de los húsares.

Rostov apenas si había tenido tiempo de darse cuenta de que algo parecía negrear entre la niebla cuando se vio un fogonazo, sonó un tiro y una bala pasó por encima de ellos, silbando como un gemido. Se vio el fogonazo de otro disparo, pero no se oyó ruido alguno. Rostov dio la vuelta en redondo y siguió galopando. En diversos intervalos sonaron cuatro tiros y cuatro balas silbaron cerca de ellos en la niebla, produciendo cuatro notas distintas. Rostov contenía al caballo, excitado como él por los tiros, y subía al paso. «¡Vaya, arriba, arriba!», decía en su interior una alegre voz.

No oyó ningún tiro más. Cuando se iba acercando a Bagration, puso de nuevo su caballo al galope y luego se acercó al General llevándose la mano a la visera.

Dolgorukov insistía en su parecer de que los franceses retrocedían y que

sólo habían encendido las hogueras para despistarlos.

-... ¿Y qué prueba eso?- decía mientras Rostov se les acercaba-. Pueden haber retrocedido, dejando este piquete ahí.

-Evidentemente, Príncipe, todavía no se han ido todos. Mañana por la mañana lo sabremos de cierto- afirmó Bagration.

-Excelencia, el piquete está todavía en lo alto del montecillo, en el mismo sitio que esta tarde- replicó Rostov inclinado y con la mano en la visera. Con trabajo podía contener la alegre sonrisa que había provocado en él aquella correría y principalmente el silbido de las balas.

-Está bien, está bien. Gracias, señor oficial- dijo Bagration.

-Excelencia, permítame que le haga una petición.

-Diga.

-Mañana, nuestro escuadrón está destinado a la reserva; le pido que me sea permitido agregarme al primer escuadrón.

-¿Cómo se llama usted?

-Conde Rostov.

-Bien, quédese conmigo de ordenanza.

-¿Hijo de Ilia Andreievitch?- preguntó Dolgorukov.

Pero Rostov no le respondió.

-Así, ¿puedo esperar, Excelencia?

-Ya daré la orden.

«Es muy posible que mañana me manden al Emperador con una orden-pensó-. ¡Alabado sea Dios!»

VIII

A las ocho de la mañana, Kutuzov, a caballo, se dirigía a Pratzen a la cabeza de la cuarta columna de Miloradovitch, que era la que había de situarse en el lugar que antes ocupaban las columnas de Prjebichevski y de Lageron, que habían llegado ya al río. Saludó a los soldados del regimiento que estaban delante y dio la orden de marcha, para demostrar que tenía la intención de conducir él mismo la columna. Se detuvo muy cerca del pueblecito de Pratzen. El príncipe Andrés iba tras el general en jefe, entre el montón de personas que formaban su escolta. Estaba emocionado, malhumorado, pero resuelto y

tranquilo como generalmente se encuentran los hombres cuando llega un momento largamente deseado. Estaba firmemente convencido de que aquel día sería su Tolón y su Puente de Arcola.

¿Cómo sucedería tal cosa? No lo sabía, pero se hallaba plenamente seguro de que llegaría a ser un hecho. Conocía el país y la situación de las tropas como cualquier otro del ejército ruso. Su plan estratégico había sido dado de lado; las circunstancias habían hecho que fuera imposible de ejecutar. Y mientras se acomodaba al plan de Veyroter, pensaba en los azares que podían producirse y suscitar la necesidad de sus consideraciones rápidas y de su resolución.

Abajo, a la izquierda, en la niebla, se oían las descargas entre tropas invisibles. La batalla se concentraba, pues, abajo, tal como el príncipe Andrés había supuesto. Era allí donde estaba el obstáculo principal. «Seré enviado a la batalla con una brigada o una división, y yo seguiré adelante con la bandera en la mano, deshaciendo todo lo que me salga al paso», pensaba.

El príncipe Andrés no podía mirar con indiferencia las banderas de los batallones que pasaban. Contemplándolas, pensaba continuamente: «¿Quién sabe si será esta misma bandera la que tendré que coger para conducir a las tropas?.»

La niebla de la noche, cuando se hacía de día, se transformaba en rocío y escarcha y quedaba en las cimas, pero en el fondo todavía se extendía como un lácteo mar. En el fondo de la hondonada, hacia la izquierda, por donde bajaban las tropas rusas y por donde se oían las descargas, no se veía nada. Sobre las cimas aparecía el cielo azul oscuro y a la derecha brillaba el amplio disco del sol. Enfrente, a lo lejos, en la otra orilla de aquel mar de niebla, distinguíanse las gibosas colinas en las que debía encontrarse el ejército enemigo, alcanzándose a distinguir alguna cosa.

A la derecha, al penetrar en la niebla, la guardia dejaba a sus espaldas un sordo rumor de pasos y de ruedas; de vez en cuando veíase el brillo de las bayonetas.

A la izquierda, detrás del pueblo, las masas de caballería avanzaban también y se percibían en la niebla. La infantería marchaba delante y detrás. El general en jefe permanecía estacionado a la salida del pueblo y las tropas desfilaban por delante de él. Aquella mañana, Kutuzov parecía cansado y malhumorado. La infantería que pasaba por delante de él deteníase desordenadamente; debía de haber algo que entorpecía su camino.

-Ordene que se dividan en batallones y que den la vuelta al pueblo- dijo Kutuzov con acento de cólera a un general que se acercaba-. ¿No se da usted cuenta de que es imposible avanzar en fila por las calles de un pueblecito

cuando se marcha hacia el enemigo?

-Había pensado formar detrás del pueblo, Excelencia- replicó el general.

En los labios de Kutuzov dibujóse una amarga sonrisa.

-Será mejor, mucho mejor, que despliegue usted cara al enemigo.

El enemigo está todavía lejos, Excelencia, y según la disposición...

-¿Qué disposición?- exclamó Kutuzov en tono de riña-. ¿Quién le ha dicho a usted eso? Haga el favor de hacer lo que le ordeno.

-A sus órdenes.

Querido amigo, el viejo está hoy de un humor de todos los diablos- bisbiseó Nesvitzki al príncipe Andrés.

Un general austriaco, luciendo uniforme azul y un plumero verde, aproximóse a Kutuzov y le preguntó, en nombre del Emperador, si la cuarta columna había entrado ya en acción.

Kutuzov volvióse sin responder y su mirada fue a fijarse por casualidad en el príncipe Andrés, que encontrábase a su lado. Al darse cuenta de la presencia de Bolkonski, la mirada colérica y amarga de Kutuzov se suavizó como si quisiera decir con ello que su ayudante de campo no tenía la menor culpa de lo que pasaba. Sin responder una palabra al ayudante de campo austriaco, dirigióse a Bolkonski.

-Hágame el favor de ir a comprobar si la tercera división ha pasado ya del pueblo. Dígales que se detengan y que esperen mis órdenes.

El Príncipe apresuróse a cumplir la orden; Kutuzov le detuvo.

-Y pregunte si los tiradores están en posición- añadió-. Pero ¿qué están haciendo?- dijo como para sí, prescindiendo en absoluto del general austriaco.

El Príncipe se lanzó al galope para hacer cumplir la orden que le habían dado.

Una vez se hubo adelantado al batallón que marchaba a la cabeza, detuvo a la tercera división, comprobando que, en efecto, delante de las columnas rusas no había ni un solo tirador.

El jefe del regimiento que iba en cabeza quedóse muy sorprendido al escuchar la orden del Generalísimo disponiendo que colocaran tiradores. Estaba más que convencido de que delante de él tenía tropas rusas y pensaba que el enemigo encontrábase a unas diez verstas. En efecto, ante él extendíase una desierta sabana de suave pendiente cubierta de una espesa niebla.

Después de transmitida la orden del Generalísimo, el príncipe Andrés

regresó a su puesto. Kutuzov continuaba en el mismo lugar; su voluminoso cuerpo descansaba sobre la silla y continuos bostezos se escapaban de su boca mientras entornaba los ojos. Las tropas no se movían, permaneciendo en posición de descanso, con las culatas de los fusiles apoyadas en tierra.

-Muy bien, muy bien- dijo al príncipe Andrés. Y acto seguido dirigióse al General, el cual, reloj en mano, indicábale que era hora de ponerse en marcha, pues todas las columnas del flanco izquierdo encontrábanse ya abajo.

-Ya tendremos tiempo, Excelencia- repuso Kutuzov, después de lanzar un bostezo-. No tenemos prisa-añadió.

En aquel momento, detrás de Kutuzov oyéronse a lo lejos los gritos de los regimientos que saludaban, y los sonidos empezaron a propagarse rápidamente por los haces de columnas que avanzaban. Aquel a quien saludaban debía pasar evidentemente muy aprisa. Cuando los soldados del regimiento delante del cual se encontraba Kutuzov empezaron a gritar, el Generalísimo se echó un poco hacia atrás y volvióse a mirar con las cejas fruncidas.

Habríase dicho que por el camino de Pratzen galopaba un escuadrón completo de caballería vestido con uniforme de diferentes colores. Los jinetes avanzaban delante de los demás, corriendo al galope. Uno de ellos vestía un uniforme de color negro y lucía un plumero blanco; montaba un caballo alazán; el otro llevaba un uniforme blanco y su caballo era negro: eran los dos emperadores, seguidos de su escolta. Kutuzov, con la afectación propia de un subordinado que está de servicio, ordenó: «¡Firmes!», y se acercó al Emperador, saludando militarmente. Su persona y su actitud cambiaron de súbito. Ofrecía el aspecto de un subordinado que no discute las órdenes. Con respeto afectado, que pareció disgustar al Emperador, se acercó a él y le saludó.

-¿Por qué no empieza usted, Mikhail Ilarionovitch?-preguntó ásperamente el emperador Alejandro a Kutuzov, dirigiendo una mirada cortés al emperador Francisco.

-Esperaba a Vuestra Majestad- respondió Kutuzov haciendo una respetuosa reverencia.

El Emperador acercó su oreja y frunció ligeramente las cejas, dando a entender que no había oído bien.

-Espero a Vuestra Majestad- repitió Kutuzov.

El príncipe Andrés observó que al pronunciar la palabra «espero», el labio inferior de Kutuzov tembló de una manera anormal.

Las columnas todavía no están reunidas, Majestad.

El Emperador oyó la respuesta y todos pudieron darse cuenta que no era de

su agrado. Se encogió de hombros y miró a Novosiltzov, que se encontraba cerca de él, y con la mirada se quejó de Kutuzov.

-No estamos en el Campo de Marte, Mikhail Ilarionovitch, para que hayamos de esperar que todos los regimientos estén en línea- dijo el Emperador mirando otra vez al emperador Francisco, como si le invitara, si no a intervenir en el diálogo, por lo menos a escuchar lo que decían.

El emperador Francisco, sin embargo, seguía mirando a su alrededor sin prestar oído.

Es precisamente por eso, Majestad, por lo que no empiezo- replicó Kutuzov con voz sonora y clara, como si quisiera que sus palabras fueran comprendidas por todos. En su rostro algo parecía temblar-. No empiezo, Majestad, porque no estamos en una revista ni en el Campo de Marte.

En la escolta del Emperador, en todos los rostros, que al oír aquellas palabras se miraron los unos a los otros, dibujóse una expresión de disgusto y de censura: «Por viejo que sea, no tiene derecho ni pretexto alguno para hablar de ese modo», querían decir todos aquellos semblantes.

El Emperador tenía la mirada clavada en los ojos de Kutuzov, en espera de que éste dijera alguna otra cosa. Kutuzov inclinó respetuosamente la cabeza y también pareció quedar en espera de algo.

-No obstante, si Vuestra Majestad lo ordena...- dijo Kutuzov alzando la cabeza.

Y, cambiando de tono una vez más, habló como un general en jefe que obedece sin discutir.

IX

Kutuzov seguía al paso a los fusileros que acompañaban a sus ayudantes de campo.

Después de haber recorrido una media versta en la cola de la columna, se detuvo delante de una casa solitaria, probablemente una posada, que sus dueños habían abandonado, situada en el cruce de dos caminos. Las dos carreteras que convergían en aquel punto descendían de una montaña y las tropas subían tanto por la una como por la otra.

La niebla empezaba a desvanecerse. En los altozanos de enfrente, situados a dos verstas, todo lo más, de distancia, se distinguían vagamente las tropas enemigas. Abajo, a la izquierda, el ruido de los tiros se oía más claro. Kutuzov

se detuvo y empezó a hablar con el general austriaco. El príncipe Andrés, algo apartado, les observaba. Necesitó un antejo de larga vista y se lo pidió a un ayudante de campo.

-Vea, vea- dijo el ayudante de campo, que miraba no al ejército lejano, sino al que se encontraba delante de él, en la montaña-. ¡Son los franceses!

Los dos generales y los ayudantes de campo cogieron con un vivo movimiento los anteojos, que se arrancaban de las manos uno al otro. De pronto, todos aquellos rostros se demudaron; un frío mortal cruzó por ellos. Creían que los franceses se encontraban a diez verstas e inesperadamente los veían ante ellos.

-Sí,, sí, es verdad... ¿Qué significa eso?- exclamaron diversas voces.

El príncipe Andrés descubrió, a simple vista, abajo, a la derecha, una fuerte columna francesa que avanzaba contra el regimiento de Apcheron, a unos quinientos pasos de donde estaba Kutuzov.

«¡Ha llegado el momento decisivo! ¡Ahora entraré yo en juego!», pensó el príncipe Andrés.

Y, espoleando a su caballo, se acercó a Kutuzov.

Hay que detener al regimiento de Apcheron, Excelencia- gritó.

Pero en aquel mismo instante, el espacio cubrióse de humo, las descargas oyéronse muy cerca y una voz delgada y asustada gritó a dos pasos del príncipe Andrés: «¡Ya estamos, camaradas!»

Hubiérase dicho que aquel grito era una orden. Y al oírlo, todo el mundo echó a correr.

Una multitud que crecía por momentos corría, retrocediendo hacia el lugar donde cinco minutos antes las tropas desfilaban por delante de los emperadores. No sólo era difícil contener a aquella multitud, sino que al mismo tiempo era imposible evitar el ser arrastrado por los que corrían. Bolkonski hacía esfuerzos por mantenerse firme, sin retroceder, y miraba estupefacto a su alrededor, sin comprender lo que estaban viendo sus ojos. Nesvitzki, enardecido, furioso, desconocido, gritaba a Kutuzov que si no se marchaba inmediatamente de allí acabarían por hacerle prisionero. Pero Kutuzov no se movía de su sitio; no respondió a aquel requerimiento y se sacó un pañuelo del bolsillo. Le salía sangre de una mejilla. El príncipe Andrés se abrió paso hasta llegar a su lado.

-¿Estáis herido, Excelencia?- le preguntó, conteniendo a duras penas el temblor de su mandíbula.

-No está aquí la herida, sino allá- replicó Kutuzov apretando el pañuelo

contra su mejilla y señalando a los fugitivos-. ¡Contenedlos!- gritó.

Pero, al convencerse de que era imposible hacerlo, espoleó a su caballo y se lanzó hacia la derecha.

El creciente alud de fugitivos le atrapó entre sus redes y se lo llevó hacia atrás.

Los grupos de soldados que corrían eran tan compactos que el que caía en medio no lograba levantarse.

Uno gritaba: «¡Vamos, vamos! ¿Por qué te detienes?» Y otros se volvían y disparaban al aire. Un tercero golpeaba al caballo de Kutuzov, el cual, a costa de duros esfuerzos, logró atravesar la riada y pasar a la izquierda con su escolta reducida por lo menos a la mitad, lanzándose hacia donde sonaban los cañones. Libre del aluvión de fugitivos, el príncipe Andrés, procurando no separarse de Kutuzov, descubrió a través del humo, en la pendiente de la montaña, una batería rusa que continuaba haciendo fuego y contra la cual avanzaban los franceses. Más arriba, la infantería rusa manteníase inmóvil: ni avanzaba ni retrocedía para sumarse a los fugitivos. Un general montado a caballo se destacó de la batería y se acercó a Kutuzov. La escolta del Generalísimo había quedado reducida a cuatro hombres. Todos estaban pálidos y se miraban en silencio.

-¡Detened a esos miserables!- gritó, ahogándose, Kutuzov al jefe del regimiento señalándole a los fugitivos.

Pero en aquel mismo instante, como si fuera un castigo a sus palabras, las balas, semejantes a una bandada de pequeños pájaros, empezaron a pasar silbando por encima del regimiento y de la escolta de Kutuzov. Los franceses atacaban la batería. Al distinguir a Kutuzov, dispararon contra él. Pasada aquella descarga, el comandante se llevó una mano a la pierna y algunos soldados cayeron. El subteniente que llevaba la bandera la dejó resbalar de sus manos. La bandera se balanceó y cayó, enganchándose con los fusiles de los soldados que estaban cerca. Los soldados empezaron a tirar sin esperar ninguna orden.

-¡Oh! ¡Oh!- sollozaba Kutuzov con desesperado acento. Se volvió-. ¡Bolkonski!- llamó con voz temblorosa, consciente de su debilidad senil-. ¡Bolkonski!- murmuró designando al batallón desorganizado y al enemigo-. ¿Qué es eso?

Pero antes de que acabara lo que deseaba decir, el príncipe Andrés, que sentía que lágrimas de vergüenza y de rabia le subían a la garganta, se bajó del caballo y corrió hacia la bandera.

-¡Muchacho, adelante!- gritó Kutuzov con voz aguda e infantil.

«Ha llegado la hora», pensó el príncipe Andrés mientras esgrimía el asta de la bandera, oyendo con placer el silbido de las balas dirigidas a él.

Los soldados continuaban cayendo.

-¡Hurra!- gritó el príncipe Andrés, que con trabajo llevaba la bandera. Se lanzó hacia delante, seguro de que le seguiría todo el batallón. En efecto, no había andado sino unos pasos y ya vio moverse a un soldado, después a otro y después a todo el batallón gritando: «¡Hurra!» Y corrieron tanto que le dejaron atrás.

Un suboficial cogió la bandera, que se balanceaba por ser demasiado pesada para las manos del Príncipe, pero pronto cayó mortalmente herido. El príncipe Andrés volvió a apoderarse de ella y, arrastrando su mástil por el suelo, corrió hacia el batallón. Ante sí veía a los artilleros: unos se batían, otros dejaban las piezas y se iban con el batallón. Y los soldados de infantería franceses se apoderaban de los caballos de los artilleros y daban la vuelta a los cañones. El príncipe Andrés, con el batallón estaba ya a veinte pasos de las piezas. Sentía muy cerca los silbidos de las balas y continuamente, a su derecha y a su izquierda, los soldados caían lanzando gemidos. Pero él no les prestaba atención. Miraba tan sólo hacia delante. Distinguía claramente la cara de un artillero rojo con el quepis de medio lado, que tiraba del escobillón que un francés le quería quitar. El príncipe Andrés veía perfectamente la expresión rabiosa de aquellos dos hombres que visiblemente no sabían lo que les pasaba. «¿Qué hacen?», pensó el príncipe Andrés mirándolos. «¿Por qué no huye el artillero rojo, ya que no tiene ningún arma? ¿Por qué no le mata el francés? En cuanto el otro quiera huir, el francés se acordará que tiene un fusil y le matará.» Efectivamente, otro francés se acercó al grupo, preparó su arma y el artillero rojo, que no sabía lo que le esperaba y acababa de arrancar triunfalmente a su contendiente el escobillón, cayó herido. Pero el príncipe Andrés no vio cómo terminó la cosa. Le pareció que algunos soldados, los que tenía más cerca, le golpeaban en la cabeza con todas sus fuerzas. Sentía un dolor agudo, pero lo que más le contrariaba era que tal dolor le distraía y le privaba de ver lo que deseaba.

«Pero... ¿qué es esto? ¿Me caigo? ¿Se me doblan las piernas?», pensó. Y cayó de espaldas.

Abrió luego los ojos para enterarse de cómo había acabado la lucha de los franceses contra el artillero. Quería saber si el artillero rojo había sido muerto o no, si los cañones habían sido salvados o habían caído en manos de los enemigos. Pero no veía nada. Sobre él no se extendía otra cosa que el cielo, el alto cielo, lleno de nubes grises, que pasaban dulcemente. «¡Qué dulzura, qué calma, qué solemnidad! ¡Qué distinto es esto de lo de hace un momento, cuando corría yo, cuando corríamos gritando- pensaba el príncipe Andrés-,

cuando nos batíamos, cuando, con los rostros furiosos, descompuestos, el francés y el artillero se disputaban el escobillón! Entonces no desfilaban de esta forma las nubes por el cielo infinito. ¿Cómo no me he dado cuenta hasta ahora de este cielo? ¡Qué contento estoy ahora! Sí, todo es tontería, engaño, fuera de este cielo infinito. No existe nada sino este cielo. Pero ni este mismo cielo existe. No hay sino la calma y el reposo. ¡Alabado sea Dios!»

X

El príncipe Andrés yacía en las montañas de Pratzen, en el mismo sitio en que había caído con la bandera en la mano. Se desangraba, medio desmayado, y gemía plañideramente, dejando escapar un débil e infantil gemido.

Al atardecer dejó de gemir y calló por completo. No tenía la menor idea del tiempo que había durado su desmayo. Sentíase vivir de nuevo mientras un violento dolor le martilleaba en la cabeza.

«¿Dónde está aquel cielo tan alto, cuya existencia ignoraba y que he visto hoy por primera vez?» Tal fue su primer pensamiento. «¿Y este dolor que tampoco conocía? Sí, hasta ahora lo he ignorado todo, no sabía nada, nada. ¿Pero dónde me encuentro?» Aplicó el oído y oyó las pisadas de los caballos que se acercaban y el sonido de unas voces que hablaban en francés. Abrió los ojos. Sobre su cabeza resplandecía aún aquel cielo tan alto por el que flotaban algunas nubes y a través de las cuales percibíase el azul infinito. No hacía ningún movimiento con la cabeza, por lo que no pudo ver a los que se acercaban, según indicaba el ruido de los cascos de los caballos y de las voces, deteniéndose cerca de él.

Los jinetes que se acercaban eran Napoleón y dos de sus ayudantes de campo. Bonaparte recorría el campo de batalla y daba las últimas órdenes para fortificar las baterías, lanzando de vez en cuando una mirada a los muertos y a los heridos que habían quedado en el campo.

-¡Bravos soldados!-dijo Napoleón mirando a un granadero ruso muerto caído boca abajo con el rostro hundido en la tierra y una mano, ya fría, vuelta hacia arriba.

-Las municiones de las piezas se han terminado- dijo en aquel momento el ayudante de campo que acababa de llegar de las baterías que disparaban contra Auhest.

-Ordene que avancen las reservas- replicó Napoleón, y alejándose algunos pasos se detuvo cerca del príncipe Andrés, tendido en el suelo boca arriba; con el mástil de la bandera en la mano. La bandera habíansela llevado los

franceses como trofeo.

-¡Bella muerte!- exclamó Napoleón mirando a Bolkonski.

El príncipe Andrés comprendió que las palabras dichas por Napoleón se referían a él. Oyó que daban el tratamiento de Sire a la persona que las había pronunciado. Pero oíalos como se oye el zumbido de una mosca. No sólo no les prestó atención, sino que ni siquiera los tuvo en cuenta y los olvidó enseguida. La cabeza le ardía, notaba cómo le corría la sangre, mientras encima de él veíase el cielo lejano, infinito. Sabía que el que se encontraba cerca de él era su héroe, Napoleón, pero en aquel instante Napoleón parecióle un hombre pequeño, insignificante, en comparación con lo que le sucedía a su alma bajo aquel cielo infinito por el que corrían las nubes... No le preocupaba lo más mínimo que alguien se detuviera cerca de él y dijese lo que le viniera en gana; sin embargo, producíale cierta satisfacción; anhelaba que aquellos hombres le prestaran ayuda y le devolviesen a la vida, que ahora parecíale tan bella, comprendiéndola de otra forma ignorada hasta entonces. Reunió todas sus fuerzas con el fin de ver si conseguía moverse un poco y podía emitir algún sonido. Pudo mover débilmente una pierna y de su garganta brotó un sonido enfermizo, débil, que hizo que sintiera compasión de sí mismo.

-¡Ah, aún tiene vida!- exclamó Napoleón-. Levantadle y conducidle a la ambulancia.

A continuación, Napoleón dirigióse a recibir al mariscal Lannes, que, sombrero en mano, se acercó a él y le felicitó por la victoria.

El príncipe Andrés no recordaba lo que había sucedido después. Llegó al extremo de perder toda noción de los dolores que le produjo la instalación en la litera, los baches del camino, el examen de las heridas en la ambulancia. No volvió en sí hasta que le llevaron al hospital, con otros oficiales rusos heridos y prisioneros. Durante el camino se sintió algo mejor y pudo mirar e incluso hablar.

Las primeras palabras que oyó al volver en sí fueron las de un oficial francés que decía precipitadamente:

-Hemos de detenernos aquí. El Emperador no tardará en pasar y seguramente habrá de gustarle ver a los señores prisioneros.

Hay tantos hoy que puede decirse que casi todo el ejército ruso lo es; por esto mismo creo que le fastidiará un poco el verlos- dijo otro oficial francés.

-¡Lo que usted quiera! Dicen que éste que va aquí es el jefe de la guardia del Emperador- dijo el primer oficial señalando a un oficial herido que llevaba el uniforme blanco de la caballería de la guardia.

Bolkonski reconoció al príncipe Repnin, con el que se había encontrado

más de una vez en los salones de San Petersburgo.

A su lado se veía a un muchacho de diecinueve años, de la caballería de la guardia, también herido.

Bonaparte, que llegaba al galope, detuvo el caballo.

-¿Cuál es el oficial de más graduación?- preguntó al ver a los prisioneros.

Le indicaron al coronel príncipe Repnin.

-¿Guardaba la guardia del Emperador de Rusia?- le preguntó el Emperador.

Soy coronel y jefe de escuadrón del regimiento de caballería de la guardia- respondió Repnin.

-Su regimiento ha cumplido con su deber de un modo heroico- añadió Napoleón.

- El que le parezca así a un gran hombre es una magnífica recompensa- replicó Repnin.

Pues os la concedo de buen grado- dijo Napoleón . ¿Quién es ese joven que está a su lado?

-Es el hijo del general Sukhtelen. Es teniente de mi escuadrón.

Napoleón dirigió al muchacho una mirada y dijo sonriendo:

-Joven ha empezado a vérselas con nosotros.

-No es necesario ser viejo para ser valiente- respondió Sukhtelen con acento enfático.

-Bien contestado- replicó Napoleón-. ¡Joven, irá usted lejos!

El príncipe Andrés, colocado también en primer término, para completar el grupo de prisioneros, no podía pasar inadvertido a la atención del Emperador. Napoleón debió recordar haberle visto en el campo de batalla, pues le dirigió la palabra.

Y usted, joven, ¿está mejor?

El príncipe Andrés había podido, cinco minutos antes, dirigir la palabra al soldado que le transportaba, pero en aquel momento, con los ojos fijos en Napoleón, guardó silencio.

¡Parecíanle tan pequeños todos los intereses que ocupaban la atención de Napoleón! Su héroe parecía tan mezquino con aquella su minúscula ambición y la expresión de alegría que reflejaba su rostro, producida por la victoria, en comparación con el alto cielo justo y bueno que veía... Comprendió que no tenía ánimo para responderle.

¡Parecía todo tan inútil y tan mezquino al lado de aquellos serenos y majestuosos pensamientos que hacían brotar en él la debilidad de sus fuerzas, producida por la pérdida de sangre, los sufrimientos y la espera de una muerte próxima! Con los ojos fijos en los de Napoleón, el príncipe Andrés pensaba en el vacío de la grandeza, en el vacío mucho mayor de la muerte, del cual ningún ser viviente puede percibir ni explicarse el sentido.

El Emperador, sin aguardar la respuesta, volvióse, y mientras se alejaba dirigióse a uno de los jefes:

-Que atiendan a estos señores. Que los lleven a mi vivac y que digan a Larrey que mire sus heridas. Hasta la vista, príncipe Repnin.

Y se alejó al galope.

Su rostro resplandecía de alegría y de satisfacción; estaba satisfecho de sí mismo. Los soldados que conducían al príncipe Andrés habíanle quitado la pequeña imagen que la princesa María le colgó al cuello; al ver la benevolencia con que el Emperador había tratado al prisionero, apresuráronse a devolvérsela.

El príncipe Andrés no vio quién se la devolvía ni en la forma en que lo efectuaban, pero encima del pecho, bajo el uniforme, notó de pronto el contacto de la medalla colgada de la fina cadena de oro.

«La cosa estaría muy bien si fuera tan clara y sencilla como cree la princesa María pensó mientras miraba aquella medalla que su hermana habíale colocado en el pecho poseída de tanta piedad como veneración-. La cosa estaría bien si supiéramos dónde ir a buscar la ayuda que se necesita para esta vida y qué nos espera después, más allá de la tumba. ¡Qué tranquilo viviría, qué feliz sería si pudiera decir ahora: Señor, perdonadme! Pero... ¿a quién decírselo? A una fuerza indefinida, incomprensible, a la cual no puedo dirigirme ni hacerme entender con palabras: el gran todo o la nada. ¿Dónde se encuentra ese Dios que hay aquí, en este amuleto que me ha dado la princesa María? Nada hay cierto fuera del vacío que alcanzo a comprender y de la majestad de algo incomprensible mucho más importante aún.»

La litera seguía avanzando. A cada brusco movimiento, el Príncipe experimentaba un dolor insoportable. La fiebre aumentaba; Bolkonski empezaba a delirar. Pesadillas en las que intervenía su padre, su mujer, su hermana, el hijo que esperaba; pesadillas en las que tan pronto surgía la ternura que sintiera durante la noche, la víspera de la batalla, como la figura del desmedrado, del ínfimo Napoleón y, dominando todo aquello, el alto cielo, constituían el tema principal de sus visiones.

Representábase la vida tranquila y la felicidad de Lisia-Gori; encontrábase gozando de aquella felicidad cuando de pronto aparecía el

pequeño Napoleón, con su mirada indiferente, limitado, satisfecho al comprobar la desventura de otro; y las dudas y los sufrimientos volvían a aparecer y sólo el cielo prometíale tranquilidad. De madrugada, los sueños confundieronse en un caos de tinieblas y de olvido que, según la opinión de Larrey, el médico de Napoleón, no tardaría en resolverse en la muerte o en la curación.

-Es un individuo muy nervioso y de una gran cantidad de bilis. No saldrá de ésta- declaró Larrey.

El príncipe Andrés, al igual que los demás heridos desahuciados por el médico, fue abandonado a manos de los habitantes del país.

CUARTA PARTE

I

De vuelta de la campaña, Nicolás Rostov fue recibido en Moscú por su familia como el mejor de los hijos, como un héroe, como el querido Nikolenka. Para todas sus amistades era un joven respetuoso, amable y gentil, un guapo teniente de húsares, muy buen bailarín y uno de los mejores partidos de Moscú.

Los Rostov se trataban con todo Moscú. El Conde estaba bien de dinero aquel año, pues había hipotecado por segunda vez todas sus tierras. Nicolás, que pudo comprarse un buen caballo y encargarse unos pantalones a la última moda, como aún no se habían visto en Moscú, y unas botas elegantísimas y puntiagudas, con pequeñas espuelas de plata, pasaba el tiempo muy divertido. El joven, al vivir de nuevo en su casa, experimentaba la agradable sensación de acostumbrarse, después de la ausencia, a las antiguas condiciones de vida. Parecíale que se había vuelto muy marcial y que había crecido. Su disgusto a causa de la mala nota que le dieron en religión, el préstamo que tomó en casa del cochero Gavrilo, los besos furtivos que dio a Sonia, parecíanle chiquilladas de las que ahora se encontraba muy lejos. Era teniente de húsares, adornaban su pecho varias tiras de plata y la cruz de San Jorge y estrenaba un caballo, montado en el cual se reunía con los aficionados más respetables y distinguidos. Iba a pasar todas las tardes a casa de una señora del bulevar, dirigió la mazurca en el baile de los Arkharov, hablaba de guerra con el mariscal Kaminsky, frecuentaba el club inglés y se tuteaba con un coronel de cuarenta años que le había presentado Denisov.

En Moscú se murió un poco su entusiasmo por el Emperador, ya que no le veía ni tenía esperanza de poderle ver más adelante. Hablaba mucho de él, sin embargo, y sacaba a relucir el amor que le profesaba, dando a entender que no decía todo lo que podía decir y que en su afecto por el soberano había algo que no todo el mundo estaba en condiciones de entender. Todo Moscú profesaba este mismo sentimiento de adoración por el soberano, a quien llamaban «el ángel terrenal».

Durante su corta estancia en Moscú, antes de marchar de nuevo al ejército, Nicolás no se acercó a Sonia; al contrario, se apartó de ella todo lo que pudo. Sonia estaba encantadora y era notorio que le amaba apasionadamente, pero él se encontraba entonces en ese período de juventud en el que parece que hay tantas cosas que hacer en el mundo que no queda tiempo para ocuparse de «ella». Nicolás temía encadenarse para siempre. La libertad le parecía necesaria por un puñado de razones. Cuando pensaba en Sonia se decía: «¡Bueno! Ya quedarán otras como ella.»

El día 3 de marzo se celebró en el club Inglés un banquete en honor del príncipe Bagration al que asistieron trescientas personalidades del ejército y la aristocracia.

Pedro sentábase enfrente de Dolokhov y de Nicolás Rostov. Comía y bebía ávidamente y en gran cantidad, como siempre. Pero los que le conocían observaron aquel día un gran cambio en él. No pronunció una palabra durante toda la comida y estuvo guiñando los ojos y frunciendo las cejas mientras lanzaba miradas a su alrededor. Otras veces se metía los dedos en las narices, completamente abstraído. Mostraba un rostro triste y sombrío y parecía que no se daba cuenta de lo que pasaba a su alrededor y que tuviera el pensamiento en alguna cosa penosa e insoluble.

La cuestión insoluble que le atormentaba eran las alusiones de la Princesa referentes a la intimidad de Dolokhov con su mujer. Además, aquella misma mañana había recibido una carta anónima en la que le decían, con la cobarde desvergüenza de todos los anónimos, que los lentes no le dejaban ver lo que tenía ante las mismas narices y que las relaciones de su mujer con Dolokhov eran un secreto para él, mas para nadie más. Pedro no concedía ninguna atención ni a las alusiones de la Princesa ni al anónimo, pero en aquel momento le era penoso mirar a Dolokhov, sentado frente a él. Cada vez que sus ojos tropezaban por casualidad con la mirada insolente de Dolokhov, algo extraño y terrible se alzaba en su alma y veíase precisado a apartar la vista inmediatamente. Recordando, a pesar suyo, el pasado de su mujer y la forma en que Dolokhov se había presentado en su casa, Pedro se daba cuenta de que lo que decían los anónimos podía ser cierto. Si no se hubiera tratado de «su mujer», él habría creído que la cosa era muy verosímil. Involuntariamente, Pedro se acordaba de cómo Dolokhov vino a su casa, reintegrado a su grado,

de vuelta de San Petersburgo, después de la campaña.

Dolokhov, Denisov y Rostov, instalados ante Pedro, parecían muy alegres. Rostov hablaba animadamente con sus vecinos de mesa, un bravo húsar y un reputado espadachín. Este último parecía bastante cazurro y, de cuando en cuando, lanzaba una mirada de burla a Pedro, que llamaba la atención por su aire concentrado y distraído.

Rostov, por su parte, miraba a Pedro con hostilidad, ya que Pedro, para él, no era más que un hombre civil y rico, marido de una mujer muy bella, pero, al fin y al cabo, un cobarde. Además, Pedro, de tan distraído que estaba, no le había reconocido ni correspondió a su saludo.

Cuando comenzaron los brindis a la salud del Emperador, Pedro, que no se daba cuenta de nada, no se puso en pie ni vació su copa.

-¿En qué está usted pensando?- le gritó Rostov mirándole con ojos irritados y entusiastas-. ¿No oye usted? ¡A la salud del Emperador!

Pedro, suspirando, se puso en pie dócilmente, vació su copa y, mientras esperaba a que todos se volvieran a sentar, miró a Rostov con su sonrisa bondadosa.

-¡Caramba! ¡Y yo que no le había reconocido!

Pero Rostov no se dignó hacerle caso y gritaba: «¡Hurra!»

-Pero... ¿por qué no le ha contestado usted?- preguntó Dolokhov a Rostov.

-¡Bah! ¡Si es un imbécil!- contestó Rostov.

-Es necesario halagar a los maridos de las mujeres guapas- dijo Dolokhov.

Pedro no oía lo que decían, pero comprendió que estaban hablando de él.

Bien, pues ahora, ¡a la salud de las mujeres guapas!- dijo Dolokhov.

Y afectando un gesto de seriedad, pero con una sonrisita en el ángulo de los labios se dirigió a Pedro con la copa en la mano.

-¡A la salud de las mujeres bonitas, Pedro, y a la de sus amantes!

Pedro, con los ojos bajos, bebió sin mirar a Dolokhov y sin responderle. El criado que distribuía la cantata de Kutuzov puso en aquel momento una hoja ante Pedro, como invitado respetable. Pedro iba a coger la hoja, pero Dolokhov se la arrebató y se puso a leerla. Pedro miró a Dolokhov y bajó los ojos. Pero de repente, aquella cosa terrible y monstruosa que le había atormentado durante toda la comida se apoderó totalmente de él. Se echó con todo su cuerpo sobre la mesa.

-¡Deje usted eso ahí!- gritó.

Al oír el grito y al darse cuenta de lo que se trataba, Nesvitzki y su otro vecino de la derecha, asustados, se dirigieron vivamente a Pedro.

-¡Cállese usted! ¿Qué le pasa?- le bisbisearon, inquietos.

Dolokhov, sonriendo, miraba a Pedro con sus ojos claros, alegres y crueles. Parecía decir: «¡Vamos! ¡Esto me gusta!»

-Me lo quedo- pronunció claramente.

Pálido, con labios temblorosos, Pedro le arrebató el papel.

-¡Es usted..., es usted un cobarde! ¡Salga, si quiere algo conmigo!- exclamó, retirando violentamente la silla y levantándose de la mesa.

En el mismo momento que Pedro hacía aquel gesto y pronunciaba aquellas palabras, sintió que la culpabilidad de su mujer, que tanto le atormentaba aquel día, quedaba definitivamente resuelta en sentido afirmativo. La odiaba y se separaría para siempre de ella.

Quedó concertado el desafío.

Al día siguiente, a las ocho de la mañana, Pedro y Nesvitzki llegaron al bosque de Sokolniki, donde ya se encontraban Dolokhov, Denisov y Rostov. Pedro ofrecía el aspecto de un hombre preocupado por cosas completamente extrañas al desafío. Su azorado rostro mostraba señales inequívocas de habersele removido la bilis; parecía no haber dormido. Miraba con expresión distraída todo cuanto le rodeaba y contraía las cejas como si le molestara la luz del sol. Dos cosas le absorbían por completo: la culpabilidad de su mujer, de la cual, tras una noche de insomnio, no dudaba, y la inocencia de Dolokhov, que no tenía motivo alguno para respetar el honor de un extraño como era Pedro para él.

Cuando los sables fueron clavados en la nieve, para indicar el lugar de cada adversario, y las pistolas cargadas, Nesvitzki se acercó a Pedro.

-No cumpliría con mi deber, Conde- le dijo con voz tímida, ni justificaría la confianza con que me ha distinguido ni el honor que me ha hecho al elegirme como testigo en estos momentos graves, terriblemente graves, si no le dijera toda la verdad. A mi modo de ver, en esta cuestión no hay motivos lo suficientemente serios para llegar al extremo de tener que verter sangre... Se ha mostrado usted demasiado impetuoso; no tiene razón; sufre usted una obcecación...

-Sí, esto es algo terriblemente estúpido.

-Entonces, permítame que transmita sus excusas. Estoy seguro de que su adversario las aceptará de buen grado- dijo Nesvitzki, que, como todos los que intervienen en estas cuestiones, no estaba muy convencido de que las cosas

hubieran de terminar fatalmente en un desafío-. Ya sabe, Conde, que es mucho más noble reconocer las propias faltas que llevar las cosas a extremos irreparables. No ha habido ofensa por parte de ninguno. Permítame, pues, que trate de arreglarlo.

-No, ¿por qué?- dijo Pedro-. Así como así, todo vendrá a quedar igual... ¿Está todo a punto?- añadió-. Dígame, se lo ruego, cuándo he de avanzar y cómo he de tirar.

Y en sus labios apareció una sonrisa dulce y contenida. Cogió la pistola y preguntó cómo se disparaba, pues hasta entonces no había tenido nunca un arma en las manos y no quería confesar su ignorancia.

-¡Ah, sí, sí! ¡Eso es! Lo sabía pero no me acordaba- dijo.

-No hay excusas, es inútil- dijo Dolokhov a Denisov, que también por su parte hacía tentativas de conciliación.

Y se acercó al lugar señalado.

II

Bien, empecemos- dijo Denisov.

-¿Qué? Preguntó Pedro, sin abandonar su sonrisa.

La situación se hacía insostenible. Era evidente que la cosa no podía detenerse, que marchaba por sí sola, independientemente de la voluntad de los hombres, y que tarde o temprano acabaría por consumarse.

Denisov fue el primero en avanzar hasta la señal y dijo:

-Puesto que los adversarios se niegan a reconciliarse, pueden empezar. Coged las pistolas y al oír la voz de «¡tres!» avanzad... Uno..., dos..., ¡tres!- gritó Denisov con acento irritado, situándose al margen.

Los dos adversarios empezaron a avanzar por el camino indicado, reconociéndose a través de la niebla.

Los adversarios podían disparar cuando les pareciera, mientras avanzaban hacia el límite señalado. Dolokhov andaba lentamente, sin levantar la pistola. Miraba al rostro de su adversario con sus ojos claros, azules y brillantes. En su boca, como siempre, parecía flotar una sonrisa.

Así, ¿puedo disparar cuando quiera?- preguntó Pedro.

A la voz de «¡tres!», avanzó precipitadamente, apartándose de la línea

señalada, caminando por encima de la nieve. Pedro sostenía la pistola con el brazo extendido y parecía como si tuviera miedo de matarse con su propia arma. Mantenía apartada, haciendo un esfuerzo, su mano izquierda, porque sentía impulsos de cogerse la mano derecha, y sabía que esto no podía ser. Cuando hubo dado seis pasos por encima de la nieve, fuera del camino, Pedro dirigió la vista al suelo, lanzó una rápida mirada a Dolokhov y, encogiendo el dedo, tal como le habían enseñado, disparó. Como no esperaba una explosión tan fuerte, tuvo un sobresalto, riéndose a continuación de sí mismo, de su excesiva impresionabilidad; al fin se detuvo. En el primer momento, el humo, muy espeso debido a la niebla, impidióle ver lo que sucedía a su alrededor; sin embargo, el tiro que esperaba oír no sonó. Tan sólo oyó los pasos apresurados de Dolokhov, distinguiendo a su adversario a través de la humareda que se había formado. Dolokhov se apretaba el costado con la mano izquierda y con la otra sostenía la pistola con el cañón apuntando al suelo. Su palidez era muy acentuada.

Rostov corrió hacia él y le dijo alguna cosa.

-No..., no- dijo Dolokhov con los dientes apretados-. No, esto no ha terminado aún.

Todavía dio algunos pasos, tambaleándose, y, al llegar adonde estaba el sable, cayó de bruces sobre la nieve. Tenía la mano izquierda completamente cubierta de sangre. Su rostro estaba amarillo, contraído, y sus labios temblaban.

-Hacedme...-empezó a decir, pero hubo de detenerse antes de acabar-, hacedme el favor...- concluyó haciendo un esfuerzo.

A Pedro érale casi imposible contener los sollozos y corrió hacia Dolokhov. Disponíase a atravesar la raya indicadora de los campos fijados, cuando Dolokhov gritó:

-¡A la raya!

Pedro comprendió de lo que se trataba y se detuvo junto al sable que limitaba su campo. La separación que existía entre uno y otro era de dos pasos. Dolokhov cayó al lado de la nieve, la mordió con avidez, volvió a levantar la cabeza y se incorporó sobre las piernas hasta que pudo sentarse, mientras buscaba un punto resistente donde apoyarse. Se tragaba la nieve. Sus labios temblaban, y al mismo tiempo sonreía; sus ojos brillaban debido al esfuerzo que hacía y la ira que le dominaba. Levantó la pistola y apuntó.

--¡Colóquese de perfil! ¡Cúbrase con la pistola!- exclamó Nesvitzki.

-¡Cúbrase!- dijo Denisov al adversario de su amigo, sin poderse contener.

Pedro, con una sonrisa de lástima y de arrepentimiento flotando en los

labios, manteníase derecho ante Dolokhov; indefenso, con las piernas abiertas y los brazos separados del cuerpo, presentaba su amplio pecho, mirando a su rival con mirada triste y compungida.

Denisov, Rostov y Nesvitzki cerraron los ojos. En aquel instante oyeron un disparo y un grito despechado de Dolokhov.

-¡He errado la puntería!- exclamó, dejándose caer boca abajo sobre la nieve.

Pedro se cogió la cabeza entre las manos y echó a correr hacia el bosque. Corría por la nieve, dejando escapar frases incomprensibles.

-¡Estúpido...! ¡Estúpido...! ¡La muerte...! ¡La mentira...! repetía, frunciendo las cejas.

Nesvitzki logró contenerle y le acompañó a su casa.

Rostov y Denisov llevaron al herido.

Dolokhov yacía en el trineo con los ojos cerrados y no respondía a las preguntas que le dirigían. Pero al entrar en Moscú pareció reanimarse un poco y, alzando la cabeza con gran esfuerzo, cogió la mano de Rostov, sentado a su lado.

La expresión totalmente distinta, entusiasta y tierna del rostro de Dolokhov maravillaba a su amigo.

-¿Cómo vamos? ¿Cómo estás?- le preguntó Rostov.

-Bastante mal, pero eso no tiene importancia- dijo Dolokhov con voz ahogada-. ¿Dónde estamos?

-En Moscú.

-Ya lo veo. Por mí, nada, pero ella morirá, no podrá resistirlo.

-¿A quién te refieres?- preguntó Rostov.

-A mi madre, a mi ángel adorado, a mi madre.

Y Dolokhov lloraba mientras apretaba la mano de Rostov.

Cuando estuvo algo calmado contó a Rostov que vivía con su madre y que si ésta le veía morir no lo podría soportar. Rogó a Rostov que fuera a su casa y preparara a su madre.

Rostov adelantóse con el fin de cumplir aquella misión. Con gran extrañeza por su parte, Rostov descubrió que Dolokhov, aquel cínico, aquel pendenciero, vivía en Moscú con su madre anciana y una hermana contrahecha, y que era el más tierno y cariñoso de los hijos y de los hermanos.

III

A la mañana siguiente, cuando el criado le entregó el café, Pedro dormía extendido sobre el diván, con un libro abierto en la mano. Despertóse, miró durante un rato a su alrededor, desorientado, sin darse cuenta de donde estaba.

-La señora Condesa ha preguntado si Su Excelencia estaba en casa- dijo el criado.

No había decidido aún la respuesta que daría, cuando la Condesa, cubierta con una bata de seda blanca bordada en plata y peinada con extrema sencillez- dos enormes trenzas formaban en torno a su bella cabeza una especie de diadema-, entró en el despacho. Se mostraba tranquila y majestuosa; sobre su frente marmórea, ligeramente abombada, parecía flotar, sin embargo, una nube de cólera.

Haciendo alarde de serenidad, no empezó a hablar hasta que el criado hubo cerrado la puerta tras de sí. Habíase enterado de lo del desafío y venía a tratar del asunto.

Pedro la miraba tímidamente, a través de sus lentes, como una liebre acorralada por los perros que, con las orejas en el cogote, permanece agazapada delante de sus enemigos. Pedro trataba de continuar la lectura, pero comprendía que sería grotesco e imposible, y volvía a mirarla tímidamente.

Su mujer permanecía en pie, mirándole con sonrisa desdeñosa, en espera de que el criado cerrara la puerta.

-¿Qué ha ocurrido? ¿Qué has hecho?- preguntó con entonación severa.

-¿Yo? ¿Que qué he hecho yo?- dijo Pedro.

-¡Ah, se las quiere dar de valiente! Pero, respóndeme, ¿qué significa ese desafío? ¿Qué has querido demostrar con él? ¡Vamos, respóndeme!

Pedro se dejó caer pesadamente en el diván, abrió la boca y no pudo responder.

-Si no puedes responderme, ya lo haré yo- díjole ella-. Crees en todo cuanto te dicen. Te han dicho...-Elena sonrió- que Dolokhov es mi amante- la última palabra la pronunció en francés, recalcándola groseramente-, y tú lo has creído. ¿Y qué has demostrado con todo eso? ¿Qué has conseguido probar con el desafío? Que eres un estúpido. Todo el mundo lo sabe. ¿Y a qué conducirá lo que has hecho? A que yo sea el hazmerreír de todo Moscú, a que todo el mundo diga que tú, estando borracho, has provocado a un hombre del que no tenías motivo alguno para estar celoso-Elena iba alzando la voz poco a poco y

se mostraba más animada cada vez- y que vale más que tú en todos los sentidos...

-¡Hum!- balbuceó Pedro, restregándose los ojos, sin mirar a su mujer y sin moverse.

-¿Por qué, por qué has creído que era mi amante? ¿Por qué? Acaso porque me gusta estar entre personas, ¿no es así? Si fueras más inteligente y más amable preferiría tu compañía.

-No sigas..., te lo ruego- murmuró Pedro con voz enronquecida.

-¿Por qué he de callar? Estoy en mi derecho al decir, y lo diré muy alto, que habría muy pocas mujeres que con un marido como tú no tuvieran un amante. Yo, en cambio, no lo tengo.

Pedro hacía esfuerzos por hablar; miraba a su mujer con ojos extraños, cuya expresión ella no acertaba a comprender. Luego volvió a tumbarse en el diván.

En aquel momento sufría físicamente. Sentía una opresión en el pecho, no podía respirar. No dudaba que para acabar con aquel sufrimiento debía hacer alguna cosa, pero lo que deseaba hacer era demasiado terrible.

-Es mejor que nos separemos- dijo con voz ahogada.

-Nos separaremos si quieres, pero ha de ser a condición de que me des lo que me pertenece- díjole Elena- . ¡Sepáramos! ¿Tratas de infundirme miedo con eso?

Pedro saltó del diván y tambaleándose se acercó a su mujer.

-¡Te mataré!- gritó, arrancando, con fuerza para ella desconocida e insospechada, el mármol de la mesa.

Pedro alzó el mármol en el aire y dio un paso hacia ella.

El rostro de la joven adoptó una expresión terrible. Dio un grito y se echó hacia atrás. La sangre de su padre se manifestaba ahora en Pedro; dominábale en aquel instante la exaltación y el goce del furor. Arrojó el mármol contra el suelo, rompiéndose en dos pedazos. Con los brazos extendidos se acercó a Elena y le gritó: «¡Vete!», con voz tan terrible que toda la casa se estremeció al oírle.

Dios sólo sabe lo que hubiera hecho si Elena no llega a salir huyendo del despacho.

Una semana más tarde, Pedro remitía a su mujer poderes para administrar todas las haciendas de la Gran Rusia, cesión que equivalía a más de la mitad de su fortuna. Hecho esto, Pedro dirigióse a San Petersburgo.

IV

Dos meses habían transcurrido desde que en Lisia--Gori se habían recibido noticias de la batalla de Austerlitz y de la desaparición del príncipe Andrés. A pesar de todas las cartas cursadas por mediación de la Embajada, a pesar de todas las pesquisas, su cadáver no había podido ser hallado, ni tampoco su nombre figuraba en la lista de prisioneros.

Lo terrible para su familia era que aún tenía la esperanza de que hubiese sido recogido en el campo de batalla y que se encontrase convaleciente, o tal vez moribundo, solo entre extraños, sin posibilidad de enviar noticias suyas. Los periódicos, por los cuales el viejo Príncipe se había enterado de la batalla de Austerlitz, decían, con palabras breves e imprecisas, como de costumbre, que los rusos, después de brillantes combates, habíanse visto obligados a retirarse y que la retirada se había efectuado con el orden más perfecto. El viejo Príncipe comprendió, por aquella noticia oficial, que los rusos habían sido aniquilados. Una semana después de recibir el periódico con la noticia, el viejo Príncipe recibió una carta de Kutuzov dándole cuenta de la hazaña de su hijo.

«Su hijo- decía la carta-, ante mis ojos, ante el regimiento entero, ha caído con la bandera en la mano, como un héroe digno de su padre y de su patria. Con harto dolor por parte mía y de todo el ejército, debo decirle que actualmente no se sabe si vive o ha muerto. Deseo creer, igual que usted, que su hijo vive aún, pues de otro modo sería mencionado entre los oficiales hallados en el campo de batalla que indica el registro que me han remitido los parlamentarios.»

El viejo Príncipe recibió aquella noticia muy tarde, cuando se encontraba solo en su gabinete de trabajo. Al día siguiente, como de costumbre, salió para dar su paseo matinal. Mostróse ante el mayordomo y el jardinero con expresión taciturna, y, pese a poner cara de pocos amigos, no riñó a nadie.

Cuando, a la hora usual, la princesa María entró en la habitación de su padre, el viejo Príncipe permanecía de pie junto al torno, trabajando, pero, contra su costumbre, no se volvió al oírla entrar.

-¡Ah, Princesa!- exclamó de pronto con la mayor naturalidad.

Abandonó el torno y la rueda continuó girando por su propia inercia. Mucho tiempo después, aún recordaba la princesa María el chirriar, que se debilitaba por momentos, de la rueda. Y este chirrido se confundía en su memoria con todo lo que sucedió a continuación.

-¡Padre! ¿Andrés?- exclamó aquella joven tan poco favorecida por la Naturaleza, con tal tristeza y un olvido tan completo de ella misma, que a su padre le fue imposible sostener la mirada, volviendo la cabeza hacia otro lado, sollozando.

He recibido noticias. No se encuentra entre los prisioneros ni entre los muertos. Kutuzov me escribe- dijo con voz estridente, como si quisiera alejarla-. ¡Ha muerto!

La Princesa no se desplomó ni se desmayó. Pálida, desencajada, al oír aquellas palabras, la expresión de su rostro cambió. En sus bellos ojos brilló algo, como si una especie de alegría, una alegría superior; independiente de las tristezas y de las alegrías de este mundo, flotara por encima del profundo dolor que latía en su corazón. Olvidóse del miedo que le inspiraba su padre; se le acercó, tomó su mano y, tirando de él, se abrazó a su descarnado cuello, surcado de venas.

-¡Padre, no te apartes! Lloremos los dos- dijo.

-¡Bandidos! ¡Cobardes!- exclamó el viejo desviando la vista-. ¡Perder un ejército! ¡Perder a todos sus hombres! ¿Por qué? Ve y díselo a Lisa.

Cuando María regresó de hablar con su padre, la pequeña Princesa estaba ocupada en su labor. Su rostro tenía aquella expresión particular, eco de una serenidad que únicamente se da en las mujeres próximas a ser madres. Miró a la princesa María, pero sus ojos no la veían, sino que permanecían contemplando un no sé qué beatífico y misterioso que acontecía dentro de ella.

-María...- dijo alejándose de la rueca-. Pon la mano aquí.- Cogió la mano de la Princesa y la colocó sobre su vientre. Sus ojos reían. Su labio superior, más corto que el otro, cubierto de una especie de bozo, dábale una expresión infantil y feliz.

La princesa María cayó de rodillas a los pies de su cuñada y escondió el rostro entre los pliegues de su vestido.

-¿No lo notas? ¿No lo notas? ¡Me parece una cosa tan insólita! ¡Cómo lo voy a querer! dijo Lisa mirando a su cuñada con ojos brillantes y felices.

La princesa María no podía levantar la cabeza. Estaba llorando.

-¿Qué te ocurre, Macha?

-Nada... No lo sé, estoy triste... Triste por Andrés-dijo, enjugándose las lágrimas en las rodillas de su cuñada.

Durante aquella mañana, la princesa María intentó varias veces preparar a su cuñada, pero siempre echábase a llorar. Aquellas lágrimas turbaban a la pequeña Princesa, que no comprendía la razón de ellas. Guardaba silencio,

mirando, inquieta, a su alrededor, como si buscara alguna cosa. El viejo Príncipe, a quien temía tanto, entró en el aposento antes de comer. Parecía trastornado y se marchó sin decir una palabra. Lisa miró a la princesa María y quedóse pensativa, con aquella expresión de sus ojos que parecían mirar hacia dentro. De pronto echóse a llorar.

-¿Se han recibido noticias de Andrés?- preguntó.

-No; ya sabes que no han podido llegar, pero nuestro padre se inquieta por ello y esto es terrible para mí.

-Así. ¿No hay nada?

-Nada- repuso la princesa María mirando fijamente a su cuñada con sus ojos resplandecientes.

Había decidido no decirle nada y tratar de convencer a su padre de que ocultara la terrible noticia a su nuera hasta después del parto, que tendría lugar al cabo de pocos días.

V

Querida- dijo la pequeña Princesa la mañana del 19 de marzo, después de almorzar, y su labio superior, cubierto de bozo, se le levantó como de costumbre. Pero como la casa rezumaba tristeza desde que se recibiera la terrible noticia, la sonrisa de la pequeña Princesa, que obedecía a la impresión general de ignorancia de la causa, resultaba tan singular que hacía resaltar más la tristeza del ambiente-. Querida, temo que el almuerzo me haya hecho daño.

-¡Cómo! ¿Qué tienes? Estás amarilla..., amarilla del todo- dijo espantada la princesa María acercándose con su pesado andar a su cuñada.

-Excelencia, ¿y si hiciéramos venir a María Bogdanovna?- preguntó una criada que se encontraba en la estancia.

María Bogdanovna era una comadrona del pueblo vecino, que desde hacía dos semanas estaba instalada en Lisia--Gori.

-Sí- repuso la princesa María-, tal vez sería lo mejor. Ya iré yo a buscarla. ¡No tengas miedo, querida!

Besó a Lisa y se dispuso a salir de la habitación.

-No, es el estómago... Dile que es el estómago; díselo, María.

Y la pequeña Princesa lloraba como un chiquillo que sufre, caprichosamente, e incluso con cierta exageración retorciéndose las manos hasta

hacer que crujiessen sus dedos. La Princesa salió de la habitación para ir a buscar a la comadrona.

-¡Dios mío! ¡Dios mío! ¡Oh...!- oía decir a la pequeña Princesa mientras se alejaba.

La comadrona le salió al paso. La expresión de su rostro era grave y tranquila mientras se frotaba las manos, blancas y regordetas.

-María Bogdanovna, creo que la cosa ha empezado- dijo la princesa María a la comadrona con ojos asustados.

-¡Alabado sea Dios, Princesa!- repuso María Bogdanovna lentamente-. Usted, que es una muchacha, no tiene necesidad de saber de estas cosas.

-Sí, pero ¿cómo nos las arreglaremos? El doctor de Moscú no ha llegado todavía- dijo la Princesa.

Con el fin de satisfacer el deseo de Lisa y Andrés, habían llamado a un especialista de Moscú y esperaban su llegada de un momento a otro.

-La cosa no tiene importancia, Princesa; no os preocupéis, que aun sin médico todo saldrá bien- dijo María Bogdanovna.

Cinco minutos más tarde, la Princesa, desde su habitación, oyó arrastrar algo muy pesado. Abrió la puerta y vio a unos criados que trasladaban al dormitorio el diván de cuero del despacho del príncipe Andrés. La cara de los hombres que lo llevaban tenía una expresión solemne y tranquila. La princesa María permaneció sola en su habitación y escuchaba todos los ruidos de la casa. De vez en cuando, al oír los pasos de alguien que pasaba por delante de su puerta, María abría y miraba lo que se hacía en el pasillo.

Los criados iban de un lado a otro con ligero paso; miraban a la Princesa y se volvían. La joven no se atrevía a preguntarles nada; volvía a cerrar la puerta y se sentaba. Tan pronto cogía un libro de oraciones como se arrodillaba ante las imágenes. Con harta pena y no menos extrañeza comprobaba que sus plegarias no la aligeraban del peso de su emoción. De pronto la puerta de la habitación empezó a abrirse poco a poco y en el umbral apareció una vieja criada envuelta en un chal. Era Prascovia Savichna, que, por prohibición del Príncipe, casi nunca entraba en el aposento de la joven.

-He venido a hacerte un poco de compañía, Machenka, y he traído los cirios del casamiento del Príncipe para encenderlos delante de la santa imagen- dijo la vieja criada suspirando.

¡Cuánto te lo agradezco!

-¡Que Dios te proteja, paloma mía!

La vieja encendió el cirio y lo colocó ante las imágenes, sentándose luego

cerca de la puerta a hacer calceta. La Princesa cogió un libro y empezó a leer. Pero cuando oía pasos o voces, adoptaba, con la mirada extraviada, un gesto interrogador, mientras la criada contemplábala con expresión tranquila.

El sentimiento que experimentaba la princesa María derramábase por todos los rincones de la casa. Como la tradición dice que cuantos menos saben que una mujer está en los dolores del parto menos padece la parturienta, todos hacían ver que lo ignoraban. Nadie hablaba de ello, pero todos, por encima de la gravedad y respeto ordinarios, que eran la regla en casa del Príncipe, demostraban una atención general, un entretenimiento profundo, al mismo tiempo que les dominaba la convicción de que un grande e incomprensible acontecimiento se estaba consumando.

No se oían risas en la habitación perteneciente a las criadas; los criados permanecían sentados, en silencio, en espera de alguna cosa. El viejo Príncipe se paseaba por su despacho, y de vez en cuando enviaba a Tikhon a preguntar a María Bogdanovna si había alguna novedad. «Di que el Príncipe te ha enviado a preguntar, y ven a darme la respuesta.»

-Di al Príncipe que el parto ha empezado- respondía María Bogdanovna mirando al criado con expresión grave.

Tikhon salía y llevaba la respuesta al Príncipe.

-Bien- respondía el Príncipe cerrando la puerta tras de sí.

Tikhon no oía el más pequeño ruido dentro del despacho.

Algo más tarde entró Tikhon con el pretexto de arreglar las bujías. El Príncipe se había tendido en el diván. Tikhon le miró y, al darse cuenta de la expresión trastornada de su rostro, se le acercó poco a poco y le besó el hombro, saliendo sin despabilar las bujías y sin decir el motivo por el cual había entrado.

El misterio más solemne del mundo estaba en vías de cumplirse.

Transcurrió la tarde, vino la noche, y la sensación de la espera ante lo incomprensible no disminuía, sino que, por el contrario, aumentaba. Nadie dormía en la casa.

Era una de aquellas noches de marzo en que el invierno parece que quiere recuperar sus fueros y arroja con rabia las últimas nieves y desata los últimos temporales.

Había sido enviado un carruaje hasta el límite de la carretera para recibir al doctor alemán de Moscú; pero como éste no podía pasar de allí, unos hombres, provistos de faroles, avanzaron hasta el recodo del camino para acompañarle.

Hacía tiempo que la princesa María había dejado el libro de oraciones.

Sentada, en silencio, permanecía con sus brillantes ojos fijos en el arrugado rostro de la criada que conocía en todos sus detalles, en el mechón de cabellos grises que le salía por debajo del pañuelo y en las profundas arrugas que le atravesaban el cuello.

La vieja criada, con las agujas de hacer calceta entre los dedos, contaba, sin darse cuenta ella misma de lo que decía, historias relatadas centenares de veces: cómo la difunta Princesa había dado a luz a la princesa María en Kishinev, asistida por una campesina moldava. «Si Dios lo quiere, los médicos no son necesarios.»

De súbito, una fuerte ráfaga de viento chocó contra los cristales, abrió las ventanas mal cerradas, hinchó la cortina y arrojó dentro de la estancia un puñado de nieve, apagando la luz. La princesa María se estremeció. La criada dejó la labor que estaba haciendo, se acercó a la ventana y, asomándose, trató de cerrar los postigos de la parte de afuera. El viento helado agitaba la punta de su pañuelo y el mechón de cabellos grises.

-Princesa, por el camino viene gente con faroles... Debe de ser el médico-añadió, cerrando los postigos sin echar la falleba.

-¡Dios sea loado!- exclamó la princesa María-. Vamos a recibirle; no habla ruso.

La princesa María se echó sobre los hombros un chal y corrió a recibir al que llegaba. Al atravesar la sala vio por la ventana varias luces y un coche bajo el porche del portal. Corrió hacia la escalera.

En ésta había una candela, que el viento hacía estremecer. Felipe, el mayordomo, en cuyo rostro se retrataba una expresión de miedo, estaba más abajo, en el primer rellano, con un cirio en la mano. Al final, en la entrada, oíanse los pasos precipitados de una persona calzada con botas forradas y una voz que la princesa María creyó reconocer. La voz decía:

-¡Gracias a Dios! ¿Y mi padre?

-En la cama- respondió la voz de Damián, el criado, que se encontraba en la entrada.

La voz conocida pronunció algunas otras palabras y el ruido de pasos fue acercándose.

«¡Es Andrés!- pensaba la princesa María-. Pero no, no es posible. Sería demasiado extraordinario.»

Y en aquel mismo instante apareció en el rellano, donde esperaba el mayordomo con la candela, el príncipe Andrés, con el cuello de su abrigo cubierto de nieve. Sí, era él, pero pálido, delgado, con una expresión distinta, de una rigidez extraordinaria, trastornado por completo. Subió la escalera y

abrazó a su hermana.

-¿No has recibido ninguna carta mía?- preguntó. Sin esperar respuesta, que no podía obtener, debido a que la Princesa había quedado como muda, volvióse y con el médico que marchaba tras él (se habían encontrado en la última parada) continuó subiendo con paso ligero, abrazando otra vez a su hermana.

-¡Qué suerte, querida Macha!

Y, quitándose el abrigo y las botas, se dirigió a la habitación de su mujer.

VI

Le pequeña Princesa, que tenía puesta una cofia blanca, estaba tendida entre almohadones; los dolores habían cesado poco antes. Sus negros rizos le caían alrededor del rostro, que la fiebre cubría de sudor. Su boca, pequeña y graciosa, estaba entreabierta; sonreía, animada. El príncipe Andrés entró en el aposento y se detuvo ante ella, al pie del diván.

Los brillantes ojos de Lisa, que miraban asustados y llenos de emoción, como los de un niño, se posaron sobre su marido sin cambiar de expresión: «Os quiero a todos y no hice mal a nadie; ¿por qué he de sufrir tanto, pues? ¡Ayudadme!», parecían decir. Veía a su marido, pero no comprendía lo que significaba su presencia allí.

El príncipe Andrés le besó la frente.

-No tengas miedo, corazón- nunca le había dicho esta palabra-. Dios será misericordioso.

Ella le miraba con aire interrogador, infantil, como reconviniéndole.

«Yo esperaba que tú me ayudarías, ¡y no lo haces! », decían sus ojos. No se extrañaba de su regreso. No comprendía lo sucedido. Aquel regreso no tenía relación alguna con sus dolores ni con el remedio que los podría calmar.

Y los dolores comenzaron de nuevo. María Bogdanovna aconsejó al príncipe Andrés que saliera de la habitación.

Entró el médico. El príncipe Andrés salió y hallóse con la princesa María. Comenzaron a hablar en voz baja, pero la conversación deteníase a cada momento. Callaban y escuchaban.

-Vuelve allí- dijo la princesa María.

El príncipe Andrés volvió cerca de su mujer. En la espera, sentóse en una

habitación contigua. Del aposento de la pequeña Princesa salió una mujer con rostro asustado, y al ver al príncipe Andrés quedóse confusa. Él escondió su cara entre las manos y permaneció algunos momentos en esta posición. A través de la puerta llegaban gemidos de un dolor animal. El príncipe Andrés se levantó y se dirigió a la puerta con ánimo de abrirla. Alguien le detuvo.

-No se puede pasar. No se puede pasar- dijo una voz asustada.

El Príncipe se puso a dar paseos por la habitación.

Los gritos cesaron. Transcurrieron unos segundos. De pronto, un terrible grito- no era ella; ella no podía gritar de aquella manera- estalló en el aposento contiguo. El Príncipe corrió hacia la puerta. Solamente oíase el llanto de un niño.

«¿Por qué han traído un chiquillo?- pensó de momento el príncipe Andrés-. ¿Una criatura? ¿Cuál? ¿Por qué está allá? ¿Es un recién nacido?»

Y de súbito comprendió todo el gozoso significado de aquel grito. Las lágrimas le ahogaban. Se apoyó en el marco de la ventana y echóse a llorar como un niño. La puerta se abrió. El doctor, en mangas de camisa, arremangado, pálido, temblorosa la barba, salió de la habitación tambaleándose. El príncipe Andrés se le acercó. El médico le miró tristemente y pasó ante él sin decirle nada.

Salió una mujer. Al darse cuenta de la presencia del Príncipe, se detuvo perpleja en el umbral de la puerta. El Príncipe entró en el aposento de su mujer. Estaba muerta, tendida tal como la viera cinco minutos antes. Y a despecho de la inmovilidad de su mirada y de la palidez de sus mejillas, en su bonito rostro, casi infantil, de labio corto sombreado de bozo, se reflejaba la misma expresión.

«Os quiero a todos y no hice daño a nadie; ¿qué habéis hecho conmigo?», parecía decir su bello rostro, triste y sin vida.

En un rincón de la estancia, una forma pequeña, rosada, que sostenían las manos blancas y temblorosas de María Bogdanovna, respiraba y prorrumpía en agudos gritos.

Dos horas más tarde, el príncipe Andrés, con lento paso, penetraba en el despacho de su padre. El anciano estaba ya enterado de todo lo ocurrido. Se hallaba en pie, cerca de la puerta, y, en cuanto vio a su hijo, le enlazó el cuello silenciosamente, con sus manos duras como tenazas, y lloró como un niño.

Los funerales de la pequeña Princesa celebráronse tres días más tarde. El príncipe Andrés, de pie en las gradas del catafalco, le daba el último adiós. En el ataúd, el rostro, a pesar de tener los ojos cerrados, continuaba diciendo: «¡Ah! ¿Qué me habéis hecho?»

Y el príncipe Andrés sentía que algo se desgarraba en su alma y que era culpable de alguna desgracia irreparable e inolvidable. No podía llorar. El viejo Príncipe también subió al catafalco y besó una de las manitas de cera, que permanecían inmóviles una encima de otra. También a él le decía el rostro de la pequeña Princesa: «¿Por qué se han portado así conmigo?» Y al darse cuenta de este reproche, el viejo volvióse con visible enojo.

Cinco días después bautizaron al pequeño príncipe Nicolás Andreievitch. La nodriza sujetaba la envoltura, mientras el sacerdote ungía, con una pluma, las encarnadas y arrugadas palmas de las manitas y la planta de los pies.

Era padrino el abuelo, quien, temeroso de que se le cayese el chiquitín, lo llevó temblando hasta la pila bautismal, donde lo entregó a la madrina, la princesa María. El príncipe Andrés, presa de un terrible miedo de que ahogaran al niño, permanecía en el aposento contiguo, esperando el fin de la ceremonia. Cuando la vieja criada le trajo el bebé, le miró con gozo, inclinando la cabeza en señal de aprobación cuando la anciana le contó que el pedazo de cera echado a la pila- en el que se habían pegado unos cabellos del niño- había flotado.

VII

La participación de Rostov en el desafío de Dolokhov y Pedro quedó oculta gracias a las gestiones del anciano Conde, y Rostov, en lugar de ser degradado como esperaba, fue nombrado ayudante de campo del general gobernador de Moscú. Por este motivo no pudo ir al campo con su familia y pasó todo el verano en Moscú.

Dolokhov se repuso y Rostov estrechó sus lazos de amistad con él, sobre todo durante la convalecencia. Dolokhov había pasado todo el tiempo que duró su curación en casa de su madre, que le quería apasionadamente. La anciana María Ivanovna, que apreciaba mucho a Rostov a causa de la amistad que le unía a su hijo, siempre le hablaba de éste.

-Sí, Conde, tiene demasiado noble el corazón y demasiado pura el alma para vivir en este mundo actual, tan depravado- decía-. Nadie tiene en aprecio la virtud, porque, vamos a ver, dígame: ¿es honesto lo que ha hecho Bezukhov? Mi Fedia, llevado por su buen natural, le quería, y ni ahora dice nada contra él. ¿No se burlaron de la policía juntos en San Petersburgo? Pues a Bezukhov no le ocurrió nada y mi hijo cargó con todas las consecuencias. ¡Y lo que ha tenido que aguantar! Claro que le rehabilitaron, ¡pero cómo no lo habrían de hacer si estoy segura de que hijos de la patria tan valerosos como él

existen muy pocos! ¡Y ahora este desafío! Estos hombres desconocen lo que es el honor. ¡Provocarle sabiendo que es único hijo y hacerle blanco de ese modo...! Pero Dios ha querido guardármelo. Y total, ¿por qué? ¿Quién se ve libre de intrigas en estos tiempos? ¿Y qué culpa tiene mi hijo si el otro tiene celos...? Comprendo que desconfiara..., pero el asunto ya tiene un año de duración... Y vamos..., lo provocó suponiendo que Fedia no aceptaría el reto porque le debe dinero. ¡Ah, cuánta vileza! ¡Cuánta cobardía! Veo, Conde, que comprende a mi hijo; por eso le quiero con todo mi corazón. Le comprenden muy pocos. ¡Tiene un gran corazón y un alma muy pura!

A menudo, durante su convalecencia, Dolokhov decía cosas a su amigo que éste jamás hubiera sospechado oír de sus labios.

-Me creen malo, y lo sé- decía-. Pero me es igual. No quiero conocer a nadie excepto a los que aprecio, y a éstos les quiero tanto que hasta daría la vida por ellos; a los demás, los pisotearía si los hallara en mi camino. Tengo una madre inapreciable, que adoro, dos o tres amigos (tú uno de ellos), y en cuanto a los otros poco me importa que me sean útiles o perjudiciales. Y casi todos estorban, las mujeres las primeras. Sí, amigo mío; he tropezado con hombres enamorados, nobles y elevados, pero mujeres, salvo las que se venden (condesa o cocinera, que para el caso es lo mismo), no he hallado ninguna. Todavía no me ha sido dado hallar la pureza celestial, la devoción que busco en la mujer. Si hallara una, le daría mi vida. Y las demás...- hizo un gesto despreciativo-. Puedes creerme que si aún me interesa la vida es porque espero hallar a esa criatura divina que me purificará, me regenerará, me elevará. Pero tú no puedes comprender esto...

-Lo comprendo muy bien- dijo Rostov, que se hallaba bajo la influencia de su nuevo amigo.

La familia Rostov regresó a Moscú en otoño. Denisov volvió durante el invierno y permaneció una temporada en la ciudad.

Los primeros meses del invierno de 1806 fueron muy felices para Rostov y su familia.

Nicolás llevaba a muchos jóvenes a la casa de sus padres. Vera era una bella muchacha de veinte años. Sonia, una jovencita de dieciséis, con todo el esplendor de una flor acabada de abrir. Natacha, ni capullo ni mujer, tan pronto con zalamerías de niña como con el encanto de una mujercita.

Durante aquella época, la casa de los Rostov estaba saturada de una atmósfera de amor, como suele acontecer en la casa donde hay muchachas bonitas.

Todos los jóvenes que acudían a casa de los Rostov, al contemplar aquellos rostros jóvenes, móviles, sonrientes a cualquier cosa- probablemente a su

misma felicidad-, al ver aquel animado movimiento, al oír aquel charloteo inconsecuente pero tierno para todos, al oír las canciones y la música, sentían la misma atracción del amor, el mismo deseo de felicidad que experimentaban los jóvenes habitantes de la casa de los Rostov.

Entre los jóvenes que Nicolás había presentado en primer lugar se hallaba Dolokhov, que gustó a toda la familia excepto a Natacha. A causa de Dolokhov se peleó con su hermano. Ella decía que se trataba de una mala persona y que en el desafío con Bezukhov la razón estaba de parte de éste y no de Dolokhov, a quien consideraba como único culpable, y además le hallaba desagradable y lleno de pretensiones.

-Sí, sí, todo lo que quieras, pero es malo- decía Natacha obstinadamente-, es malo; no tiene corazón. Tu Denisov sí que me gusta; es un calavera y no sé cuántas cosas más, pero aun así me gusta. No sé cómo decírtelo: en Dolokhov, todo está calculado, y esto no lo puedo aguantar, mientras que en Denisov...

-Denisov es otra cosa- replicó Nicolás como dando a entender que Denisov, comparado con Dolokhov, no era nada-. Es preciso verle al lado de su madre. ¡Tiene un gran corazón!

-Eso no lo sé; pero es un hombre que no me gusta. ¿Ya sabes que está enamorado de Sonia?

-¡Qué estupidez...!

-Estoy convencida. Ya lo verás.

Lo que dijo Natacha se realizaba.

Dolokhov, que no era aficionado a la compañía de mujeres, empezó a frecuentar asiduamente la casa de los Rostov, y la pregunta ¿a qué debe venir? fue muy pronto contestada, a pesar de que nadie hablase de ello. Iba por Sonia. Y Sonia, sin confesárselo a sí misma, lo sabía, y cuando entraba Dolokhov enrojecía como una amapola.

Dolokhov se quedaba muy a menudo a cenar en casa de los Rostov, no perdía ningún espectáculo a los que éstos asistían y asimismo frecuentaba los bailes de adolescentes en casa de Ioguel, donde acudían siempre los Rostov. Mostraba una deferencia especial para con Sonia, y la miraba con tal expresión que no sólo ella no podía resistir aquella mirada, sino que la misma Condesa y Natacha enrojecían al sorprenderla.

Se veía muy claramente que aquel hombre frío, raro, se hallaba bajo el influjo invencible que sobre él ejercía la jovencita, morena, graciosa, enamorada de otro.

Rostov observó que algo ocurría entre Dolokhov y Sonia, pero no sabía definir de qué se trataba. «Están enamoradas de uno o de otro», pensaba de

Sonia y de Natacha. Pero no sentía la misma libertad que antes cuando se hallaba en compañía de Sonia y Dolokhov, y ya no permanecía tanto en su casa.

Pasado el otoño de 1806, todo el mundo hablaba, aún con más ardor que el año anterior, de una nueva guerra con Napoleón. Se había decidido el alistamiento de diez regimientos de reclutas, y, por si ello no fuera suficiente, se tomaban nueve reclutas más por cada mil campesinos. Por todos lados se maldecía a Bonaparte, y en Moscú no se hablaba de otra cosa que de la futura guerra.

Para la familia Rostov, todo el interés de esos preparativos guerreros se resumían en que Nicolás no quería permanecer en Moscú en modo alguno, y sólo esperaba que Denisov terminara su licencia para marchar con él a su regimiento, pasadas las fiestas. Su partida no le vedaba el divertirse, antes por el contrario, le excitaba más. Pasaba la mayor parte del tiempo en cenas, fiestas y bailes.

VIII

El tercer día de las fiestas navideñas, Nicolás quedóse a comer en su casa, cosa que muy pocas veces hacía durante aquella última temporada. Se trataba de la cena oficial de despedida, ya que él y Denisov partían después de la Epifanía, para incorporarse a su regimiento. Asistían unos veinte invitados, entre los que se hallaba Dolokhov.

Nunca la atmósfera del amor se había hecho sentir con tanta fuerza en casa de los Rostov como durante aquellas Navidades. «¡Toma el momento de felicidad, obliga a amar y ama tú también! Ésta es la única verdad de este mundo. Todo lo demás son tonterías. Y aquí solamente nos ocupamos de amar», decía aquella atmósfera.

Rostov, después de haber hecho cansar a dos caballos sin poder llegar, como siempre, donde precisaba, llegó a su casa en el instante de sentarse a la mesa. Al entrar observó y sintió la amorosa atmósfera de la casa, pero también descubrió una especie de inquietud que reinaba entre algunos de los allí reunidos.

Sonia, Dolokhov, la anciana Condesa y Natacha también se hallaban particularmente trastornados. Nicolás comprendió que antes de la comida había ocurrido algo entre Sonia y Dolokhov, y con la delicadeza de corazón que le distinguía procuró portarse con uno y otra, durante la cena, con todo el afecto posible. Aquella misma noche, en casa de Ioguel- el profesor de danza-

se daba el acostumbrado baile de Navidad, al que asistían los discípulos.

-Nikolenka, ¿irás a casa de Ioguel? Ven con nosotros, por favor; te invito yo especialmente. Basilio Dmitrich- Denisov- también vendrá- dijo Natacha.

-¿Dónde no iría yo si la Condesa me lo ordenaba?- dijo Denisov, que por pura chanza, entraba en casa de los Rostov como caballero de Natacha-. Estoy dispuesto a bailar el paso del chal.

-Si puedo, sí. Me he comprometido con los Ankharov. Tienen soirée- dijo Nicolás-. ¿Y tú?- preguntó a Dolokhov; y al formular la pregunta comprendió que hubiera hecho mejor en callarse.

-Sí, tal vez sí- contestó fríamente y con disgusto Dolokhov mirando a Sonia; después, con las cejas contraídas, dirigió a Nicolás la misma mirada que había lanzado a Pedro durante la comida del club.

«Ha ocurrido algo», pensó Nicolás. Y su suposición se confirmó al ver que Dolokhov marchaba inmediatamente después de cenar. Entonces preguntó a Natacha lo que había sucedido.

Dolokhov se ha declarado a Sonia. Ha pedido su mano- contestóle Natacha.

Nicolás, en aquellos últimos tiempos, habíase olvidado mucho de Sonia, pero al oír a su hermana sintió que algo se le desgarraba en su interior. Dolokhov era un partido aceptable, y hasta brillante, para Sonia, huérfana y sin dote. Desde el punto de vista de la anciana Condesa y de la sociedad, no existía ningún motivo para rechazar la petición. Por ello, su primer impulso fue de cólera por la negativa de Sonia. Iba a decir: «Hay que olvidar las promesas que uno hace cuando es niño; y es preciso aceptar las peticiones... », pero no tuvo tiempo de decir nada.

-¿Y sabes qué ha contestado ella? Pues que no; tal como lo oyes. Le ha dicho que estaba enamorada de otro- añadió después de un instante de silencio.

«Claro, Sonia no podía obrar de otra manera», pensó Nicolás.

-Mamá ha insistido mucho, pero ella ha dicho que no y que no, y yo sé que nadie le hará cambiar de parecer; cuando ella se pone de esta manera...

-¿Mamá ha insistido?- preguntó Nicolás con tono de reconvención.

-Sí- contestó Natacha-; mira, Nicolás, no te lo tomes a mal, pero yo sé que nunca te casarás con Sonia. No sé por qué, pero estoy convencida de ello.

¡Oh! Tú no puedes saber nada... dijo Nicolás . Pero he de hablar con ella... ¡Sonia es una criatura deliciosa!- añadió sonriendo.

-Tiene mucho corazón. Le voy a decir que venga.-Y Natacha abrazó a su hermano y alejóse corriendo.

Unos minutos más tarde, Sonia, asustada, avergonzada, con aire de culpable, se presentaba ante Nicolás. Acercósele éste y le besó la mano. Era la primera vez que estaban a solas desde el regreso de Nicolás.

-Sonia- le dijo tímidamente; luego fue excitándose poco a poco-, si quieres rechazar un buen partido, un brillante partido, y hasta conveniente, porque es un buen muchacho, noble, amigo mío...

Sonia le interrumpió:

-Le dije ya que no.

-Si lo haces por mí, temo que...

Sonia volvió a interrumpirle. Le miró con expresión suplicante, asustada.

-Nicolás, no digas eso.

-Te lo tengo que decir. Tal vez es presuntuoso por mi parte, pero te lo tengo que decir. Si es por mí por lo que le dices que no, yo he de confesarte la verdad: te quiero, tal vez eres lo que quiero más...

Con eso tengo bastante- dijo Sonia ruborizándose.

-No. Me he enamorado miles de veces y probablemente volveré a hacerlo; aunque solamente guardo para ti ese sentimiento compuesto de amistad, confianza y amor. También hemos de pensar que soy muy joven. Mamá se opone a nuestro matrimonio. En una palabra: yo no puedo prometerte nada, y te ruego que reflexiones sobre la pretensión de Dolokhov- dijo Nicolás, pronunciando con pena el nombre de su amigo.

-No digas eso. Yo no quiero nada. Te quiero como a un hermano. Te querré siempre, y no deseo otra cosa.

-¡Eres un ángel! Me siento indigno de ti. Pero tengo miedo a engañarte.

Y Nicolás volvió a besarle la mano.

QUINTA PARTE

Avivábase la guerra y su teatro se acercaba a la frontera rusa.

En todas partes se oían maldiciones contra el enemigo del género humano, Bonaparte. De los pueblos donde eran reclutados los soldados y del teatro de la guerra llegaban noticias diversas, como siempre; falsas y, por tanto, interpretadas diferentemente.

Las vidas del príncipe Bolkonski, del príncipe Andrés y de la princesa María habían cambiado mucho a partir de 1805.

En 1806, el anciano Príncipe había sido nombrado uno de los ocho generales en jefe de las milicias formadas en toda Rusia. El anciano Príncipe, a despecho de la debilidad propia de sus años, debilidad que se había acentuado mientras creyó que su hijo había muerto, decía que no cumpliría con su deber si se negaba a desempeñar una función a cuyo ejercicio había sido llamado por el mismo Emperador. Aquella nueva actividad que se abría ante él le excitaba y le daba fuerzas. Viajaba siempre por las tres provincias que le habían sido confiadas; llevaba su cometido hasta la pedantería; se mostraba severo hasta la crueldad con sus subordinados y quería conocer personalmente hasta los más pequeños detalles.

La princesa María había cesado de tomar lecciones de matemáticas de su padre, y sólo cuando él estaba en casa, por la mañana, iba al despacho acompañada del ama y del pequeño Nicolás, como le llamaba el abuelo. El pequeño vivía con el ama y la vieja criada Savichna, en las habitaciones de la Princesa difunta, y la princesa María pasaba la mayor parte del tiempo en el cuarto del niño, esforzándose tanto como podía en hacer de madre de su sobrino.

Mademoiselle Bourienne también parecía querer apasionadamente al pequeño, y, muy a menudo, la princesa María, violentándose, cedía a su amiga el placer de mecer al «angelito», como llamaba a su sobrinito, y de entretenerlo.

Cerca del altar de la iglesia de Lisia Gori se elevaba una capilla sobre la tumba de la pequeña Princesa, y en ella se había erigido un monumento de mármol, enviado de Italia, que representaba a un ángel con las alas desplegadas, en actitud de subir al cielo. Aquel ángel tenía el labio superior un poco levantado, como si fuera a sonreír, y un día, el príncipe Andrés y la princesa María, al salir de la capilla, confesaron que era extraño, pero que la cara de aquel ángel les recordaba a la difunta. Pero lo que era aún más extraño, y que el príncipe Andrés no dijo a su hermana, fue que en la expresión que el artista había dado por casualidad al rostro del ángel, el príncipe Andrés leía las mismas palabras de dulce reconvención que había leído en el rostro de su mujer muerta: «¡Ah!, ¿por qué me habéis hecho esto?»

Al cabo de poco tiempo de la vuelta del príncipe Andrés, el viejo Príncipe dio en propiedad, a su hijo, Bogutcharovo, una gran hacienda situada a cuarenta verstas de Lisia Gori. Sea por los recuerdos penosos ligados a Lisia-Gori, sea porque el príncipe Andrés no se sentía siempre capaz de soportar el carácter de su padre, y tal vez también porque tenía necesidad de estar solo, aprovechando la donación, hizo construir una casa en Bogutcharovo, en la que pasaba la mayor parte del tiempo.

Después de la campaña de Austerlitz, el príncipe Andrés estaba firmemente decidido a no reincorporarse al servicio militar, y cuando la guerra volvió a empezar y todo el mundo tuvo que incorporarse de nuevo, él no entró en servicio activo y aceptó las funciones, bajo la dirección de su padre, correspondientes al reclutamiento de milicias.

Después de la campaña de 1805, el anciano Príncipe parecía haber cambiado con respecto a su hijo. El príncipe Andrés, por el contrario, que no tomaba parte en la guerra, y en el fondo del alma le dolía, no auguraba nada bueno de ello.

El día 26 de febrero de 1807, el anciano Príncipe salió en viaje de inspección. El príncipe Andrés, como hacía siempre en ausencia de su padre, se quedó en Lisia Gori. El pequeño Nicolás hacía cuatro días que estaba enfermo. Los cocheros que habían conducido al anciano Príncipe a la ciudad volvieron con papeles y cartas para el príncipe Andrés.

El criado que traía las cartas no encontró al príncipe Andrés en su despacho y se dirigió a las habitaciones de la princesa María, pero tampoco estaba allí. Alguien dijo que el Príncipe se encontraba en la habitación del niño.

-Si le place, Excelencia, Petrucha ha llegado con el correo- dijo una de las criadas dirigiéndose al príncipe Andrés, que estaba sentado en una silla baja y que, con las cejas contraídas y mano temblorosa, vertía gotas de un frasco en un vaso lleno hasta la mitad de agua.

-¿Qué hay?- dijo con tono irritado; y como sea que las manos le temblaran más, dejó caer demasiadas gotas en el vaso. Arrojó al suelo el contenido y pidió otro. La criada se lo dio.

En el aposento había una cama de niño, dos arcas, dos sillas, una mesa, una mesita y una silla baja en la que estaba sentado el príncipe Andrés.

Las ventanas estaban cerradas; encima de la mesa había una bujía encendida, y de pie, enfrente, un libro de música a medio abrir, de manera que la luz no cayera sobre la camita del niño.

Vale más esperar- dijo a su hermano la princesa María, que estaba al lado

de la cama-. Después...

-Hazme el favor. No digas tonterías. Siempre esperas y he aquí lo que has esperado...- dijo el príncipe Andrés con un murmullo colérico, con evidente deseo de herir a su hermana.

-Créeme, vale más no despertarlo. Duerme- pronunció la Princesa con voz suplicante.

El príncipe Andrés se levantó y se acercó a la cama de puntillas con el vaso en la mano.

No sé... ¿Despertarlo? dijo en tono indeciso.

-Como quieras..., pero... Me parece... Es decir, como quieras dijo la princesa María, que parecía amedrentada y avergonzada de haber expuesto su parecer.

Indicó a su hermano en voz baja que la criada le llamaba.

Hacía varias noches que ni uno ni otro dormían, siempre al lado del pequeño, consumido por la fiebre. Sin confianza en el médico de la casa, esperaban de un momento a otro al que habían mandado llamar de la ciudad. Entre tanto, probaban una medicina tras otra. Rendidos de no dormir, tristes, se hacían pagar mutuamente su dolor y se peleaban.

-Petrucha, con papeles de su padre, señor- murmuró la criada.

El príncipe Andrés salió.

-¡Que vayan al diablo!- exclamó; y después de escuchar las órdenes verbales de su padre y de guardar el pliego que le dirigía, volvió al cuarto del niño.

-Y bien, ¿cómo está?- preguntó el príncipe Andrés.

-Lo mismo. Espera, por favor. Karl Ivanitch siempre dice que el sueño es la mejor medicina murmuró con un suspiro la Princesa.

El príncipe Andrés se acercó al niño y lo tocó. Ardía.

-¡Al diablo tú y tu Karl Ivanitch!

Tomó el vaso con las gotas y volvió al lado de la cama.

-¡Andrés, no seas así!- dijo la princesa María.

Pero él, airado y no sin sufrir, arrugaba las cejas y con el vaso en la mano se acercaba al niño.

-Vamos, lo quiero- dijo-. Te digo que se lo des.

La princesa María se encogió de hombros, pero dócilmente tomó el vaso y,

llamando a la criada, se dispuso a dar la pócima al pequeño. El niño chillaba y empezaba a atragantarse. El príncipe Andrés, con las cejas contraídas, apretándose la cabeza con ambas manos, salió de la habitación y se dejó caer en el diván de la sala contigua.

Tenía en las manos todas las cartas. Maquinalmente las abrió y empezó a leerlas. El anciano Príncipe, en un papel azul, escribía con su letra alta y caída:

«Acabo de recibir, por correo, una noticia muy agradable, si es cierta. Parece que Benigsen ha vencido completamente a Bonaparte en Eylau. En San Petersburgo todos triunfan y ha sido enviada una multitud de condecoraciones al ejército. Aunque sea alemán, lo felicito. Hasta ahora no entiendo lo que hace por allí el jefe de Kortcheva, un tal Khandrikov. Aún no tenemos ni hombres ni víveres. Ve enseguida allí y dile que le haré cortar la cabeza si dentro de una semana no está todo dispuesto. También he recibido una carta de Petinka sobre la batalla de Pressich Eylau, en la que tomó parte; todo es verdad. Cuando no se entrometen los que no tienen nada que hacer allí, hasta un alemán derrota a Bonaparte. Dicen que ha huido con el mayor desorden. Ve, pues, inmediatamente a Kortcheva y cumple mis órdenes.»

El príncipe Andrés suspiró y abrió otra carta. Estaba escrita con caracteres muy finos y ocupaba dos hojas; era de Bilibin. La volvió a doblar, sin leerla, y leyó de nuevo la de su padre que acababa con estas palabras: «¡Ve, pues, inmediatamente a Korcheva y cumple mis órdenes!» «No, perdón, no iré mientras el niño no esté bien del todo», pensó acercándose a la puerta y dirigiendo un vistazo al cuarto del niño.

La princesa María no se movía del lado de la cama y mecía dulcemente al niño.

«¿Qué otras cosas desagradables dirá mi padre? se preguntaba el príncipe Andrés recordando el contenido de la carta que acababa de leer-. Sí..., los nuestros han obtenido una victoria sobre Bonaparte, precisamente cuando yo no estaba allí. Sí, sí, la suerte se ríe de mí... Lo mismo da». Y comenzó a leer la carta francesa de Bilibin.

Leyó sin comprender ni la mitad. Leía sólo por dejar de pensar, aunque no fuera más que por unos instantes, en aquello que desde hacía mucho tiempo pensaba exclusivamente y con mucha pena.

De pronto le pareció oír a través de la puerta un ruido extraño. Le dio miedo, temía que le hubiera pasado algo al niño mientras leía la carta. De puntillas se acercó a la puerta de la habitación y la abrió un poco.

En el momento de entrar observó que la criada, con aspecto aterrorizado, le ocultaba alguna cosa y que la princesa María no estaba al lado de la cama.

-Andrés- oyó a la princesa María con un murmullo que le pareció desesperado. Como acontece muy a menudo después de una larga noche de insomnio y de emociones fuertes, un miedo injustificado le invadió de pronto. Le asaltó la idea de que el niño había muerto. Todo lo que veía y oía le parecía confirmar su temor. «Todo ha terminado», pensó, y un sudor frío humedeció su frente.

Aturdido, se acercó a la cuna pensando encontrarla vacía y que la criada había escondido al niño muerto. Separó las cortinas y, durante mucho rato, sus ojos asustados y distraídos no pudieron encontrar al niño. Por último lo descubrió. El pequeño, enrojecido, con los brazos separados, yacía de través en la cama, con la cabeza bajo la almohada. Dormido, movía los labios y respiraba regularmente.

Al darse cuenta de ello, el príncipe Andrés se alegró como si lo hubiese perdido y lo recobraría de nuevo. Se inclinó y, tal como su hermana le había enseñado, le puso los labios en la frente para observar si tenía fiebre. La frente estaba húmeda. Le tocó la cabeza con la mano; tenía los cabellos mojados: sudaba. No solamente no había muerto, sino que se comprendía muy bien que la crisis había pasado y que estaba en camino de mejorar rápidamente. Habría cogido a aquella criatura para estrecharla contra su pecho, pero no se atrevía. Estaba de pie a su lado; le miraba la cabeza, las manos, las piernas que se adivinaban debajo de las sábanas.

Oyó un roce a su lado y apareció una sombra entre las cortinas de la cama. No se volvió; continuó mirando la cara del niño y escuchando su respiración. La sombra era la princesa María, que se había acercado, sin hacer ruido, a la cama; había levantado la cortina y se había dejado caer de espaldas.

El príncipe Andrés, sin volverse, la reconoció y le tendió la mano. Ella se la estrechó.

-Suda- dijo el príncipe Andrés.

-Entré para decírtelo.

El pequeño se movía apenas; dormía sonriendo y frotaba la cabeza contra la almohada. El príncipe Andrés miró a su hermana. Los ojos resplandecientes de la princesa María, en la penumbra de la alcoba, brillaban más que de costumbre a causa de las lágrimas de alegría que los inundaban. La princesa María se inclinó hacia su hermano y lo besó, incluyendo en el abrazo un trozo de cortina. Se estrecharon a la luz mortecina que atravesaba la cortina, como si no quisieran separarse del mundo que formaban los tres, aparte de todas las cosas. El príncipe Andrés fue el primero en separarse de la cama, despeinándose con las cortinas.

-Sí, esto es todo lo que me queda- murmuró con un suspiro.

II

Pedro, que se encontraba en la mejor situación de espíritu después del viaje al Sur, realizó el deseo que tenía de visitar a su amigo Bolkonski, a quien hacía dos años que no había visto.

Bogutcharovo estaba situado en un país no muy bonito, llano, cubierto de campos y de bosques de pinos y chopos cortados y sin cortar.

La casa de los propietarios se encontraba al final de la carretera del pueblo, detrás de un estanque de nueva construcción y bien lleno, cuyas orillas aún no estaban cubiertas de hierba. Estaba situada en el centro de un bosque nuevo en el que había unos cuantos grandes abetos. Comprendía la granja, edificios para los servicios, establos, baños, un pabellón y una gran casa de piedra, no terminada aún del todo. Las rejas y las puertas eran sólidas y nuevas. Los senderos, estrechos; los vallados, firmes. Todo tenía la señal del orden y de la explotación inteligente. A la pregunta «¿Dónde vive el Príncipe?», los criados mostraron un pequeño pabellón nuevo construido al borde del estanque. El viejo preceptor del príncipe Andrés, Antonio, ayudó a Pedro a bajar del carruaje, le informó de que el Príncipe estaba en casa y le acompañó a una sala de espera pequeña y limpia.

Pedro quedó sorprendido de la modestia de la casa, muy pulida, eso sí, después del ambiente brillante en que había visto la última vez a su amigo en San Petersburgo. Entró, resuelto, en la blanca salita, toda perfumada con el aroma de los abetos, y quería pasar al interior, pero Antonio, de puntillas, se adelantó a él y llamó a la puerta.

Y bien, ¿qué hay? pronunció una voz agria y desagradable.

-Una visita- respondió Antonio.

-Que espere- y se oyó el ruido de una silla.

Pedro se acercó a la puerta con paso rápido y se encontró cara a cara con el príncipe Andrés, envejecido, que salía con las cejas fruncidas. Pedro lo abrazó, se quitó los lentes, le besó en la mejilla y se quedó mirándolo de cerca.

-¿Eres tú? No te esperaba. Estoy muy contento- dijo el príncipe Andrés.

Pedro, admirado, no decía nada, no apartaba los ojos de su amigo. No podía darse cuenta del cambio que observaba en él. Las palabras del príncipe Andrés eran amables; tenía la sonrisa en los labios y en el rostro, pero la mirada era apagada, muerta; evidentemente, a pesar de todos sus deseos, el príncipe Andrés no podía animarla con una chispa de alegría.

No era precisamente que su amigo hubiese adelgazado, perdido el color o envejecido; pero la mirada y las pequeñas arrugas de la frente, que indicaban una larga concentración sobre una sola cosa, admiraron y turbaron a Pedro hasta que se hubo habituado a ello.

En aquella entrevista, después de una larga separación, la conversación, como suele suceder, tardó mucho en tener efecto. Se preguntaban y respondían brevemente con respecto a cosas que exigían, bien lo sabían ellos, una larga explicación. Por último, la conversación empezó a encarrilarse sobre lo que primeramente habían dicho con pocas palabras; sobre su vida pasada, los planes para el porvenir, el viaje de Pedro, sus ocupaciones, la guerra, etcétera. La concentración y la fatiga moral que Pedro había observado en las facciones del príncipe Andrés aparecían aún con más fuerza en la sonrisa con que escuchaba a Pedro, sobre todo cuando hablaba con animación y alegría del pasado y del futuro. Parecía que el príncipe Andrés quería participar en lo que decía, sin conseguirlo. Pedro comprendió finalmente que el entusiasmo, los sueños, la esperanza en la felicidad y en el bien estaban fuera de lugar ante el príncipe Andrés. Se avergonzaba de expresar todas sus nuevas ideas masónicas, excitadas y reavivadas en él por el viaje. Se detuvo; tenía miedo de parecer un simple. Al mismo tiempo tenía, no obstante, unas ganas irresistibles de hacer ver a su amigo que era otra persona mucho mejor que el Pedro de San Petersburgo.

-No puedo decirte lo que he vivido en este tiempo. Ni yo mismo me reconozco.

-Sí, hemos cambiado mucho, mucho- dijo el príncipe Andrés.

-Y bien. Y tú, ¿qué planes tienes?- preguntó Pedro.

-¿Mis planes..., mis planes?- repitió irónicamente el príncipe Andrés, como si se admirase de aquella palabra-. Ya lo ves, construyo. El año próximo quiero estar completamente instalado.

Pedro miró fijamente, en silencio, la cara del príncipe Andrés.

-No... quiero decir...- añadió Pedro.

El Príncipe le interrumpió:

-Pero ¿por qué hemos de hablar de mí...? Cuéntame, cuéntame tu viaje, todo lo que has hecho allí por tus tierras.

Pedro comenzó a contar todo lo que había hecho, procurando ocultar tanto como podía la participación que tenía en el mejoramiento que había promovido.

Muchas veces el príncipe Andrés se adelantó a contar lo que Pedro contaba, como si todo lo que éste había hecho fuese una cosa bien conocida de

tiempo atrás, y no solamente escuchaba sin interés, sino que hasta parecía avergonzarse de lo que Pedro le contaba.

Pedro se sentía cohibido, molesto delante de su amigo. Se calló.

-Heme aquí, amigo mío- dijo el Príncipe, también visiblemente turbado ante su huésped-. Mañana marchó a casa de mi hermana. Acompáñame y te presentaré a ella. Pero me parece que ya la conoces.- Hacía lo mismo que si hablara de una visita con la cual no tuviera nada en común-. Marcharemos después de comer. ¿Quieres, entre tanto, visitar la hacienda?

Salieron y pasaron hasta la hora de comer, conversando sobre las noticias políticas y los conocimientos de ambos, como personas que no tienen mucho de común entre sí. El príncipe Andrés hablaba con animación e interés de una construcción nueva que emprendía en el pueblo, pero hasta en aquel tema, a media conversación, cuando iba a describir a Pedro la futura disposición de la casa, se detuvo de pronto.

-Pero esto no tiene ningún interés. Vamos a comer y después marcharemos.

Durante la comida se habló del casamiento de Pedro.

-Quedé muy sorprendido cuando me lo dijeron- observó el príncipe Andrés.

Pedro se sonrojó; se sonrojaba siempre que se hablaba de su casamiento, y dijo, balbuceando:

-Cualquier día ya te contaré cómo ha ido todo eso. Pero todo se ha acabado, ¿sabes? Para siempre.

-¿Para siempre?- dijo el príncipe Andrés-. No hay nada que sea para siempre.

-Pero ¿ya sabes cómo ha terminado eso? ¿Has oído hablar del desafío?

-¡Ah!, ¿hasta por ahí has pasado?

-La única cosa de la que doy gracias a Dios es de no haber matado a aquel hombre- dijo Pedro.

-Pero ¿por qué? Matar a un perro rabioso es una buena obra.

-No, matar a un hombre no está bien; es injusto.

-¿Por qué injusto?- repitió el príncipe Andrés-. Los hombres no pueden saber lo que es justo ni lo que es injusto. Los hombres están perdidos y lo estarán siempre; sobre todo en aquello que consideran como lo justo y lo injusto.

-Lo injusto es lo que es malo para otro hombre- dijo Pedro, viendo,

gozoso, por primera vez desde que había llegado, que el príncipe Andrés se animaba y empezaba a hablar y quería expresar todo lo que le había hecho cambiar de tal modo.

-Y ¿qué es lo que te enseña lo que es malo para un hombre?- preguntó.

-¿Lo malo? ¿Lo malo? Todos sabemos lo que entendemos por malo- dijo Pedro.

-Sí, todos lo conocemos; pero el mal que conozco por mí mismo, no puedo hacerlo a ningún otro hombre- dijo el príncipe Andrés, animándose lenta y visiblemente y deseoso de explicar a Pedro sus ideas nuevas sobre las cosas.

Hablaban en francés.

-En la vida no conozco sino dos males bien reales: el remordimiento y la enfermedad. No hay otro bien que la ausencia de estos males. Vivir para uno mismo evitando estos dos males, he aquí toda mi sabiduría en el presente,

-¿Y el amor al prójimo, y el sacrificio?- empezó a decir Pedro-. No puedo admitir tu opinión. Vivir sólo para no hacer el mal, para no arrepentirse, es poca cosa. Yo he vivido así, he vivido sólo para mí, y he destruido mi vida. Ahora, cuando vivo, o cuando menos- corrigió Pedro con modestia- cuando procuro vivir para los demás, es cuando comprendo toda la felicidad de la vida. No, no puedo estar de acuerdo contigo y ni tú mismo piensas lo que dices.

El príncipe Andrés miró a Pedro en silencio y sonrió irónicamente.

-Vamos, verás a mi hermana María, la princesa María. Con ella estarás de acuerdo. Quizá tengas razón, para ti- continuó después de una pausa-, pero cada uno vive a su manera. Tú has vivido para ti y dices que has estado a punto de estropear tu vida, dices que no has conocido la felicidad hasta el instante en que has empezado a vivir para los demás. Y yo he experimentado lo contrario. Yo he vivido para la gloria. ¿Qué es la gloria? Amaba a los demás, deseaba hacer alguna cosa por ellos, y no sólo he estado a punto de destruir mi vida, sino que me la he destrozado completamente, y me siento más tranquilo desde que vivo para mí solo.

-¿Cómo es posible vivir para uno solo?- preguntó Pedro enardecido-. ¿Y el hijo?, ¿la hermana?, ¿el padre?

-Pero todo esto es siempre lo mismo. Esto no es lo que se entiende por los demás. Los demás, el prójimo, como lo designáis con la princesa María, es la fuente principal del error y del mal. El prójimo son los campesinos de Kiev a los que quieres hacer bien.

Miró a Pedro con una expresión irónica y provocativa.

-Esto es una broma- dijo Pedro, animándose cada vez más-. ¿Qué mal ni qué error puede haber en lo que he deseado? He hecho muy poco y muy mal, pero tengo el deseo de hacer bien y ya he hecho alguna cosa.

III

Era ya de noche cuando el príncipe Andrés y Pedro se pararon ante el portal de la casa de Lisia Gori.

Al llegar, el príncipe Andrés, con leve sonrisa, señaló a Pedro el movimiento que se producía a la entrada de la casa. Una anciana encorvada, con un saco a la espalda, y un hombre enclenque, vestido de negro y con los cabellos largos, huyeron por la puerta cochera al darse cuenta de que el carruaje se paraba. Dos mujeres corrieron a su encuentro y los cuatro se volvieron hacia el coche, asustados, y desaparecieron por la escalera de servicio.

Son los peregrinos de Macha- dijo el príncipe Andrés . Habrán creído que era mi padre. Es en lo único que mi hermana no le obedece; él ordena que los echen y ella los acoge.

El Príncipe condujo a Pedro a la habitación confortable que tenía en casa de su padre y enseguida entró a ver al pequeño.

-Vamos a visitar a mi hermana- dijo el Príncipe cuando volvió-; aún no la he visto. Ahora se esconde con los peregrinos. Ya verás, estará avergonzada y podrás ver los hombres de Dios. Te aseguro que es curioso.

-¿Quiénes son los hombres de Dios?

-Ven...; ya lo verás.

La princesa María, en efecto, ruborizóse y quedó muy confusa cuando entraron en su habitación, en la que ardía una lamparilla ante las imágenes. En el diván, ante el samovar, estaba sentado a su lado un muchacho de nariz y cabellos largos, vestido de monje. Cerca de ella, una vieja delgada estaba sentada en una silla, con una expresión dulce e infantil en su rostro arrugado.

-¿Por qué no me has hecho avisar?- dijo la Princesa, con amable reconvención, mientras se colocaba delante de sus peregrinos, como una clueca ante sus pollitos-. Muchas gracias por la visita. Estoy contenta de veros dijo a Pedro cuando le besó la mano.

Le conoció cuando era pequeño, y ahora su amistad con Andrés, la desgracia con su mujer y, sobre todo, su rostro bondadoso e ingenuo, la

disponían favorablemente. Ella le miraba con sus ojos resplandecientes y parecía decir: «Os amo mucho, pero os ruego que no os burléis de los míos.»

A las diez, los criados corrieron a la puerta al oír las campanillas del coche del anciano Príncipe. El príncipe Andrés y Pedro salieron también al portal.

-¿Quién es?- preguntó el viejo Príncipe al descender del carruaje y darse cuenta de la presencia de Pedro . ¡Ah! ¡Me alegro mucho! ¡Abrázame!- dijo reconociéndolo.

El anciano Príncipe estaba de buen humor y dispensó a Pedro una excelente acogida.

Antes de cenar, el príncipe Andrés volvió al gabinete de su padre, y le encontró discutiendo animadamente con Pedro. Éste demostraba que llegaría una época en que no habría guerra. El anciano se reía, pero discutía sin excitarse.

Deja correr la sangre de las venas, cámbiala por agua y entonces sí que habrán terminado las guerras. Habladurías de mujeres, habladurías de mujeres-añadió, pero golpeó amistosamente el hombro de Pedro, y se acercó a la mesa donde estaba el príncipe Andrés, que, evidentemente, no quería mezclarse en la conversación y ojeaba los papeles que su padre había traído de la ciudad. El viejo Príncipe se acercó a él y empezó a hablar de sus cosas.

-El representante de la nobleza, el conde Rostov, no ha proporcionado ni la mitad de los hombres. Ha venido a verme y quería invitarme a comer. ¡Buena comida ha tenido...! Toma, mira este papel...

-¡Bueno, querido!- dijo el príncipe Nicolás Andreievitch a su hijo dando un golpecito en el hombro de Pedro-, tu amigo es un buen muchacho, ¡me gusta mucho!, ¡me excita! Hay gente que habla muy cuerdamente pero que uno no desea escuchar; él dice sandeces y me excita, a mí, a un viejo. ¡Vaya! Id abajo, quizá cene con vosotros. Volveremos a discutir. Trata bien a mi boba, la princesa María- gritó a Pedro desde la puerta.

Pedro, hasta entonces, en Lisia Gori, no apreció toda la fuerza y todo el encanto de su amistad con el príncipe Andrés. Este encanto se exteriorizaba más en el trato con la familia del Príncipe que en las relaciones con el mismo príncipe Andrés. Pedro consideróse súbitamente como una antigua amistad del viejo y severo Príncipe y de la dulce y tímida princesa María, a pesar de que casi no los conocía. Todos le amaban ya. No solamente la princesa María lo miraba con ojos amorosos, sino que hasta el pequeño príncipe Nicolás, como le llamaba el abuelo, sonreía a Pedro y quería ser llevado por él en brazos. Mikhail Ivanitch y mademoiselle Bourienne lo miraban con alegre sonrisa mientras hablaba con el viejo Príncipe.

El Príncipe bajó a cenar. Evidentemente, lo hacía por Pedro. Durante los dos días que Pedro pasó en Lisia-Gori lo trató muy afectuosamente y le invitó a pasar algunos ratos en su gabinete.

SEXTA PARTE

I

En la primavera de 1809, el príncipe Andrés fue a la provincia de Riazán para inspeccionar la hacienda de su hijo, de quien era tutor.

Durante aquel viaje repasó mentalmente su vida y llegó a la conclusión, consoladora y resignada; de que no vale la pena de emprender nada, de que lo mejor es llegar al final de la existencia sin hacer daño a nadie, sin atormentarse, libre de deseos...

El príncipe Andrés tenía que hablar con el mariscal de la nobleza del distrito acerca de la tutela del dominio de Riazán. Este personaje era el conde Ilia Andreievitch.

Ya había empezado la temporada de los calores primaverales. El bosque estaba enteramente verde. Había tanto polvo y hacía tanto calor que al ver el agua se sentían deseos de sumergirse en ella.

El príncipe Andrés, triste y preocupado por lo que debía pedir al mariscal de la nobleza, avanzaba en su carruaje por la senda del jardín hacia la casa de los Rostov, en Otradnoie. A la derecha se oían, a través de los árboles, alegres gritos femeninos. Pronto descubrió un grupo de muchachos que corrían atravesando el camino.

Una jovencita muy delgada, extrañamente delgada, de cabellos negros, ojos negros y vestida de cotonada amarilla, con un pañuelo en la cabeza, por debajo del cual salía un mechón de cabellos, corría a no mucha distancia del coche. La muchacha gritaba algo, pero al darse cuenta de la presencia de un forastero se puso a reír sin mirarlo y retrocedió.

De pronto, el príncipe Andrés se sintió inquieto, no sabía por qué.

Hacía un día tan hermoso, un sol tan claro, todo lo que le rodeaba era tan alegre... Y aquella niña delgada y gentil, que no sabía ni quería saber que él existiese, que estaba contenta y satisfecha de la propia vida, probablemente vacía, pero gozosa y tranquila... «¿De qué se alegra? ¿En qué piensa?

Seguramente que ni en los estatutos militares ni en la organización de los campesinos de Riazán. ¿En qué piensa, pues? ¿Por qué es feliz?», se preguntaba, curioso y contra su propia voluntad, el príncipe Andrés.

El conde Ilia Andreievitch vivía en Otradnoie, en 1809, igual que siempre, es decir, recibiendo a casi toda la provincia, concurrendo a las cacerías, a los teatros, a los banquetes y a los conciertos. Como le sucedía con cada huésped nuevo que llegaba a su casa, el Conde quedó encantado de ver al príncipe Andrés y le hizo quedar a dormir casi a la fuerza.

Durante todo el día, el aburrimiento hizo que los viejos amos y los invitados más respetables, de los que estaba llena la casa del Conde a causa de la festividad que se acercaba, se ocuparan del príncipe Andrés; pero Bolkonski, que había observado frecuentemente a Natacha, que reía de alguna cosa y se divertía con el grupo de jóvenes, se preguntaba a cada momento: «¿En qué piensa? ¿Por qué está tan contenta?»

Por la noche, cuando se encontró solo en aquel sitio nuevo para él, tardó mucho en dormirse. Leyó; después apagó la bujía y la volvió a encender al cabo de poco. En el cuarto, con la ventana cerrada, hacía calor. Refunfuñaba contra aquel viejo tonto- se refería al conde Rostov- que le había hecho quedar con el pretexto de que los papeles necesarios no habían llegado aún. Le fastidiaba haber tenido que quedarse.

El príncipe Andrés levantóse y se acercó a la ventana para abrirla. En cuanto la abrió, la luz de la luna, como si hubiera estado esperando al otro lado de los postigos, se precipitó en el interior del cuarto y lo inundó. El Príncipe abrió la ventana de par en par. La noche era fresca, inmóvil y clara. Delante mismo de la ventana se alineaban unos árboles retorcidos, oscuros por un lado, plateados del otro; debajo de los árboles crecía una vegetación grasa, húmeda, lujuriosa, esparciendo de un lado a otro sus hojas y sus tallos argentinos. Más lejos, detrás de los árboles negros, un tejado brillaba bajo el cielo; más allá, un gran árbol frondoso de blanco tronco; arriba, la luna casi entera, y el cielo primaveral, casi sin estrellas. El príncipe Andrés se apoyó en el alféizar. Su mirada se detuvo en el cielo.

La alcoba del príncipe Andrés estaba en el primer piso. La habitación de encima también estaba ocupada, y quienes se hallaban en ella tampoco dormían. Oyó, procedente de esa habitación, una charla mujeril.

-Otra vez- dijo una voz femenina que el príncipe Andrés reconoció enseguida.

Pero ¿cuándo dormirás? respondió otra voz.

-No dormiré, no podría dormir ahora. ¿Qué quieres que haga? Vamos, no te hagas de rogar, otra vez nada más.

Dos voces femeninas cantaron una frase musical que era el final de una tonada.

-¡Ah!, ¡que bonita! ¡Vaya, vamos a dormir! Se ha terminado.

-Duerme; yo no podría- pronunció la primera de las voces, que se acercaba a la ventana. La mujer, evidentemente, se apoyaba en el alféizar, porque se percibía el frufú de las faldas y hasta la respiración. Todo callaba y parecía petrificarse, la luna, la luz y las sombras.

El príncipe Andrés también tenía miedo de moverse y de delatar su indiscreción involuntaria.

-¡Sonia, Sonia!- gritó de nuevo la primera voz-. ¡Quién ha de poder dormir! ¡Mira, mira qué maravilla! ¡Ah! ¡Qué maravilla! Sonia, despiértate- decía casi llorando-. No había visto nunca una noche tan deliciosa como ésta.

Sonia respondió sin entusiasmo alguna cosa.

-¡Ven, mira qué luna! ¡Ah! Es maravillosa. Vamos, mujer, ven, créeme, ven. ¿Ves? Me encogería, me pondría de puntillas, me abrazaría las rodillas bien fuerte y me pondría a volar, así.

-Vamos, basta, que te vas a caer...

Se oía un rumor de lucha y la voz disgustada de Sonia:

-¡Ya es la una!

-¡Vete, vete! Todo me lo estropeas.

Otra vez todo quedó en silencio. El príncipe Andrés sabía que ella estaba aún en la ventana; de vez en cuando oía un ligero movimiento, a veces un suspiro.

-¡Ah Dios mío, Dios mío! ¿Qué será esto?- exclamó de súbito-. Vámonos a dormir.- Cerró la ventana.

«¿Qué le importa mi existencia?- pensaba el príncipe Andrés mientras escuchaba la conversación, esperando, sin saber por qué, que hablara de él-. ¡Y ella otra vez! ¡Parece hecho adrede!» Súbitamente, en su alma se produjo un tumulto tan inesperado de pensamientos de juventud y de esperanza, en contradicción con toda su vida, que no tuvo ánimos para explicarse su estado y se durmió enseguida.

Al día siguiente, después de saludar al Conde, el príncipe Andrés marchó sin esperar a las señoras.

Ya había empezado junio cuando, al volver a casa, atravesó el bosque de álamos. Todo era macizo, oscuro y espeso. Los pinos nuevos, dispersos por el bosque, no violaban la belleza del conjunto y se armonizaban con el tono general gracias al verde tierno de los brotes nuevos.

El día era caluroso, la tempestad se cernía en algún punto, pero allí un trozo de nube había mojado el polvo de la carretera y las hojas grasas. El lado izquierdo del bosque caía en la sombra y era umbrío; la parte derecha, húmeda y reluciente, brillaba al sol, y el viento apenas lo agitaba.

Todos los momentos intensos de su vida aparecían de pronto ante el príncipe Andrés: Austerlitz y aquel cielo alto; el rostro lleno de reproches de su mujer muerta; Pedro junto a él; la niña emocionada por la belleza de la noche, y aquella noche y la luna, todo junto, resplandecía en su imaginación a cada instante.

«No, a los treinta y un años la vida no ha terminado- decidió de pronto firmemente-. No basta que yo sepa todo lo que hay en mí, lo han de saber todos: Pedro y esta niña que quería volar al cielo. Es preciso que todos me conozcan, que mi vida no transcurra para mí solo, que no vivan tan independientes de mi vida, que ésta se refleje en todos y que todos, ellos y yo, vivamos juntos.»

A la vuelta de su viaje, el príncipe Andrés decidió marchar a San Petersburgo en otoño.

Dos años antes, en 1808, Pedro había regresado a San Petersburgo después de un viaje por sus propiedades.

En aquellos tiempos, su vida transcurría, como antaño, entre los mismos excesos y las mismas orgías. Le gustaba comer y beber bien, y aunque lo encontraba inmoral y humillante, no podía abstenerse de participar en los placeres de la soltería.

Cuando menos lo esperaba recibió una carta de su mujer, que le rogaba le concediera una entrevista: le explicaba su tristeza y el deseo de consagrarle toda su vida.

Al final de la carta le hacía saber que al cabo de algunos días llegaría a San Petersburgo, de regreso del extranjero.

Simultáneamente, su suegra, la esposa del príncipe Basilio, le mandó a buscar, rogándole que fuera a su casa sólo unos instantes, con el fin de hablar de una cuestión importante.

Pedro vio en todo aquello una conjuración en contra suya y comprendió

que trataban de reconciliarlo con su mujer. En el estado en que se encontraba, este proyecto no le fue desagradable. Le era igual todo. Pedro no concedía gran importancia a ningún acontecimiento de la vida, y, bajo la influencia del enojo que en aquellos momentos lo dominaba, no tenía interés en mantener su libertad ni le interesaba mantenerse firme en castigar a su esposa.

«Nadie tiene razón, nadie es culpable, pues tampoco lo es ella», pensaba.

Si Pedro no dio enseguida su consentimiento para una reconciliación con su mujer fue sólo porque en aquellos momentos no tenía valor para emprender nada. Si su mujer se presentaba en su casa no la echaría de ella. Del modo que estaba entonces, ¿qué le importaba vivir o no vivir con su esposa...? He aquí lo que días después escribía en su diario:

«Petersburgo, 23 de noviembre.

»Vuelvo a vivir con mi mujer. Su madre ha venido a casa llorando y me ha dicho que Elena estaba aquí, que me rogaba que le escuchase, que era inocente, que mi alejamiento la hacía sufrir mucho y muchas otras cosas. Yo sabía que si consentía en recibirla no tendría fuerza para negarme a lo que me pidiera. Con esta duda no sabía a quién dirigirme ni a quién pedir consejo. Si el bienhechor estuviera aquí, él me guiaría. Me he encerrado en casa; he vuelto a leer las cartas de José Alexeievitch, me he acordado de mis conversaciones con él y he sacado la conclusión de que no podía negarme a la demanda, que he de tender caritativamente la mano a todos y mucho más a una persona de tal modo ligada a mí, y que he de llevar mi cruz. Pero si por el triunfo de la virtud la perdono, que mi unión con ella tenga sólo una finalidad espiritual. Así lo he decidido: he escrito a José Alexeievitch; mi mujer ha pedido que olvide todo el pasado, que le perdone sus faltas, y he contestado que no tenía que perdonarle nada. Estoy muy contento pudiendo decirle esto, pues no sabe ella el esfuerzo que representa para mí volver a verla. Me he quedado en la casa grande, en la habitación de arriba, y he experimentado el feliz sentimiento de la renovación.»

III

Por aquella época, como siempre, la alta sociedad que se reunía en la Corte y los grandes bailes se dividía en muchos círculos, cada uno de los cuales tenía su matiz. Entre estos círculos, el más vasto era el francés de la unión napoleónica, el del conde Rumiantzov y de Caulaincourt. Elena ocupó en él el lugar más distinguido tan pronto como se hubo instalado en San Petersburgo con su marido. Su casa era frecuentada por miembros de la Embajada francesa

y por un gran número de personas de las mismas tendencias, bien conocidas por su talento y amabilidad.

Elena estaba en Erfurt al celebrarse la famosa entrevista entre ambos Emperadores, y allí se había relacionado con todos los hombres célebres que acompañaban a Napoleón por Europa. Había tenido un éxito brillante en Erfurt. El mismo Emperador, que la había visto en el teatro, había dicho de ella: «Es un animal magnífico.» Su éxito de mujer hermosa y elegante no extrañó a Pedro, porque con los años aún había ganado, pero lo que le admiraba era que en aquellos dos años su mujer hubiese llegado a adquirir una reputación de mujer exquisita, tan bella como espiritual.

El famoso príncipe de Ligne le escribía cartas de ocho páginas; Bilibin reservaba sus ocurrencias para ofrecer las primicias a la condesa Bezukhov. Ser admitido en el salón de Elena equivalía a un certificado de hombre espiritual. Los jóvenes, antes de pasar la velada en casa de Elena, leían libros para tener tema de conversación en el salón; los secretarios de embajada y hasta los mismos embajadores le confiaban secretos diplomáticos, de tal manera que Elena era una especie de potencia. Pedro, que sabía que era muy corta, a veces asistía a las soirées y a las cenas, en las que se habla de política, de poesía o de filosofía, y experimentaba un extraño sentimiento de sorpresa y de miedo. En aquellas reuniones sentía una especie de temor como el que debe sentir el prestidigitador a cada momento ante la idea de que se le descubran los trucos. Pero, sea que para dirigir un salón como aquél la tontería es necesaria, sea porque a los engañados les gusta serlo, el embaucamiento no se descubría y la reputación de mujer encantadora y espiritual que había adquirido Elena Vasilievna Bezukhova se afirmaba de tal manera que podía decir las cosas más triviales y más tontas entusiasmado a todo el mundo, ya que todos buscaban en sus palabras un sentido profundo que ni ella misma había nunca soñado.

Pedro era el marido que precisamente necesitaba aquella brillante mujer del gran mundo. Era hombre distraído, original, gran señor que no molesta a nadie y que ni tan sólo modifica la impresión general de la superioridad del salón, sino que, por contraste con el tacto y elegancia de la mujer, aún le hace resaltar más.

Pedro, durante dos años seguidos, gracias a sus ocupaciones incesantes, concentradas en intereses inmateriales, y a su desdén sincero por todo lo que no fuera aquello, adoptaba en la sociedad de su mujer aquel tono indiferente, lejano y benévolo para todos que no se adquiere artificialmente y que, por lo mismo, inspira un respeto involuntario. Entraba en el salón de su esposa como en el teatro; conocía allí a todo el mundo, estaba igualmente satisfecho de cada uno y se sentía del mismo modo indiferente para todos. A veces se mezclaba en una conversación que le interesaba, y entonces, sin preocuparse de si los señores de la Embajada estaban presentes o no, exponía opiniones totalmente

opuestas al tono del momento. Pero la opinión sobre el «original» marido de la mujer más distinguida de San Petersburgo estaba ya tan bien establecida que nadie se tomaba en serio sus ocurrencias.

IV

El 31 de diciembre, víspera del Año Nuevo de 1810, se celebraba un baile en casa de un gran señor del tiempo de Catalina. El cuerpo diplomático y el Emperador habían de asistir a él.

Una tercera parte de los invitados había llegado ya y en casa de los Rostov, que habían de asistir a la fiesta, se estaban ultimando los preparativos a toda prisa.

María Ignatevna Perouskaia, amiga y pariente de la Condesa, una señorita de honor, delgada y pálida, iba al baile de los Rostov y guiaba a aquellos provincianos por el gran mundo de San Petersburgo.

Los Rostov debían ir a buscarla a las diez en las cercanías del jardín de Taurida, y a las diez y cinco minutos las muchachas aún no estaban vestidas.

A las diez y cuarto se metieron en el coche y se marcharon. Pero todavía tenían que dar la vuelta por el jardín de Taurida.

La señorita Perouskaia ya estaba a punto. A pesar de su edad y de su fealdad, había ocurrido en su casa lo mismo que en la de los Rostov, aunque sin tanto trajín; ya estaba acostumbrada a ello. También su persona envejecida estaba limpia, perfumada, empolvada, y, como en casa de los Rostov, la anciana criada, entusiasmada, admiró el atuendo de su ama cuando salió del salón, con su vestido amarillo adornado con el distintivo de las damas de honor de la Corte.

La señorita Perouskaia elogió los vestidos de los Rostov, y los Rostov elogiaron el gusto y el vestido de la Perouskaia y, con todas las precauciones por los peinados y las ropas, a las once se instalaron en el coche y se marcharon.

En toda la mañana, Natacha no había tenido tiempo de pensar en lo que vería.

Al sentir el aire húmedo y frío, en la oscuridad del carruaje que se bamboleaba por el empedrado, imaginó por primera vez todo lo que allí la aguardaba: el baile, los salones resplandecientes, la música, las flores, las danzas, el Emperador, toda la juventud brillante de San Petersburgo. Era tan hermoso, que no podía llegar a creerlo, por cuanto armonizaba muy poco con

la impresión de frío, de pequeñez, de oscuridad, del coche. Sólo comprendió lo que le esperaba cuando, al pisar la alfombra encarnada de la entrada, atravesó el vestíbulo, se quitó el abrigo y, al lado de Sonia, delante de su madre, subió, entre las flores, la escalera iluminada. Sólo entonces recordó cómo debía comportarse en el baile, y procuró adoptar aquella actitud majestuosa que suponía adecuada en una muchacha durante un baile. Pero, por suerte suya, se daba cuenta de que sus ojos miraban a todos lados; no distinguía nada claramente, el pulso latíale apresuradamente y la sangre empezaba a afluirle al corazón. No podía adoptar las actitudes que la hubiesen hecho parecer ridícula, y subía, temblando de emoción, procurando dominarse con todas sus fuerzas. Esto era precisamente lo que mejor le sentaba. Delante y detrás de ellos, los invitados, vestidos de gala, continuaban entrando, conversando en voz baja. Los espejos de la escalera reflejaban a las damas con vestidos blancos, azules, rosa, con diamantes y perlas en los brazos y en los cuellos desnudos.

Natacha miró por los espejos y no pudo distinguirse de entre los demás. Todo se confundía en una procesión brillante. Al entrar en el primer salón, el rumor de voces, de pasos, de reverencias aturdió a Natacha. La luz la cegaba más aún.

El dueño y la señora de la casa, que ya hacía media hora que aguardaban en la puerta y recibían a los invitados con las mismas palabras: «encantado de verle», acogieron del mismo modo a los Rostov y a la señorita Perouskaia.

Las dos muchachas, con vestido blanco y rosas en los cabellos negros, correspondieron al saludo; pero la dueña, sin darse cuenta, detuvo más rato su mirada en la ligera Natacha. La contempló y tuvo para ella sola una sonrisa particular, distinta de su sonrisa de señora de la casa. Quizás al verla recordaba su tiempo de muchacha y su primer baile. El señor de la casa seguía igualmente con los ojos en Natacha; preguntó al Conde cuál era su hija.

-Encantadora- dijo besándole la punta de los dedos.

En el salón de baile, los invitados se estrechaban cerca de la puerta de entrada en espera del Emperador. La Condesa se colocó en la primera fila de aquella multitud. Natacha comprendía y sentía que algunas veces hablaban de ella y que la contemplaban. Se daba cuenta de que gustaba a los que la observaban, y esta observación la tranquilizó un poco.

«Hay como nosotras y las hay peores», pensó.

A Natacha le fue simpático el rostro de Pedro, aquel hombre grotesco, como le llamaba la señorita Perouskaia. Ella sabía que Pedro la buscaba entre la gente, y particularmente a ella. Pedro le había prometido ir al baile y presentarle caballeros con quienes bailar.

Antes de llegar hasta donde se encontraban, Pedro se paró a hablar con un invitado moreno, no muy alto, de facciones muy correctas, que vestía un uniforme blanco y estaba apoyado en una ventana hablando con un señor lleno de condecoraciones, cruces y pasadores. Natacha reconoció enseguida al joven del uniforme blanco. Era Bolkonski, que le pareció muy rejuvenecido, alegre e incluso embellecido.

-Otro conocido, Bolkonski; ¿ves, mamá?- dijo Natacha señalando al príncipe Andrés-. ¿Recuerdas? Pasó una noche en casa, en Otradnoie.

-¡Ah!, ¿también le conoce usted?-preguntó la señora Perouskaia-. Le detesto. Ahora es el galán de moda. Un orgulloso insoportable; es como su padre. Ahora es muy amigo de Speransky; están escribiendo no sé qué proyectos. ¡Mire como habla con las señoras! Ellas le hablan y él les vuelve la cara. ¡Ya le arreglaría yo si me lo hiciera a mí!

V

Súbitamente todo se agitó. La multitud empezó a hablar, avanzó y retrocedió luego, y, a los acordes de la música, el Emperador avanzó entre dos hileras de cortesanos. El señor y la señora de la casa caminaban detrás. El Emperador avanzaba saludando rápidamente a derecha e izquierda, como si quisiera terminar cuanto antes este primer momento del ceremonial. La música tocaba una polonesa, entonces de moda, compuesta para él según la letra, hartamente conocida: «Alejandro, Elizabeth, nos encantáis», etc.

El Emperador entró en el salón; la multitud se empujaba en las puertas. Algunas personas, con cara de circunstancias, iban y venían rápidamente. Otra vez la multitud se apartó a las puertas del salón, donde el Emperador hablaba con la dueña de la casa. Un joven, con aspecto asustado, avanzaba hacia las damas y les rogaba se apartaran. Algunas, cuyo rostro expresaban un completo olvido de las conveniencias sociales, se arreglaban los vestidos para pasar a primera fila. Los caballeros se acercaban a las damas y se formaron las parejas para la polonesa.

Todo el mundo se apartaba, y el Emperador, sonriendo, dio la mano a la dueña de la casa y, andando fuera de compás, atravesó la puerta del salón.

Detrás seguía el dueño de la casa con la señora M. A. Narischkin; luego los embajadores, los ministros, los generales, que la señorita Perouskaia iba nombrando sin interrupción. Más de la mitad de las damas, con sus caballeros, bailaban o se disponían a bailar la polonesa. Natacha vio que iba a quedarse con su madre y Sonia en el pequeño grupo de señoras arrinconadas hasta la

pared a las que nadie había sacado a bailar la polonesa. Natacha estaba de pie con los brazos caídos; el pecho, formado apenas, movíase con regularidad y retenía la respiración. Miraba ante sí con ojos brillantes, asustados, con expresión de esperar la mayor alegría o la desilusión más amarga. Ni el Emperador ni todos los demás personajes que nombraba la señorita Perouskaia llamaban su atención. No tenía más que un pensamiento: «¿Nadie vendrá a buscarme? ¿No bailaré entre las primeras parejas? Todos estos señores que parece que no me ven y si me miran tienen la actitud de decir: "¡Ah!, ¡No es ella! No vale la pena mirarla entonces", no se darán cuenta de mí. ¡No, eso no es posible! Tendrían que comprender que quiero bailar, que bailo bien y que se divertirían mucho si bailaran conmigo.»

La polonesa, cuyos acordes hacía rato se escuchaban, empezaba a sonar tristemente, como un recuerdo, a los oídos de Natacha. Tenía ganas de llorar. La señorita Perouskaia se alejó del grupo. El Conde estaba al otro extremo de la sala. La Condesa, Sonia y ella estaban solas, como en un bosque, ni interesantes ni útiles para nadie entre aquella multitud extraña. El príncipe Andrés pasó por delante de ellas con una dama. Evidentemente, no las reconocía. El galante Anatolio, sonriendo, murmuraba algo a la dama que acompañaba del brazo y miró a Natacha del mismo modo que se mira a una pared.

Boris pasó en dos ocasiones y cada vez la miró. Berg y su mujer, que no bailaban, se acercaron a ellos. Aquella reunión de familia allí, en el baile, como si no hubiera otro sitio para una conversación familiar, hizo gracia a Natacha. No escuchaba y no miraba a Vera, que le hablaba de su vestido verde.

Por fin, el Emperador se paró cerca de la última pareja; bailaba con tres. La música cesó. El ayuda de campo, con aire preocupado, corrió hacia las Rostov y les suplicó se retiraran, a pesar de que ya estaban arrimadas a la pared. La orquesta inició un vals de un ritmo lento y animado.

El Emperador, con una sonrisa, contempló la sala. Transcurrió un momento y nadie comenzaba el baile todavía. El ayuda de campo, animador resuelto, se dirigió a la condesa Bezukhov y la sacó a bailar. Ella levantó la mano sonriendo, y, sin mirar, la puso sobre el hombro de su pareja. El ayuda de campo, que en estas funciones era un artista, sin turbarse, con serenidad y decisión, enlazó fuertemente a su pareja y ambos comenzaron a bailar; primeramente, deslizándose en círculo por la sala, le cogió la mano izquierda, le hizo dar una vuelta, y a los sonidos, cada vez más rápidos, de la música oíase el tintineo regular de las espuelas, movidas por las ágiles y diestras piernas del ayudante, y, cada tres pasos, el vestido de terciopelo de su pareja se levantaba, desplegándose. Natacha, contemplándolos, estaba a punto de llorar por no poder bailar aquella primera vuelta de vals.

El príncipe Andrés, con uniforme blanco de coronel de caballería, con medias de seda y zapatos bajos, animado y alegre, se encontraba en el primer renglón del círculo, cerca de los Rostov. El barón Firhow hablaba con él de la primera sesión del Consejo del Imperio que había de celebrarse al día siguiente. El príncipe Andrés, como hombre muy unido a Speransky y que participaba en los trabajos de la Comisión de leyes, podía dar informes ciertos sobre la futura sesión, por cuyo motivo circulaban distintos rumores. Pero no escuchaba lo que le decía Firhow y miraba tan pronto al Emperador como a los caballeros que se disponían a bailar y no se decidían a entrar en el círculo.

El príncipe Andrés observaba a aquellas parejas a quienes el Emperador intimidaba y que se morían de deseos de bailar. Pedro se acercó al príncipe Andrés y le cogió la mano.

-¿Aún no baila? Aquí tengo a una protegida, la pequeña de los Rostov; invítela, por favor- dijo.

-¿Dónde está?-preguntó Bolkonski-. Perdone- dijo al Barón , ya terminaremos esta conversación en otro lugar; estamos en el baile y hemos de bailar.

Avanzó en la dirección que Pedro le indicaba. La cara desesperada, palpitante, de Natacha saltó a los ojos del príncipe Andrés. La reconoció. Adivinó lo que pensaba y comprendió que aquél era su primer gran baile; se acordó de la conversación en la ventana y, con la expresión más alegre, se acercó a la condesa Rostov.

-Permítame que le presente a mi hija- dijo la Condesa, ruborizándose.

-Ya tuve el gusto de ser presentado a ella, como recordará usted, Condesa- dijo el príncipe Andrés con una sonrisa cortés y profunda que estaba completamente en contradicción con lo que había dicho la señorita Perouskaia con respecto a la grosería del Príncipe, quien se acercó a Natacha y se dispuso a pasarle el brazo por la cintura antes de invitarla a bailar. Le propuso una vuelta de vals. La expresión de desespero de Natacha, tan pronta al dolor como al entusiasmo, se desvaneció súbitamente con una sonrisa de felicidad, de agradecimiento infantil.

«Hacía mucho tiempo que lo esperaba», parecía que dijera la sonrisa de aquella chiquilla asustada y satisfecha cuando apoyó el brazo en el hombro del príncipe Andrés. Era la segunda pareja que entraba en el círculo.

El príncipe Andrés era uno de los mejores bailarines de su época. Natacha bailaba admirablemente; se hubiera dicho que los pies calzados de gala no rozaban el suelo, y su rostro resplandecía de entusiasmo y de felicidad. Su cuello y sus brazos desnudos no eran ni mucho menos tan hermosos como los de Elena; tenía los hombros delgados y el pecho no estaba formado todavía;

los brazos eran flacos; pero sobre su piel le parecía experimentar los millares de miradas que la rozaban. Natacha tenía la actitud de una niña escotada por vez primera, de una niña que se hubiera avergonzado de su escote si no la hubiesen convencido de que era necesario lucirlo.

Al príncipe Andrés le gustaba bailar y, bailando, se olvidaba enseguida de las conversaciones políticas e intelectuales con las que todo el mundo se dirigía a su encuentro: deseaba desprenderse de la violencia que producía la presencia del Emperador; se había puesto a bailar y había escogido a Natacha porque Pedro se la había recomendado y porque era la primera muchacha bonita que sus ojos habían visto. Pero en cuanto hubo ceñido aquella cintura delgada, ligera, en cuanto ella se movió tan cerca de él, sonriendo, lo atrayente de su hechizo le subió a la cabeza. Cuando, al descansar, después de haberla dejado, se paró y miró a los que bailaban, sintióse rejuvenecido.

VI

Después del príncipe Andrés, Boris se acercó a Natacha y la invitó a bailar; luego, el ayudante de campo que había abierto el baile; después, otros jóvenes, y Natacha, feliz y roja de emoción, pasaba a Sonia sus demasiado numerosos solicitantes. Bailó toda la noche sin descanso. No se dio cuenta de que el Emperador hablaba largamente con el embajador francés, que hablaba con tal o cual dama con una atención particular, que el príncipe tal hacía o decía tal cosa, que Elena tenía un gran éxito y que tal persona la honraba con singular atención. No veía ni al Emperador. No se dio cuenta de su marcha sino porque el baile se animó más aún. El príncipe Andrés bailó con Natacha un cotillón muy alegre que precedió a la cena.

Él le recordó cómo se encontraron por primera vez en el camino de Otradnoie, cuánto le había costado dormirse aquella noche de luna y cómo, sin querer, la había oído. Aquel recuerdo sofocó a Natacha, que intentó justificarse, como si hubiera algo malo en aquel estado en que el príncipe Andrés la había sorprendido involuntariamente.

Al Príncipe, como a todas las personas educadas en el gran mundo, le gustaba tratar con quienes carecían del trivial sello mundano. Así era Natacha con su admiración, su alegría, su timidez y hasta sus incorrecciones de francés. Él la escuchaba y le hablaba de una manera particularmente tierna y atenta. Sentado a su lado, hablándole de todos los temas más insignificantes, el príncipe Andrés admiraba el brillo gozoso de sus ojos, y de su sonrisa, provocada no por las palabras pronunciadas, sino por su felicidad interior.

Cuando Natacha era invitada a bailar, se levantaba riendo y daba vueltas por la sala; el príncipe Andrés admiraba sobre todo su gracia ingenua. A medio cotillón, Natacha, al terminar una figura, volvió a su asiento sofocada todavía.

Otro caballero la invitó nuevamente.

Estaba cansada, oprimida, y, visiblemente, quería rehusar, pero de pronto ponía gozosamente la mano sobre el hombro de su pareja y sonreía al príncipe Andrés. «Estaría muy contenta descansando y quedándome a su lado; estoy fatigada, pero, ya ve usted: vienen a buscarme y soy feliz, estoy satisfecha y amo a todos; usted y yo ya lo comprendemos», y su sonrisa aún decía muchas más cosas. Cuando su pareja la dejó, Natacha corrió a través de la sala en busca de dos damas para la figura. «Si primero se acerca a su prima y, enseguida, a otra dama, será mi mujer», se dijo de pronto el príncipe Andrés, admirándola, sorprendido de sí mismo.

Natacha se acercó primero a su prima.

«¡Qué tonterías se nos ocurren muchas veces!-pensó el príncipe Andrés-; pero tan cierto es el encanto de esta muchacha, tanto es su atractivo que no bailará más de un mes aquí, que se casará... Es una rareza en este mundo», pensó cuando Natacha, alisándose el vestido, se sentaba a su lado.

Al acabar el cotillón, el anciano Conde, con su frac azul, se acercó a la pareja, invitó al príncipe Andrés a hacerles una visita y preguntó a su hija si estaba contenta. Natacha no respondió; sólo tuvo una sonrisa, que parecía decir en tono de reconvención:

«¿Cómo es posible que se me pregunte eso?»

-¡Estoy contenta como nunca lo había estado en mi vida!- dijo.

El príncipe Andrés observó que sus delgados brazos se levantaban rápidamente para abrazar a su padre y se bajaban enseguida. Natacha no había sido nunca tan feliz. Estaba embriagada de felicidad, hasta ese punto en que las personas se vuelven dulces y buenas del todo y no creen en la posibilidad del mal, de la desgracia, del dolor.

En aquel baile, a Pedro, por primera vez, le hirió la situación que su esposa ocupaba en las altas esferas. Estaba desanimado y distraído. Una larga arruga le atravesaba la frente, y de pie, cerca de una ventana, miraba por encima de los lentes sin ver a nadie.

Natacha pasó por delante de él al ir a cenar. El semblante torvo y desventurado de Pedro la afectó. Se paró ante él; habría querido consolarle, darle el exceso de su felicidad.

-Es bonito, Conde, ¿no le parece?- dijo.

Pedro sonrió distraídamente; sin duda no comprendía lo que le decían.

«¡Cómo podría sentirse descontento un hombre tan bueno como Bezukhov!», pensó Natacha. A sus ojos, todo lo que se encontraba en aquel baile era bueno, gentil, amable; se amaban los unos a los otros. Nadie podía ofender a nadie, y por esto todo el mundo debía ser feliz.

VII

Al día siguiente, el príncipe Andrés fue a efectuar algunas visitas a casa de personas que aún no había saludado, y entró en casa de los Rostov, con quienes se había relacionado en el último baile. Además de cumplir una regla de cortesía que le obligaba a visitarlos, quería ver en su propia casa a aquella niña original, animada, que le había dejado un recuerdo tan agradable.

Natacha fue de las primeras en salir a recibirlo. Llevaba un vestido azul que, para el gusto del Príncipe, aún le sentaba mejor que el del baile. Ella y toda su familia recibieron al príncipe Andrés como una amistad antigua, con sencillez y cordialidad. Toda la familia, a la que, en otra ocasión, el príncipe Andrés había juzgado tan severamente, le parecía ahora formada por buena gente, muy sencilla y muy amable. La hospitalidad y la bondad del anciano Conde, que en San Petersburgo se portaba con singular gentileza, era tal, que el príncipe Andrés no pudo rehusar la invitación a cenar. «Sí, son buena gente—pensó Bolkonski—, que no saben seguramente el tesoro que tienen con Natacha. Son buena gente que forman el mejor fondo para esta encantadora niña tan poética y tan llena de vida.»

El príncipe Andrés sentía en Natacha la presencia de un mundo particular, totalmente extraño para él, lleno de alegrías desconocidas, de aquel mundo extraño al que ya se había asomado en el camino de Otradnoie y, en la ventana, en aquella noche de luna. Ahora este mundo ya no le desazonaba, no era extraño para él, e incluso encontraba placeres desconocidos.

Después de cenar, Natacha, a ruegos del príncipe Andrés, se sentó al clavecín y comenzó a cantar. El príncipe estaba cerca de la ventana, hablando con las señoras, y la escuchaba. Al final de una estrofa calló y escuchó. Impensadamente subieron a su garganta unos sollozos cuya culpabilidad no sospechó siquiera.

Miró a Natacha, que cantaba, y en su alma aconteció algo nuevo y feliz. Estaba alegre y triste a la vez. No tenía ninguna razón para llorar, pero las lágrimas se escapaban de sus ojos. ¿Por qué? ¿Por su antiguo amor? ¿Por la pequeña Princesa? ¿Por sus ilusiones, por sus esperanzas...? Sí y no. Las

lágrimas obedecían sobre todo a la contradicción violenta que, de pronto, había reconocido entre alguna cosa infinita, grande, que existía en él, y la materia, reducida, corporal, que era él e incluso ella. Esta contradicción le entristecía y le alegraba mientras ella cantaba.

En cuanto Natacha dejó de cantar, se acercó a él y le preguntó si le gustaba su voz. Natacha formuló esta pregunta y se avergonzó inmediatamente al comprender que era una pregunta que no debía haber hecho. Él la miró y sonrió; le dijo que su canto le gustaba mucho, como todo lo que ella hacía.

El príncipe Andrés se marchó muy tarde de casa de los Rostov. Se acostó por costumbre, pero pronto se dio cuenta de que estaba desvelado. Encendió el candelabro y se sentó en la cama: volvió a acostarse y notó que no le molestaba estar despierto; tenía el alma alegre y rejuvenecida, como si de un lugar cerrado se hubiera escapado al aire libre. No se le ocurría pensar que estaba enamorado de la señorita Rostov. No pensaba en ella, la imaginaba solamente, y gracias a ello toda su vida se presentaba ante él con un nuevo aspecto. «¿Por qué he de preocuparme, por qué he de trabajar dentro de este marco estrecho, cerrado, cuando la vida, toda la vida, con todas sus alegrías, se abre para mí?», se preguntaba. Y por primera vez desde hacía mucho tiempo empezó a trazar planes para el porvenir. Decidió que debía ocuparse de la educación de su hijo, buscarle un preceptor y confiárselo; después presentar la dimisión y marcharse al extranjero, ver Inglaterra, Suiza, Italia. «He de aprovechar la libertad que tengo mientras sienta dentro de mí tanta fuerza y juventud. Pedro tenía razón cuando decía que hay que creer en la posibilidad de la felicidad para ser feliz. Y ahora creo. Dejemos que los muertos entierren a sus muertos; mientras se vive, hay que vivir y ser feliz», pensaba.

VIII

Invitado por el conde Ilia Andreievitch, el príncipe Andrés fue a comer a casa de los Rostov y allí pasó todo el día.

Todos los de la casa comprendían por qué iba, y él, sin ocultarlo, procuró pasar todo el tiempo con Natacha. No sólo en el alma de Natacha, asustada pero feliz y entusiasmada, sino también por toda la casa, se sentía el miedo de alguna cosa importante que había de realizarse. La Condesa, con ojos tristes, pensativos y severos, miraba al príncipe Andrés mientras hablaba con Natacha y tímidamente, para disimular, empezaba una conversación sin importancia, en cuanto él se volvía. Sonia tenía miedo de dejar a Natacha y temía estorbarlos cuando estaba entre ellos dos. Natacha palidecía de miedo, tímida, cuando por un momento se quedaba sola con él. Le extrañaba la timidez del Príncipe.

Comprendía que había de decirle alguna cosa, pero que no se decidía.

Cuando, por la noche, el príncipe Andrés se marchó, la Condesa, en voz baja, le preguntó a Natacha:

-¿Y qué?

-Mamá, por Dios, no me preguntes nada ahora. No debemos hablar de ello.

Pero por la noche, Natacha, ora emocionada, ora asustada, con los ojos inmóviles, permaneció mucho rato tendida en la cama de su madre. Tan pronto le contaba los cumplidos que él le hacía, como le decía que se marcharía al extranjero, o le preguntaba dónde pasarían el verano, o le hablaba de Boris.

-¡No he sentido jamás cosa semejante!- decía Natacha-. Ante él me encuentro extraña, tengo miedo; ¿qué quiere decir esto? ¿Eh? Mamá, ¿duermes?

-No, hija mía; yo también tengo miedo- dijo la Condesa-. Ve, ve a dormir.

Es igual; tampoco dormiría. ¡Qué tontería es dormir! ¡Mamá, mamá, no había experimentado jamás cosa semejante!-repetía, aterrorizada y admirada de aquel sentimiento que descubría . ¡Quién había de decirlo!

A Natacha le parecía que se había enamorado del príncipe Andrés desde que le vio por primera vez en Otradnoie. Estaba asustada de aquella suerte extraña e inesperada que había hecho que se encontrara de nuevo con aquel a quien ella había escogido entonces (de esto estaba firmemente convencida), y que, a juzgar por las apariencias, ella no le era del todo indiferente. «Y como si fuese hecho a propósito, él está en San Petersburgo cuando estamos nosotros; y nos hemos encontrado en el baile. Eso es el destino. Está bien claro que todo esto es obra del destino. La primera vez que le vi experimenté una sensación extraña.»

-¿Qué es lo que te ha dicho? ¿Qué versos son aquellos...?)- dijo pensativamente la madre, refiriéndose a unos versos que el príncipe Andrés había escrito en el álbum de Natacha.

Mamá, ¿verdad que no es ningún mal que sea viudo?

-Basta, Natacha, basta. Reza. Los casamientos se hacen en el cielo.

Pero, mamita, mujer, ¡si supieras cuánto lo quiero! ¡Qué contenta estoy!- exclamó Natacha, llorando de emoción y de felicidad y abrazando a su madre.

A aquella hora, el príncipe Andrés se encontraba en casa de Pedro y le hablaba de su amor por Natacha y de su intención de casarse con ella.

Aquel día había reunión en casa de la condesa Elena. Entre los invitados se encontraban el embajador francés, el gran Duque, quien frecuentaba mucho la

casa desde hacía poco tiempo, y muchas grandes damas y personalidades. Pedro, abajo, atravesaba los salones y dejaba sorprendidos a todos los que le veían a causa de su expresión concentrada, distraída y oscura.

Desde el baile, Pedro se sentía preso de una hipocondría que procuraba vencer con desesperados esfuerzos. A raíz de las relaciones del gran Duque con su mujer, inesperadamente había sido nombrado chambelán, y a partir de aquel momento empezó a sentir aburrimiento y vergüenza en la alta sociedad. Ideas tenebrosas sobre la vanidad de todo lo de este mundo le ensombrecían a menudo. Desde que había descubierto los sentimientos de su protegida Natacha y del príncipe Andrés, su mal humor aumentaba por el contraste de su situación y la de su amigo. Procuraba no pensar ni en su mujer, ni en Natacha, ni en el príncipe Andrés.

Pedro, al salir del piso de la Condesa, a medianoche, había ido a sentarse arriba, en la habitación de techo bajo, llena de humo; ante la mesa, con una bata vieja, hacía copias de actas cuando alguien entró.

Era el príncipe Andrés:

-¡Ah! ¿Eres tú?- exclamó Pedro con tono distraído y descontento-. Aquí me tienes- dijo mostrando la libreta con el gesto de huir de las miserias de la vida con el cual los desgraciados miran el trabajo que están haciendo.

El príncipe Andrés, con el rostro radiante, entusiasta, transformado, se paró ante Pedro y, sin darse cuenta de su expresión triste, le sonrió con el egoísmo de la felicidad.

-Y bien, amigo- dijo-. Ayer quería hablarte y hoy he venido para esto. En mi vida había experimentado cosa semejante. Estoy enamorado, amigo mío.

Pedro suspiró pesadamente y se dejó caer sobre el diván, al lado del Príncipe.

-De Natacha Rostov, ¿verdad?

-Sí, sí, claro. ¿De quién sino de ella? No lo hubiera creído nunca, pero esto es más fuerte que yo. Ayer sufrí mucho; pero no daría este sufrimiento por nada del mundo. Antes no vivía, pero ahora no puedo vivir sin ella. Pero ¿puede amarme? Soy viejo para ella... ¿Por qué no me dices nada?

-¿Yo, yo? ¿Qué quieres que te diga?- dijo Pedro súbitamente. Levantándose, empezó a pasear por la habitación-. Ya hacía mucho tiempo que lo pensaba... Esta muchacha es un tesoro, tan... Es una rareza... Amigo, por favor, no dudes más y cástate, cástate, cástate; estoy seguro de que no habrá hombre más feliz que tú.

-Pero, ¿y ella?

Ella te ama.

-No digas tonterías- dijo el príncipe Andrés sonriendo y mirando a Pedro de hito en hito.

-Ella te ama..., yo lo sé- exclamó Pedro.

-No, escucha- dijo el Príncipe deteniéndole con la mano-. ¿Sabes en qué situación me encuentro? Tengo necesidad de decirlo a alguien.

-Bueno, pues. Di. Estoy muy contento.

Y, en efecto, el rostro de Pedro cambiaba, las arrugas desaparecían y con gesto alegre escuchaba al príncipe Andrés.

Éste parecía otro hombre. ¿Dónde estaban su enojo, su desprecio de sí mismo, aquel extraño desengaño de todo? Pedro era la única persona ante la cual se podía decidir a confesarse, y exprimió todo lo que tenía en el alma. Sosegadamente, con atrevimiento, hacía los planes para un largo porvenir; decía que no podía sacrificar su felicidad por el capricho de su padre, que él sabría obligarle a dar el consentimiento a su matrimonio, a verlo con gozo; de lo contrario, lo haría sin su consentimiento. Y a veces se admiraba de este sentimiento que se apoderaba de él en absoluto, como de una cosa extraña, independiente de sí mismo.

-Si alguien me hubiese dicho que yo podía enamorarme de esta manera, no lo hubiera creído. Esto no se parece en nada a lo que sentía antes. Para mí, el mundo está dividido en dos partes: ella, y con ella la felicidad, la esperanza; la otra parte, todo aquello donde ella no está: la tristeza, la oscuridad, el final- dijo el príncipe Andrés.

-La oscuridad, las tinieblas...- replicó Pedro-. Sí, lo comprendo.

Yo no puedo dejar de amar la claridad; esto no es culpa mía; y soy muy feliz. ¿Me comprendes? Ya sé que compartes mi alegría.

-Sí, sí- afirmó Pedro mirando a su amigo con ojos que expresaban tristeza y ternura. Y cuanto más brillante le parecía la suerte del príncipe Andrés, más negra le parecía la suya.

IX

Era necesario el consentimiento del padre para la boda, y a la mañana siguiente el príncipe Andrés marchó a su casa.

El anciano recibió la noticia con una calma aparente y con disimulada

hostilidad. No podía comprender por qué quería cambiar de vida e introducir algo nuevo cuando su vida ya estaba acabada.

«Que me dejen terminar como quiero y que luego hagan lo que quieran», se decía el viejo. Pero con su hijo utilizó la diplomacia que empleaba en los casos importantes. Empezó a discutir el asunto en un tono completamente tranquilo.

En primer lugar, el matrimonio no era brillante ni por el parentesco, ni por la fortuna, ni por la nobleza; en segundo lugar, el príncipe Andrés no era joven y estaba delicado (el anciano insistía particularmente en este punto) y ella era muy joven; en tercer lugar, había un hijo que era lástima tener que confiarlo a una esposa joven.

-Finalmente- el anciano le dijo con sorna-, te pido que aguardes un año a casarte. Ve al extranjero, cuídate, busca, como es tu intención, un alemán para el príncipe Nicolás, y luego, si el amor, la pasión, la ceguera por la persona son aún tan grandes, cástate. Ésta es mi última palabra, ¿lo has entendido? La última...- concluyó el Príncipe con un tono que demostraba que no había nada que pudiera hacerle cambiar de determinación.

El príncipe Andrés vio claramente que su padre esperaba que su amor o el de Natacha no resistirían la prueba de un año de ausencia, o bien que para entonces él estuviera muerto; el príncipe Andrés resolvió hacer la voluntad de su padre, pedir la mano de Natacha y fijar la boda al cabo de un año.

A las tres semanas de la última reunión en casa de los Rostov, el príncipe Andrés regresaba a San Petersburgo.

Al día siguiente de la conversación con su madre, Natacha aguardó en vano a Bolkonski todo el día. Lo mismo ocurrió al siguiente, y al otro, y al otro. Pedro tampoco se presentaba, y Natacha, que no sabía que el príncipe Andrés se hubiese marchado a su casa, no podía explicarse su ausencia.

Pasaron tres semanas. Natacha no quería ir a ninguna parte y andaba de una habitación a otra, como una sombra, ociosa y desconsolada. Por la noche, a escondidas, lloraba y no iba a la cama de su madre. Por el menor motivo se ruborizaba y le latía el corazón. Se imaginaba que todos le descubrían el despecho y que se burlaban de ella o la compadecían. La herida del amor propio, unida a la intensidad del dolor íntimo, aumentaba todavía su desventura.

Un día entró en la habitación de su madre para decirle alguna cosa, y súbitamente se puso a llorar. Las lágrimas le resbalaban por el rostro como a una criatura humillada que no sabe por qué la han castigado.

La Condesa la calmó; Natacha, que al principio escuchaba las palabras de

su madre, la interrumpió:

-Basta, mamá. No pienso ni quiero pensar. Bueno; venía... Ha dejado de venir...

La voz le temblaba. Estaba a punto de llorar de nuevo, pero se contuvo y prosiguió con tranquilidad;

-No quiero casarme; él me da miedo. Ahora ya estoy bien tranquila...

Al día siguiente, después de esta conversación, Natacha se puso un vestido viejo, por el que sentía una predilección especial, y desde aquella mañana reemprendió la vida ordinaria, de la que se había apartado desde el día del baile. Después de tomar el té fue al salón, que le gustaba mucho por la resonancia que tenía, y se puso a solfear.

Cuando hubo terminado la primera lección se sentó en medio de la sala y repitió una frase musical que le agradaba especialmente. Escuchaba con placer el encanto con que sus sonidos se esparcían y llenaban todo el vacío de la sala y se apagaban lentamente; y súbitamente se puso alegre. «¿Qué saco pensando tanto? ¡Se está bien sin eso! », se dijo, y empezó a pasearse de un lado a otro, por el parquet sonoro, pero cambiando de paso a cada momento y deslizándose del tacón a la punta (llevaba los zapatos nuevos que prefería); después, alegre, como si oyera el eco de su voz, escuchaba el choque regular del tacón y el ruido leve de las puntas. Al pasar por delante del espejo se miraba. «¡Yo soy así! parecía que dijera su rostro cuando se reflejaba en el espejo . ¡Bueno, no necesito a nadie!»

Un criado quiso entrar para arreglar el salón, pero ella no se lo permitió; cerró la puerta tras de sí y continuó paseándose. Aquella mañana volvía a su estado predilecto de amor para consigo misma y de admiración a su persona... «¡Qué delicia esta Natacha!», se decía de nuevo, como si hubiese sido un hombre quien hablara de ella. «Bonita, voz encantadora, joven y no hace daño a nadie; sólo falta dejarla tranquila.» Pero, a pesar de que la dejaban tranquila, no encontraba sosiego. De ello se dio cuenta inmediatamente.

La puerta del vestíbulo se abrió; alguien preguntó si estaban los de la casa. Se oyeron pasos. Natacha se miraba al espejo, pero no se veía en él. Oyó hablar en la antesala. Cuando distinguió las voces se volvió pálida. Era «él». Estaba segura, a pesar de que apenas oía su voz a través de las puertas cerradas.

Pálida y asustada, corrió a la sala.

-¡Mamá! ¡Bolkonski ha venido! ¡Mamá, es terrible, es insoportable! ¡Yo no quiero... sufrir! ¿Qué debo hacer?

Antes de que la Condesa tuviera tiempo de responder, el príncipe Andrés

entraba en la sala, con la cara trastornada y seria.

Cuando se dio cuenta de la presencia de Natacha, se le iluminó el rostro. Besó la mano a la Condesa y a Natacha y se sentó en el canapé.

Hacía tiempo que no habíamos tenido el gusto...- empezó la Condesa, pero el príncipe Andrés la interrumpió, contestando a la pregunta, deseoso de explicarse.

-No he venido porque he estado todos estos días en casa de mi padre. Tenía que hablarle de una cuestión muy importante. He llegado esta noche...- dijo lanzando una mirada a Natacha-. Quisiera hablarle, Condesa- añadió después de un minuto de silencio.

La Condesa suspiró con pena y entornó los ojos.

-Estoy a su disposición- dijo.

Natacha comprendía que había de retirarse, pero no sabía hacerlo; tenía la sensación de que le apretasen el cuello; con atrevimiento miró al príncipe Andrés con ojos asustados.

«¡Enseguida! ¿Inmediatamente...? ¡Esto no puede ser!», pensó.

Él la miró nuevamente, y aquella mirada la convenció de que no se engañaba. Sí..., enseguida, ahora mismo, su suerte sería decidida.

-Ve, Natacha, ya te llamaré- murmuró la Condesa.

Natacha miró al príncipe Andrés y a su madre con espantados y suplicantes ojos y salió.

-Condesa, he venido a pedirle la mano de su hija- dijo el Príncipe.

La cara de la Condesa enrojeció y de momento no contestó nada.

-Su proposición...- empezó lentamente la Condesa.

El príncipe Andrés permanecía callado y la miraba.

-Su proposición...- estaba angustiada- nos es muy agradable y... la acepto y estoy muy contenta. Y mi esposo... espero... Pero esto es ella misma quien debe decidirlo...

Cuando me dé su consentimiento se lo preguntaré... ¿Me lo permite? preguntó el príncipe Andrés.

-Sí...- dijo la Condesa.

Ella le tendió la mano y con un sentimiento mezcla de ternura y de miedo puso los labios en la frente del príncipe Andrés, mientras él le besaba la mano. Ella quería amarlo como a un hijo, pero le parecía demasiado extraño e

imponente aún.

-Estoy segura de que mi marido consentirá- dijo la Condesa-. Pero ¿y su padre?

-Mi padre, a quien he comunicado mis intenciones, ha puesto por condición absoluta, para dar su consentimiento, que espere un año. Esto es lo que quería decirle.- Claro que Natacha es muy joven aún, pero una espera tan larga...

-Es preciso...- dijo él, suspirando.

-Ahora la haré venir- dijo la Condesa, y salió del salón.

«Señor, Dios mío, ten piedad de mí», repetía la Condesa mientras iba a buscar a su hija. Sonia le dijo que Natacha estaba en su dormitorio.

Se había sentado en la cama, pálida, con los ojos secos; contemplaba el icono y, persignándose rápidamente, murmuraba alguna cosa. Al ver a su madre, saltó de la cama y corrió a su encuentro.

-¿Qué, mamá? ¿Qué?

-Ve, ve con él. Ha pedido tu mano- dijo la Condesa fríamente, según pareció a Natacha-. Ve, ve- repitió con tristeza detrás de su hija, que corría; y suspiraba con pena.

Natacha no se acordó que entraba en el salón. Desde la puerta le vio y se detuvo. «Este extraño, ¿lo es "todo" para mí desde ahora?», se preguntaba; y enseguida se respondía: «Sí, todo. Desde ahora lo amo más que a todo el mundo.» El príncipe Andrés se le acercó con los ojos bajos.

-La amo desde el primer día que la vi. ¿Puedo esperar?

La miraba. La expresión grave y apasionada de su rostro la impresionaba. La suya decía:

«¿Por qué lo preguntas? ¿Por qué dudar de aquello que es imposible esconder? ¿Por qué hablar cuando uno no puede expresar con palabras lo que siente? »

Se acercó a él y se detuvo. Le cogió la mano y se la besó.

-¿Me quiere?

-Sí, sí-dijo Natacha, como si le pesara; suspiró profundamente, después aceleró los suspiros y sollozó.

-¿Por qué? ¿Qué tiene?

-¡Ah, soy tan feliz!- replicó ella, sonriendo a través de las lágrimas; él se inclinó hacia ella, reflexionó un segundo, como si se interrogara, y la abrazó.

El príncipe Andrés le cogía las manos, le miraba a los ojos y no hallaba en su alma el antiguo amor por ella. Súbitamente, alguna cosa cambiaba en su interior, no experimentaba el viejo encanto poético, misterioso, del deseo, sino la lástima por su debilidad de mujer y de criatura, el miedo ante su ternura y su confianza, la conciencia, penosa y alegre a la vez, del deber que le ataba para siempre a ella. El sentimiento actual, aunque no fuera tan puro y tan poético como el otro, era más profundo y más vivo.

-¿Le ha dicho su madre que debemos esperar un año? dijo el príncipe Andrés sin apartar sus ojos de los de ella.

«¿Soy esta chiquilla juguetona, como todos dicen de mí?- pensó Natacha-. ¿Soy yo, desde este momento, "la mujer", la igual de este hombre simpático, inteligente, que hasta mi padre respeta? Claro que desde hoy ya no se puede bromear con la vida, que ya soy una mujer, responsable de todos mis actos; de todas mis palabras. Sí. ¿Qué me ha pedido? »

-No- dijo Natacha, pero no sabía lo que le había preguntado.

-Perdóneme- dijo el Príncipe-. Es usted tan joven y yo he vivido tanto ya... Tengo miedo por usted. Aún no se conoce usted a sí misma.

Natacha escuchaba con atención, tratando de comprender todo el sentido de aquellas palabras, sin lograrlo.

-Por mucho que sienta esta espera, que alarga la hora de mi felicidad- prosiguió el príncipe Andrés-, durante este tiempo podré conocerla. Dentro de un año le pediré que quiera hacer mi felicidad, pero es usted libre... Nuestro noviazgo quedará entre nosotros, y si se convence usted de que me ama o me amaba...- dijo el príncipe Andrés con una sonrisa forzada.

-¿Por qué dice usted eso?- interrumpió Natacha-. Ya sabe usted que le amo desde el día en que vino a Otradnoie dijo, firmemente convencida de que decía la verdad.

-En un año se podrá usted conocer a sí misma.

-¡Un año!- exclamó súbitamente Natacha, que hasta entonces no comprendió que el matrimonio no se efectuaría hasta pasado ese tiempo-. ¿Por qué un año? ¿Por qué?

El príncipe Andrés le explicó la causa.

Natacha no le oía.

-Pero ¿no hay otro remedio?- preguntó.

El príncipe Andrés no contestó, pero su rostro expresaba la imposibilidad de modificar esta decisión.

-¡Es terrible! No, ¡es espantoso, espantoso!-dijo Natacha, que volvía a llorar-. Me moriré si debemos aguardar un año. ¡Es imposible!

Contempló la cara de su prometido y le pareció ver en ella una expresión de lástima y de extrañeza.

-No, no, haré todo cuanto sea preciso- dijo súbitamente Natacha secándose las lágrimas-. ¡Estoy tan contenta!

Sus padres entraron en el salón y bendijeron a los enamorados.

Desde aquel día, el príncipe Andrés frecuentó la casa de los Rostov como prometido.

X

No hubo fiesta de noviazgo y nadie supo que Bolkonski y Natacha se habían prometido. El príncipe Andrés lo quería, a pesar de todo. Decía que, siendo él la causa de su retraso, él había de pagar la pena; que su palabra le ligaba para siempre, pero que no quería que Natacha se comprometiera y la dejaba en completa libertad. «Dentro de seis meses, si ella ve que no me ama, tendrá derecho a retirar su palabra.» No hay que decir que ni los padres de Natacha ni ella misma querían oír hablar de eso. Pero el príncipe Andrés insistía. Diariamente iba a casa de los Rostov, pero no se comportaba como el prometido de Natacha. La trataba de usted y le besaba la mano. Después de la petición, entre el príncipe Andrés y Natacha se establecieron unas relaciones muy distintas de las simplemente amistosas que tuvieron antes. Hasta entonces no se conocían. A los dos les gustaba recordar cómo se juzgaban cuando todavía no eran «nada» el uno para el otro. Ahora los dos se sentían muy distintos. Antes disimulaban; ahora eran sencillos y sinceros.

En la familia, de momento, las relaciones con el príncipe Andrés produjeron cierta incomodidad; tenía el aspecto de un hombre de otra clase social, y durante mucho tiempo Natacha hubo de acostumbrar a los suyos al príncipe Andrés, afirmando a todos, con orgullo, que parecía raro, pero que, al fin y al cabo, era como todos; que a ella no le daba miedo y que nadie había de temerle. Al cabo de algún tiempo, la familia se acostumbró a ello, y, sin cohibirse por su presencia, la casa seguía su vida ordinaria, que él también llevaba. Sabía hablar de las tierras con el Conde, de vestidos con la Condesa y Natacha, de álbumes y tapicerías con Sonia. A veces, los Rostov, entre ellos y delante del príncipe Andrés, admirábanse de lo que había ocurrido y de cómo eran evidentes los signos del destino: la llegada del Príncipe a Otradnoie, su entrada en San Petersburgo, y muchas otras circunstancias observadas por los

familiares.

En la casa reinaba aquel sopor poético y silencioso que acompaña siempre la presencia de los prometidos. A menudo, sentados en el salón, todos permanecían callados; a veces se levantaban y los prometidos se quedaban solos y también callaban. Hablaban muy poco de su vida futura. El príncipe Andrés sentía miedo y vergüenza de hablar de ello. Natacha compartía este sentimiento, como todos los demás, que siempre adivinaba. Una vez, Natacha le habló de su hijo. El Príncipe se ruborizó, lo que ocurría muy a menudo, al ver la gran ternura de Natacha, y dijo que su hijo no viviría con ellos.

-¿Por qué?- preguntó Natacha, extrañada.

-No puedo separarlo de su abuelo. Y luego...

-¡Cómo le querría!- dijo Natacha adivinándole el pensamiento-. Pero ya lo veo; no quiere que tenga ningún motivo de acusarnos a usted y a mí.

El viejo Conde se acercaba a veces al príncipe Andrés, le abrazaba y le pedía de vez en cuando consejo para la educación de Petia o la carrera de Nicolás. La Condesa suspiraba al mirarlo. Sonia, siempre temerosa de estorbar, buscaba excusas para dejarlos solos, incluso cuando no era necesario. Cuando el príncipe Andrés hablaba- hablaba muy bien-, Natacha lo escuchaba con orgullo; cuando era ella la que hablaba, veía con miedo y alegría que él la miraba atentamente. Y se preguntaba: «¿Qué encuentra en mí? ¿Qué quiere decir con esta mirada? ¿Y si no hallara en mí lo que su mirada busca?»

A veces se sentía locamente alegre; entonces le gustaba mucho mirarle y escuchar cómo se reía el príncipe Andrés. Reía muy poco, pero cuando lo hacía se abandonaba completamente a la risa; y cada vez, después que ocurría esto, ella se sentía más cerca de él. Natacha habría sido totalmente feliz si la idea de la separación que se acercaba no la hubiera asustado; él también palidecía y temblaba al pensarlo.

La tarde anterior al día en que debía marcharse de San Petersburgo, el príncipe Andrés llegó acompañado de Pedro, quien no había vuelto a casa de los Rostov desde el día del baile. Pedro parecía trastornado y confuso. Habló con la madre. Natacha se sentó con Sonia cerca de la mesa de ajedrez e invitó al príncipe Andrés. Éste se acercó.

-¿Hace mucho tiempo que conoce usted a Bezukhov? ¿Es muy amigo suyo? preguntó el Príncipe.

-Sí. Es bueno, pero un poco raro.

Y, como siempre que se hablaba de Pedro, Natacha empezó a explicar anécdotas de sus distracciones, algunas de las cuales eran inventadas.

-Ya sabe usted que le he confesado nuestro secreto-dijo el Príncipe . Le

conozco desde pequeño. Tiene un corazón angelical. Quisiera pedirle, Natacha...- dijo súbitamente, muy serio-. Me marchó. Dios sabe lo que puede pasar. Podría dejar de quer... Bueno, ya sé que no hemos de hablar de esto, pero solamente quiero pedirle una cosa: pase lo que pase, cuando yo no esté aquí...

-Pero ¿qué puede ocurrir?

-Cualquier desgracia que sobreviniera, le pido, señorita Natacha, que se dirija a él en busca de consejo y ayuda. Es el hombre más distraído del mundo, pero tiene un corazón de oro.

Ni el padre, ni la madre, ni Sonia, ni hasta el príncipe Andrés, podían prever el efecto que produciría en Natacha la separación de su prometido. Enrojecida por la emoción, los ojos secos, estuvo recorriendo la casa durante todo el día, ocupándose de las cosas más insignificantes, como si no comprendiera lo que la esperaba. No lloró ni siquiera en el momento en que, diciéndole adiós, él le besó la mano por última vez. «¡No se vaya!», le dijo con una voz que le hizo pensar si realmente había de quedarse y de la que se acordó durante mucho tiempo. Cuando se hubo marchado, tampoco lloró, pero no se movió de su habitación durante algunos días, sentada, no interesándose por nada y repitiendo de vez en cuando: «¡Ah! ¿Por qué se ha marchado?»

Al cabo de dos semanas, con gran sorpresa de todos, se restableció de la depresión moral y volvió a ser como antes, pero su personalidad moral había cambiado, igual que las criaturas que se levantan con otra fisonomía después de una larga enfermedad...

SÉPTIMA PARTE

I

Nicolás Rostov se había convertido en un muchacho de maneras rudas, bueno, a quien las amistades de Moscú encontraban no muy recomendable, pero que era amado y respetado por sus compañeros, los subalternos y los jefes y que estaba satisfecho de su vida.

En aquellos últimos tiempos, en 1809, su madre se quejaba frecuentemente en sus cartas; le decía que los negocios iban cada día peor y que debería volver a casa para consolar y hacer compañía a sus viejos padres.

Al leer estas cartas, Nicolás temía que quisieran hacerlo salir de aquel

medio, en el cual, desligado de todas las preocupaciones de la vida, se encontraba tan tranquilo y satisfecho. Comprendía que, tarde o temprano, le sería preciso volver al engranaje de la vida: atar y desatar negocios, llevar cuentas con los administradores, discusiones, intrigas, relaciones, trato social, el amor de Sonia y la palabra dada.

Todo esto era horriblemente difícil y complicado, y contestaba a las cartas de su madre con otras frías, clásicas, que empezaban así: «Querida mamá», y acababan con: «Su obediente hijo», pasando por alto todo lo que pudiera hacer referencia a su vuelta. En 1810 recibió una carta de sus padres que le anunciaban que Natacha se había prometido a Bolkonski y que la boda no se celebraría hasta después de un año, porque el viejo Príncipe no daba su consentimiento. Esta carta entristeció y ofendió a Nicolás. En primer lugar, le dolía que Natacha se marchara, porque la quería más que a nadie de la familia; en segundo lugar, en calidad de húsar, se dolía de no haberse encontrado en su casa para demostrar a aquel Bolkonski que no era un gran honor su parentesco y que, si verdaderamente amaba a Natacha, podría prescindir del consentimiento paterno. Durante un momento dudó si pedir permiso para ver a Natacha prometida, pero las maniobras se acercaban, y después pensaba en Sonia, en las preocupaciones de los negocios, y aplazó otra vez el viaje. Sin embargo, en la primavera recibió una carta que su madre le había escrito a escondidas del Conde, y aquella carta le decidió a marcharse. Le decía que si no regresaba, si no se ocupaba de los negocios, las tierras se venderían públicamente y se verían todos reducidos a la mendicidad; que el Conde estaba muy avejentado, que se había confiado mucho a Mitenka, que era bueno y que todo el mundo le había engañado, que todo se hundía. «En nombre de Dios, te pido que vengas inmediatamente si no quieres hacernos desgraciados», escribía la Condesa.

Esta carta impresionó a Nicolás. Poseía aquel buen sentido de la mediocridad, que le dictaba lo que debía hacer.

Había llegado la hora de marcharse, si no licenciándose, por lo menos pidiendo un permiso. ¿Para qué era necesario marcharse? No lo sabía, pero, después de haber dormido bien, después de haber comido, ordenó que le ensillaran su gris Marte, un trotador muy fogoso, que hacía tiempo no había salido, y al llegar al alojamiento con el caballo echando espuma por la boca, dijo a Lavrutchka- Rostov se había quedado con el asistente de Denisov- y a los compañeros que salieron a verle que le habían dado un permiso y que se marchaba a su casa. A pesar de que le hubiera sido difícil y extraño pensar que se marchaba y no sabría nada del Estado Mayor- lo cual le interesaba particularmente-, si sería ascendido a capitán y si le darían la condecoración de Ana en las últimas maniobras; por extraño que le pareciera pensar que se iba a marchar sin vender al conde polaco Golukonsky los tres caballos que

pretendía y de los que pensaba sacar dos mil rublos; por incomprensible que le pareciera su no asistencia al baile que unos húsares habían de dar a la señora Pchaszetzka para rivalizar con los ulanos, que daban otro a la señora Borjovska, sabía que debía abandonar aquella buena vida e ir a alguna parte, allí donde todo eran tonterías y preocupaciones. Al cabo de una semana recibió el permiso. Los húsares, no sólo sus compañeros de regimiento, sino también los de la brigada, le ofrecieron una comida de quince rublos el cubierto, con orquesta y dos coros. Rostov bailó el trepak con el mayor Bassov; los oficiales, borrachos, zarandearon, abrazaron y dejaron caer a Rostov; los soldados del tercer escuadrón volvieron a zarandearlo y gritaron «¡hurra!» Por último, pusieron a Rostov en el trineo y lo acompañaron hasta la primera parada.

Hasta la mitad del camino, desde Krementchug a Kiev, todos los pensamientos de Rostov eran aún para el escuadrón, pero a partir de ese instante se olvidó de sus caballos, del sargento Dojoveika, y se preguntó con inquietud qué encontraría en Otradnoie. Cuanto más se acercaba, con más y más fuerza-como si el sentido moral estuviera sometido a la ley de la velocidad de caída de los cuerpos- pensaba en su casa. En la última parada, antes de Otradnoie, dio tres rublos al postillón para que bebiera, y como un chiquillo subió la escalera del portal de su casa.

Después de las expansiones de la llegada, pasada ya la extraña impresión de disgusto que experimentó Rostov al no encontrar lo que imaginaba («Siempre serán los mismos pensaba-. ¿Por qué me he preocupado tanto?»), Nicolás empezó a acostumbrarse a su antiguo ambiente. Su padre y su madre eran los mismos que antes, únicamente habían envejecido algo. Hallaba en ellos cierta inquietud y a veces cierto desacuerdo, cosa que no había conocido nunca y que provenía, Nicolás lo supo pronto, de la marcha dificultosa de los negocios. Sonia tenía ya diecinueve años. Había dejado de embellecerse, ya no prometía nada nuevo, pero lo que poseía era suficiente. Toda su persona respiraba felicidad y amor desde que Nicolás había vuelto, y el amor constante, inmovible, de aquella muchacha actuaba alegremente sobre él. Petia y Natacha fueron los que más sorprendieron a Nicolás.

Petia ya era un muchacho de trece años, listo, inteligente y muy gracioso, cuya voz empezaba a madurar. Natacha dejó admirado a Nicolás durante mucho tiempo, y siempre que la miraba sonreía.

-¡No eres la misma!- decía.

-¿No? ¿Más fea?

Al contrario...; pero infundes respeto. ¡La Princesa!- le murmuraba.

-Sí, sí- decía alegremente Natacha. Le explicó su novela con el príncipe

Andrés, la llegada de él a Otradnoie y le enseñó la última carta que había recibido-. ¿Qué, estás contento? Yo estoy tan tranquila ahora, ¡soy tan feliz!

-Muy contento- repitió Nicolás-. Es un buen chico. ¡Bueno! Y tú, ¿estás enamorada?

-No sé qué decirte. Lo he estado de Boris, del profesor, de Denisov, pero no era esto. Ahora me siento tranquila, calmada. No hay mejor hombre que él y me siento bien y confiada. Es muy distinto de otras veces.

Nicolás expresó a Natacha el disgusto que le ocasionaba aquel aplazamiento de un año, pero Natacha, encolerizándose un poco contra su hermano, le demostraba que no podía ser de otro modo, que no estaría bien entrar en la familia contra la voluntad de su padre. Ella prefería también que fuera así.

No lo comprendes, no lo comprendes, vaya decía.

Nicolás calló sin cambiar de opinión.

A menudo quedaba extrañado al verla; no le parecía una prometida enamorada separada del prometido. Nicolás se extrañaba de esto e incluso miraba con desconfianza el noviazgo con Bolkonski. No creía que el destino de su hermana estuviera decidido, tanto más cuanto que no veía al príncipe Andrés a su lado.

Siempre le parecía que había algo que no marchaba bien entre aquel futuro matrimonio.

«¿Por qué el aplazamiento? ¿Por qué prescindir de la ceremonia de la promesa?», pensaba. Una vez, hablando de Natacha con su madre, con gran extrañeza por su parte y con íntima satisfacción, dióse cuenta que, en el fondo de su alma, la madre veía también a veces con disgusto aquella boda.

-¿Ves? Escribe- dijo enseñando a su hijo la carta del príncipe Andrés, con aquel sentimiento escondido de hostilidad de la madre por la futura felicidad conyugal de la hija . No tiene mucha salud. De esto no habla nunca con Natacha. No hagas caso de su alegría; es su última época de soltera; pero no sé cómo se pone cada vez que recibimos alguna carta. Debemos creer que, con la ayuda de Dios, irá todo bien- acababa, y añadía siempre-: ¡Es un hombre admirable!

II

Al llegar, Nicolás estaba serio e incluso triste. La obligación de

introducirse en aquel enojoso asunto de la explotación, por lo que su madre le había obligado a volver, le contrariaba. Con objeto de deshacerse más rápidamente de esta carga, al tercer día de haber vuelto, hosco, sin contestar a la pregunta «¿Dónde vas?», con el ceño fruncido, dirigióse al pabellón de Mitenka y le pidió cuentas de «todo». ¿Qué cuentas de «todo» eran éstas? Nicolás lo sabía aún menos que Mitenka, que temblaba de pies a cabeza, asustado y extrañado. La conversación y las cuentas de Mitenka no duraron mucho rato.

El stárosta y el elegido de la comunidad, que estaban aguardando en el vestíbulo del pabellón, oyeron con placer y también con miedo, primeramente, la voz del joven Conde, que se elevaba y se hacía cada vez más fuerte; luego las palabras injuriosas, que caían una tras otra.

-¡Ladrón! ¡Desagradecido...! Te haré pedazos, ¡perro...! Conmigo no harás como con mi padre. Has robado...

Enseguida aquella gente, con igual miedo e igual placer, vieron como el joven Conde, rojo de cólera, con los ojos inyectados, agarraba a Mitenka por el cuello del vestido, con mucha traza, y entre palabra y palabra le daba de puntapiés en el trasero, gritándole: «¡Vete! ¡No te quiero ver jamás! ¡Ladrón...!»

Mitenka rodó por los seis peldaños y huyó hacia un grupo de árboles. Este bosque era lugar seguro para los criminales de Otradnoie. El mismo Mitenka se escondía allí cuando volvía borracho de la ciudad, y muchos habitantes de Otradnoie que se escondían de Mitenka conocían la fuerza saludable de aquel refugio.

La mujer y las nueras de Mitenka, con asustados rostros, aparecieron en el vestíbulo por la puerta de la habitación donde hervía el samovar reluciente y donde se veía el lecho del administrador con un cubrecama hecho de retales.

El joven Conde, respirando con dificultad, sin darse cuenta de nada, pasó por delante de ellas con aire resuelto y entró en la casa.

La Condesa, que inmediatamente había sabido por las criadas lo que ocurría en el pabellón, se tranquilizó en parte pensando que la situación económica de la casa se restablecería desde este hecho, pero le inquietaba por el efecto que aquello había de producir en su hijo. De puntillas se acercó a su puerta, mientras él fumaba una pipa tras otra.

A la mañana siguiente, el viejo Conde llamó a su hijo y le dijo con tímida sonrisa:

-¿Sabes, amigo mío, que te has indignado inútilmente? Mitenka me lo ha contado todo.

«Ya sabía que aquí, en este mundo de imbéciles, yo no sabría hacer nada bueno», pensó Nicolás.

-Te has exaltado porque no había apuntado estos setecientos rublos. Están apuntados, con otras cosas, en la otra página; tú no lo has visto.

-Papá, es un pillo y un ladrón; lo sé perfectamente. Lo que hice, hecho está, pero, si quieres, no diré nada más.

-No, hombre, no.- El Conde estaba nervioso. Comprendía que había administrado mal los bienes de su esposa y que era culpable ante sus hijos, pero no sabía de qué modo arreglarlo-. No, hazme el favor de ocuparte de los negocios. Yo soy ya viejo...

-No, papá, perdóname si te he disgustado; yo entiendo menos que tú.

«¡Vayan al diablo todos estos aldeanos, este dinero, estas cuentas!», pensó. Después de esto no intervino ya más en los negocios, excepto una vez, cuando la Condesa le llamó y le preguntó qué debía hacer con una orden de pago de dos mil rublos suscrita por Ana Mikhailovna.

-Ya te diré lo que pienso- contestó Nicolás-; dices que esto depende de mí; no me son simpáticos ni Ana Mikhailovna ni Boris, pero son nuestros amigos y son pobres. Mira- rompió el documento, y este acto hizo verter lágrimas de gozo a la Condesa.

Después, el joven Rostov no se metió en ninguna otra cuestión; se abandonó con pasión a una cosa nueva para él, la caza, que en casa del viejo Conde se practicaba con grandes gastos.

III

El conde Ilia Andreievitch había renunciado al cargo de mariscal de la nobleza, porque ello implicaba muchos gastos, pero, a pesar de esto, sus negocios no se solucionaban. A menudo, Natacha y Nicolás sorprendían las conversaciones misteriosas e inquietantes de sus padres; oían habladurías sobre la venta de la rica casa patriarcal y la propiedad cercana a Moscú.

El Conde se hallaba preso entre sus asuntos como en una red inmensa, y procuraba no darse cuenta de que a cada paso se enredaba más y más; no tenía fuerzas para cortar las redes que lo envolvían ni paciencia para deshacerse de ellas con prudencia.

La Condesa, con su corazón amoroso, se daba cuenta de que sus hijos se arruinaban, que el Conde no tenía la culpa, que no podía cambiar, que él sufría

demasiado, aunque lo disimulara, con su ruina y la de sus hijos, y ella buscaba el modo de solucionarlo. Su talento de mujer sólo veía un camino: el matrimonio de Nicolás con una rica heredera. Comprendía que era la última esperanza y que, si rechazaba el partido que ella le preparaba, habría que despedirse para siempre de la posibilidad de reparar la situación. Aquel partido era Julia Kuraguin, la hija de unos padres buenos y virtuosos, a la que Rostov conocía de niña y que desde la muerte del último hermano que le quedaba había pasado a ser una de las más ricas herederas.

La Condesa escribió directamente a la señora Kuraguin a Moscú, proponiendo casar a su hijo con su hija, y recibió una contestación favorable. La señora Kuraguin contestó que, por su parte, consentía, pero que todo dependía de su hija. La señora Kuraguin invitaba a Nicolás a pasar algunos días en Moscú.

Muchas veces, la Condesa, con lágrimas en los ojos, decía a su hijo que su único deseo, ahora que ya podía considerarse tranquila con respecto a sus dos hijas, era verle casado. Decía que después podría morir tranquila. Luego daba a entender que había pensado en una muchacha encantadora y procuraba adivinar la opinión de su hijo con respecto al matrimonio.

Otras veces elogiaba a Julia y aconsejaba a Nicolás que fuese a divertirse a Moscú durante las fiestas. Nicolás adivinaba el fin de las conversaciones de su madre, y un día la hizo hablar claramente. Ella le confesó que la única esperanza de salvar la situación era su matrimonio con la señorita Kuraguin.

-Y si me enamorara de una muchacha sin fortuna, ¿me exigirías que sacrificara mi amor y mi honor al dinero?- le preguntó, sin comprender la crueldad de la pregunta, queriendo solamente demostrar su nobleza de sentimientos.

-No, no me comprendes- dijo la madre, no sabiendo cómo justificarse-. No me has comprendido, Nicolás. Yo quiero tu felicidad- añadió y, comprendiendo que no decía la verdad y se embrollaba, rompió a llorar.

-No llores, mamá; dime sólo que lo deseas y daré mi vida, todo, con tal que estés tranquila. Lo sacrificaré todo por ti, hasta mi corazón.

Pero la Condesa no quería plantear la cuestión de aquel modo. No quería sacrificar a su hijo; ella sí hubiese querido sacrificarse por él.

-No; no me has comprendido; no hablemos más- dijo, secándose las lágrimas.

«Sí, pero si yo amo a una muchacha pobre- se dijo Nicolás-, he de sacrificar, pues, mi corazón y mi felicidad al dinero. Me parece increíble que mamá me haya dicho esto. Así, pues, porque Sonia es pobre, ¿no puedo

quererla, no puedo corresponder a su amor fiel y abnegado? Seguro que seré más feliz con ella que con una muñeca como Julia. Puedo sacrificar mi corazón en bien de mis padres, pero no puedo imponerme a mis sentimientos. Si amo a Sonia, mi amor es más fuerte y está por encima de todo.»

No fue a Moscú; la Condesa no volvió a hablarle del matrimonio y, con tristeza y a veces con cólera, observaba un acercamiento cada vez más acentuado entre su hijo y Sonia, que no tenía dote. Le dolía, pero no podía evitar demostrar su disgusto a Sonia, riñéndola a menudo sin motivo, tratándola de «usted» y llamándola «querida». Lo que más disgustaba a la buena Condesa era, precisamente, que Sonia, aquella sobrina pobre de ojos negros, fuera tan dulce, tan buena, tan fiel, tan agradecida a sus bienhechores, tan constante en el amor a Nicolás, que fuese imposible reprocharle nada.

Nicolás terminaba su permiso. Se había recibido una carta del príncipe Andrés, desde Roma, en la que decía que habría ya regresado a Rusia si, de pronto, a consecuencia del clima cálido, no se le hubiera abierto la herida. Esto le obligaba a retardar su regreso hasta la entrada de año.

Natacha estaba también enamorada de su prometido, también estaba confiada en este amor y también se sentía accesible a las alegrías de la vida. Pero, al cabo de cuatro meses de separación, pasaba largas temporadas de tristeza que no podía dominar.

Se consideraba digna de lástima; le dolía aquel tiempo perdido para ella, precisamente cuando se sentía tan dispuesta a amar y a ser amada.

En casa de los Rostov no había mucha alegría.

IV

Llegó Navidad, y, aparte de la misa solemne, de las felicitaciones solemnes y enojosas de los vecinos y de los domésticos, de los vestidos y los abrigos nuevos, no hubo nada de particular.

Con un frío sin viento y un sol claro y resplandeciente durante el día, uno sentía la necesidad de celebrar la fiesta de una manera u otra.

El tercer día, después de comer, todos los familiares se dispersaron por la casa. Era el momento más enojoso de la jornada. Nicolás, que por la mañana había ido a casa de los vecinos, se quedó dormido en el diván. El viejo Conde descansaba en su gabinete. Sonia estaba sentada a la mesa redonda del salón y calcaba un dibujo. La condesa hacía un solitario. Natacha entró en el salón y se acercó a Sonia, mirando lo que hacía; después se acercó a su madre y, en

silencio, quedóse quieta.

-¿Qué te pasa, que vas de un lado a otro como un alma en pena?- le preguntó su madre.

-¡Le necesito..., le necesito enseguida!- dijo Natacha muy seria, los ojos relucientes.

La Condesa levantó la cabeza y miró fijamente a su hija.

-No me mires, mamá, no me mires, porque lloraré.

-Ven aquí; siéntate a mi lado- dijo la Condesa.

-Mamá, le necesito. ¡Me aburro tanto! ¿Por qué será?

La voz se le ahogó en la garganta; las lágrimas asomaron a sus ojos. Para ocultarlas, se volvió rápidamente y salió del salón.

Los criados, disfrazados de osos, de turcos, de taberneros, de grandes damas, terribles y extraños, llevaban consigo el frío y la alegría; primero estrechamente amontonados en la antesala, luego, escondiéndose uno tras otro, aparecieron en el salón y con timidez, luego más alegres, poco a poco empezaron sus canciones, sus bailes, sus rondas y los juegos de Nochebuena.

La Condesa reconocía las caras, se reía de los disfraces; después pasó a la sala. El Conde, con su sonrisa en el rostro, se quedó en el salón, aprobando a los bromistas. Los jóvenes habían desaparecido.

Al cabo de media hora entraron otras máscaras: una vieja dama con paniers era Nicolás; una turca, Petia; un clown, Dimmler; un húsar, Natacha; un circasiano, Sonia, con un bigote y unas cejas pintadas con corcho quemado.

Después de la alegre sorpresa, la broma de no reconocer a los disfrazados y los elogios de los presentes, los jóvenes se creyeron tan bien ataviados que sintieron el deseo de mostrarse ante alguien más. Nicolás, que quería pasear a todo el mundo en su troika por el magnífico camino, propuso llevarse diez criados disfrazados e ir a casa del tío.

-No, le daríais demasiado la lata- dijo la Condesa-, y en su casa no hay sitio para tanta gente. Si queréis ir a casa de alguien, id a casa de los Melukhov.

La señora Melukhov era una viuda que tenía dos hijos de edad distinta, que también tenían preceptores e institutrices. Vivían a cuatro verstas de los Rostov.

-Creo que tiene razón- dijo el anciano Conde sacudiéndose-. Bueno, me visto en un momento e iré con vosotros. Ya veréis qué algazara.

Pero la Condesa no le dejó salir, pues hacía días que tenía dolor en la

pierna. Se decidió que Iliá Andreievitch no podía salir, pero que si Luisa Ivanovna y la señora Chausse querían acompañarlos, las señoritas podrían ir a casa de los Melukhov. Sonia, siempre tímida, suplicó con insistencia a Luisa Ivanovna que accediera. Sonia era la mejor ataviada. El bigote y las cejas le sentaban muy bien; todos decían que estaba preciosa y ella se encontraba de un humor inmejorable, animada, enérgica. Una voz interior le decía que su suerte había de decidirse aquel día o nunca; vestida de hombre parecía otra persona. Luisa Ivanovna consintió al fin y, al cabo de media hora, cuatro troikas con campanillas se acercaban al portal con los patines crujiendo sobre la nieve helada.

Natacha dio antes que los demás el tono de la alegría de aquel día de Navidad, y aquella alegría, pasando del uno al otro, crecía y crecía y llegó al máximo en el momento en que el grupo salió de la casa y, hablando, riendo y gritando, se instalaron en los trineos.

Había dos troikas del servicio; la tercera era la del Conde, con un caballo muy trotador; la cuarta era la de Nicolás, con su pequeño caballo negro, de piel áspera, en el centro. Nicolás, que se había puesto la capa de húsar encima del vestido de señora anciana, estaba de pie en el centro del trineo y guiaba.

Hacía una noche tan clara que veíase brillar el resplandor de la luna en las herraduras de los caballos y en los ojos de los que pasaban, que miraban asustados a los pasajeros; éstos metieron mucha bulla bajo los arcos del portal.

Natacha, Sonia, la señora Chausse y dos criadas se instalaron en el trineo de Nicolás; en el del Conde, su mujer y Petia; en los demás, los criados disfrazados.

-¡Adelante, Zakhar!- gritó Nicolás al cochero de su padre, para darse el gusto de adelantarlo en el camino.

La troika del Conde hacía crujir los patines como si se agarrara a la nieve y avanzó con la música de las campanillas. Los caballos de los lados se estrechaban contra las varas y esparcían la nieve. Nicolás siguió a la primera troika; detrás crujían las otras. Arrancaron al trote corto por un camino estrecho. Mientras pasaban por delante del jardín, las sombras de los árboles desnudos cubrían la pista y tapaban la clara luz de la luna. Pero en cuanto salieron de la finca, la llanura nevada, iluminada por la luna, brillante como el diamante, de tono azulado, inmóvil, se abrió de ancho en ancho. Uno, dos; el trineo de delante recibió un trompazo que se transmitió al segundo trineo, y, rompiendo con audacia la calma profunda, los trineos se colocaron en fila.

-¡Rastro de liebres! ¡Hay muchos agujeros!- resonó en el aire helado la voz de Natacha.

-¡Qué claro se ve, Nicolás!- exclamó Sonia.

Nicolás se volvió y se inclinó para ver más de cerca el rostro de Sonia. Un rostro nuevo, atrayente, con cejas espesas y bigote negro, emergía de la cebellina al claro de luna y le miraba.

«En otro tiempo era Sonia», pensó Nicolás.

La miró más de cerca y sonrió.

-¿Qué quieres, Nicolás?

-Nada.

Y se volvió hacia los caballos.

Cuando se encontraron en la gran pista, donde el claro de luna permitía ver los rastros de los trineos, los caballos, sin que nadie les obligase, tendieron las riendas y aceleraron el paso. El caballo de la izquierda, al volver la cabeza, estiraba las riendas; el de en medio se mecía, levantando las orejas como si preguntara: «¿Debemos empezar o debemos esperar todavía un poco?» Delante, distanciada, se veía sobre la blanca nieve la troika negra de Zakhar, que hacía repicar las pesadas campanillas; desde su trineo se oían las exclamaciones animadas, las risas y las voces de las máscaras.

-¡Eh! ¡Compañeros!- gritó Nicolás. Estiró las riendas de un lado e hizo un movimiento con la mano armada con un látigo.

Sólo por el viento que levantaban al pasar y por lo tensos que marchaban los caballos se podía observar con qué rapidez volaba la troika.

Nicolás se volvió. Con las risas y los gritos, restallando el látigo, se obligaba a los caballos de las demás troikas a galopar. El caballo del centro se mecía gallardamente bajo su arco y prometía correr más aún si se lo exigían.

Nicolás alcanzó a la primera troika. Emprendieron una bajada y se hallaron en la pista ancha y lisa, en un campo, cerca del río.«¿Por dónde pasamos?- pensó Nicolás-. Seguramente por el prado. Pero esto es nuevo, no recuerdo haberlo visto nunca. Esto no es ni el prado de Kossoi ni el monte Diomkino. ¡Dios sabe lo que es! Esto es algo nuevo y mágico. ¡Bien, es igual!» Y gritando al caballo, alcanzó y pasó a la primera troika.

Zakhar retenía los caballos y volvía la cara, cubierta de hielo hasta las cejas.

Nicolás lanzó los caballos a rienda suelta. Zakhar alargó los brazos, chascó la lengua y puso los suyos al galope.

-Tenga cuidado, señor- pronunció Zakhar.

Las dos troikas volaban una al lado de la otra y las patas de los caballos se cruzaban cada vez más a menudo.

Nicolás adelantaba. Zakhar, sin cambiar de posición, con las manos hacia delante, levantó un brazo con las riendas.

-Te equivocas, señor- gritó a Nicolás.

Nicolás dejaba galopar a los caballos y adelantaba a Zakhar. Los caballos echaban una nube de nieve seca al rostro de los viajeros. Por todos lados se oían gritos de mujeres y el crujir de los trineos sobre la nieve.

Nicolás paró de nuevo los caballos y observó a su alrededor. La misma llanura mágica salpicada de estrellas, bañada con la luz de la luna, se extendía ante su vista. «Zakhar me dice que vaya por la izquierda, pero ¿por qué?- pensó Nicolás . ¿Vamos a casa de los Melukhov o al pueblecito de Melukhova? Dios sabe dónde vamos. ¡Esto es extraño y delicioso!», y miró el trineo.

Mira qué blancos están el bigote y las cejas de esta personita- dijo una de las personas sentadas en el trineo, señalando a Natacha-. Es extraña, bonita, con un fino bigote y espesas cejas.

«Me parece que es Natacha- díjose Nicolás- y aquélla la señora Chausse, ¿quién sabe? ¡Y el circasiano con bigote no sé quién es, pero me gusta!»

¿Tenéis frío? Preguntó.

-Sí, sí- contestaron unas voces riendo.

«He aquí un bosque mágico, con sombras negras, movibles y brillantes, con un tramo de peldaños de mármol y de cobertizos plateados, palacio de hadas y un agudo grito de animal. Sí, en efecto, esto es Melukhova. Aún será más extraño que, yendo a la ventura, llegásemos a Melukhova», pensó Nicolás.

Y, efectivamente, era Melukhova y aparecieron en el portal criados y mozos con rostros risueños, llevando bujías encendidas en la mano.

-¿Quién sois?- preguntaron los del portal.

-¡Las máscaras de casa del Conde! Ya las reconozco por los caballos- replicó una voz.

V

Cuando todos hubieron marchado de la casa de Pelagia Danilovna, Natacha, que lo observaba y lo descubría todo, se las arregló para instalarse con Luisa Ivanovna en el trineo, haciendo que Sonia se acomodase con

Nicolás y las criadas.

Nicolás ya no tenía ganas de pasar delante de nadie, y de vez en cuando miraba fijamente a Sonia a la extraña luz de la luna, buscando en aquella luz que lo cambia todo, a través de las cejas y el bigote, la antigua Sonia y la Sonia nueva de la cual había decidido no separarse nunca. La miraba fijamente, y se daba cuenta de que era siempre la misma y siempre diferente. Respiraba a pleno pulmón el aire helado, y, mirando la tierra que huía bajo el trineo y el cielo estrellado, se transparentaba al reino de la magia.

-Sonia, ¿te encuentras bien?- le preguntaba de vez en cuando.

-Sí- respondía ella-, ¿y tú?

A medio camino ordenó al cochero que detuviera los caballos y, corriendo, fue al trineo de Natacha y se subió a los patines.

-Natacha, ¿sabes?, me he decidido por Sonia- murmuró en francés.

-¿Se lo has dicho?- preguntó Natacha animándose, muy gozosa.

-¡Ah, qué rara estás con ese bigote y esas cejas! ¿Estás contenta?

-Muy contenta, soy muy feliz.. Me dabas rabia. No te lo había querido decir, pero te portabas mal con ella. ¡Tiene tan buen corazón, Nicolás! ¡Qué contenta estoy! A veces soy mala, pero me da vergüenza ser feliz sola, sin Sonia. Ahora ya estoy satisfecha. Ve, ve con ella.

-No, espera. ¡Ah, qué rara eres!- decía Nicolás sin dejar de mirarla y descubriendo también en su hermana alguna cosa nueva, un aire desconocido, un encanto y una ternura que nunca le había sabido ver.

«Si antes la hubiese visto como ahora, haría tiempo que le habría preguntado lo que tenía que hacer, hubiera hecho todo lo que ella me hubiese dicho y todo estaría arreglado», pensaba Nicolás.

-¿Estás contenta? Así, pues, ¿he hecho bien?

-¡Ah, muy bien! No hace mucho tiempo que me disgusté con mamá porque dijo que ella te tenía perturbado. ¿Cómo es posible que diga tal cosa? Me enfadé mucho y no permitiré que nadie hable mal de ella, ni tan siquiera que lo piense, porque ella es mejor que nadie.

-Así, pues, ¿te parece bien?- repitió Nicolás mirando otra vez la expresión del rostro de su hermana para saber si decía la verdad; y luego, haciendo crujir las botas, saltó de los patines y corrió hacia su trineo. Aquel circasiano, siempre contento y sonriente, con un bigotito y unos ojos brillantes, que miraban por debajo de la capa de cebellina, continuaba sentado en el mismo sitio de antes. Aquel circasiano era Sonia, su futura esposa, contenta y enamorada.

Al llegar a casa, después de explicar a la Condesa lo que habían hecho en casa de los Melukhov, las niñas se retiraron a sus habitaciones.

Al desnudarse, permanecieron sentadas un buen rato, hablando de su felicidad sin despintarse los bigotes. Hablaban de su vida cuando estuvieran casadas, de sus maridos, que serían amigos, y de la dicha que sentirían.

VI

Poco después de Navidad, Nicolás declaró a su madre el amor que sentía por Sonia y su deseo irreductible de casarse con ella. La Condesa, que hacía mucho tiempo se daba cuenta de lo que pasaba entre Sonia y Nicolás, y por tanto esperaba aquella declaración, escuchó en silencio las palabras de su hijo, le dijo que podía casarse con quien quisiera, pero que ni ella ni su padre bendecirían aquella unión.

Por primera vez Nicolás comprendió que su madre estaba descontenta de él y que a pesar de toda la ternura que le profesaba no se avendría nunca a dar su consentimiento. Fría, sin mirar a su hijo, mandó a buscar a su marido. Cuando el Conde entró, la Condesa, que se proponía explicarle la cuestión brevemente y con calma, en presencia de Nicolás, no se pudo contener: se puso a llorar de despecho y salió del cuarto. El anciano Conde empezó a exhortar a Nicolás, a rogarle que renunciara a su proyecto. Nicolás respondió que no podía retirar la palabra dada, y el padre, suspirando, muy confuso, interrumpió muy pronto las explicaciones y fue a reunirse con su esposa. Durante el tiempo que había discutido con su hijo sintió la convicción de que él había faltado y administrado mal sus bienes; por ello no podía enojarse contra su hijo, que se negaba a casarse con una mujer rica y prefería a Sonia sin dote. En aquella circunstancia recordaba más vivamente que nunca que si sus negocios no se encontraran en una tan lamentable situación, no podía desear para Nicolás una esposa mejor que Sonia, y que él solo, con Mitenka y con sus costumbres incorregibles, era el único culpable de la desastrosa situación de su fortuna.

Ni el padre ni la madre volvieron a hablar más de este casamiento a su hijo; pero al cabo de unos cuantos días la Condesa llamó a Sonia y con una crueldad que ni la una ni la otra podían esperar echó en cara a su sobrina el haber enamorado a su hijo, y su ingratitud. Sonia, con los ojos bajos, escuchaba aquellas palabras crueles de la Condesa y no comprendía qué se exigía de ella. Estaba siempre dispuesta a sacrificarse por sus bienhechores. Pero en aquel caso no podía comprender cómo y cuándo debía efectuarse el sacrificio. No podía dejar de amar a la Condesa y a toda la familia Rostov, pero tampoco podía dejar de amar a Nicolás ni ignorar que su felicidad

dependía de aquel amor. Estaba silenciosa, triste y no respondía ni una palabra. Nicolás no pudo soportar más tiempo aquella situación y fue a explicarse con su madre. Tan pronto le suplicaba que le perdonase a él y a Sonia, como que consintiera aquel casamiento, como amenazaba a su madre con casarse seguidamente, en secreto, si tanto le contrariaban.

La condesa, con una frialdad que su hijo no le había conocido nunca, le respondía que ya era mayor de edad y que podía casarse sin el consentimiento de sus padres, pero que ella nunca reconocería a aquella «intrigante» como a hija suya.

Furioso por la palabra «intrigante», Nicolás levantó la voz y dijo a su madre que no había pensado nunca que quisiera obligarle a vender su afecto y que, si realmente era así, se marcharía para no volver más... Pero no tuvo tiempo de pronunciar esta palabra decisiva, que su madre, a juzgar por la expresión de su rostro, esperaba con terror, y que tal vez quedaría para siempre entre ellos dos como un penoso recuerdo; no había tenido tiempo de pronunciar aquellas palabras, ya que Natacha, pálida y grave, entró en la sala por la puerta tras la cual había escuchado la conversación.

-¡Nikolenka! No digas tonterías, calla. ¡Te digo que calles...!- gritó casi ahogando su voz-. Mamá querida, no es precisamente eso, pobre mamá- dijo dirigiéndose a su madre, que, sintiéndose al borde mismo de la separación definitiva, miraba a su hijo con espanto, pero que por testarudez y por la excitación de la lucha no podía ni quería ceder-. Nicolás, ya te lo explicaré; ahora vete. Escúchame, mamá.

Sus palabras no tenían ningún sentido, pero dieron el resultado que ella esperaba.

La Condesa, sollozando, ocultó el rostro en el pecho de su hija. Nicolás se levantó y salió de la sala con las manos en la cabeza.

Natacha se encargó de la reconciliación y la llevó hasta el extremo de que Nicolás recibió de su madre la promesa de que Sonia no sería perseguida y él prometió no hacer nada a escondidas de sus padres.

Con la firme intención de volver y de casarse con Sonia después de haber arreglado sus asuntos en el regimiento y conseguido el retiro, Nicolás, triste y serio, en desacuerdo con sus padres, pero apasionadamente enamorado, según él creía, marchó al regimiento a principios de enero.

Después de la marcha de Nicolás, la casa de los Rostov quedó más triste que nunca. La Condesa, a consecuencia de aquellos disgustos, cayó enferma.

Sonia estaba muy triste por la marcha de Nicolás, pero aún lo estaba más por la actitud hostil que la Condesa no podía dejar de demostrarle. El Conde

estaba más preocupado que nunca por la mala situación de sus negocios, que exigían medidas radicales. Era preciso vender la casa de Moscú y las haciendas cerca de la ciudad, y para la venta era preciso ir allá, pero la salud de la Condesa retrasaba el viaje.

Natacha, que al principio soportaba bien y hasta alegremente la separación con su prometido, le echaba luego mucho de menos y sentíase impaciente. El pensar que el mejor tiempo de su vida, aquel que podía dedicar a amarle, pasaba inútilmente para todos, era un tormento continuo para ella. La mayoría de sus cartas la disgustaban. Le era difícil pensar que mientras ella vivía sólo pensando en él, él vivía una vida propia, veía países nuevos, conocía personas diferentes que le interesaban. Cuanto más interesantes eran sus cartas, más despechada se sentía, y las cartas que ella le escribía no le causaban ningún consuelo, antes las tomaba como un deber enojoso y falso.

No le gustaba escribir porque no podía comprender la posibilidad de expresar francamente en una carta la milésima parte de lo que ella estaba habituada a expresar con la voz, la mirada, con la sonrisa. Le escribía cartas secas, clásicamente monótonas, a las que ni ella misma daba importancia y de las cuales la Condesa le corregía las faltas de ortografía en los borradores.

La salud de la Condesa no mejoraba, pero, por otra parte, era imposible retardar más el viaje a Moscú. Era preciso vender la casa, hacer el ajuar e ir a esperar a Andrés en Moscú, donde aquel invierno vivía el príncipe Nicolás Andreievitch, y Natacha tenía el convencimiento de que Andrés ya había llegado.

La Condesa se quedó en el campo y el Conde, con Sonia y Natacha, marchó a Moscú a últimos de enero.

Freeditorial 

¿Te gustó este libro?

Para más e-Books GRATUITOS visita freeditorial.com/es